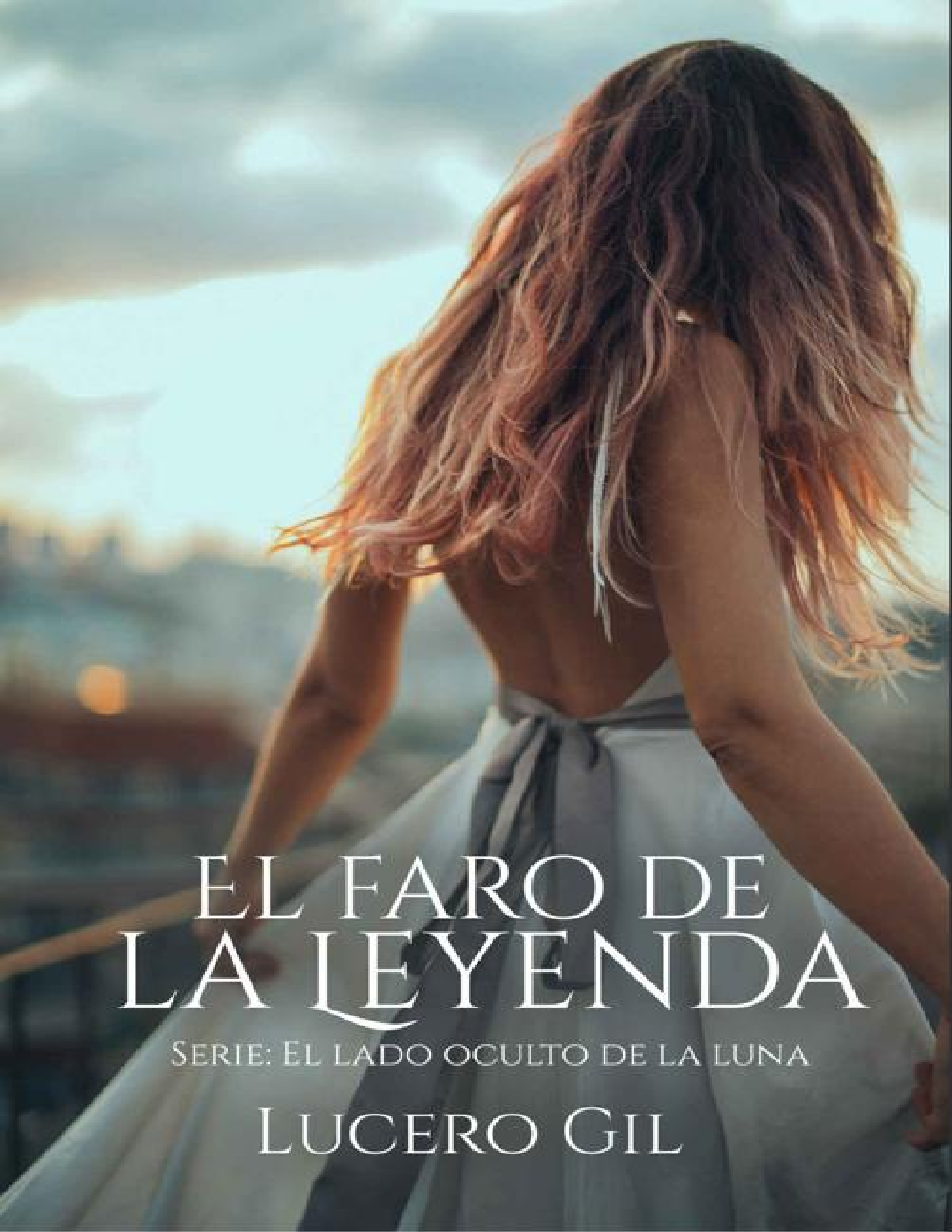

EL FARO DE
LA LEYENDA
SERIE: EL LADO OCULTO DE LA LUNA
LUCERO GIL

El faro de la leyenda
El lado oculto de la luna

Título: El faro de la leyenda
Serie: El lado oculto de la luna
2024, Lucero Gil
Corrección: 2024, Araceli F. Rovira
Mentoría: 2024, Lydia Chas
Maquetación: 2024, Rachel Design
Diseño de la cubierta: 2024, Rachel Design
1ª edición: 2024, junio
ISBN: 9798328296939

La corrección se realizó siguiendo los parámetros establecidos en la última edición de la Ortografía de la lengua española (2010)

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas por las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.
Obra registrada en la Propiedad Intelectual.

Todos los derechos reservados.

A mis hijos. A mi esposo. A mis padres y hermanos.
Os amo. ♥

A la Lucero que nadie puede reprimir.

Lucero Gil
Escritora y devoradora de libros.
(@Lu_writergirl94) // (Tik tok: @leydilu15)
(15/08/1994) República Dominicana - España.

ADVERTENCIA DE CONTENIDO.

Este libro contiene:

-Escenas de relaciones sexuales explicitas.

-Lenguaje que puede resultar ofensivo.

PRÓLOGO

Han pasado tres años, cuatro meses y dos días desde aquel momento, ese del que no recuerdo casi nada, pero que, aun así, no soy capaz de olvidar.

Han pasado tres años y dos meses desde que vivo en Roma.

Me marché de casa de manera permanente en busca de la distracción agradable que solo puede traer la ajetreada vida en una ciudad diferente, con personas diferentes, ambientes diferentes y una vida diferente. Aun así, cada vez que paseo por las calles de esta ciudad, siento que elegí mal en el mapa; es preciosa, pero está en ruinas y eso me recuerda demasiado a las mías.

Desde que vivo en Roma, se puede decir que soy una turista enamorada de su gente y de su historia, de su antigüedad y de la manera en la que admiran y enaltecen sus raíces. Me fascina y me llena de añoranza el culto y reconocimiento que hacen a su glorioso pasado.

Sus paisajes, su arquitectura y su gastronomía también están entre mis cosas favoritas; realmente, he aprendido a amar todos y cada uno de los aspectos de esta ciudad.

Tengo un buen trabajo en una guardería del centro, los niños son mi pasión y, además de aprender el idioma, he dedicado mi tiempo a trabajar de lo que amo para seguir formándome. Me enorgullece saber que he hecho un círculo de amigos bastante aceptable para ser una chica que llegó aquí huyendo de todo y con el corazón roto. Todos humanos, eso sí, para mí, eso ahora es importante; ante los humanos soy más fuerte, ante los humanos yo tengo el control.

Ya no queda nada de aquella chica de diecisiete años que soñaba con imposibles. Esa Carlota agonizó y dio su último suspiro en aquel zulo de piedra, atada a esas cadenas, y tan drogada que apenas podía mantener los ojos abiertos. Aquel día, esa Carlota perdió su vida y sus esperanzas.

En un lugar como este, me aseguro de no volver a vivir algo así jamás.

Mateo y Zoé han venido a verme en cuatro ocasiones, mantengo el contacto con mis familiares y amigos a través de WhatsApp, nos comunicamos y me dicen cuánto me extrañan de manera continua. Yo también los echo de menos, no voy a mentir, pero he aprendido a amar de muchas maneras distintas mi preciada soledad, mi individualidad y mi espacio. Ha sido agradable contar con su presencia y sentirlos cerca cada vez que me visitan. Hemos viajado juntos, no solo por Italia, sino por gran parte de Europa, y hemos disfrutado conociendo diferentes paisajes de todos esos hermosos lugares del mundo. En todos ellos Zoé y Mateo no se han cortado un pelo al demostrarse su amor. Me alegro por ellos, pero no puedo negar que me ha dolido ver, desde tan cerca, su felicidad, la felicidad que ofrece un vínculo sano. Verlos tan enamorados me recuerda lo imposible y triste de mi historia con el amor, si es que se le puede

llamar de esa manera.

Las cosas no les pueden ir mejor: su amor, al igual que la prosperidad de Luna Creciente bajo su mandato, no ha hecho más que ir en aumento.

Tendrán su ceremonia de apareamiento en cuatro semanas. Y yo debo volver a casa.

Desecho de mi mente ese pensamiento cuando siento el nudo que empieza a formarse en mi garganta, ya que reconozco la causa de forma inmediata. La ansiedad ha sido mi fiel compañera durante estos años, ella y la rabia que siento por Benjamín son las únicas emociones que se han negado en rotundo a abandonarme.

Mis extremidades ahora se sienten pesadas y las sacudo un poco para que vuelvan a responder.

Volver, Diosa de la luna. Con todo lo que supone eso para mí.

Si no le doy vueltas, quizá sea como si no fuese real.

«Venga Carlota», me animo a mí misma. Lo hago por Zoé y por Mateo, por Miguel, por Savannah, por mis padres y mi hermano, por Jer. Por mi sobrino y mi cuñada que no conozco. Por ellos. Y por mí.

«Y por él. Ni siquiera has sido capaz de verlo en tres años. Eres una cobarde».

En eso le doy la razón a la voz de mi conciencia, y siento miedo incluso de mi propia reacción al volver a verlo, ¿para qué negarlo? Después de tres años, no he logrado superar todos estos sentimientos.

Zoé me cita con un mes de antelación debido al extenso *planning* de su boda, supongo que piensa tirar la casa por la ventana; si no fuese así, no serían Zoé y Mateo, los mismísimos alfas de Luna Creciente, los que se casan. Toda la manada los ama y estoy segura de que no faltará nadie para unirse a la celebración de su unión oficial, además de ser el evento más esperado e idealizado de los últimos años.

Veo, por el rabillo del ojo, una silueta oscura colarse entre la gente que baila en la pista. Es sábado noche y, como de costumbre, he salido a bailar con mis amigas mientras tomamos algo y despejamos la mente de una semana ardua de trabajo. El baile ha sido una de las cosas a las que no he podido renunciar.

Me tenso al momento cuando me embriaga ese olor tan reconocible y cierro los ojos para disfrutarlo por unos segundos mientras la boca se me hace agua. Otra vez la reacción de mi cuerpo a, tan solo, su aroma. Es exorbitante, y eso, en definitiva, no me reconforta. Durante tres años no he necesitado verlo para notar su presencia y saber que está cerca, vigilante, como un guepardo que observa a su presa en la distancia y en la penumbra.

No hemos cruzado ni media palabra desde que me marché. ¿Qué se le dice a la persona que amas, pero no quieres tener, ni perdonar, o ni siquiera volver a ver? Nada. Solo puedes intentar ser feliz desde la distancia mientras reprimes todos los pensamientos que asaltan tu cabeza con

su presencia, los encierras en una habitación oscura y vacía, y tiras la llave en algún lago profundo mientras luchas contigo mismo para no saltar a por ella. Es lo que ambos hacemos. Yo al menos, con el simple hecho de sentir su olor, me siento conforme al saber que está vivo. Ni siquiera hemos podido rechazarnos. Ninguno de los dos tiene el valor de dar la cara. Ninguno de los dos es capaz de dar, de forma definitiva, el paso.

Inhalo profundo al sentir cómo su olor me nubla el juicio y mi loba, ahora en alerta, lo disfruta en exceso. Es su olor favorito, aunque es consciente de que no lo puede catar, y eso la frustra en demasía.

Si tuviese que elegir a nuestras principales víctimas en esta lucha de poderes, en este juego de las escondidas tan cruel y retorcido, elegiría a nuestros lobos, cada vez más débiles, sufriendo la añoranza de sus compañeros mientras sus portadores no son capaces de tener una mínima conversación.

¿Por qué no ha intentado hablar conmigo en tres años para acabar con esto de una vez por todas?

En mi caso, conozco la respuesta. Tengo miedo. Miedo a la intensidad con la que lo amo, esa que incapacita mi racionalidad y no me permite ver más allá de su cuerpo, de su boca y del sabor de sus labios.

Me disculpo con mis amigas y salgo del club por la puerta trasera. Sé que me seguirá, lo hace todos los sábados hasta ver que llego a casa sana y salva, aunque en el proceso tenga que ver cómo me enrollo con algún que otro tío del montón. Lo hago cada sábado, como una cita puntual con la ira y la venganza, con cualquier imbécil medianamente guapo que se me cruce en el camino, solo porque sé que él estará mirando y retorciéndose de dolor por ello.

Supongo que es mi manera de vengarme aunque, la verdad, nunca he sabido distinguir si de él o de mí misma.

Sí, es patético, pero sigo completamente enamorada de Benjamín Gutiérrez, y creedme cuando os digo que me jode en demasía estarlo.

Hoy estoy decidida a plantar cara a todo esto, si en dos días tendré que verlo, quiero que tenga claras cuáles serán las únicas palabras a tratar entre los dos. Rechazo.

Nos despediremos de este vínculo sin siquiera haber llegado a disfrutarlo jamás.

Espero unos segundos hasta sentir como su olor se intensifica en el ambiente y así puedo confirmar que me ha seguido fuera. Le hablo a la nada, porque sé con certeza que desde algún rincón escondido en las sombras puede escucharme.

—En dos días volveré a Luna Creciente, Benjamín —digo con determinación, a la vez que adopto la posición de seguridad más convincente que soy capaz—. En dos días será el momento de rechazarnos y acabar de una vez con esta tortura.

CAPÍTULO 1



CARLOTA

«Ser valiente no implica la ausencia de miedo, sino el poder y la forma en la que te enfrentas a él.»

En la actualidad.

El señor Xong tiene una tienda de magia perfectamente camuflada en el centro de Roma. Cuando los humanos entran aquí, no ven más que *souvenirs*, artículos de prensa y regalos, pero en la trastienda, la parte destinada para los seres no humanos, las cosas cambian por completo. Tiene todo tipo de estanterías repletas de pociones mágicas e ingredientes para hechizos y curaciones, y me consuela recordar que es la única tienda que ha podido salvarme de la ira de la Diosa, el celo o el hecho de sentir dolor por las infidelidades de mi compañero que, conociéndolo, deben de haber sido muchas.

Mi loba odia los brebajes, la hacen sentir débil, mareada y, además, le desagrada la idea de impedir a la Diosa seguir el ritmo natural de las cosas, pero todos somos náufragos que intentamos mantenernos a flote dentro del mar que supone la vida, a veces tan voraz y a veces tan calmado. Sea como sea, todos luchamos, a nuestra manera, por no ahogarnos. También es el lugar de recepción en Roma para los seres que viajan a través de un portal y al que debes dirigirte si quieres cruzar uno. Como yo hoy, a punto de regresar a casa.

—¡Maldición! —Paseo de un lado a otro de la trastienda ante la mirada atónita e irritada del señor Xong. Por suerte, soy la única en la tienda hoy y no hay una cola de personas esperando para viajar.

—Niña, si sigues dando vueltas harás un hoyo en mi suelo.

—No estoy segura en absoluto de esto, señor Xong, no sé si estoy lista para volver todavía.

—Lo estás —interviene Molly en tono severo—, dijiste que ibas a rechazarlo sin más, Carlota, solo ve y hazlo de una maldita vez.

—Tienes razón —digo mientras intento alejar de mí la angustia y la ansiedad. Incluso Molly

está harta de mi estúpida cobardía—. Mi vida en mi manada no puede girar solo alrededor de Benjamín.

«Lo has tratado mil veces en terapia, Carlota, han pasado tres años, estás lista para esto», me recuerdo.

Respiro con profundidad e intento regular mi ritmo cardiaco y, con un movimiento de palmas, invoco al valor para que se adueñe de mí. Debo parecer patética en este momento. Diosa de la luna, esto es una tortura, y de las gordas, pero si es lo que me toca vivir, lo asumiré.

—Señor Xong, abra el portal, por favor —le ordeno al sentir una oleada de valor recorrer mi cuerpo. Me dispongo a aprovecharla antes de que me abandone.

El vórtice luminoso se abre frente a mis ojos y pienso en Luna Creciente, en la entrada de la casa de la manada, en Zoé, Mateo y mis padres sonrientes mientras lo atravieso con decisión, con los ojos cerrados y con la mente llena de recuerdos positivos. Solo soy capaz de abrirlos cuando escucho los gritos de euforia de mis seres queridos y siento como me estrechan, de manera efusiva, muchos brazos, todos a la vez.

Zoé, Mateo, Miguel, Savannah, Ruth, Eliazar, mis padres, mi hermano y, ¡madre mía! Me quedo en blanco cuando lo veo.

—¡Oh, Diosa! ¡Eres tan guapo! —Corro emocionada para abrazar a mi pequeño sobrino de un año que está en brazos de la compañera de mi hermano. Mis ojos se encuentran con los suyos.

—Encantada de conocerte en persona, por fin —me dice Noah mientras le doy dos besos y le quito el bebé de los brazos para achucharlo.

—¡Oh, Diosa! Tenía tantas ganas de hacer esto… Llevo un año anhelando morder estos mofletes a través de las videollamadas.

—Es una bendición de la Diosa que estés hoy aquí, damos gracias a nuestra luna por lograr tu regreso —llora mi madre.

—No, mamá, dejé claro que nada de llorar. —Me acerco a ella y la rodeo con mi brazo libre, fusionando nuestros cuerpos en un abrazo de tres junto al pequeño Tomás. Cierro los ojos e inhalo su aroma de manera profunda mientras disfruto de volver a sentir el tacto y el calor de mi madre. Cuánto la he echado de menos—. Sabes que nunca ha sido mi intención lastimarte —le digo con tristeza. Soy consciente de cuánto daño he causado con mi distancia y mi ausencia—. Tuve que hacerlo, todos lo sabéis, tuve que irme lejos de aquí.

—Lo sabemos —asiente Ruth con empatía—, mírate, ese cabello rubio te queda genial. ¡Estás preciosa!

—Gracias —respondo mientras siento subir el calor a mis mejillas. Mi cabello, sí, una de las tantas cosas que he decidido cambiar en mí a lo largo de estos años—. Tengo ya ganas de ponerlo en tus manos, Savannah. —Le dedico una sonrisa de oreja a oreja a mi amiga, que ahora lleva el cabello de un color rosa pálido y, ahí donde la veis, está a solo dos semanas de cumplir

su sueño y abrir su nueva peluquería.

—Enseguida —me responde emocionada mientras da palmas.

—¡Ahora solo importa que Carlota está aquí para mi boda! —grita Zoé y todos la acompañan con gritos llenos de algarabía—. Bueno, si no os molesta, Mateo y yo os la robamos durante un rato, tenemos algo que enseñarle en el patio principal.

—Eh, ¿qué? ¿Ahora? Pero si no he podido saludarlos a todos —balbuceo confusa. Zoé me mira con cara de ir muy en serio y no me queda más remedio que devolver al bebé a los brazos de su madre—. Volveré pronto a buscarte —le digo mientras le planto un beso en la mejilla al pequeño Tomás, para después girar de nuevo hacia Zoé—. Así que… ¿Una sorpresa?

Veo en su expresión estoica que no me dará más información aunque la pida, así que abrazo con rapidez a mi padre y a mi hermano antes de seguir a Zoé y a Mateo y salir al patio principal colgada de sus brazos. Mi mejor amiga y mi alfa; me llena de emoción tenerlos.

Zoé. Ella no me ha abandonado durante estos años a pesar de la distancia, a pesar de lo pesada o intransigente que pudiese haberme puesto en algún momento, o de que no quisiera hablar. Se ha quedado ahí, escuchando mis silencios y mis llantos a través del auricular, y me ha ayudado y dado ánimos cada vez que los he necesitado. Sobre todo, no ha mencionado a Benjamín ni una sola vez, ha respetado mi voluntad sin juzgarme, tal como le he pedido. Amo a esta chica y me siento completa cuando la tengo cerca.

Después de cinco minutos de caminar por el bosque, se abre paso, frente a mí, una pequeña y preciosa cabaña de madera, decorada de forma elegante, con detalles agradables que me recuerda a cuando éramos pequeños. El cuento de la cabaña del bosque que nos contaba Ruth era mi favorito. Benjamín siempre dijo que cuando fuera mayor construiría una cabaña en medio del jardín para mí, para nosotros; ahora no puedo evitar que eso sea un recuerdo agridulce. La cabaña es tan adorable que me da la sensación de estar frente a la casa de una abuela que cuida sus flores en medio del campo. Las luces están encendidas dentro y veo salir el humo de su pequeña chimenea. Parece de lo más acogedora, y siento deseos inmensos e irrefrenables de entrar enseguida y ponerme cómoda.

—¿Te gusta? —pregunta Zoé con intriga.

—Si, es preciosa, pero…

—Entra, es para ti —me interrumpe.

—¿Para mí?

Abro la puerta de la cabaña con incredulidad ante los ánimos de Zoé y Mateo. El calor de la chimenea y el olor a madera ardiendo me hacen cosquillas en el rostro de una manera agradable, mientras la decoración luminosa consigue alegrar mi vista. No me decepciona en absoluto su interior, de hecho, podría acostumbrarme enseguida a vivir en un sitio tan pequeño y acogedor como este. Hay una sala de estar con dos sofás de dos plazas distribuidos en semicírculo y un

butacón en el centro. En medio, hay una pequeña mesa de cristal rectangular con una pequeña fuente que simula una cascada de rocas. Es tan tranquilo que puedo imaginarme a una persona mayor tejiendo un jersey de lana mientras toma un té en cualquiera de estos sofás.

—Hola, Carlota. —Me giro con brusquedad para identificar a la portadora de esa voz desconocida. La mujer que acaba de entrar está de pie, frente a mí. Es alta y delgada. Me fijo en sus gafas que son cuadradas y de color dorado, bonitas, pero muy grandes para la menudez de su cara.

—Hola —contesto con cautela a la vez que me pierdo en su pelo suelto, canoso y alborotado hasta la cintura—. ¿Quién eres tú?

—Me llamo Helen y seré vuestra terapeuta.

—¿Terapeuta?

—Así es. —Sonríe tranquila mientras se acomoda en los hombros el chal de flecos y colores vivos que lleva sobre la ropa. Mi vista se clava de forma inevitable en él. Me encanta y logra atenuar mi intriga y desasosiego. ¿Será un truco llevado a cabo a propósito?—. Tus amigos y familiares quieren hacer una intervención ante vuestra situación, con la intención de solucionarla de la mejor de las maneras.

—¿Nuestra situación? —pregunto incrédula—. ¿Mía y de quién?

—De Benjamín, claro.

Me pongo nerviosa solo de escuchar su nombre. No está aquí, lo sé porque no puedo olerlo, pero joder, me tiemblan las piernas con tan solo recordar su olor.

¿De qué intervención me habla esta mujer? ¿Por qué necesitaríamos una terapeuta si vamos a rechazarnos por fin? ¿Por qué no me lo ha dicho Zoé? ¿Puede mi mejor amiga haberme tendido una trampa? ¿Me han hecho una encerrona?

Juro que mi corazón se oprime en mi pecho solo de pensar en esa posibilidad.

—Calma —me dice la mujer de manera serena mientras yo interrogo, con los ojos, a unos avergonzados Zoé y Mateo que se esconden detrás de su cuerpo con la cabeza gacha.

—Ha sido cosa mía, Carlota —Mateo es el primero en dar la cara y un paso adelante, su expresión parece triste y suplicante a la vez—, yo se lo he pedido a Zoé, se lo he suplicado, en realidad, pero entiéndeme, por favor, no puedo dejar morir a mi hermano.

—¿Morir? —repito despacio mientras lo confronto, y una mezcla de emociones me golpea. —¿Benjamín se muere? —¿De qué está hablando Mateo? No se puede morir.

—Se muere, Carlota —me confirma Zoé en tono suave—. Su lobo no le responde desde que te fuiste, se muere de añoranza por su compañera, culpa a Benjamín de todo lo que pasó y se niega a vivir una vida sin ti.

Mi corazón se acelera con fuerza en ese momento y mi alma cae en picado, directa a mis pies. Me siento inestable mientras todo se distorsiona despacio a mi alrededor y trato de recuperar el

aliento. Claro que Benjamín es el culpable de todo lo que pasó, Risk tiene toda la razón en odiarlo, pero dejarlo morir, a su propio portador, eso es demasiado.

Parpadeo para enviar lejos las lágrimas que amenazan con brotar en repetidas ocasiones, pero no funciona como debería y algunas se escapan sin ningún control. Siento como si, más que de mis ojos, procediesen directamente desde lo más profundo de mi alma.

—Además, desde que hace dos años donó uno de sus riñones a Ágatha, está mucho más débil.

Ágatha. Ahora la punzada que siento en mi corazón es más fuerte que recibir la puñalada de mil cuchillos.

—Tenéis que tomar la decisión de una vez. Podéis decidir el rechazo o seguir adelante y daros una oportunidad, pero ante esta indecisión, no nos ha quedado más remedio que intervenir.

—No puedo hacer esto —susurro despacio mientras caigo en la cuenta.

—No es el único motivo. —La voz de Zoé suena muy seria, y eso hace que me preocupe mucho más de forma instantánea. ¿Qué puede ser peor que una muerte anunciada para Benjamín?—. El consejo superior de manadas ha decidido intervenir por petición de los ancianos, hemos pedido un tiempo de gracia para intentar solucionarlo a nuestra manera.

—¿El con…?

—Sé que acabas de llegar —me interrumpe Helen antes de que pueda preguntar, me irrita—, pero me gustaría que pudiéramos tener hoy la primera sesión de terapia.

—¿Dónde está él? —preguntó decidida, solo para contestarme a mí misma con palabras hirientes como lo he hecho los últimos tres años: «a lo mejor cerca, con alguna loba atada de manos dándole placer».

—No vendrá a menos que tú estés de acuerdo con verlo. Está dispuesto a morir antes que hacer algo que pueda incomodarte —responde Mateo con tristeza.

¿Está dispuesto a morir antes que a incomodarme?

¿Por eso no me ha hablado en tres años?

No sé cómo me hace sentir eso.

Todo va demasiado rápido, menudo bombardeo de información, menuda encerrona nada más llegar. No creí que tuviese que verlo y enfrentarme a él o a una situación como esta tan pronto. Diosa, creo que me va a dar un ataque de ansiedad.

CAPÍTULO 2



BENJAMÍN

Puedo ver el amor en el reencuentro. En la desesperación y agonía de dos almas que desean volver a ser una.

En la actualidad.

Mi mente no se aparta de Carlota mientras hago el patético intento de jugar con Ágatha en la sexta planta. Me mira descontenta porque, otra vez, he puesto mal la coleta a su pony de color morado.

—Papá, hoy lo haces todo mal —me grita enfadada.

Suspiro frustrado. Soy consciente de que ni Ágatha ni nadie logrará sacar nada de mí hoy. Estoy demasiado nervioso, demasiado distraído. Me disculpo con ella, le prometo jugar con ella más tarde, o tal vez mañana, y la animo a ver los dibujos en el salón. Ella accede feliz.

Doy vueltas alrededor del comedor de un lado a otro mientras me sobo las sienes en una búsqueda, sin sentido, de un poco de calma. ¿Estará ya aquí? ¿Le habrán hablado de eso? ¿Huirá otra vez y no volveré a verla jamás?

Si vuelve a irse lejos, sé que no lograré localizarla sin la ayuda de Risk.

—¡MIERDA! —grito con fuerza cuando el dolor de haber chocado mi dedo pequeño del pie con uno de los muebles sube a través de todo mi cuerpo. Ágatha me reprende desde el salón. Me siento culpable por mi arrebato y me disculpo.

Diosa, por favor, no te pido que me la devuelvas, eso sería demasiado egoísta por mi parte, pero sí que me des la oportunidad de hablar con ella al menos una última vez, que me des la oportunidad de verla volver a casa. Quiero que vuelva a ser ella y que pueda disfrutar de su gente, de los que la aman. Que sea feliz, aunque no sea conmigo.

Risk, que estos últimos años ni se mueve, levanta la cola por un momento para después levantar la cabeza y olfatear el ambiente.

—Está aquí —dice con tristeza y añoranza, y mi corazón se parte una vez más ante nuestra

compartida desgracia—. Mi compañera, puedo olerla en nuestra manada. —Su voz se rompe de tal manera que tengo que morder mis labios con fuerza para reprimir el deseo de echarme a llorar.

Escucho subir el ascensor y me coloco frente a él, expectante. Diosa, ¿acaso es ella? ¿Ha accedido a hablar conmigo? ¿Por qué subiría aquí? ¿Acaso lo tiene tan claro y viene directa a rechazarme sin mediar ningún tipo de palabra?

Empiezo a encontrarme extremadamente nervioso, mi estómago se retuerce y mi sudoración aumenta ante mi desesperación.

Mi madre y Mateo salen del ascensor deprisa y me cogen de las manos. No puedo negar el alivio momentáneo que supone a mi tensión ver que se trata de ellos y no, tal como yo pensaba, de la furia de mi compañera y la ruptura inevitable de nuestro vínculo. Apenas me da tiempo a respirar de sosiego al ver que mis miedos no se han hecho realidad, todavía, cuando empiezan a hablar a la vez, agitados.

—Ha aceptado verte —me dice emocionado Mateo una vez que mi cara confusa les demuestra que no estoy entendiendo nada de lo que sale de sus bocas—. Mamá cuidará de Ágatha, vamos. —Tira de mi cuerpo inerte debido al estado de *shock*, y lo hace con fuerza para meterme en el ascensor.

Ha aceptado verme. Mi estómago da un vuelco doloroso. Gracias, Diosa. Mi corazón se agita a un ritmo frenético y me zumban los oídos al pensar que enseguida volveré a tener cerca sus preciosos ojos clavados en los míos. Risk se levanta por primera vez en tres años, y la emoción se instala en mi pecho a punto de hacer brotar las lágrimas al sentir, en él, un poco de vitalidad y energía.

—Voy a ver a mi compañera —grita mientras mueve la cola como loco.

—Vamos —me apresura Mateo sacándome del ascensor.

No puedo evitar que mi mente idee diferentes formas posibles de enfrentar este encuentro, llevo tres años esperando por él y, ahora, que está a escasos segundos de producirse, solo estoy hecho un manojo de nervios. He olvidado cada uno de los planes que había hecho para llegado este momento.

¿Debo saludarla con un beso? ¿Un apretón de manos? ¿No debo acercarme y darle su espacio?

¡JODER! Estoy demasiado nervioso.

A lo mejor me rechaza nada más verme y tengo que resignarme, por fin, al hecho de haberla perdido para siempre. También he pensado mucho en esa posibilidad. Mucho. Demasiado.

Todo ha cambiado tanto desde que se fue… Yo el primero. Si se da la oportunidad, conocerá a un Benjamín nuevo.

—Estás guapo, Ben. —Mateo rompe el hielo y coloca su mano en mi hombro para infundirme

ánimos. Caminamos a paso rápido en direccion a la cabaña y tengo que apretar mi puños porque, joder, su olor celestial es más fuerte a medida que nos acercamos.

—Gracias —le digo, y me detengo en seco. Miro a mi hermano con toda la devoción que siento hacia él reflejada en mis ojos e hinchando mi pecho, y lo estrecho en un abrazo. Sé que sin su intervención, su insistencia y sin ese amor incondicional que siente por mí y que no merezco, ella no estaría hoy aquí—. Si no fuese por ti y por Zoé…

—No me lo agradezcas todavía, Ben, no hasta que lo hayas arreglado —me dice con decisión.

Mientras más cerca está la cabaña, más se inquieta Risk en mi interior. Mantenerlo a raya para que no tome el control me provoca un dolor físico agudo y eso me pilla muy desentrenado. Soy consciente, al instante, de mis pocas posibilidades de ganar una batalla contra él si decide iniciarla. Gracias a eso, todo se convierte en una sensación agridulce. He deseado mucho volver a sentirlo… Pero no, no es el momento ni el lugar para que imponga su presencia dominante, no quiero que asuste a nuestra compañera con su impaciencia y territorialidad. Cuando Mateo abre la puerta de la cabaña y el olor de Carlota me golpea con intensidad, Risk casi consigue derribarme en el acto, pero me apoyo con fuerza en los hombros de mi hermano y este, como siempre, me sujeta con firmeza.

«Diosa, es tan intenso».

Entonces escucho la voz celestial de Carlota, pero no en la forma que deseo. Mi compañera grita desesperada y me pongo en alerta al entender que a su loba le pasa lo mismo que a Risk. Son animales. ¿En qué momento pensamos que ellos podrían tener nuestro autocontrol a la hora de pasar por esto? Somos tan egoístas que ni siquiera los hemos tomado en cuenta.

—¡Aaaaaah! ¡Aaaaah! ¡Molly, para! —grita Carlota afectada—, ¡no puedes hacer esto! ¡Contrólate ahora mismo!

—¡Grrrrr! —No puedo soportar el dolor, no puedo continuar con esta lucha por mantener el control de mi cuerpo, estoy demasiado débil—. Risk, solo queremos hablar, ¡contrólate!

Pero es en vano. Sé que tengo que salir de la cabaña y dejarlo tomar el control antes de que me noquee por completo para lograrlo, así que lo hago y me convierto, justo antes de ver como Carlota sale tras de mí.

CAPÍTULO 3



CARLOTA

Juré que no volvería a sentirme incapaz de mantener el control.

En la actualidad.

Molly se ha hecho con el mando, apenas me ha dejado poner los pies fuera de la cabaña antes de abrirse paso y obligarme a cambiar de forma. Maldita sea. He podido ver de reojo a Ben, que agonizaba de la misma manera que yo e intentaba controlar a Risk sin éxito alguno. No ha sido el reencuentro que había imaginado.

Ahora Risk y Molly corren juntos bosque adentro mientras bloquean nuestros gritos e incapacitan nuestro control sobre nuestros cuerpos.

—Lo has tenido durante tres años, me has alejado de él, de casa, de mi familia, y apenas me has dejado salir a estirar las patas en contadas ocasiones —me explica molesta—. ¡Has sido egoísta! —grita, y me congelo al instante. Me desgarra el alma sentir en su voz tal rencor y frustración. Es mi loba, mi amiga, y creí que mi única compañera al compartir mi dolor—. Quisiste olvidar que eres una mujer loba y te escondiste entre humanos, puede que eso fuese suficiente para ti, pero no para mí. Debería encerrarte en ese rincón de subconsciencia para siempre y condenarte a mirar y a añorar, como tú has hecho conmigo.

—Molly, no, por favor —suplico atemorizada. Puedo sentir la sinceridad, la rabia y el dolor en sus palabras a la vez que siento como toda mi energía y atisbo de valor abandona de forma definitiva mi cuerpo. No sabía que se sentía de esa manera. Ignoré todas sus súplicas por volver. Creí que ella era fuerte, creí que era como yo—. No sabía que estabas tan molesta —susurro avergonzada—. Sabes que he estado sanando.

—Vivo en tu cabeza, Carlota, a mí no me puedes engañar, solo lo has querido castigar. Te has estado vengando de él y de ti.

Las palabras de mi loba profundizan aún más la sensación de hueco que se ha creado en mi corazón y en mi alma, ese que, por momentos, parece que vaya a engullirme en su interior.

No quiero escuchar sus reproches, ni sentir su rabia, no quiero ver su dolor. Encerré todo eso

en un cajón hace tres años y tiré la llave. No quiero ser la causante. No quiero enfrentar esta realidad y no quería volver aquí. Diosa de la luna, ¿por qué me haces esto?



Molly y Risk corren libres durante horas y el miedo me recorre las venas sin descanso al ver como, cada vez, se alejan más y más, sin la mínima intención de regresar en algún momento. Al anochecer, y solo cuando están lo suficientemente cansados, se echan juntos bajo una cueva y se acurrucan disfrutando el uno del otro y de su cercanía.

—Molly, devuélveme el control. Por favor —suplico exhausta.

—No lo haré, vosotros dos vais a aprender a escucharnos de una vez por todas.

¡Maldita sea!

¿Por qué tengo que tener una loba con un carácter tan fuerte?

Solo podemos ser espectadores ante el encuentro amoroso de nuestros lobos, eufóricos de dicha por tener de vuelta a su compañero.

—Voy a marcar a mi compañero, Carlota, completaremos nuestro vínculo, te guste o no, se muere, y no permitiré que eso pase.

—¡No! ¡Molly! ¡No te doy permiso!

—No lo necesito, allá tú si quieres dejar morir a Benjamín, pero que te quede claro que, si Risk desaparece, yo me voy con él. —Las palabras de Molly me dejan estupefacta y me paralizo de miedo. ¿A qué grado es capaz de llegar su rebelión?



Tres horas después, y solo una vez completado su vínculo bajo la luz de la luna llena, Molly y Risk nos llevan de vuelta a casa de la manada de muy mala gana.

Todos nuestros familiares, excepto mi hermano, su compañera y su bebé, nos esperan sentados en la entrada. Ruth y mi madre llevan mantas en las manos y nos aguardan con ellas

abiertas. Molly se acerca a mamá y le lame la cara. Risk hace lo mismo con Ruth y añade una pequeña reverencia antes de ser recibido con caricias que parecen agradarle.

—Lobos buenos —canturrea mi madre mientras acaricia el hocico de Molly—. Gracias por darles una oportunidad.

Después de esas palabras, Risk y Molly nos devuelven a nuestra forma humana y, a su vez, volvemos a tener el control de nuestros cuerpos.

Mi madre me rodea con la manta, y juro que cada parte de mi cuerpo tiembla de forma frenética a pesar de no sentir frío. Mamá me sirve de apoyo, pero aún así, me desplomo en el suelo.

—Ha sido una locura, mamá, pensé que no lograría convencerla de regresar —lloriqueo en sus brazos.

—Pero lo ha hecho, no has necesitado convencerla, ella te ha dado la oportunidad de elegir sin seguir matando a su compañero, es una loba fuerte, como su portadora, y debes estar orgullosa, mi amor, no molesta —me reconforta antes de añadir—: ahora tú debes elegir, a tu ritmo, qué harás con el tuyo.

Me tenso enseguida y me permito mirar a Ben de reojo. Me encuentro con su mirada, esos ojos azules intensos me miran suplicantes y llenos de tristeza.

Parece tan vulnerable envuelto en esa manta, temblando desnudo y en los brazos de su madre... Desvío la mirada y pongo los ojos en blanco mientras niego con la cabeza y reprimo el nudo que ahora arde con fuerza en mi pecho. Un solo recuerdo invade mi cabeza, la busco con los ojos y, efectivamente, la terapeuta aún está aquí, esperando junto a todos los demás.

—Sé que es tarde —le digo despacio mientras me acerco a ella—, pero, ¿podríamos tener ahora esa sesión de terapia?

—¿Todos estáis de acuerdo? —pregunta al aire.

—Claro que sí —responde Zoé con contundencia—, lo importante es que Carlota se sienta lista para hablar. —Su mirada se encuentra con la mía y, sentir su comprensión y empatía, me llena de ánimos—. Ella marca el ritmo.

—Me cambiaré y estaré de vuelta en un minuto —les informo.

Subo a mi apartamento y agradezco que me dejen hacerlo a solas. Me sorprende y me llena de sentimientos encontrados abrir la puerta y ver que todo sigue tal cual lo dejé, como cuando me fui, como si solo hubiese salido a un turno de trabajo o a la universidad, como si no hubiese pasado el tiempo.

Me visto rápida con lo primero que pillo y bajo deprisa. Ben ha sido más rápido y ya está esperando dentro de la cabaña, junto a la terapeuta.

—Quiero que nos acompañéis —pido a Zoé y Mateo, que aguardan en la puerta a que entre con intención de marcharse después.

—Carlota, ¿estás segura? Eso es algo muy personal —réplica Zoé.

—Por favor —ruego. Ellos, después de unos segundos de mirarse llenos de indecisión, asienten.

Una vez dentro, me siento en el sofá libre, en el que no se ha sentado Benjamín.

—Me siento más segura si ellos están aquí —explico a la terapeuta—, ¿hay algún problema con eso?

—Por mí, ninguno —dice Ben y ni siquiera le dedico mi mirada.

—Entonces por mí tampoco —asegura Helen—. Carlota, veo que tienes ganas de hablar. ¿Por qué no empiezas tú?

—Bien, estoy lista.

PARTE UNO:

MI AMOR POR TI.

CAPÍTULO 1



CARLOTA

Hay amores que no se olvidan, aunque con el tiempo los dejes atrás, aunque sin ellos, la vida siga.

Hace casi cuatro años.

La primera vez que pensé en Benjamín como el chico más guapo del mundo, tenía nueve años. Me gustaba tenerlo siempre cerca. Desde infantil disfrutaba de su compañía, me sorprendía que me dedicara tanta atención y jugara conmigo en los recreos. Me encantaba que pintara a mi lado en las clases de plástica para después dejar sus manos con pintura marcadas en mi delantal mientras me perseguía sonriendo, de hecho, todavía guardo algunos de esos delantales. Era muy feliz sabiendo que él estaba allí para mí, y lo importante que eso me hacía sentir. Cómo me cuidaba y me protegía de mi hermano y sus amigos, que siempre tenían tiempo para molestarme. Ben siempre ha sabido poner un alto a los matones, les plantaba cara a todos para defenderme, y eso me hacía sentir especial. Qué lástima que al final terminara convirtiéndose en uno de ellos.

Recuerdo lo ilusionada que salía al recreo solo porque sabía que él estaría esperándome.

La primera vez que quise besarlo tenía catorce años. Jugábamos un partido de baloncesto y a él se le daba mucho mejor que a mí. Yo destacaba en otro tipo de cosas, como las letras o las matemáticas. Acababa de dar el estirón y me sacaba ya unos treinta centímetros. De repente, estaba muy alto, con un cuerpo esbelto y alargado, y unos músculos ya muy marcados.

Me sentía importante cuando me dejaba tirar primero y celebraba mis anotaciones, y él, en ese entonces, siempre me lo permitía solo para ver mi sonrisa, o eso imaginaba yo en mis fantasías, en las que él siempre era mi príncipe protagonista.

Nunca pude pillarle del todo el truco al baloncesto, supongo que estaba demasiado distraída con los abdominales recién formados en el cuerpo de Benjamín mientras bloqueaba mis ataques. ¡Oh, Diosa! Fueron años duros. ¡Bendito estirón!

Supongo que lo mucho que Ben me gustaba resultaba demasiado evidente para todos, incluso

para él. Y llegados a un punto, creo que lo asusté, porque a partir de ese año empezó a alejarse cada vez más de mí, haciéndome sentir cada vez más pequeña, invisible y sola.

Recuerdo el dolor y la desilusión cuando en el baile de fin de curso no me pidió ser mi acompañante, terminé asistiendo sola porque no quería ir con nadie más. La distancia entre nosotros se fue volviendo cada vez más grande. Ben se había sumido de lleno en otros amigos, otros deportes y otras responsabilidades, a la vez que me ignoraba casi por completo.

En vez de besarme sin piedad como yo quería, solo me regalaba pequeñas sonrisas lejanas, sonrisas que denotaban compromiso y no afecto sincero.

Se acabó nuestro tiempo juntos, se acabaron los partidos, las historias de amor que leíamos juntos de mis libros favoritos mientras nos tumbábamos en el bosque con pícnics improvisados.

Tuve que adaptarme a ver como la figura de Benjamín desaparecía lenta y dolorosamente de mi vida, hasta convertirse en un fantasma.

Me partió el corazón la primera vez que lo vi rodeado de chicas que lo adulaban mientras él las correspondía sonriente. Me dolió en exceso dejar de recibir invitaciones a su cumpleaños. Cuando se hizo su primer tatuaje y no me lo enseñó.

Pero me dolió mucho más cuando lo nombraron beta y no corrió a contármelo. De repente, yo me había convertido en nadie en su vida y eso hizo que mi corazón se llenara de una creciente rabia y de un sentimiento de abandono, mientras, lleno de dudas, solo podía preguntarse: ¿por qué?

Tuve que conformarme con admirarlo cuando pasaba a mi alrededor y suspirar por él en los pasillos mientras le dedicaba tímidas sonrisas de esperanza.

A pesar de la carcasa que logré formarme, nunca dejé de soñar con probar, algún día, el sabor de esos labios. Con que se girara para mirarme y se enamorara. Nunca dejé de verlo como mi protagonista, mi caballero de brillante armadura, como la persona que quería que se convirtiera en mi primer amor, mi primer beso y mi primer todo.



En ese momento, mientras trabajaba en la guardería, me crucé con su mirada a través de las puertas de cristal. Estaba sudado, con expresión preocupada, y en su ropa vislumbré lo que parecían ser gotas de sangre fresca. Tuve que reprimir el impulso de salir corriendo y preguntarle si estaba herido. ¿Le habría ocurrido algo malo? ¿Alguien se había atrevido a tocarlo? Ojalá

hubiera podido hacerlo en vez de quedarme embelesada siguiendo sus movimientos. Él notó cómo lo seguía mi mirada y levantó despacio la mano para ofrecerme una sonrisa condescendiente a modo de saludo. Hice lo mismo, para después agachar la cabeza avergonzada y llevar mi cabello hacia detrás de mi oreja.

—¿Otra vez babeando por Benjamín?

Salté de asombro al ver que Miguel me había pillado infraganti. Mierda, era consciente de que no se callaría en toda la mañana con el dichoso tema.

—No babeo. —Negué con timidez—. Solo lo veía pasar.

—Están muy ocupados con eso de la espía que logró violar nuestras fronteras —intervino Savannah mientras comía picatostes—, se ha tirado días y noches en las celdas intentando hacerla hablar y nada.

—¿Por eso lleva sangre en la ropa? —Me estremecí al pensar en la persona que estaba recibiendo semejante tortura. Benjamín tenía fama de ser uno de los peores torturadores de la manada.

—No sé por qué te gusta —dijo Miguel poniendo los ojos en blanco—, no sé, no te pega nada, es tan… —dudó— oscuro.

—Me gustaba. Pasado —me sonrojé al momento—, ya no estamos en el instituto.

—Se te da de puta pena lo de mentir —me soltó Savannah en una carcajada sonora—, y lo de no babear cuando le ves, también, ¿sabes?

Ambos se rieron de mí. Fingí indignación mientras ponía los ojos en blanco para después alejarme y continuar con mis deberes.

Esa tarde tenía planes, iría a casa de mis padres en la ciudad y, quizá, si tenía suerte, mamá me guardaría tortitas con miel. Puede que lograse tomar un té mientras estudiaba y ellos leían un buen libro. Mi hermano, como de costumbre, se metería un poco conmigo para después largarse con sus amigos imbéciles.

Mis padres, retirados, se dedicaban en ese momento a disfrutar de su tiempo libre, habían conseguido prestigio como los antiguos betas de la manada. Cuando Ruth y Eliazar delegaron en Mateo, volvimos a nuestra casa en la ciudad y, gracias a que tanto mi hermano como yo éramos menores de edad para asumir el cargo de beta, nos alegramos mucho de que Benjamín hubiera sido el elegido para ocupar ese puesto. Su compromiso con la manada era más que evidente, así como su lealtad y entrega para con su hermano. A decir verdad, convertirnos en betas de la manada no era algo que nos llenase de ilusión a Carlos o a mí.

Cuando acabé el instituto, Ruth me ofreció trabajo en la guardería y el antiguo apartamento de mis padres como alojamiento. Todos eran conocedores de mi vocación con los niños y no les sorprendió cuando decidí estudiar Educación Infantil. Tanto mis padres como yo agradecimos la hospitalidad y el amor de Ruth y lo vimos como una gran oportunidad, además, necesitaba

perder de vista, de una maldita vez, al idiota de mi hermano y a los gilipollas de sus amigos, que me miraban como si mi trasero fuese comestible.

El cambio de turno entró por las puertas de cristal y salí pitando. No me gustaba en absoluto cuando alguien sacaba a relucir el tema de Benjamín. Me sentía expuesta y no sabía disimular mis emociones, y eso me hacía sentir incómoda conmigo misma por el sentimiento amor-odio que sentía hacia él.

Salí del ascensor en la tercera planta directa a mi apartamento. Al cruzar la esquina, me topé de frente con Mateo, Benjamín y Lucía, que conversaban acaloradamente sobre algún tema importante. Me bloqueaban la puerta, ¡joder! ¿No era lo bastante grande esa estancia como para que no tuvieran que colocarse allí delante? En ese momento, tendría que hablarles de forma obligatoria para poder pasar a su lado y esconderme en la seguridad de mi apartamento. Me sonrojé de vergüenza solo de pensar en interrumpir esa conversación, pero, por suerte, Mateo me visualizó en la distancia y me saludó con la mano, pidiéndome que me acercara. Logró infundir en mí la confianza que necesitaba para conseguir hacerlo.

—¡Carlota! —Me sonrió y fue suficiente para que comenzara a acercarme—. Me alegro de verte. ¿Qué tal estás?

—Bien, alfa. —Agaché la cabeza en señal de respeto.

—¿Cómo llevas la universidad y el trabajo?

—Muy bien —sonreí—, ya sabe lo que dicen, trabaja en lo que te gusta y nunca tendrás que trabajar —dije nerviosa.

—Me siento feliz por ti. Estamos bloqueando tu puerta, disculpa, te dejamos pasar.

Dediqué una sonrisa tímida al alfa, así como a Benjamín y a Lucía, mientras se apartaban de mi puerta. La abrí lo más rápido que pude y desaparecí dentro después de susurrar un adiós apresurado.

Me despojé de la ropa, metí mi cuerpo desnudo dentro de la bañera y dejé que el agua caliente cayera sobre él. Lavé mi cabello y me depilé las piernas, para después salir envuelta en toallas mientras elegía mi vestuario.

Entonces tocaron a la puerta, y me resultó de lo más extraño. Seguro que Miguel y Savannah habían olvidado decirme algo. Fue lo único que imaginé.

Abrí la puerta y me congelé en el acto, me quedé perpleja. La expresión de Benjamín delante de mí no tenía comparación ninguna, se sonrojó e intentó mirar hacia otro lado, un poco incómodo quizá.

¿Qué hace aquí? ¿Por qué pone esas caras?

Entonces caí en la cuenta de que estaba delante de él envuelta solo con un par de toallas y el calor subió en oleadas directo a mis mejillas, provocando que yo también me sonrojase.

—¡Oh! —balbuceé nerviosa—, lo siento, pensé que eran mis amigos.

—No pasa nada —me tranquilizó—, no es como si no fuera a verte desnuda en algún momento.

Sus palabras provocaron que mis ojos se abrieran como platos. «¿Qué quiere decir? ¿Acaso él lo sabe? ¿Sabe lo mucho que me gusta y las fantasías que tengo con él?», pensé.

La ansiedad se me instaló en la mente y provocó que me rodease el cuerpo con los brazos, intentando sentirme menos expuesta.

—Cuando te transformes, ¿sabes? —me dijo en tono divertido al ver mi reacción.

—Claro, sí, ya lo sabía… —balbuceé e intenté disimular mi entumecimiento mental momentáneo.

—Mi madre le manda esto a la tuya, dice que le des un beso de su parte.

Ben extendió sus manos pasándome un bol lleno de galletas. Lo cogí de inmediato y lo apreté contra mi cuerpo. Aún mantenía un agradable calor y su olor era casi irresistible.

—Vaya, las galletas de Ruth —sonreí emocionada—, hace tanto que no las pruebo que no puedo prometer que lleguen todas a casa —bromeé—, pero haré mi mejor esfuerzo.

—Mientras dejes alguna para tus padres, puedes comer todas las que quieras —me dijo en tono animado.

Agaché la cabeza a modo de reverencia para darle las gracias y la toalla que sujetaba mi cabello cayó al suelo, dejando mi cara completamente cubierta de pelos húmedos. Lancé la mayor parte hacia atrás con un golpe de cabeza, pero algunos cabellos rebeldes no hicieron el mínimo caso y se quedaron desperdigados por toda mi cara.

Se me aceleró el corazón cuando Benjamín se acercó y sentí el roce de su mano apartándolos de mi mejilla. Entreabrí los labios y respiré con dificultad mientras seguía con los ojos el movimiento de su mano. Estaba tardando tanto en apartar un par de cabellos que conseguía que el calor se apoderase de mí y mi cuerpo lo disfrutase en demasía. Tragué sonoramente el exceso de saliva que se había depositado en el interior de mi boca. «Cálmate, Carlota», pensé, «no es como si fuese a arrancarte la toalla y besarte aquí y ahora». «Cálmate de una vez».

—¿Dónde están tus rizos? —preguntó curioso arqueando una ceja a la vez que conectaba su mirada con la mía y extendía la mano para coger un mechón de mi cabello de la parte de atrás. Lo alargó hasta llegar a la punta, quedando así su mano, tentadoramente, cerca de mi pecho.

—Esto… —contesté nerviosa y me volví a centrar en su mirada—, debo peinarme y desenredarlo para que puedan verse.

—Tus rizos son preciosos, no me dejes sin ellos, te hacen ser quien eres. Mi Carlota —dijo despacio, sin dejar de observar la punta de mi cabello.

—¿Tu Carlota? —¿Acaso había escuchado mal?

Benjamín salió de su trance de forma brusca y soltó el mechón en el acto, se aclaró la

garganta y volvió a adoptar ese semblante lejano y esa actitud seria que siempre mantenía.

—Sí —su tono se tornó serio—, mi amiga Carlota.

—Claro —asentí confusa. Hacía mucho tiempo que no me sentía como su amiga—. Dale las gracias a Ruth por las galletas, Ben, las disfrutaremos mucho.

—Se las daré.

Benjamín me dio la espalda y se alejó decidido, yo cerré la puerta de una patada.

¡Diosa! ¿Qué acababa de pasar? Jadeé mientras recuperaba el aliento y colocaba el bol de galletas sobre la encimera. Definitivamente, Benjamín conseguía sacar todos los calores escondidos en mi interior y, también, era capaz de hacerme rabiar a la vez. Mi amiga Carlota, sí, claro, no recordaba que eso hubiera sido así desde que me dio de lado un día sin ninguna maldita explicación.

CAPÍTULO 2



BENJAMÍN

Cuando no puedes ser amigo de ti mismo, la amistad con otros individuos se vuelve un imposible.

Me sentía como un completo imbécil: «mi Carlota». Pero, ¿en qué demonios estaba pensando? Ah, sí, ya lo recuerdo, en arrancarle la toalla, empotrarla contra la pared y hacer que gritara mi nombre mientras se corría en mis manos.

«¡No! ¡Joder, Benjamín! ¡No seas idiota!», pensé. «Ya hemos tenido unas cuantas veces esta maldita conversación, por más que ella te guste, por más que la desees, no quieres hacerle daño, no puedes, no a ella. No estás preparado para tener una relación formal y menos con una chica que aún no tiene a su lobo».

Ella era una cachorra y yo un maldito enfermo. Tenía que relajarme y no pensar como un animal cada vez que la miraba, mientras tanto podía seguir haciendo lo que hacía con Alana.

Alejarme de Carlota en la adolescencia fue, sin duda, una de las cosas más difíciles que tuve que hacer, pero lo hice por ella.

Me dolía recordar lo genial que eran las cosas entre nosotros y cómo planeaba pedirle que fuera mi novia, lo tenía todo calculado a la perfección, ella era mi único amor, solo debía esperar el momento en el que ella cumpliese los dieciséis.

Pero apareció Ela.

Ela Zambrano Ortiz, la mujer que me enseñó a follar y, con ello, jodió por completo toda mi vida.

Ela, diez años mayor que yo, era mi institutriz en Ciencias Jerárquicas y, como se me daba fatal, debí quedarme solo en su clase durante muchas, muchas horas, mientras hacía refuerzo. Pensándolo bien, ese refuerzo no me sirvió de absolutamente nada, si tuviera que coger un examen de Ciencias Jerárquicas mañana, estoy seguro de que lo suspendería.

Ela tenía una manera diferente de hacer las cosas, era una institutriz en toda la extensión de la

palabra, incluso a la hora de enseñar a un chico inexperto el arte de la sexualidad.

Era demasiado joven, demasiado inocente, y estaba demasiado enamorado de mi mejor amiga cuando la conocí. Ni siquiera había reparado en su metro setenta y su melena oscura, o en lo sexis que le quedaban las gafas de ver cuando me miraba por encima de ellas, o en sus camisas semiabiertas y sus faldas apretadas, antes de que se me insinuara. A partir de ese día, joder, puedo decir que logró volverme completamente loco.

¡Diosa! Siento cómo crece mi erección solo de recordarlo.

¿Por qué tuvo que ser una maldita espía?

La tristeza, seguida de la rabia, me invadía al recordar ese despreciable detalle. Ela tan solo me utilizó para llegar a los secretos más profundos de mis padres, a su documentación y a los detalles sobre su gestión y sus tierras. Gracias a ella, Colmillo de Sangre logró quitarnos diez hectáreas de la frontera sur de los terrenos colindantes con su manada en Castilla y León y, a modo de burla, ese alfa despiadado se trasladó allí, construyendo descaradamente su nueva casa de la manada en nuestros terrenos robados.

Le pasé tanta información como ella me pidió. Nunca lo vi venir, era demasiado estúpido, o ella demasiado lista. Durante dos años y hasta justo antes de asumir mi cargo de beta, solo fui un juguete en sus manos, un títere, y me sentía feliz de serlo.

Incluso mientras la llevaban arrestada para entregarla al tribunal superior de manadas unidas, me lanzó besos provocativos y se lamió los labios, pidiéndome que la esperase. No podía reprimir ese recuerdo, por más que lo intentara. Todavía sentía las punzadas que atravesaban mi corazón sabiendo que, incluso, me lo planteé. Así como también pensé en dar la cara por ella y pedir misericordia, gritar ante todo el mundo que la quería y que ella no había sido, que ella no podía ser una espía. ¿En qué momento? Pasaba la mayor parte de su tiempo conmigo. Me costó muchas lágrimas y sufrimiento entender que así fue como consiguió lo que quería, su tiempo conmigo era su trabajo y yo su principal informante.

Todavía tengo visiones de ella con las manos atadas a la espalda, con esas esposas moradas que tanto le gustaban. Ela disfrutaba cuando la dominaba. Todas esas visiones ya no eran deseadas para mí, aunque aún provocaran que mi cuerpo se estremeciera.

—Supe, desde que te conocí, que esa chica no había sido buena para ti ni para nadie —gruñó Risk en mi subconsciente—. Lo que hizo contigo se llama abuso sexual, aunque no quieras verlo.

—Cállate de una vez, apestoso. ¿Por qué mejor no te largas a rascarte las pulgas a otra parte?

—Sabes a lo que me refiero, Benjamín —me reprimió—, aunque intentes evitar esos pensamientos haciéndote el gracioso con comentarios sarcásticos, gracias a ella no puedes ver a una mujer con los mismos ojos que antes, no puedes tocar a una chica sin pensar en dominarla, como antes lo has pensado con Carlota.

—No tocaré a Carlota —me repetí una vez más—, por ahora. —Rectifiqué preso de mis propias dudas—. La gente puede cambiar, Risk, quizá algún día yo también logre hacerlo. Mientras tanto, siempre que no haga daño a nadie, mis gustos sexuales son solo asunto mío.

—Si tú lo dices… —replicó molesto—. Espero que mi compañera te patee el culo si intentas hacerle alguna de esas cosas.

—No quiero continuar con esta conversación.

Y no quería. Encontrar a mi compañera me producía un miedo profundo, no era el mismo chico que fui antes de conocer a Ela, y no sabía si podría olvidar, de un día para otro, en lo que me convertí después de ella. ¿Y si ella no me aceptaba? ¿Si no le gustaba como era o lo que hacía? De todas maneras, pensaría en eso llegado el momento.

Despedí de mi mente todo tipo de pensamientos distintos a los que ahora atañían mi deber como beta y entré en el despacho de mi hermano. Me instalé en su escritorio y lo esperé. Mateo siempre iba allí después de comer y era extremadamente puntual y ordenado. Yo era todo lo contrario, además de como él mismo decía: su principal distracción y dolor de cabeza. Revolví un poco los papeles ordenados de su mesa pensando que no se podía tener todo tan jodidamente colocado. Me senté en su silla, en la que tenía totalmente prohibido sentarme, y apoyé mis zapatos sobre el escritorio. Molestar a mi hermano y sacarlo de su papel de alfa de vez en cuando era una de las cosas que me hacía más feliz.

Como ya esperaba, Mateo entró en su despacho a las cuatro en punto y no pudo reprimir su rabia al ver mi posición. Me gruñó al instante, mostrándome los colmillos.

—¡Hermano! —Salté poniéndome en pie, reprimiendo una risa nerviosa y colocándome la ropa—. Vengo a hablarte de la espía, dice que es humana, pero ha conseguido a su loba.

—O sea, ¿que es una de las nuestras? —confirmó—. Un paso más para asegurar que es una enviada de la manada Colmillo de Sangre.

—No estaría tan seguro, Mateo.

Noté en el rostro de mi hermano la sorpresa que le producía mi condescendencia ante un prisionero. No es que me creyese en absoluto la historia de esa pequeña espía, pero sabía que podía tratarse de algo más enrevesado, viniendo del Alfa Alonzo Guerra no se podía dar nada por sentado. Esa chica era una chica alfa. ¿Quién enviaría a una chica alfa a morir de esa manera?

Vinieron a mi mente los recuerdos de todo lo que sentí al verla esa noche en el bosque, una cara bonita ciertamente, pero yo ya sabía, a la perfección, todo lo que eso podía esconder, y fue un motivo añadido a mi creciente ira.

Nuestro encuentro no fue grato para ninguno de los dos, y tener que lidiar con su presencia en los calabozos tampoco lo estaba siendo. Solo un imbécil se creería la patraña que contaba de que solo era una chica humana a la que enviaron aquí a través de un portal.

Yo me creía conocedor de la verdad, porque ya lo había vivido en mis propias carnes.

Aun así, a pesar del miedo que veía en los ojos de esa nueva espía enviada por Alonzo, me sorprendió ver que, sabiendo lo intimidante que podía llegar a ser, ella tuvo el valor de enfrentarme. Solo un idiota jugaría de esa manera con mi paciencia y su vida.

—La chica tiene un aura alfa fuerte.

—¿Aura alfa? ¡Venga! Eso es imposible.

—¿Dudas de nuestro olfato, hermano? Para nosotros también resulta algo difícil de entender, tanto como el hecho de que llevemos días torturando a una cachorra que apenas ha conseguido a su lobo y que ella no hable. Y que ni siquiera cambie de versión.

—Iré a verla por mí mismo —dijo en tono bajo—. ¿Qué podría estar tramando Alonzo con esto?

—Quizá nuestros padres sepan decirnos algo, al fin y al cabo, parece que el objetivo son ellos.

—Sabes que nuestros padres jamás hablan del Alfa Alonzo ni de los motivos por los cuales nuestras manadas son enemigas.

—¡Pues quizá debamos presionarlos! Esta semana hemos sufrido tres intentos de asalto en nuestras fronteras, los hemos podido controlar porque siempre envía pequeños grupos que son detectados, pero un día no los detectaremos a tiempo, Mateo, y estaremos en guerra.

—Sabes que estoy trabajando en esa situación, Benjamín.

—¿Lo suficiente? ¿O te tienen demasiado entretenido las faldas de Amelia?

Y era cierto, últimamente me costaba encontrar tiempo con Mateo y sacarlo del trasero de Amelia.

—Mi vida personal no me impide realizar mis funciones de forma correcta. —Mi hermano enfrentó mi mirada desafiante con una muy decidida—. Si tienes algún problema con mi gestión, háblalo con nuestros padres o con los ancianos.

Entrecerré los ojos, confundido, y me pasé nervioso las manos por el cabello mientras daba vueltas alrededor de mí mismo. Jamás pondría en duda la gestión de mi hermano, era un líder nato y se esforzaba constantemente en conseguir el bienestar de nuestra manada y nuestra gente, era solo que, desde que se fue Ela, tenía demasiado tiempo libre y lo echaba mucho de menos. Quería tanto poder decirle la verdad que resultaba doloroso. Me hubiera gustado que volviésemos a ser los de antes, cuando las hormonas y las chicas no habían hecho mella en nuestras vidas; me hubiera gustado contarle a mi hermano como Ela me utilizó sin sentir que me juzgaría como el completo idiota que fui. Quizá Mateo no me lo perdonaría, quizá me sublevaría de mis funciones como beta, no lo sé. Eran demasiadas dudas las que me impedían sincerarme ante él.

—Yo, no, no he querido decir eso, hermano —dije finalmente—, estamos bajo mucha presión.

—Nuestro trabajo es resolverlo, Benjamín, y eso haremos.

—Lo haremos, hermano. Mandaré a que preparen a la chica para recibirte.

Salí del despacho para dirigirme a las mazmorras. Al llegar frente a la chica, la vi tirada en el suelo, delirando y magullada. Me producía tanto asco que alguien pudiera prestarse para hacer daño a otras manadas... Tan joven y ya había tirado su vida por la borda por un alfa que no valía nada. Como Ela. Solo una maldita espía.

—Veo que estás despierta… ¡Denle una ducha! El alfa quiere verla —ordené a los guardias y me dirigí a la sala de torturas para esperarla.

Quería hacerla hablar, quería castigarla como me hubiese gustado castigar a Ela.

¿Y si sabía algo de ella y se lo decía a Mateo?

Sentí como el pánico me invadía. No podía ser, habían pasado dos años desde su arresto y no podía haber tenido contacto con su manada desde entonces. Esa chica solo era un nuevo títere en los brazos de Alonzo, pero, aun así, me apetecía verla sufrir.

CAPÍTULO 3



CARLOTA

Confía en la magia de las sorpresas.

La vida se sentía exquisita cuando estaba en casa de mis padres. Me gustaba vivir sola, pero amaba estar allí. Disfrutaba de tener un rinconcito en ese hogar y sentir que formaba parte de él, que era querida y lo más importante.

La relación con mis padres siempre había sido maravillosa y mi madre siempre había ocupado el puesto de mi persona favorita sobre la tierra. Era una loba increíble que nació en una manada de una isla del caribe. República Dominicana, exactamente.

La vida junto a ella era de lo más divertida: su chispa, su calidez y su incondicional felicidad, eran siempre contagiosas.

Mi madre amaba viajar, dar discursos apasionantes y bailar bajo la lluvia en climas cálidos. Era ese tipo de persona capaz de transmitir energía positiva, incluso en tus peores momentos, o prepararte tu plato favorito solo para verte feliz. Era esa vecina que todos conocían y sabían que estaría dispuesta a ayudar a cualquiera ante un apuro o, incluso, dar de comer a todo aquel que tuviese hambre; sabía que mi madre sería capaz de sacarse el pan de la boca y dárselo a alguien más. Era mi ejemplo a seguir y mi principal orgullo, aunque, eso sí, mejor no le buscaras las cosquillas porque la ibas a encontrar, y si la encontrabas, entonces sería mejor que huyeras lo más lejos posible.

Mi padre, sin embargo, era un hombre serio y rudo, con formación militar y mucho porte. Mamá siempre había dicho que era invencible porque había logrado sobrevivir incluso a impactos de balas de plata.

Cada vez que veía sus cicatrices, recordaba la cantidad de veces que había estado a punto de perderlo, y eso me hacía temblar de miedo. Pero gracias a la Diosa, seguía fuerte como un roble y dispuesto a luchar si lo llamaban para proteger nuestra manada.

Estaba orgullosa de ellos y eran la representación de todo aquello que entendía por amor,

constancia y compañía.

A medida que crecía, viajé por algunos países con mamá y me contagié de sus ganas de ver el mundo y conocer diferentes culturas; eso se convirtió en una de mis cosas favoritas. Papá y Carlos nunca querían acompañarnos, por lo que nosotras nos convertimos en las exploradoras de la manada, así nos llamaban siempre los alfas y sus hijos. A mí me encantaba contarles todo lo que había visto en mis viajes, especialmente a Benjamín, que siempre estaba dispuesto a escucharme, y prometía, ilusionado, acompañarnos algún día.

Ni siquiera hablaba de cosas lujosas, sino tan sencillas como comer una empanada en un puesto callejero en la República Dominicana, o tomar un gofre con chocolate en Bélgica durante el invierno; eran las pequeñeces las que hacían especiales esos viajes. Con mi madre aprendí que nunca es dónde estás, sino con quién, y su risa era el recuerdo que me venía a la mente cuando pensaba en mi lugar feliz. Como me consentía y me protegía era todo lo que sabía sobre la paz y la seguridad.



Una vez devorada la merienda que me había preparado mamá y entregadas las galletas de Ruth, la abracé en el sofá durante dos horas mientras veíamos una película, para después dirigirme a mi habitación y dedicarme a estudiar. Odiaba tener que estudiar tanto y odiaba la época de exámenes finales. Y pensar que aún me quedaba todo un año de carrera...

Eran las ocho, así que pensé que podía estudiar hasta las diez y media, más o menos, para, al día siguiente, levantarme pronto y preparar el desayuno a mis padres.

En medio del pasillo me crucé con Carlos, que salía de su habitación, vestido de manera elegante. Miró mi pijama de lunares y puso los ojos en blanco.

—¿Esa es tu definición de sábado noche? Me produce arcadas lo aburrida que eres, hermanita.

—¿A dónde vas? —pregunté intrigada al ver que se había vestido demasiado elegante.

—A la inauguración de ese nuevo club del que todos hablan.

—Miguel y Savannah también van a ir, quizá los veas por allí.

—¿Y por qué no vas con ellos? Venga, Carlota, todavía te queda mucha carrera, tenemos casi dieciocho, diviértete al menos por un día.

—Pero entonces no podré aprovechar el fin de semana con mamá y papá.

—Tu hermano tiene razón —escuché intervenir desde el salón a mi padre—, deberías salir con tus amigos algún fin de semana, no todo puede ser estudiar y estudiar, hija.

—No es necesario que nos hagas siempre el desayuno y nos lo lleves a la cama los domingos, Carlota —añadió mamá.

—Los interrumpes, ya sabes, de sus cosas —bromeó Carlos, y puse de inmediato cara de asco antes de golpearlo en el hombro con la palma abierta. Se rio de mi reacción y se agachó intentando esquivar futuros golpes—. Bueno, yo he quedado para cenar, si cambias de idea, te veré por allí.

—Vale, me lo pensaré, lo prometo.

Una hora después, me dolían ya los ojos y las manos de crear resúmenes de los temas a estudiar. ¿Por qué, Diosa? ¿Por qué era tan duro estudiar a distancia? Cerré por un momento el ordenador solo para saltar de sorpresa al escuchar el timbre de casa. ¿Quién podía ser a esa hora?

—¡Carlota! —llamó mi madre desde la puerta—. ¡Tus amigos están aquí!

¡Oh, no! ¡Oh, no! Habían venido a arrastrarme a ese club con ellos, lo sabía. Me levanté deprisa y me metí bajo la cama a sabiendas de que eso no me serviría de nada. La puerta se abrió y vi los tacones fucsias de Savannah y los zapatos elegantes de Miguel.

—Sabes que tenemos super olfato, ¿no? —preguntó Savannah, y su cara se encontró de lleno con la mía cuando se agachó.

—Y sabes que no te vas a librar de venir con nosotros —sentenció Miguel mientras me cogía del pie y tiraba de él fuera de la cama.

—No podéis iros de aquí sin ella —gritó mi madre desde la puerta.

—Así será, Adele, gracias por el chivatazo.

—¡Mamá! —protesté mientras salía de debajo de la cama y me sentaba en el suelo—. Me siento traicionada, no es justo.

—Lo que no es justo es que no acompañes a tus amigos, es una noche muy especial para ellos, así que mete el culo en un vestido bonito y péinate decentemente antes de que tenga que hacerlo yo.

—Uuuuuuu —gritó y vitoreó Miguel mientras Savannah aplaudía—, yo necesito una madre así. ¡Adele presidenta!

—Está bien, está bien, no hay que ponerse violentos, voy a vestirme.

Visualicé rápidamente mis posibilidades de escapar, quizá si rodeaba a Miguel y me encerraba en el baño terminarían cansándose de esperar, pero todo era en vano, esperaban mis movimientos y no me quedó otro remedio que levantar las manos en señal de rendición y aceptar.

CAPÍTULO 4



BENJAMÍN

Puedes correr y esconderte de los demás, pero jamás de ti mismo.

Tuve que salir a despejarme después de la barbaridad que había visto hacer a mi hermano: creer en la palabra de esa chica y ordenar que curaran sus heridas en vez de ordenar su ejecución o mantenerla como una prisionera. Mateo se estaba comportando como un maldito idiota y eso me preocupaba en demasía. «¡Maldición! Debí haberla matado en el bosque cuando la encontramos. Debí acabar con ella en el momento en el que escuché su maldita voz cargada de mentiras», pensé. Cómo me jodía no poder advertirle a Mateo sin delatarme en el proceso.

Mis amigos me habían invitado a la inauguración de un nuevo club en el centro y me atraía la temática de su nombre: Dangerous Territory. Toda chica que me interesara esa noche sí que entraría en territorio peligroso.

Paré en la entrada del club y dejé mi Lamborghini veneno encendido para que los aparcacoches se lo llevasen de inmediato. Álex bajó desde el lado del copiloto y nos dirigimos al privado en el que nos esperaban los demás. La gente que aguardaba en la cola se emocionó al verme, me sonreían y me saludaban mientras yo me limitaba a levantar la mano para parecer cordial. Solo iba a despejarme, a beber sin control e intentar no pensar en lo complicada que se había vuelto mi jodida vida. Tampoco en la jodida espía, Ela, la manada o mis deberes de beta. No quería pensar en nada más.

Saludé con choques de manos y abrazos a Dylan y Linux. Estaba feliz de verlos, ya que hacía meses que no salíamos debido a la tensa situación de nuestras fronteras; nos merecíamos un respiro. Los chicos nos esperaban con las botellas llenas de ese preciado elixir embriagador que tanto nos gustaba a los lobos. En cuanto nos sentamos, dos camareras con trajes muy diminutos se acercaron y colocaron chupitos en la mesa.

—Invita la casa. Bienvenido, beta —me dijo, provocativa, una de ellas. Reprimí las ganas de tocarle el culo y le dediqué una mirada condescendiente acompañada de una sonrisa de medio

lado, para después ver cómo se alejaba riendo y cuchicheando con su compañera. Quizá después podría mostrarme su cama.

—¡Vaya, tío! Las vuelves a todas loquitas —me gritó Dylan animado.

—Anda, calla ya, si solo tenían ojos para ti —bromeé.

La sala estaba muy animada, encendida en aquellas luces de colores típicas de las discotecas. La gente bailaba efusiva a nuestro alrededor y yo, raudo y veloz, empecé a beber un trago tras otro sin conocimiento de causa. Estaba ahí para evadirme y sabía que el acónito era lo único que me ayudaría a conseguir esa preciada sensación incorpórea que me hacía no sentir nada. Además, estaba seguro de que cuando acabara la jornada y estuviera inhabilitado, Álex abriría un portal y me metería directo en la cama.

La noche se animó cuando empezaron a reproducir ritmos latinos: salsa, merengue, bachata y reguetón. Dirigí la mirada curiosa a la pista de baile, ya medio ebrio; buscaba algo que quizá no hubiera visto, y la vi.

No podía ser.

Mi Carlota.

¿Qué hacía ahí?

Metida en un vestido negro, corto y de cuero que se ajustaba a su cuerpo y le dibujaba las curvas a la perfección. ¡Maldición! Le quedaba como un guante. Me agité y me acomodé el pantalón cuando sentí crecer el bulto entre mis piernas con tan solo mirarla. Llevaba la melena marrón larga en rizos alborotados que hacían ver su cara mucho más menuda y… Espera, ¿eran zapatillas?

Esas Converse altas de plataforma no desentonaban en absoluto con lo sexi que se veía su atuendo y lo poderosos que resultaban sus movimientos. De hecho, era todo lo contrario, me recordaron que solo mi Carlota podía verse tan jodidamente apetitosa llevando algo así y bailando de esa manera, o al menos a mí me lo parecía.

Siempre había sido una gran bailarina, aunque demasiado tímida como para permitirse destacar, pero esa noche tuve que parpadear varias veces para que mis ojos pudieran creer lo que veían. Efectivamente, era ella dándolo todo a ritmo de una salsa junto a… ¿Quién demonios era ese? ¿Y por qué le tocaba de esa manera la cintura?

Era la primera vez que veía a un hombre acercarse a ella de ese modo y ¡mierda! Estaba jodidamente celoso de no ser yo quien hacía pasear sus pies por la pista sujeta a mi agarre.

Recordé las clases de bachata que había tomado un año atrás, tenía que bailar con ella esa noche.

—¿Estás seguro? —me increpó mi lobo—, estás un poco ebrio.

—Cállate, joder.

—Sabes que no puedes ofrecerle nada a la chica.

—Solo es un maldito baile —lo interrumpí.

—Esto no va a salir bien.

No me importaron, en absoluto, las palabras de mi lobo, ni tampoco mis malditas convicciones o mis malditos remordimientos, porque esa noche yo solo quería ese baile, lo necesitaba, y no fui capaz de pensar en nada más. Solo quería rodear su cintura con mi brazo y balancearme junto a ella al son de una canción.

Enlacé mentalmente al DJ, le pedí que reprodujera una bachata específica y este aceptó de inmediato, no podía negarse aunque quisiera.

Salté temerario la altura que separaba el vip de la pista de baile ante la mirada atónita de mis acompañantes y me dirigí al centro de la pista, donde ella bailaba animadamente y sonreía condescendiente a aquel chico rubio de metro ochenta. Quería quitar la sonrisa de la cara de ese bastardo con un puñetazo. «Es mi Carlota, la chica que he amado toda mi vida, aunque sea demasiado cobarde como para hacer algo al respecto».

Empezó a sonar T*e espero,* de Prince Royce, y María Becerra, y extendí mi mano hacia ella antes de que abandonara la pista de la mano del chico.

—¿Bailarías conmigo? —le pedí.

Su cara se desencajó por la sorpresa para después sonrojarse. Sus amigos, desde su mesa, nos miraban atónitos mientras sonreían y saltaban con la boca abierta. Parecían eufóricos ante nuestra proximidad. «¿Por qué se emocionan tanto? Solo es un jodido baile», pensé.

Sentí el tacto de su mano al aceptar la mía y me estremecí. El calor de su piel siempre había conseguido sobrecogerme de manera positiva.

Coloqué mi brazo alrededor de su cintura y apreté su cuerpo contra el mío, deseoso y desesperado por sentir su proximidad y el contorno de su figura. ¡Oh, Diosa! Eso era todo lo que quería en ese momento. Así solo fuera un baile, iba a disfrutarlo. Ella jadeó ante aquello y agachó la cara. No era la primera vez que bailábamos juntos, de hecho, lo hicimos muchas veces antes de que las hormonas me hicieran tener visiones con su cuerpo desnudo y quisieran obligarme a arrancarle la ropa y poseerla al ritmo de las notas musicales.

Danzamos junto a los acordes de la música, dando vueltas por la pista ante la mirada atenta de todos, y me sentí como si estuviera en el espacio flotando por la falta de gravedad y únicamente pudiese agarrarme a su cuerpo. Inhalé su olor, ese que me había obligado a olvidar, y volví a envolverme en ese trance que me provocaba. El olor de su cabello siempre me había resultado extasiante. Siempre había disfrutado esa cercanía, demasiado.

Me identifiqué con la letra de la canción mientras sonaba: *Ven que yo te espero, aquí en el lugar de siempre*. Siempre esperando; antes, a que fuese lo suficientemente mayor, y ahora, a estar menos jodido, menos roto, a tener a un Benjamín mejor que ofrecerle. No quería alejarme. El acónito en mi cuerpo solo me hacía estar más seguro de que quería, más que nada en el

mundo, tenerla cerca, más cerca que nunca.

¿Por qué me gustaba Carlota de esa manera? Era casi incontrolable, no me reconocía, me asustaba.

—Me gusta verte por aquí esta noche —le susurré al oído—, ya era hora de que salieras a divertirte.

—Lo mismo digo —respondió.

—Es agradable ver que sacas a la pista tus pasos de baile, no me he podido resistir a recordar viejos tiempos.

—¿Tú? ¿Te acuerdas de nuestros bailes juntos? —se burló incrédula.

—¿Cómo podría olvidar algo así?

—No lo sé, es decir, parece que me has olvidado por completo.

—Nunca te olvidaré, Carlotita, eras mi mejor amiga.

—Sí. —Noté la decepción en su voz—. No se abandona así a las amigas.

Touché. Directa al grano, y cuánta razón tenía, pero definitivamente no quería hablar sobre eso. Le di un par de vueltas antes de encorvarme un poco para volver a apretar su cuerpo contra el mío y aprovechar al máximo esos momentos de cercanía. Esta vez nuestras caras estaban de frente y mi movimiento fue tan rápido que nuestros labios casi se rozaron. Carlota gimoteó y giró la cara con rapidez, avergonzada, estaba demasiado tensa para mí, demasiado tensa por mí.

—Antes bailabas muy relajada con ese chico. ¿Por qué conmigo no?

—Perdón —susurro mientras recuperaba el aliento—, es solo que hace mucho tiempo que no bailaba contigo.

—Eso debería cambiar, hacemos una gran pareja de baile.

—Estoy de acuerdo. —Sonrió.

CAPÍTULO 5



CARLOTA

Miénteme aunque sea una noche, hazme creer que es verdad, juro no dañar tu nombre, solo quiero sentir tus ansias de libertad.

Benjamín me sacó a bailar un total de nueve veces a lo largo de la noche, me tenía sin aliento, y ningún chico volvió a acercarse para bailar conmigo desde que él reclamó toda mi atención. Bailamos todos los géneros musicales e, incluso, lo hicimos en grupo junto a sus amigos y los míos con la música disco. Una noche digna de recordar ya que había olvidado cuán divertido podía ser Ben. Aun así, me desconcertaba el interés exorbitado que estaba demostrando en mí esa noche, aunque claro, según él, era en honor a nuestra antigua amistad. Para mí era solo fruto de todo el acónito que había ingerido y de lo ajustado que estaba mi vestido esa noche. Nuestra amistad no era importante para él, nunca lo había sido, la había olvidado y dejado de lado de la noche a la mañana sin detenerse un segundo a mirarme a los ojos o a darme una mínima explicación, sin pensar en mis sentimientos o en lo duro que llegó a resultarme. Intenté preguntarle sobre el tema alguna vez, pero claro, él me había evadido con gracia y sigilo.

«No te motives, Carlota, solo está siendo amable contigo, que a ti te excite hasta verle andar es solo problema tuyo», me recordé a mí misma intentando centrar mis pensamientos.

A las cuatro de la mañana, la discoteca estaba en su máximo apogeo, pero Ben estaba en tal estado de embriaguez que no podía mantenerse apenas en pie y caía sobre mí mientras bailábamos. Lo ayudé a sentarse por última vez y localicé a Álex con la mirada, hice señas en su dirección y él se acercó de inmediato.

—Quizá deberías llevarlo a casa —le grité—, está demasiado borracho.

Benjamín me cogió de las manos desde la silla y tiró de mí tan fuerte que no logré resistir la inercia. Caí sentada sobre sus piernas y nuestros labios, esa vez, sí se rozaron ligeramente haciendo que un temblor recorriera mi interior, erizando cada vello de mi cuerpo y poniéndome nerviosa al momento. Me levanté de inmediato, sobresaltada, dudando de si esa fue o no su

intención.

¿Lo había hecho a propósito?

Pude confirmar que sí cuando vi la sonrisa pícara que se dibujó en sus labios después de lamerlos, como si los estuviera saboreando y disfrutando.

—Ven conmigo a casa —me pidió con la voz entrecortada. Me sorprendió el hecho de que fuese capaz de construir frases completas—. Me hubiese gustado ser yo quien te llevase a la tuya, pero creo que no podré conducir en este estado.

—Ben… Yo… No sé…

—Si no vienes conmigo, entonces no me iré.

—Eso es trampa, Benjamín, no puedes ni andar.

—Venga, podemos contarnos historias tumbados uno sobre el otro, como antes.

¡¿Qué?! Diosa de la luna, las palabras incoherentes que salían de su boca solo provocaban que me sonrojara, muerta de vergüenza. Álex lo había escuchado y podía pensar que no se trataba de algo inocente, como lo era realmente. Ya nada era como antes. ¿Por qué, de repente, Benjamín se acordaba tanto de mí y de nuestros ratos juntos? ¿Por qué, de repente, recordaba que existía y sentía esas ansias locas de pasar tiempo conmigo? No lo entendía en absoluto, pero seguía siendo Ben, el hijo de Ruth y uno de mis mejores amigos de la infancia, no había nada de malo en que me asegurara de que llegara sano y salvo a casa.

—Está bien, me aseguraré de que llegues seguro a casa. Savannah, ¿puedes decirle a Carlos que avise a mi madre de que he regresado a casa de la manada?

—Bueno —sonrió Alex—, vinimos dos y nos vamos tres.

Cruzamos el portal llevando a Benjamín entre nuestros brazos y agradecí nuevamente no haber hecho caso a mis amigos y no haberme puesto tacones esa noche. El cuerpo musculoso de Ben era muy pesado, por eso suspiré recuperando el aliento cuando lo tumbamos en la cama. Le quité los zapatos y, antes de lograr taparlo con la manta, rodeó mi cuello con su brazo y me empujó hacia delante. Caí sobre él con todo el peso de mi cuerpo sin poder poner siquiera mis manos como barrera, no había nada, nada entre su cuerpo y el mío. Me llené de pánico e incertidumbre. Empecé a respirar con dificultad y a intentar levantarme cuando lo escuché decir de manera contundente.

—Quédate conmigo, mi Carlota —ordenó en mi oído haciendo que todos los vellos de mi cuerpo se erizaran.

Mi Carlota, otra vez…

—Ben, no puedo dormir aquí. —Negué con mis labios rozando los suyos y las mejillas en carne viva.

—No dejaré que te vayas. —Me apretó contra sí con más fuerza—. Me haces sentir en paz. —Hundió su cara en mi cuello y unas cosquillas agradables recorrieron todo mi cuerpo al sentir su

creciente barba.

—Te dejaré una piedra de portal para que puedas irte a tu habitación por la mañana. —Mi pánico y vergüenza se hicieron mayores al recordar la presencia de Álex en la habitación, observando cada detalle mientras sonreía pícaramente, para después guiñarme un ojo, salir por la puerta y dejarme allí.

—¡No! Oye, espera —intenté llamarlo, pero mis intentos fueron inútiles. ¿Qué demonios creía que iba a pasar esa noche?

—Shhh —me chistó Ben—, vamos a dormir, mi Carlota.

Nerviosa y sin entender nada de lo que estaba pasando, me resigné a la idea de que no me soltaría.

«Bueno, esperaré a que se duerma y luego podré irme de aquí», pensé.

Intenté acomodarme entre los brazos de Benjamín. La manta estaba debajo de nosotros por lo que era imposible tirar de ella para poder utilizarla, y yo, a diferencia de él, sentía frío porque aún no tenía a mi loba. No podía hacer nada, y la fuerza de sus brazos me dejaba sin posibilidades de salir de su cárcel. Entonces, giró mi cuerpo tumbándolo de lado en la cama, mientras él seguía detrás de mí manteniendo, con fuerza, la sujeción de su brazo sobre mi cintura.

«Quizá esto no está tan mal», pensé mientras me acomodaba entre sus brazos. Podría relajarme y disfrutar ese momento, guardarlo en mi conciencia como un regalo preciado, solo serían unos minutos, hasta que se quedara completamente dormido.

Dormir entre los brazos de Ben era algo con lo que había soñado durante mucho tiempo. Solo éramos dos amigos durmiendo juntos, no había nada sexual en eso, aunque mi mente pervertida quisiera distorsionarlo solo porque estaba loca por él. Iba a disfrutarlo un rato; total, se despertaría al día siguiente y se arrepentiría de haber vuelto a hablar conmigo.

Y así, tal cual, con ropa y zapatos puestos, en cucharita, me quedé dormida junto a él, inhalando su aroma, sintiendo su tacto y su calidez sobre mi cuerpo y guardando ese momento para siempre en un rincón privilegiado de mi memoria.

CAPÍTULO 6



BENJAMÍN

¿Arrepentirse de sus actos, forma parte del lenguaje de los valientes o de los cobardes?

¡Mierda! ¡Joder! ¡Maldita resaca!

De repente, me sorprendí. Mi brazo izquierdo estaba completamente dormido debajo del peso de algo. ¿Y el derecho? Lo moví mientras obligaba a mis ojos a abrirse despacio y sentí el tacto del cuero. ¿Qué? ¿Qué estaba pasando?

Mis fosas nasales se vieron empapadas por el olor frutal que caracterizaba el cabello de Carlota y eso hizo que obligara a mis ojos a abrirse más deprisa. Parpadeé varias veces hasta lograr adaptarme a la luz antes de apartar la mata de pelo marrón que tenía sobre el pecho y parte de la cara. Vislumbré a la chica menuda que dormía entre mis brazos y mi alma casi cae a mis pies ante la sorpresa. ¡Mierda! Pero, ¿qué había hecho? En mi pecho se instaló una sensación de miedo enorme y la tensión, junto a la incertidumbre, se adueñó de todo mi ser.

¿Qué hacía Carlota ahí? En mi cama. ¡Oh, Diosa! Al menos estábamos vestidos.

—¡Risk! —llamé mentalmente a mi lobo, desesperado, mientras me movía despacio buscando una forma de liberar mi brazo—. ¿Qué pasó anoche?

—No lo sé, canalla —contestó adormilado—, bebiste tanto acónito que casi me has envenenado.

—¿No habré…? No habré follado con ella, ¿verdad?

—No creo, imbécil, no tiene pinta de que te haya violado mientras estabas indefenso, si es lo que te preocupa.

Mierda… Pero, ¿cómo pasó esto? ¿Cuánto bebí? ¿Qué coño dije?

La recuerdo vagamente en la pista, bailaba despreocupada al ritmo de la música. Su cabello, su olor, sus movimientos dentro de ese vestido ceñido de cuero; no pude resistirme. Y luego bailó conmigo. No, no la pude haber tocado. Si fuese así, ella no estaría ahí, entre mis brazos ahora. Tampoco le pude decir cuánto he babeado por ella desde que era un crío.

Saqué mi brazo despacio e intenté moverlo, agonizando por el dolor que me producían los calambres que lo recorrían en ese momento.

Ella empezó a removerse y supe que se iba a despertar, Carlota siempre había tenido el sueño muy ligero.

Se sentó de un salto en la cama y abrió los ojos como platos con una fuerte inhalación, recorrió mi habitación con la mirada antes de encontrarse con mi expresión atónita y nos miramos, durante unos segundos, con la misma sensación de pánico y sorpresa. Nuestras caras, en ese momento, debían de ser un poema.

—Ben —dijo preocupada—, ¿estás bien?

—¿Qué haces aquí, Carlota? —pregunté cauteloso.

—¿No lo recuerdas? —Su cara cambió al momento y pude notar en ella atisbos de vergüenza, decepción y tristeza—. Anoche, tú… Me pediste que te acompañara y después me atrapaste en tus brazos y no me dejaste marchar.

—¿No habremos…?

—¡No! —Se sonrojó—. Somos amigos, Benjamín, solo quise asegurarme que estabas bien porque así me lo pediste. Ahora, yo debería irme.

—No pueden verte salir de aquí —la detuve—, mi madre…

—Tranquilo —me interrumpió—, tu amigo me ha dado las instrucciones que debo seguir, supongo que como a todas las chicas que vienen aquí.

Se levantó de un salto y se colocó el vestido. Joder, el cuero ceñido a ese culo respingón era la visión más sexi que había tenido en la vida, pero todo ápice de lívido cayó en picado cuando le vi la expresión. Ella estaba avergonzada, era evidente; sus mejillas parecían una chimenea, incluso creí que, quizá fijando la mirada, podría ver el humo salir de ellas.

—Carlota, no pretendía… —Me acerqué y la cogí de la mano. No, joder, no, me prometí a mí mismo no hacerle daño—. Lo siento, esto está mal.

—¿Qué está mal? ¿Que volvieras a hablarme borracho después de haberme ignorado por años? —Me sorprendió la rabia y el dolor que escuché en su voz, y me invadió una sensación de repudio y odio hacia mí mismo al comprender que la había hecho sufrir con mi ignorancia durante todo este tiempo—. Tranquilo, Benjamín, lo entiendo, entiendo que no quieres ser mi amigo.

—No es eso, Carlota —dije desesperado apretando mi sujeción—, tú no lo entenderías.

—Lo entiendo, Ben, ya no soy una niña, ¿vale?

Abrió el portal y desapareció ante mis ojos. ¡Mierda! ¡No, idiota! «Esto es exactamente lo que has evitado durante años y has conseguido joderlo todo en una sola noche».

CAPÍTULO 7



CARLOTA

Odio que los buenos recuerdos se hayan convertido en algo doloroso.

¿Pero, qué…? ¿Qué era exactamente lo que acababa de pasar? No podía entenderlo. ¿Primero me retenía entre sus brazos toda la noche y al día siguiente se despertaba avergonzado por ello?

Algún día me armaría del valor necesario para enfrentarlo como la Diosa mandaba, le preguntaría a la cara por qué pasó de mí durante tres años y tendría que contestarme porque no aceptaría sus jodidas evasivas.

¿Qué era lo que había hecho mal para que desapareciera de mi vida de esa manera?

Me observé durante un rato en el espejo de mi habitación, allí, de pie, dudando de mí misma, con mi vestido ajustado, me pregunté: ¿qué es lo que estuvo mal en mí en aquel entonces? ¿Qué es lo que estaba mal en mí ahora? ¿Quizá el vestido? Sabía que no era buena idea ponerme ese vestido. Fue un regalo de Miguel por mi cumpleaños número diecisiete y llevaba colgado en el armario con la etiqueta desde entonces. Cuando me lo ofreció anoche para que me lo pusiera, no pude decir que no a su insistencia, pero ya sabemos lo estrambóticos que son los gustos de Miguel.

¿Quizá a Benjamín le causé curiosidad anoche solo por llevar ese vestido?

¿Quizá solo me parecía a alguna chica con la que había tonteado antes?

«Venga, Carlota, no lo pienses demasiado. ¿Qué más da? No vas a poder meterte dentro de su cabeza y saber lo que pensó anoche, ahora mismo o hace tres años. Tienes que centrarte en ti, como has hecho desde ese entonces, y seguir adelante con tus cosas», me mentalicé.

Miré el reloj de mi teléfono: las diez de la mañana. Una hora aceptable para darme una ducha y regresar a casa, aunque mis párpados aún pesaban, debía ir a recoger mis libros, ya que los había dejado todos allí.

Mi ducha fue larga y relajante, me puse mi mejor ropa casual de domingo y pedí a uno de los

chóferes de casa de la manada que me acercase a mi casa mientras escuchaba música con los cascos. Agradecí a Ruth por haber dispuesto todas las comodidades para mí, como si fuese una más de sus hijos.

Entré en silencio por la puerta de casa por si aún dormían, pero pronto me di cuenta de que no lo hacían, al menos no todos. Había tortitas sobre la encimera, por lo que intuí que mi madre ya había estado en la cocina. No pude resistirme y comí dos con un vaso de zumo de naranja para reponer mis fuerzas. Después me dispuse, toda la mañana, a estudiar.

Para tomar un descanso de las lecciones, respondí la lluvia de wasaps que me habían dejado Savannah y Miguel.

Chicos, calma, estoy bien, os contaré todo mañana en el trabajo. Aunque tampoco es que haya mucho que contar.

Mi teléfono fue bombardeado por otra lluvia de mensajes, mis amigos estaban presos de la desinformación y con unas ganas locas de saberlo todo, pero yo, lo último que quería, era hablar sobre eso. Es que ni siquiera había nada que contar, haber dormido junto a él no era algo de lo que presumir.

En el trabajo hablaremos sobre ello…

Apagué el móvil para que me dejasen concentrarme en mis estudios y continué.

Perdí la noción del tiempo y me sobresalté cuando, de forma brusca, llamaron a mi puerta.

—Dice mamá que vengas a comer —escuché gritar a Carlos.

—Voy enseguida.

Dejé mis libros sobre la cama y me dirigí a la mesa perfectamente montada por mi padre. Mamá había cocinado la Bandera, un plato típico de la República Dominicana, que consistía en arroz blanco, alubias rojas y carne guisada, acompañado de ensalada o plátanos fritos. Delicioso. Amaba comer con el sazón de mamá.

—Gracias por la comida, mamá —dije mientras me sentaba en la mesa.

—Siempre es un placer, mi amor.

—Bueno —empezó a decir mi hermano en tono burlón, y mi cuerpo se paralizó enseguida. Que no soltara lo que creía que iba a soltar a continuación, Diosa, por favor, que no lo haga—. ¿Qué tal tu noche con el beta?

Mierda, lo había hecho. El plato que sostenía se me cayó de las manos y chocó contra la mesa.

El pánico recorrió mi cuerpo y me hizo temblar como si se tratase de un escalofrío incontrolable. Miré a mi hermano a modo de reprimenda, roja como un tomate, y este se echó a reír. Agaché la cabeza y me tapé la cara con las manos, y juro por la Diosa que me hubiera gustado ser una avestruz en ese momento y meter la cabeza bajo la tierra.

No podía ni mirar a mis padres, simplemente, no podía.

—Ayer Benjamín no le quitó las manos de encima en toda la noche, bailaron juntos una tras otra hasta que Ben no podía sostenerse por sí mismo y tuvieron que llevarlo a casa, y claro, Carlota se fue con él.

—No pasó nada entre nosotros —aclaré—, me pidió que, por favor, lo acompañase y me sentí en la obligación de hacerlo, es el hijo de Ruth, y fuimos buenos amigos en el pasado —expliqué sin poder levantar la cabeza.

—Carlota —me llamó mi madre con suavidad—, no hay nada de lo que debas avergonzarte, tienes casi dieciocho años y no pasaría nada por el hecho de que te gustase un chico y tuvieses sexo con él.

—Principalmente Benjamín, todos sabemos que has babeado toda la vida por él —añadió Carlos en medio de sus risas.

—No es gracioso —lo reprendí, y esta vez sí reuní el valor para levantar la cabeza y dedicarle una mirada inquisitiva—, deja ya de meterte conmigo, solo me correspondía a mí hablar sobre esto con mis padres.

—¿Qué más da? Todos sabemos que no pasó nada, al fin y al cabo, Benjamín nunca se ha interesado en ti como algo más que un amigo.

—¡Carlos! ¡A tu habitación! —lo riñó mi padre—, deja de incordiar a tu hermana.

—Pero…

—¿Cuándo vas a madurar? ¡No puedes hablar de ese modo!

—Está bien, lo siento, Carlota —se disculpó—, no pretendía ser grosero contigo, o sí, pero ya sabes que eso forma parte de nuestra relación.

Mi hermano siempre siendo el idiota de mi hermano, teníamos diecisiete años, pero aún quería patearle el culo cada vez que me molestaba con sus estupideces.

—Cariño. —Mi padre se aclaró la garganta llamando mi atención—. Sabes que confiamos en ti y que no nos enfadaríamos si tuvieras novio.

—Lo sé, papá, mamá se encarga de decírmelo siempre que tiene la oportunidad.

—Porque quiero que lo tengas claro.

—Lo sé. Todo a su tiempo, mamá, la Diosa tendrá sus planes para mí como los tiene para todos.

—Así es.

¿Los tenía?

¿Podría algún día borrar la sombra de Benjamín de mi corazón y abrirlo para alguien más? Eso solo me lo diría el tiempo.

CAPÍTULO 8



BENJAMÍN

Distorsionas mis recuerdos colándote en mis sueños y en mi realidad, consigues hacerme dudar de en cuál de las dos me encuentro, así como de la veracidad de ambas.

Iba de camino a mi habitación, de regreso del bosque después de haber sacado a Risk a correr durante casi todo el día. Me odiaba por sentirse tan débil debido a mi intoxicación de ayer y quería compensarlo, permitirle recobrar fuerzas y energía corriendo y cazando durante un largo periodo de tiempo. Ojalá hubiera podido ser un poco más como Mateo, seguro que su lobo estaba encantado con él. Ojalá pudiera ser un robot preparado para gobernar, cumplir las reglas y hacer lo que se me decía, así no causaría tantos dolores de cabeza a los demás, incluso a mí mismo. Pero los hermanos no tenían por qué ser parecidos. De hecho, mi madre siempre dijo que éramos como el agua y el aceite, y tenía razón.

Me disgustaba que mi hermano le diera el beneficio de la duda a esa chica espía del bosque. En ese momento, ella se encontraba plácidamente durmiendo en el hospital, recuperándose de sus heridas, las que principalmente yo había causado. Cuando ella despertara, seguro que Mateo escucharía y se tragaría todas sus malditas mentiras como yo me tragué con agrado todas las que me contó Ela.

Me metí directo en mi habitación y llené la bañera con agua caliente, necesitaba despejarme, relajarme un poco y lo necesitaba enseguida, olvidar durante un rato lo jodidamente imbécil que fui. Vivir en mi cabeza era una maldita tortura. Desde que esa espía llegó, me acordaba de Ela más de lo normal.

Me desnudé y me estremecí de placer cuando mi cuerpo cansado entró en contacto con la sensación inmejorable de estar sumergido en agua caliente. Me acomodé y cerré los ojos, acostumbrándome a esa sensación. Me fui liberando de la tensión, poco a poco, dejándome fluir, relajado en el agua. Pero la neutralidad mental que deseaba conseguir siguió siendo un imposible, ya que, como siempre, pensé en Ela.

Ela. Ela. Ela. ¡Joder! ¡Maldita, Ela! Ela y su jodida manera de follar. Ela desnuda suplicándome que atara sus manos a la espalda y que vendase sus ojos. Ela ante mí, sumisa, con el deseo de que la dominase. Ela gimiendo y arqueándose de placer bajo mis embestidas. ¡Maldición! ¡Esto tenía que parar!

Metí la cara bajo el agua con la intención de dispersar los recuerdos, pero me fue imposible, se hicieron más fuertes, más reales, más vividos.

¿Por qué demonios no podía parar de pensar en la jodida Ela?

No había vuelto a encontrar una chica capaz de reproducir mis gustos como lo hacía ella, al fin y al cabo, ella fue la que me los enseñó.

Dejé que mi mente viajara con nostalgia a la primera vez que follamos: tenía dieciséis años y estábamos a mediados de curso, nos preparábamos para el baile de primavera y tenía claro que iba a pedirle a Carlota que me acompañase, pero, en medio de mi distracción por mis tareas cotidianas, noté las miradas que me ofrecía la profesora de Ciencias Jerárquicas y empecé a percatarme e, interesarme aún más, por el asedio de sus ojos sobre mi cuerpo en desarrollo. No quise darle importancia, realmente nunca creí que llegaría a tener ninguna oportunidad con ella. De hecho, nunca quise una oportunidad con ella, hasta ese día.

—Benjamín, qué bien que hayas podido asistir a nuestra clase particular.

Dijo con su tono de voz sexi al entrar en aquella clase del sótano en la que me citaba tres veces por semana, esa en la que vivimos la mayor parte de nuestros encuentros y nuestra «relación», si es que se podía llamar de esa manera a un engaño. Me tensé al momento y me puse de pie para recibirla con educación.

—Claro, es decir, no sé por qué voy tan mal en esta clase y me gustaría mejorar, gracias por la ayuda que me ha ofrecido, profesora Zambrano.

—Y te ayudaré, Ben, pero primero me gustaría que tú me ayudases a mí. Tengo un problema desde que llegué a este lugar que no sé cómo resolver —dijo mientras me acercaba, de manera tentadora, la camisa entreabierta a la cara. Mi respiración se cortó, a la vez que, rojo como un tomate, hice un esfuerzo enorme para mirar hacia su rostro y pensar en algo más que sus pechos.

—¿Un problema, profesora? —tartamudeé.

—Sí, pero no sé, no sé si debo contártelo. ¿Crees que puedes guardar bien un secreto, Benjamín?

—Eh —dudé—, claro, pero mi familia la podría ayudar.

—No. Es algo con lo que solo tú puedes ayudarme, algo que debe permanecer solo entre nosotros.

—Siendo así —dudé confuso—, creo que sí, haré todo lo que esté en mis manos por ayudarla, profe.

Ni en mis mejores fantasías podría haberme imaginado lo que sucedió a continuación.

—Encontré a mi compañero —dijo afligida—, pero él no me quiere.

—¿Qué? ¿Cómo puede ser eso posible? —pregunté incrédulo. Aquella mujer delante de mí era sexi, lista y muy hermosa.

—Estoy empezando a notar los efectos del celo y no quiero caer víctima de él. —Apartó la mesa y se sentó en mis piernas. Me dejó perplejo, me rodeó el cuello con sus brazos mientras sollozaba, haciendo que sus pechos chocaran directamente con mi mejilla mientras rebotaban debido a los espasmos que provocaba su llanto. Era un chico de dieciséis años, uno que ya medía metro noventa, uno que ya tenía fantasías y se tocaba a sí mismo pensando en una Carlota demasiado joven. No pude evitar la manera en la que mi respiración se aceleró, y la sangre bombeó con más rapidez a través de mi cuerpo despertando mi erección.

—¿Cómo podría ayudarla yo? —fui tan estúpido de preguntar.

—Eres un chico listo, Ben. —Liberó mi cuello y deslizó su mano dentro de la hendidura de su camisa, desabrochó los botones superiores despacio bajo mi atenta mirada y observé su lencería rosa cubriendo sus perfectos pechos—. Creo que puedes imaginarlo…

La reacción de mi cuerpo fue mi perdición en ese momento, ni siquiera tuve tiempo de comprenderlo cuando ya todo en mi anatomía estaba dispuesto a decir que sí a cualquier cosa que ella pidiese. Un atisbo de temor se asomó ligeramente en mi interior, pero lo deseché con rapidez cuando se vio sobrepasado por mi nivel de excitación.

«No puedo hacer esto. Carlota…».

Ela me agarró la mano y la colocó sobre sus pechos y, aun así, en vez de saltarle encima en aquel momento, todavía me atreví a preguntar, confuso, como el mayor de los idiotas.

—¿Quiere aparearse conmigo?

—Eso quiero, Ben, ¿puede ser ese nuestro secreto?

No me dio la oportunidad de responder, me metió la lengua hasta la garganta en un beso voraz mientras acariciaba mi entrepierna. Joder, maldita sensación divina, el placer, que subía en oleadas, apenas me permitía respirar.

Se puso de pie unos segundos liberando así mis labios y recuperé el aliento con dificultad, flipando por lo que estaba sucediendo. No pensé que iría más allá, a esas alturas todavía no me esperaba lo que pasaría a continuación, pero volvió a sentarse sobre mí con las piernas abiertas y sus pechos volvían a estar a tentadores centímetros de mi cara. Con su mano libre, dirigió la mía directa a su culo buscando alguna reacción por mi parte. Me había quedado patidifuso, pero estaba sumamente excitado y dispuesto a hacer lo que ella quisiese que hiciera.

Sentí cómo empujaba mi cabeza hacia atrás y me besaba el cuello alargado. Apreté las manos en su culo en medio de gemidos que se escapaban de mi interior, para ver de reojo como, en medio del ataque con su boca a mi cuello, desabrochaba por completo su camisa y tiraba con fuerza de su sujetador liberando sus pechos.

Yo, incrédulo ante tan celestial visión, inicié un nervioso y patético intento por imitarla e hice lo mismo con la mía. Ela atacó con furia mis pantalones, desabrochando con una rapidez inhumana mi cinturón, y me levanté de un salto cuando tiró de mí y lo bajó junto a mi calzoncillo hasta la altura de mis rodillas, liberando mi erección sin que yo me lo esperase o pudiese evitarlo. No pude procesarlo, no pude entender todo lo que estaba pasando, todo iba demasiado deprisa como para darme el tiempo necesario para sentirme expuesto o para que el pudor viniera a visitarme. Ela se puso de rodillas frente a mí y se llevó las manos a la espalda, sujetándolas entre ellas como si las llevase atadas. La confusión pasó como una ráfaga en mi mente ante su posición. ¿Qué demonios? Pero ella no me permitió ni terminar la frase en mis pensamientos, se metió mi polla en la boca y succionó su sabor consiguiendo que mi cuerpo se arqueara de placer. Me agarré con fuerza a la mesa que tenía enfrente para no caer ante aquella alucinante sensación que, en aquel momento, se esparcía por todo mi ser. Maldita sea, ya había jugado con las manos durante mucho tiempo, pero que te lo haga alguien más, sentir el calor y la humedad de su boca... ¡Diosa! No sabía si podría resistir.

La excitación me envolvió tanto en mi recuerdo como en la realidad. Allí, dentro de esa bañera llena de agua caliente, estallé de placer como lo hice aquel día en la cálida boca de Ela. Pero mi rostro se desencajó, lleno de confusión, cuando el de ella se distorsionó en mi mente. Mientras se pasaba los dedos por los labios y jugaba con mi placer dentro de su boca, su cabello cambió de color y se volvió marrón y rizado. Busqué sus ojos con desesperación y me reconfortó ver que me miraban con el mismo deseo, pero ya no era Ela, era Carlota.

Respiré con dificultad y me recuperé del orgasmo y de la impresión.

¿Por qué?

¿Por qué se había colado en mi cabeza la imagen de Carlota?

Era la primera vez que se colaba la cara de otra chica mientras me daba placer después de haber conocido a Ela.

Volvía a estar demasiado obsesionado con ella, como cuando era un crío.

Deseché de mi pensamiento los recuerdos de todo lo que había sucedido entre Ela y yo a continuación y de la cara de Carlota sustituyendo a la de Ela. Solo quería olvidar ese día en el que perdí la inocencia y la capacidad de ver más allá de ese cuerpo que me volvía loco. No podía permitir que eso me volviera a pasar.

CAPÍTULO 9



CARLOTA

Una mente ocupada no extraña a nadie.

Estaba enfrente de las puertas de cristal de la guardería llenándome de valor para entrar. Sabía que iban a bombardearme con preguntas incómodas a las que no me apetecía en absoluto contestar.

Dicho y hecho, no había atravesado bien la puerta cuando aquellos dos chicos con su uniforme blanco repleto de pequeños lobos de diferentes formas y colores ya me acosaban sin piedad.

—¡Tienes que contárnoslo todo! —gritó Miguel—, nos has tenido en vilo demasiado tiempo, no es justo.

—Chicos, no pasó nada, solo lo acompañé a su cama —recordé con amargura mientras colocaba mi pequeña mochila tras el mostrador—, estaba demasiado borracho.

—Lo que estaba era loco por ti, Carlota —gritó Savannah emocionada—, ese chico no podía quitarte los ojos de encima.

—Estáis delirando, hoy me verá y no se acordará de nada.

—Chica, no puedo entenderte, ¿babeas por Ben desde infantil y no te alegras de lo que ha pasado? Tienes que aprender a tomar el toro por los cuernos, a sacar tu fuerza interior y conseguir lo que quieres.

—Calla de una vez, Savannah —me reí—, Benjamín es un gilipollas, pero bueno, si de verdad queréis saber algo interesante os diré que me pidió que me quedase a dormir, más bien me secuestró entre sus brazos toda la noche —dije un tanto avergonzada.

—¿Quéééé? —gritaron al unísono y me reí porque era justo la reacción que esperaba de ellos.

—A la mañana siguiente se despertó con una gran resaca y me pregunto qué hacía en su habitación, incluso dudó de si habíamos, ya sabéis, follado.

—¡Oh, chica! Voy a matarte por no haberme contado esto antes —me reprimió Miguel.

—No tiene importancia, salí de su habitación, a través de un portal, directa a la mía. No sé por qué me habló, pero lo único que me quedó claro es que no lo hizo a propósito, a lo mejor el acónito o mi vestido ajustado llamaron su atención, pero una vez lúcido comprendí que no le interesa volver a ser mi amigo.

—Claro que no quiere ser tu amigo. Está luchando con sus deseos de empotrarte mientras obtienes a tu loba —bromeó Miguel mientras lo reproducía con gestos dramáticos y, a la vez, muy graciosos.

—Eso es completamente absurdo y, venga, están a punto de llegar los niños, chicos, vamos a dejar el tema de una vez y a ponernos a trabajar.

CAPÍTULO 10



BENJAMÍN

La rabia es un veneno que te oxida por dentro.

Cuando salí del hospital estaba hecho una completa furia. Enterarme de que esa chica, Zoé, esa maldita espía era la hija perdida de mis padres me produjo el mayor asco que había podido sentir jamás hasta ese momento. El maldito Alonzo era la viva imagen de la maldad y la osadía, ¿cómo podía ser tan jodidamente retorcido? ¿Cómo podía ser capaz de enviar a su propia hija a destruirlos de esa manera? Acabando con lo que más aman que es su manada y llevándose a uno de sus hijos de por medio. «No, Diosa, no podías quitármelo todo de esa manera, no podía quedarme de brazos cruzados mientras esa Zoé destruía a mis padres, a mi manada y a mi hermano».

Debía estar perfectamente adoctrinada por Alonzo para causarnos el mal.

No, Diosa, esa Zoé jamás debió haber regresado.

¡Maldición! ¿Qué demonios se suponía que debía hacer ahora?

Encima era la compañera de Mateo, la luna legítima de nuestra manada, él creería cada palabra que saliera de su boca gracias al vínculo y, entonces sí, Alonzo conseguiría, a través de ella, lo que no consiguió con Ela a través de mí.

Si se lo contaba a mi hermano, si se hubiera enterado de toda la información que cedí como el mayor de los estúpidos para advertirle sobre Zoé, quizá conseguiría que me creyese y entendiera mis sospechas, pero también podría haber conseguido que me desterrara en el acto. En ese momento, incluso Zoé podría hacerlo, estaba bajo sus órdenes y podía hacer conmigo lo que ella quisiese.

Empecé a hiperventilar mientras lloraba lleno de rabia. Zoé no era más que otra Ela en mi vida, una que había llegado para quedarse con todo, todo lo que era mío, y sumirme en otro maldito profundo pozo de desesperación.

Mi hermano lo era todo para mí, y ahora tenía una compañera, una que se convertiría en todo

para él, para después desgarrarlo por dentro y tirar su corazón a la basura. Y yo pasaría a un segundo plano viendo como esta nueva luna nos llevaba a la desgracia y nos destruía lentamente con sus malas intenciones, altanería y estupidez.

¿Cómo podía mirarme con ese desafío y hablarme como si no me debiese el mínimo respeto? ¿Como si yo no fuese nadie? ¿Cómo podía creer Mateo en el maldito cuento de que fue criada por brujos en territorio humano?

Alonzo era un alfa astuto, podía arreglar esos detalles con tan solo un par de órdenes. Me daban tantas ganas de hacerla hablar, de hacerla pagar, quizá si hubiese podido torturarla un poco más…

Ardía de rabia al ver que Mateo y mis padres la protegían tan ciegamente.

No iba a parar hasta desenmascararla, hasta que revelara su verdad y se largara de nuestras vidas. Sabía que no lo tendría nada fácil, no podía llamar al consejo de las manadas unidas para que la interrogaran y la encarcelaran como Mateo hizo con Ela, no si no tenía pruebas contundentes contra ella, pero iba a conseguirlas, no iba a dejar que una espía se colase nuevamente en mi casa, en mi familia e intentase destruir mi hogar y a mi gente desde el interior.

Giré bruscamente la esquina al salir del ascensor camino a las mazmorras, consciente de que algún prisionero moribundo debería pagar por la fuerza de mi rabia. No vi venir el cuerpo menudo de Carlota y me lo llevé por delante provocando que perdiera el equilibrio. La atrapé en el acto, evitando su inevitable final al estrellarse contra el suelo, pero su carpeta de papeles se vio esparcida por todo el lugar. Apreté con fuerza su cuerpo sintiendo el miedo en los latidos acelerados de su corazón y el mío propio ante la idea de que se escurriera de mis manos y cayese. Miré sus ojos sorprendidos y sus mejillas rojas. No pude evitar recordar cómo se coló su cara en mi visión de aquella mañana. ¡Mierda! «Sí que tiene unos labios bonitos, sexis y apetitosos», pensé.

El ritmo acelerado de su corazón fusionándose con el mío era demasiado para mí y tiré de su cuerpo hasta lograr incorporarnos.

—Lo siento —sentencié antes de que ella empezara a balbucear disculpas—, estaba distraído.

—No pasa nada. —Se colocó sobre sus rodillas y empezó a recoger los papeles de su carpeta. ¡No! ¡Mierda! ¡No hagas eso! Sentí crecer mi erección solo de verla en esa posición. Podría haber desabrochado mi pantalón, levantar su cara y hacer realidad mi fantasía de esa mañana. Estaba tan cerca…—. Menos mal que son pocos —dijo con una tímida sonrisa devolviéndome a la realidad. Me agaché junto a ella, recogí los papeles que le quedaban y se los entregué para después ayudarla a levantarse, necesitaba moverme o podría notar que ciertas partes de mi cuerpo habían crecido inexplicablemente.

—¿Son tus apuntes? —¿Por qué estoy preguntando estupideces? ¡Claro que son sus apuntes! ¡Maldito idiota!

—En realidad, es un trabajo, menos mal que enumeré las páginas —sonrió.

—Eres una chica lista, Carlota. —«Espero que puedas seguir manteniéndote alejada de mí», pensé en mi interior, pero no fueron las malditas palabras que salieron de mi boca—. Me gustaría volver a bailar contigo alguna próxima vez. —Además, mi voz sonó mucho más grave, esa típica voz que solo utilizo para cazar una presa mediante ligoteo.

¿Qué? ¿Por qué he dicho eso? Me miró completamente desconcertada y arqueó una de sus cejas.

—Solo si prometes no volver a beber hasta no recordar nada al día siguiente.

—Te hice sentir mal con mi comportamiento. Pido disculpas por ello.

Carlota me observó con suspicacia durante unos segundos antes de empezar a jugar con sus manos, me daba la sensación de que estaba nerviosa mientras mantenía la cabeza gacha. Profundicé mi mirada en su rostro y pude notar el calor en sus mejillas y lo violentas que se habían vuelto sus respiraciones.

«Mierda, Carlota, para, me estás matando».

Entonces, en ese momento, algo extraño ocurrió en mi interior: me preocupé de forma genuina por el hecho de haberla hecho sentir incómoda, como cuando éramos más jóvenes, ella había conseguido tener en mí un efecto relajante que me permitía recapacitar y pensar.

¿Dónde me dirigía? Lo había olvidado.

—Tranquilo, es solo que creí, por un momento, que volvíamos a ser amigos, como antes —dijo despacio dejando escapar una sonrisa triste.

—¿Eso te gustaría? —pregunté mientras levantaba su mandíbula y conectaba nuestras miradas.

—Me encantaría —soltó, para después tapar su boca con una de sus manos, como si se le acabara de escapar algo que querría haber mantenido solo en su cabeza. Increíblemente logró hacerme reír, mi primera carcajada en años—. Es decir, no sé, si tú quieres —balbuceó nerviosa.

Me acerqué a ella nuevamente, disfrutando de lo nerviosa que la ponía mi presencia, como cuando yo tenía dieciséis y me acercaba a propósito a ella mientras jugábamos al baloncesto. Me alegré al ver que eso no había cambiado, que ningún otro chico había conseguido ponerla tan nerviosa como yo.

—Prometo que sacaré tiempo para nosotros —le susurré en el oído, para después marcharme de allí, dejándola echa un manojo de nervios.

Antes de estar lo suficientemente lejos escuché como la interceptaba Emma, no pude resistirme y caminé más despacio para escuchar cómo iniciaba su conversación.

—¡Carlota! ¿Te has enterado? Han encontrado a la hija perdida de los alfas, es la chica que tenían en las mazmorras como una espía y ahora se está recuperando en el hospital.

—¡¿Qué?! —gritó perpleja.

La sorpresa de Carlota me recordó a dónde iba y para qué, la desgracia me volvió a golpear con fuerza y dejó que me invadiera de nuevo la rabia.

CAPÍTULO 11



CARLOTA

La ilusión es el primero de todos los placeres.

Cuando entré en mi habitación la cabeza me daba mil vueltas. Demasiada información en solo un momento. Benjamín dijo que sacaría tiempo para nosotros y la hija de los alfas había aparecido de vuelta. Una locura tras otra.

Me metí en la ducha mientras recordaba, con emoción y pequeñas sonrisas, las manos de Ben que me sostenían con fuerza, y mi cuerpo pegado por completo al suyo mientras un cosquilleo incesante se arremolinaba en mi interior. No fui capaz de contener el calor que se coló en mi cuerpo en ese momento. «Oh, diosa, no debería hacer esto, pero lo necesito tanto, lo necesito ahora», pensé.

Dejé que el agua cayera sobre mi cuerpo, pero no lograba disminuir mi necesidad de liberar toda la tensión, todo el éxtasis y la lujuria que se había acumulado. Levanté la mano, indecisa, en dirección a los pechos y empecé a acariciarlos con torpeza.

«Esto está mal, Carlota, muy mal, solo sois amigos, no puedes pensar en él de esta manera», pero no podía detenerme.

En mi imaginación, las manos que recorrían mi cuerpo ya no eran las mías, eran las manos grandes y callosas de Benjamín. Lo visualicé a mi lado, vistiendo tan solo un pantalón de chándal. Sus músculos tensos, desnudos y mojados me pusieron increíblemente excitada y mis pezones se endurecieron al momento debajo de mi agarre. En mi mente, él me besaba con pasión bajo el agua de la ducha mientras yo jadeaba y dejaba que su mano viajara directa a mi entrepierna, donde permití a dos de sus dedos iniciar un juego con mi centro. Mi cuerpo convulsionó ante el contacto, pero no hice nada para detener el movimiento. «No soy yo», me decía a mí misma, es él y él no tenía ninguna intención de detenerse, todo lo contrario, aumentó sus movimientos al escuchar mis jadeos desesperados, ansiosos de más placer.

—¡Oh, Benjamín! —me permití susurrar—. ¡Oh, joder!

De mi garganta se escapó un ruido sordo cuando el éxtasis se apoderó con rapidez de todo mi cuerpo y me tambaleé entre sus brazos, agarrándome a ellos con fuerza.



Abrí los ojos despacio, recuperé el ritmo normal de mi respiración y me di cuenta de que, lo que apretaba entre mis manos, era el mango de la ducha y no los brazos fuertes de Ben.

Joder, Carlota.

Terminé de ducharme para permanecer, un día más, encerrada en mi habitación entre libros. No, mi vida no siempre fue así de aburrida, solo cuando llegaban los exámenes finales. Digamos que era una chica aplicada y me gustaba asegurarme de que las cosas salieran bien, aunque era consciente de que en ocasiones lo llevaba un poco al extremo.

Al día siguiente, en mitad de mi turno de trabajo, me sorprendí por el revuelo montado en la manada con el regreso de la hija perdida de los alfas. La gente estaba como loca ante la situación, jamás había visto tanto murmullo y la algarabía llegaba al punto de ser demasiado. Al parecer, la chica había salido a pasear con Ruth por la manada y todas las personas que pasaban por delante de nuestra guardería lo comentaban.

—Chicos, esto es una locura, la gente no habla de otra cosa —dije emocionada a Miguel.

—¿Cómo será? ¿Se parecerá a Ruth o a Eliazar? ¿Le gustará la manada?

—¡OS TRAIGO LA ÚLTIMA INFORMACIÓN! —gritó Savannah entrando por la puerta.

—Ya decía yo que te había tragado el váter —bromeé.

—Muy graciosa. —Me dedicó unas cuantas muecas de fastidio—. La chica se llama Zoé, su nombre fue lo único que no cambiaron, porque la han hecho creer todo este tiempo que era solo una simple humana.

—¡¿Qué?! —gritamos Miguel y yo al unísono.

—¿No sabía que era una mujer loba? —pregunté perpleja.

—No sabía ni que existíamos, la criaron dos brujos en territorio humano, la chica era completamente ajena a su identidad y procedencia.

—Diosa, ¿cómo puede ser eso posible? ¿Cómo acabó con ellos después de que Colmillo de Sangre la secuestrara?

—¿Cómo quieres que lo sepa? —bufó Savannah—, pero supongo que lo averiguaremos en algún momento.

—Es increíble —alucinó Miguel—, después de tantos años…

—Pero eso no es todo —añadió Savannah.

—¿Hay más? —gritó Miguel.

—Es imposible que haya más —añadí.

—Pues lo hay… ¡Es nuestra futura luna! ¡La compañera de nuestro alfa! —gritó Savannah emocionada mientras daba saltitos y palmadas.

La emoción se hizo eco en el lugar y salió en forma de gritos, saltos, abrazos y aplausos entre nosotros. Parecía que nuestro equipo favorito acababa de marcar el gol de la victoria en un partido decisivo. Nuestro alfa había encontrado a su compañera y nuestra manada a su luna, eso era maravilloso, Diosa de la luna, Mateo era un gran alfa y se lo merecía todo. Cuánto me alegré por ello.

Me aparté del abrazo de los chicos flamante de felicidad y visualicé a una chica, delgada y de cabello largo, liso y dorado, que miraba a través de las paredes de cristal las caritas de los niños que le sonreían. Toqué a mis compañeros para advertirles de su presencia, no la había visto nunca y conocía a casi todas las personas de mi edad en esta manada. Solo podía ser…

¿Será?

Cuando sus ojos tristes y llenos de duda se cruzaron con los míos, le regalé una gran sonrisa condescendiente y la invité a pasar. Savannah y Miguel, intrigados, me imitaron de inmediato.

—¡Hola! —le dije con la misma emoción que aún conservaba al saber que era mi nueva luna —. Bienvenida a nuestra manada y a nuestra guardería. —¡Oh, Diosa! ¡Es guapísima! Me di cuenta en ese instante de que el alfa era un ser afortunado.

—Hola —contestó tímidamente.

—Mi nombre es Carlota —me presenté—. Él es Miguel y ella Savannah, trabajamos aquí en el turno de mañana.

—Encantada.

Zoé nos dio la mano a todos e iniciamos una amena conversación. Me cayó bien al momento y, a juzgar por las expresiones de mis compañeros, a ellos les pasó lo mismo. Era muy fácil escucharla y hablar con ella, se abrió y se sintió a gusto en nuestro pequeño grupo. Mientras, nosotros intentamos consolarla y ofrecerle un poco de paz ante la situación tan difícil que estaba viviendo. Debía de ser muy duro.

En sus preguntas sobre nuestra manada, sobre las salidas o la ciudad, interpreté su deseo de salir corriendo de ahí lo más rápido posible, con ansias de escapar y de volver a aquella vida que ella creía como suya.

Se la veía tan triste, tan desorientada y tan perdida, que rogué a la Diosa de la luna que me permitiera servirle de ayuda en algo, lo que fuera, así fuera una mínima cosa que le ayudara a estar mejor. Entendí que la Diosa me había escuchado cuando Zoé me pidió quedarse a comer

conmigo. ¿Cómo iba a negarme? Me encantó la idea de comer con ella, aunque no la conocía, sus ojos tristes me invitaron a querer apoyarla en ese mal momento y, si la Diosa lo permitía, podría llegar a ser su amiga también.

Debo admitir que cuando vi al alfa aparecer, sentí que la cosa se había puesto seria. Le dijo que sus padres la buscaban para comer y me invadió una oleada de miedo. Vaya, lo último que pretendía era meterme en lo que fuera que había entre ellos en ese momento, pero, para mi sorpresa, terminé siendo su invitada, y me tocó comer junto a toda la familia alfa en su planta. Nunca había estado ahí. Bueno, la noche que dormí con Ben definitivamente no contaba.

Cuando subimos, admiré asombrada cada detalle a mi alrededor y observé, con detenimiento, cada pequeño retrato colgado en las paredes, cada obra de arte. Incluso algún que otro dibujo de los chicos de cuando eran pequeños. Había tantas fotos que me llenaba de emoción verlas y recordar en ellas esos viejos tiempos. Mi sonrisa creció en mi rostro al encontrar una en la que salíamos Benjamín, Mateo y yo abrazados y sonrientes. Qué felices e inocentes éramos en aquella época.

Me sentí a gusto con la alegría con la que todos me recibieron, no esperaba menos de Eliazar y Ruth, ellos siempre habían sido de lo más encantadores conmigo. Pero Ben, no sé, me dio la sensación de que le disgustaba mi presencia, o la de Zoé, o todo en general, nunca lo había visto tan distante hacia su familia y eso me preocupó. Vale, hacía tres años que había dejado de ser mi aliado y mejor amigo, pero eso no quitaba que sintiese que lo conocía, y nunca lo había visto estar distante con nadie más que conmigo.

Lo que menos imaginé fue que terminaría presenciando una pelea campal entre Zoé y Benjamín que terminaría con él y Mateo llegando a las manos y Zoé desesperada, llorando, pidiéndome que me quedara con ella, que la acompañara y trasladara mis cosas allí, a esa planta, tan cerca de…

Una parte de mí quería escapar de semejante panorama y conservar mi tan amada privacidad, pero la otra quería estar con ella, con esa chica que sufría y que acababa de conocer. No podía negar que me moría de miedo. ¿Cuánto tardaría en descubrir que me gustaba pensar en Benjamín mientras estaba en la ducha? ¿Y si en ese momento que estábamos tan cerca era él quien lo descubría? Estaba metida en una gran encrucijada.

Mis dudas no tuvieron tiempo de ir a más porque el alfa respondió por mí a todas ellas, me lo pidió por favor, me lo suplicó, en realidad. Aunque sus palabras no fueron exactamente esas, yo pude interpretarlo de esa manera. Mateo jamás me había pedido nada. Y si mi alfa y mi luna me necesitaban, si mi manada me necesitaba y mi nueva amiga me necesitaba, ¿quién era yo para negarme?

CAPÍTULO 12



BENJAMÍN

El destino se burla de mis planes, como un traicionero.

Odiaba a esa Zoé, espía de mierda, la odiaba. ¡JODER!

Encima, había alojado a la jodida Carlota en mi planta, ¿es que no había más mujeres en esta manada de las que pudiese haberse hecho amiga?

Era como si ella hubiera podido ver a través de mis ojos mi debilidad y mi deseo.

¿Es que esta Zoé no podía traer para mí más que malas noticias y problemas?

¿Cómo, Diosa? ¿Cómo iba a controlarme si hasta había empezado a ver la cara de Carlota otra vez cuando me daba placer a mí mismo?

Dejé salir a Risk y este corrió sin descanso por los bosques. No quería volver a casa pronto, ni quería cenar con Carlota. No quería cruzarme con ella por los rincones, ni quería tener pegado a la nariz su olor, que me martillaba la cabeza, o su cuerpo sexi, que no me dejaba pensar en nada más allá que tumbarla boca abajo, atarle las manos, arrancarle las bragas y hacer que mordiera la almohada.

Me prometí a mí mismo que no le haría daño, no desde que yo estaba tan dañado, tan perturbado, no desde que Ela destruyó mi inocencia. Ella se merecía algo mejor, un amor más bonito, más delicado, alguien que la tratase como una princesa.

Le prometí que sacaría tiempo para nosotros en un momento de arrebato y ahora dormía, nada más y nada menos, que en mi jodida planta.

Recibí un enlace mental de mi hermano y agradecí la distracción para mi mente en agonía; Mateo me informó de una reunión urgente. Sabía lo que iba a decirnos, esa chica espía nos estaba mandando a la boca del lobo y nosotros iríamos como corderos obedientes hacia él. Qué fácil había caído Mateo, tan fácil como caí yo ante Ela. A lo mejor debía dejar que esto ocurriera, si mi hermano sabía cómo se sentía, no podría juzgarme. ¿Por qué la Diosa castigaba a Mateo de esa manera? Él, que nunca había hecho mal a nada ni a nadie, recibía a una adoctrinada de

Alonzo como su legítima compañera; era el peor de los castigos dados jamás.

La reunión fue tal y como esperaba. Escuché justo lo que esperaba escuchar. Tanto mi hermano como mis padres estaban ya embobados ante la astucia de Zoé, y al día siguiente, al amanecer, caminaríamos a la muerte a través de un portal.

¿Cómo habían decidido elaborar el plan? ¿Nos estarían esperando dentro o nos pillarían desprevenidos en una emboscada? Tenía curiosidad por saber cómo habían organizado nuestras muertes. ¿Acaso nos secuestrarían y pedirían un intercambio a mis padres para rescatarnos? ¿Nos torturarían como había torturado yo a muchos de los miembros de su manada?

No sabía lo que nos esperaba, pero iría bien preparado para cortar el cuello de cualquier lobo que se me pusiera por delante.

Esa noche me costó dormir, pensé en exceso en lo que nos esperaría a la mañana siguiente. Pensé en cómo podría desenmascarar a Zoé ante Mateo, pensé en la jodida Carlota durmiendo a cien metros de mi cama.

Los malditos pensamientos que asaltaban mi mente eran jodidamente crueles. ¿Cómo le gustaría dormir? ¿Con pijama corto o largo? ¿Quizá sin pijama?

«¡Cálmate, Benjamín! ¡Joder! No estás pensando con claridad».

Esos ojos caramelo y esos rizos marrones que caían salvajes alrededor de su carita redondeada me estaban volviendo loco, esa piel bronceada y ese cuerpo escultural que se dibujaba bajo su ropa… Joder, siempre había sido hermosa, tanto que llegaba al punto de ser doloroso verla pasar.

Parecía un adolescente otra vez. Tenía ese maldito desgaste mental pensando en lo que quería tener y no podía. Antes de que apareciese Ela, nunca me permití dar el paso con Carlota o confesarle mis sentimientos. Siempre esperé como un caballero a que ella fuese lo suficientemente mayor, porque eso era lo que se me había enseñado. Pero nadie me habló de cómo defenderme del abuso de mi profesora.

En ese momento que, por fin, empezaba a plantearme nuevamente tener el valor suficiente como para cortejarla, la maldita espía de Zoé fijaba también sus ojos en ella. No solo en mi hermano, mi casa y mis padres, sino también en la chica que me… ¡No! No pensaba terminar esa frase. No iba a decirlo, ni a pensarlo, no haría daño a mi Carlota. Lo juré en el pasado y lo juraba en ese momento.

A la mañana siguiente me asqueé de indignación al ver cómo lloraba la princesita mientras recorría su montaje de casa y se lamentaba por sus supuestos padres muertos. Estaba a punto de devolver en aquella habitación viendo su teatrillo barato cuando me detuve en seco e hice señas a los demás para que me imitasen. Ruidos procedentes del pasillo, muy ingenioso por esa zorra, encerrarnos en ese cuarto para que nos acorralasen más fácilmente. Pero venía preparado, ninguno de nosotros iba a morir allí.

Escuché la desesperación en la voz de mi hermano y la rabia hirvió de manera asfixiante en

mi interior. Dos, quizá tres hombres lobo. La puerta frente a nosotros voló en miles de pedazos demasiado pronto mientras nos manteníamos en formación defensiva. Gruñí de rabia al ver, de reojo, la forma protectora de mi hermano sobre Zoé, tan desesperado por proteger a la espía que pondría su vida de por medio si fuera necesario, sin entender que ella era la que estaba orquestando su muerte. Sé cómo se sentía eso.

Miré a Lucía, que estaba a mi lado, para obtener la confirmación de que estaba preparada para la lucha; segundos después, uno de ellos se transformó frente a nosotros. Un lobo gris se abalanzó en nuestra contra con las fauces abiertas y sed de sangre. Cambié de forma en un instante y Lucía me imitó, habíamos entrenado juntos toda la vida y conocíamos a la perfección nuestra manera de luchar. Interceptamos al lobo clavándole los colmillos allí donde nos permitió el ángulo de agarre y nos dispusimos a intentar neutralizarlo mientras peleábamos con crudeza contra él. En medio del alboroto, escuché pelear a Mateo y la preocupación me invadió. ¿Acaso era mi hermano su principal objetivo? Eso tendría sentido. Sabía que había dos hombres más aparte de ese. No dejaría que mi hermano resultara herido por esa traidora.

Mi cabeza se llenó de desesperación y angustia y solo pude chillar al sentir las mandíbulas del lobo gris apretarse en mi lomo. Risk me maldijo por provocar su distracción con mi marea de pensamientos y, después, aullamos juntos de dolor.

El lobo gris solo desencajó su mordida para saltar por el portal improvisado que Álex abrió sobre la cama. Me incorporé con rapidez ignorando el dolor para dar la cara a los dos hombres que intentaban seguirlo. Con uno era más que suficiente, no dejaría que más de esas sabandijas se colaran dentro de mi manada. Con uno tenía bastante para conseguir la confesión que quería.

Junto a Lucía y en medio de mi tormento, encaré a los dos hombres que amenazaban con transformarse. No lo hicieron y se mantuvieron en su lugar, sabían tan bien como yo que con un solo movimiento separaríamos sus cabezas de sus cuerpos. Sabían que si nos seguían a través del portal, no encontrarían más que la muerte, o que la poca vida que tendrían mientras estuvieran allí solo sería sufrimiento y dolor, uno que probablemente yo mismo provocaría. Lucía y yo saltamos dentro del portal y, una vez del otro lado, apenas tuvimos tiempo de adaptarnos al nuevo entorno y continuar con la pelea.

Ahora era Roco el que mantenía una lucha cuerpo a cuerpo con el lobo gris. Risk se alteró y se retorció al ver que su hermano sangraba, que estaba herido. Sus ojos se oscurecieron de rabia y su boca babeaba gruñendo, alcanzando su máxima expansión.

Arremetió contra el lobo gris apartándolo de Roco, que intentó, inmediatamente, lamer su herida abierta. Después fue ayudado por Lucía.

El lobo gris cambió a su forma humana ante mis incansables ataques y tuve que contenerme para no morderle el cuello y arrancarlo de su tronco allí mismo. «No te mueras, maldita sabandija, necesito una confesión», me recordé para ser capaz de parar. Mateo, Lucía y yo lo

imitamos y colocamos sobre nuestros cuerpos, con la rapidez que nos permitieron nuestras heridas, vestimentas que pillamos en los árboles.

—Diles a tus padres que mientras mi alfa no pueda encontrar a sus hijos jamás dejará descansar a la de ellos. No habrá paz para ti, a menos que devuelvan lo que robaron —escuché decir a aquel moribundo.

Acto seguido, mordió con fuerza algo entre sus dientes. «JODER», intenté pillarlo pero era demasiado tarde, el acónito concentrado solo había conseguido acelerar su destino final y dejarme sin confesión.

Mateo se tambaleo frente a mí, estaba herido, y la preocupación se instaló en mi pecho clavándose como cien agujas juntas a la vez. Era mi hermano, tenía que ayudarlo, pero la princesita lo apoyó sobre su cuello e intentó acompañarlo. La rabia se hizo presente nuevamente y gruñí mientras entrecerraba los ojos en una mirada de advertencia que ella interpretó a la perfección, para después quitarle a mi hermano de los brazos y darle un empujón. Tenía que quedarle claro que no había logrado engañar a todos los miembros de nuestra manada.

CAPÍTULO 13



CARLOTA

Cuidado con lo que deseas. A veces cumplir una fantasía solo da pie al deseo de muchas más.

Entré corriendo al hospital buscando saber algo sobre Zoé y los demás. Solo había llegado a mis oídos que habían regresado y que el alfa había resultado malherido. Salí corriendo de la guardería cuando los chicos, también preocupados, prometieron cubrirme.

—¡Zoé! —la llamé a gritos mientras entraba en la sala de espera y la buscaba con la mirada hasta encontrarme con la suya.

—¡Carlota! —me gritó llorando.

Y en ese momento me invadió la preocupación, una Zoé tambaleante y asustada se acercó a mí y me rodeó en un abrazo. Tembló entre mis manos mientras crecía mi desesperación y mi angustia por querer consolarla.

—Zoé, chicos, ¿estáis todos bien? —pregunté con miedo.

—Podríamos estar mejor, pero demos gracias a la princesita —soltó Benjamín visiblemente enfadado.

Benjamín se levantó de su asiento dispuesto a encarar a Zoé. ¿Qué demonios le pasaba? ¿Cómo se le ocurría? ¿Acaso no podía ver lo jodidamente afectada que estaba? Aun así, me contuve y busqué un poco de relajación para no cargar aún más el ambiente. Cuando Zoé me dedicó una mirada de decepción e incredulidad, le hice un gesto con mis manos para que le restase importancia. Ese no era el momento oportuno para iniciar una acalorada discusión con Ben, pero me encantaría poder cantarle las cuarenta más adelante cuando se recuperara nuestro alfa.

Mi sorpresa e indignación se hizo aún mayor cuando apareció Amelia y montó un espectáculo, reclamando la atención de todos los presentes en la sala. No me quedé con las ganas y la puse en su lugar, pero me molestó ver que Benjamín también estaba de su parte. Menudo morro el de esos dos.

Para mi buena suerte, nuestro alfa llamó a su compañera, la única persona a la que quería tener a su lado, demostrando, ante todos esos buitres, lo único que era realmente importante. Ella era su compañera, nuestra futura luna, y en ese momento la consideraba también mi amiga.

Me despedí de Zoé y salí en dirección a la casa de la manada. Mi corazón se sentía furioso y decepcionado, y mi mente parecía una avalancha de pensamientos después de corroborar, por mí misma, una vez más, semejante actitud hostil hacia ella. Ella tenía razón, no eran más que unos indeseables y se habían aliado para torturarla. No tenía ningún sentido que Amelia hiciera semejante teatro en presencia de nuestra futura luna, eso fue una falta de respeto en toda regla. Mateo había encontrado a su compañera y ni él ni nadie podía tener el control sobre eso.

Y en cuanto a Benjamín, no podía creer que fuera contra la felicidad de su propio hermano. En lugar de ofrecer a Zoé sus sinceras disculpas y acogerla como a un miembro más de la manada, animarla y apoyarla buscando que se quedara al lado de nuestro alfa y asumiera su nueva vida como nuestra luna, no hacía más que atacarla y hostigarla, como si quisiera que ella se largase de ahí. No lo entendía.

Cada vez se hacía más grande la necesidad que sentía de poder hablar con Benjamín. Quizá no me serviría de nada, pero en algún lugar de su cabeza debía de estar ese chico que durante tanto tiempo fue mi mejor amigo. Quizá si urgaba un poco me permitía encontrarlo.

Siempre había admirado a Benjamín, a pesar de la rabia y el sufrimiento que me provocó que se alejara de mí, yo siempre había creído que era un gran chico y, como beta, siempre lo había visto ser respetuoso, centrado e inalcanzable, por eso me costaba darme cuenta de que más bien era implacable, furioso y con muy poca empatía. Me daba la sensación de ocultarse tras esa coraza.

Antes de girar el pomo que abría la puerta de la habitación que compartía con Zoé vi, por el rabillo del ojo, una sombra que me seguía de cerca. Me di la vuelta enseguida y me sorprendí al encontrarme aprisionada por los grandes brazos de Benjamín. Abrió con rapidez la puerta detrás de mí y me sostuvo para no caer mientras me empujaba dentro. Intenté avanzar hacia atrás, pero rodeó mi cabeza con una de sus manos y me tapó la boca con la otra, mientras me aprisionaba nuevamente sobre la pared más cercana. Estaba en *shock* y no pude entender lo que estaba pasando. ¿Qué hacía allí? ¿Acaso venía a hacerme daño?

Pero el miedo en mi interior se distrajo durante unos segundos cuando su cercanía me permitió inhalar, con fuerza, su olor e impregnarme de él, imaginando que, quizá en otras circunstancias, también podríamos adoptar una posición como esa. No podía negar que aquello había formado parte de mis fantasías sexuales desde que las hormonas de la pubertad empezaron a hacer sus efectos en mí. Era guapo, lo sabía, y lo aprovechaba bien. Como cuando paseaba por la manada sin camiseta, con esos músculos dorados bien marcados que ahora me apretaban fuerte contra la pared.

Benjamín notó mis jadeos debajo de su pecho y cómo me sonrojé, además de las subidas y bajadas aceleradas de mi pecho. Me soltó enseguida.

—¡Oh, no! Ni pienses que esto va por ahí —me advirtió arqueando una ceja.

—No sé de qué hablas —dije avergonzada—, ¿puedo saber por qué diablos irrumpes aquí así?

—Vengo a advertirte que dejes de hacerte la chulita solo porque ahora eres la mejor amiga de la princesita. —Colocó sus manos en la pared, dejándome, de nuevo, atrapada en esa especie de cárcel. Mierda, si pretendía asustarme no lo estaba consiguiendo, más bien me estaba dejando sumamente excitada ante semejante visión. ¡Oh, Diosa! Cuántos músculos.

—¿Cómo sabes que me estoy haciendo la chulita? —Arqueé las cejas en señal de desafío, sorprendida de poder pronunciar algunas palabras—. Ya no me conoces.

—Te conozco desde que naciste, Carlota, fuiste mi mejor amiga. Esta planta no es para ti. —Se acercó desafiante, colocó sus labios muy juntos a los míos. ¡Oh, Diosa! Podía sentir su aliento cálido y tenía que entreabrirlos para lograr respirar.

—¿Por qué de repente te molesta tanto mi presencia, Benjamín? —susurré en sus labios—. No haces más que enviarme señales contrarias, como el otro día, en tu habitación. Te las has apañado bien para ignorarme durante casi cuatro años y ahora…

—No me gusta la gente que se mete donde no la llaman —me interrumpió. Sus labios rozaban los míos, lo que hacía que el calor me recorriese por completo. «Joder, me gustaría mucho probarlos», pensé.

—Zoé me quiere aquí, deberías estar feliz por tus padres y tu hermano —volví a susurrar, pero esta vez fui más valiente y me atreví a buscar la máxima cercanía de sus labios con los míos, con pequeños y continuos roces provocativos en cada palabra. Estaba en una especie de trance y no sé por qué permitía que jugáramos a ese juego, pero me gustaba. Su olor era diez veces mejor así de cerca.

Benjamín dejó escapar un pequeño gruñido ante mi provocación y, al escucharlo, una sensación de hormigueo irrefrenable se coló en mi núcleo. Tuve que agarrarme con fuerza a su camiseta porque todo se nubló de repente a mi alrededor. Me sujeté aún con más fuerza cuando tuve que cruzar mis piernas y apretar tratando de reprimir la sensación que se imponía.

Lo miré a los ojos con los labios aún entreabiertos, cerca de los suyos, y vi como su expresión cambiaba al olfatear el ambiente. Estaba tan cerca que podría haberlo besado con tan solo un ligero movimiento y conocer, al fin, el sabor de sus labios.

En ese momento, sus manos se apoyaban con más fuerza en la pared y noté, en su cara, una expresión de indecisión. Hizo algunos movimientos rápidos con las manos que lograron desconcertarme y entendí que dudaba, estaba dudando si sostenerme entre sus brazos o dejarlas firmes en la posición en la que estaban.

—Puedo oler eso, Carlota. —Su tono se tornó tan grave que me hizo temblar. Juro que pude

notar como sus ojos se volvían más oscuros.

—¿Qué? —pregunté con un hilo de voz apenas audible.

—Puedo oler tu deseo.

Me besó y me dejó desconcertada. Un pequeño beso, despacio, como si estuviera tanteando el terreno para saber si sería correspondido. ¿La manera en la que hacía temblar mi cuerpo no lo hacía del todo obvio? Parecía que no, porque separó sus labios de los míos y los lamió con su lengua, como cuando das una pequeña probada al merengue del pastel aún sabiendo que no deberías y no terminas de decidir si se nota lo suficiente como para volver a hacerlo.

Después volvió a unir nuestros labios y dio un pequeño chupetón sobre mi labio superior. No duró más que un par de segundos, pero consiguió hacerme jadear con una mezcla perfecta entre placer y dolor. Allí, con los ojos cerrados, incapaz de pensar en nada más allá que lo que estaba aconteciendo y completamente excitada, solo pude desear que no parase de besarme, que aumentara su succión sobre mis labios y despertara su pasión conmigo, esa que llevaba toda la vida esperando saborear. A continuación, chupó mi labio inferior y se lo permití, estaba allí, obediente y dispuesta a aceptar todo aquello que me quisiera dar. Imité sus movimientos correspondiendo a su manera de besar y, mientras él retenía mi labio superior, yo aprisionaba su labio inferior, así sucesivamente, como si nuestros labios siguieran un baile coordinado, mojado y lento.

Mi primer beso estaba siendo muy apasionado y con alguien que jamás imaginé pero que siempre deseé. Gemí cada vez que necesité recuperar el aire y hundí mis dedos en su pelo para disfrutar de su suavidad, profundizando nuestra conexión a la vez que nuestro beso. Él aceptó lo que estaba sucediendo y relajó sus manos permitiéndoles recorrer espacios de mi cuerpo con delicadeza, desde mi cintura hasta mi trasero, que apretó con fuerza haciéndome estremecer antes de subir por mi espalda y volver a descender en forma de caricias. La sensación era embriagadora, y sus caricias se sentían muy bien sobre mi ropa. Era como si no existiese más que ese momento y nosotros dos viviéndolo. Las mariposas ya no revoloteaban en mi estómago como cuando lo observaba de lejos, ahora estaban montando una maldita revolución, un maldito golpe de estado y me negaba por completo a dejar de sentirlo.

Paseé mis manos por su pecho ofreciéndole mi atención e intentando satisfacer mi propio deseo de tocarlo, delicadas caricias de admiración y codicia. Siempre quise saber cómo se sentía al tocar ese pecho tan trabajado, firme y duro, y en ese momento sentí que la experiencia no había defraudado, en absoluto, a mis expectativas. Me sorprendí cuando soltó mis labios, no quería que se despegara de ellos nunca, pero viajó con su lengua hasta mi cuello y eso provocó tensión ante las cosquillas que se esparcieron por todo mi cuerpo y me electrocutaron desde esa zona. Volví a envolver mis puños en su camiseta y me sujeté mientras me adaptaba a la nueva sensación. Tuve que reunir todas mis fuerzas para no estallar en carcajadas por las cosquillas

placenteras que me producía su lengua y solo pude conseguirlo gracias a la intensidad de mi propio trance y a la concentración de mi mente ante la sujeción de mi cuerpo tambaleante.

Había perdido la noción espacio-tiempo, no sabía dónde estaba ni lo que había a mi alrededor, solo sabía que Benjamín estaba allí y que sus labios eran increíbles.

—Suficiente por hoy —dijo, y se apartó de forma brusca de mí, haciéndome sentir, de repente, vacía y desolada ante la necesidad de su contacto. Se pasó una mano por los labios, como si se deshiciera de mis besos, y lo miré confundida. ¿Qué le pasaba? ¿Por qué se detenía?

—¿He hecho algo mal? —pregunté nerviosa—. Ha sido mi primer beso, pero puedo aprender, puedes enseñarme…

—Ha sido genial, Carlota. —Se acercó de nuevo y eso me hizo sonreír—. Pero no iré más allá mientras no tengas a tu lobo.

Así que era eso. Mis ojos se iluminaron momentáneamente mientras recorría en mi interior una sensación de orgullo y esperanza. Yo pensaba que era un completo imbécil, pero al parecer, tenía fuertes criterios y convicciones, como todo un beta. Volví a sentirme inconforme al ver cómo empezaba a alejarse hacia la puerta y todo dentro de mí me gritó que lo detuviese. «Venga Carlota, te mueres por este chico, no está mal que te armes de valor y pidas lo que quieres».

—Benjamín. —Lo cogí del brazo con decisión—. Tengo casi dieciocho años, muchas chicas…

—Carlota —me chistó en tono de advertencia.

—Vale —dije molesta, aceptando que ese no sería el día en el que conseguiría seducirlo—, aun así, tenemos que hablar.

—No tenemos…

—Sí tenemos —lo interrumpí—, y lo sabes. Hay una película y me preguntaba si quizá querrías verla conmigo, en el cine. —Los nervios casi no me dejaron pronunciar las palabras, pero lo solté, estaba a mitad de camino y quería terminar lo que había iniciado—. Ya sabes, y hablar con tranquilidad en un ambiente distinto, como antes, hay mucho que me gustaría decirte, Ben. —Lo miré con súplica y tristeza.

—¿Quizá el sábado a la seis? —dijo aún dándome la espalda. «Oh, Diosa, ayúdame a no saltar sobre esa espalda enorme ahora mismo».

—Eso sería genial —contesté emocionada.

Salió por la puerta sin volver a mirarme, pero no hizo falta porque dentro de mí solo sentía el impulso, casi irrefrenable, de abalanzarme sobre él, abrazarlo, y volver a unir nuestros labios en otro beso.

No podía creer lo que acababa de pasar, de discutir y hacernos rabiar, habíamos pasado a demostrarnos mutuamente la gran tensión sexual que existía entre nosotros. ¡Oh, Diosa de la luna! ¡Había besado a Benjamín! Al final sí que se había convertido en mi primer beso, y si la

Diosa lo permitía, podría convertirse en el protagonista de todas las fantasías en las que lo imaginé.

CAPÍTULO 14



BENJAMÍN

No me sigas porque estoy perdido, y si me sigues, tú también te perderás.

Ya está, la había besado, la había cagado por completo y sabía con certeza cuán jodido estaba.

¿Cómo demonios había permitido que mis impulsos me controlaran de esa manera? ¿Sería, acaso, por lo sexi que se ponía cuando sacaba valor y se hacía la chulita? O por lo mucho que me ponía cuando estaba enfadada. Me encantaba la manera en la que entrecerraba los ojos y apretaba sus labios cuando veía señales que la incitaban a luchar. «¡Diosa! ¡Ayúdame!». Porque solo quería volver a su habitación, atarle las manos a la espalda y...

«¡Para, Benjamín!». Ella no era como Ela. Carlota esperaba una cita, una tarde de cine y palomitas, que la cogiera de la mano y quizá un par de besos como los de hoy, no que la escondiera en un salón de clases y la azotara con una regla mientras la empotraba sobre la mesa. Necesitaba borrar esos recuerdos de mi cabeza.

No sabía si podía darle algo más que eso, no sabía si podía ofrecerle algo más allá de mis oscuras fantasías, no sabía si yo era algo más allá que eso en ese momento. Pero una cosa sí sabía, y es que si volvía a besarla así, a oler su deseo empapando sus bragas por mí, joder, si volvía siquiera a mirarme con esos ojos suplicantes pidiendo más, no podría contenerme y se las arrancaría en el acto.

El hecho de que no tuviese aún a su loba solo era una excusa, una barrera impuesta por mí mismo para no tocarla. Las mujeres loba son completamente maduras para la sexualidad desde los dieciséis años, pero no sabía, en realidad, si para todo tipo de sexualidad.

Lo único que debían tener siempre claro era el hecho de no dejarse marcar por alguien que no fuese su compañero predestinado o elegido, pero con dieciséis, eso ni siquiera era un tema a tratar todavía.

Joder. Me frustraba en demasía recordar que mis intenciones con Carlota siempre fueron

buenas, mientras fui un chico bueno. Solo estaba esperando hasta sus dieciséis para besarla como la había besado y pedirle que saliera conmigo, podría haber sido mía desde siempre, tal y como yo lo había previsto, pero claro, la maldita Ela tuvo que aparecer y pasearse desnuda a mi alrededor nublando mi juicio y haciéndome pensar con la polla.

Tuve que alejarme de Carlota, mi amor y mi mejor amiga durante toda la infancia, tuve que alejarme de ella para que no descubriera que la pasión por Ela había opacado mi mente. Tuve que apartarla de mi lado sin confesarle lo profundo que me hacía volar su olor, lo mucho que me gustaba admirar su sonrisa radiante y lo alucinante que era sentir su tacto, además de lo mucho que me gustaban nuestras largas conversaciones. Ella no podía imaginarse que las manos de Ela solo me ayudaron a apartar el recuerdo de todas las veces que me había tocado a mí mismo pensando, inocentemente, en ella, en mi Carlota.

Con los pensamientos martillando mi cabeza me dispuse a bajar a la sala de reuniones y trabajar en mi nuevo proyecto personal como beta: un método novedoso para la detección temprana de espías y soplones. Necesitaba distraerme con algo que me hiciera disfrutar, sería la única manera de despejar mi mente y olvidarme de Carlota, sus suaves labios y su manera de usarlos.

Las horas pasaron deprisa mientras trabajaba. Pronto fue la hora de comer y me resultó increíble que apenas fuera medio día.

Esperé para recibir el enlace mental de alguno de mis familiares que me indicase que la comida estaba en la mesa, o que mi hermano estaba listo para verme, pero nunca ocurrió. Intenté enlazar mentalmente a Mateo, pero no recibí respuesta, debía de estar ocupado inspirando el olor de la princesita. Mi estómago rugía por la necesidad de echar algo en él, así que decidí subir a echar un vistazo.

Desde el ascensor me golpeó el olor a rica comida recién hecha, pero al entrar al salón, la única que estaba sentada en la mesa era Carlota. Se puso nerviosa al verme y recogió su cabello detrás de la oreja mientras se disculpaba.

—Benjamín, yo…

—¿Dónde están todos? —pregunté, incapaz de disimular mi irritación.

—Con Mateo, lo han dejado instalarse en su habitación y todos le ayudan y le hacen compañía.

Dejé escapar un gruñido de frustración y puse los ojos en blanco. ¿Así que todos arropaban a mi hermano herido y a la princesita? Quería ver a Mateo y preguntarle por qué solo pidió verla a ella en el hospital, pero la idea de escucharla fingir que no le gustaba toda la atención que recibía me revolvía el estómago. Después de un par de vueltas alrededor de la estancia, me senté, finalmente, frente a una incrédula Carlota y llené mi plato.

—¿Te disgusta comer conmigo? —la escuché preguntar, y levanté los ojos hasta encontrar los

de ella—. Es decir, pareces enfadado. —Podía notar en su voz ese aire de confusión.

—Tú no eres la causa, es esa princesita…

—¿Zoé? —Su cara se iluminó estúpidamente al pronunciar su nombre, como la de todos los demás cuando lo hacían.

—¿Quién si no?

—Calma. —Sonrió mientras levantaba las manos en señal de paz—. ¿Si tanto te molesta, por qué piensas tanto en ello? Es decir, no deberías amargarte la hora de la comida.

—Casi morimos hoy por su culpa, y aun así, mi hermano y mis padres solo quieren estar con ella.

—Porque es su compañera y su hija, Benjamín.

—¡No saben lo equivocados que están! —Dejé caer los puños sobre la mesa haciendo que Carlota se sobresaltara con el estridente sonido.

—¿Y tú sí? ¿Acaso sabes algo sobre Zoé que el resto desconoce? —me preguntó intrigada—. Sé que es una recién llegada, que no conoce ni respeta nuestras costumbres aún, pero Ben, cálmate, las aprenderá, tú podrías ser un buen hermano y enseñárselas, yo también lo haré. La ayudaremos, Benjamín.

—¡Esa chica no es mi hermana!

—¿Acaso no es la hija de tus padres?

—¿Qué clase de estúpido interrogatorio es este, Carlota? ¿Acaso te has propuesto volverme loco?

—La clase de interrogatorio que necesito tener para lograr sacarte alguna palabra. —El tono de seguridad en su voz me dejó sorprendido, a la vez que incrédulo. Ella me dedicó una pequeña sonrisa condescendiente que me hizo sentir como un títere en sus manos, como si tuviese toda la maldita situación pensada y controlada a su antojo—. Venga, come y relájate —me ordenó—, antes solíamos comer juntos todo el tiempo.

Me puse tenso enseguida, ella tenía razón, antes solíamos pasar todo nuestro jodido tiempo juntos.

—Antes de que pasaras de mí, ya sabes. —Su sonrisa, al igual que su seguridad, se fueron apagando, denotando amargura.

—¿De verdad quieres hablar sobre eso ahora? —dije con frustración dejando caer el tenedor sobre el plato.

—No, supongo que en el cine y con palomitas se sentirá mejor escuchar cualquier excusa que vayas a decirme.

—Solo crecí Carlota, sin más. —Pero había más. ¡Joder!, mucho más.

—Oh —balbuceó y se metió un trozo de carne en la boca—, creo que necesitaré algo más que eso.

Se levantó de la mesa con su servicio en la mano.

—Que te aproveche, Benjamín, si mi presencia te disgusta tanto no te molestaré más, como dijiste antes, esta planta no es para mí.

Me puse de pie de manera brusca y la intercepté al momento. ¿Qué? ¿Por qué asumió esa posibilidad después de parecer tan segura a conseguir lo que quería de mí? La bloqueé con mi cuerpo y sus ojos se posaron en los míos, se ruborizó notablemente y tragó con violencia.

—Ya te dije que no me molesta tu presencia —dije, aparté la bandeja que había entre nosotros y la coloqué en la mesa.

Me acerqué aún más, disfruté de lo embobada que se había quedado, sabía que le complacía mi presencia tanto como a mí la suya y sabía que me deseaba tanto como yo a ella. Siempre me había gustado ver el efecto que tenía mi cercanía, ver cómo se sonrojaba o se aceleraba su corazón. Entreabrió los labios buscando más aire para su respiración forzada y, antes de pensar en mi siguiente movimiento, se abalanzó sobre mí atrapando mis labios en los suyos. La sorpresa logró hacer que me tambaleara y me quedara patidifuso por unos segundos. ¿Así que era capaz de tomar la iniciativa? ¿Así que quería mis labios sobre los suyos? ¿Le gustaba cómo se sentía? ¿Qué más querría experimentar conmigo?

Ver que Carlota me deseaba al punto de besarme en medio del comedor mientras cualquiera podía entrar me hizo arder de lujuria y pensar en todo lo que me gustaría hacerle, incluso con el temor de ser pillados. El calor del deseo me subió por el cuerpo como un cosquilleo y me puse rígido al momento.

Ella separó sus labios de los míos y me miró expectante al sentir como alguien más se había unido a nuestro momento y presionaba con fuerza contra su ombligo. Esperó mi reacción durante unos segundos, dudando de cuál sería mi siguiente paso, o el suyo propio. Quería que fuese mía, ya lo había decidido, pero ahora lo tenía más claro que el agua. No creía que pudiera aguantar a que consiguiera a su loba.

La lujuria y la desesperación hicieron que saliera de mí una parte de la oscuridad que llevaba dentro.

Clavé los ojos en su rostro sonrojado mientras mantenía la cabeza gacha, como si mirase a una presa en el bosque, desafiando mi capacidad de cazarla. Di un par de pasos adelante y ella los correspondió con un par de pasos hacia atrás.

Un momento, ¿acaso estaba jugando conmigo a un juego de seducción?

Confirmé mis sospechas cuando de sus labios se escapó una sonrisita burlona y, después, se mordió el superior de manera seductora. No, Diosa, era exactamente lo que ella quería. ¿Acaso me obligaba a caer en esa tentación? Se suponía que esa chica era tímida y dulce, no jodidamente seductora y retorcidamente sexi.

Dejé escapar un pequeño gruñido de advertencia. «Estás jugando con fuego, Carlota, y te vas a quemar».

Cuando su cuerpo chocó con la inquebrantable pared del fondo, supo que no tendría ningún tipo de escape y esperó paciente a que la apretara con el mío y la aprisionara entre mis brazos. Pero no lo hice. Cogí su mano, la obligué a girar en un movimiento rápido y enseguida la tuve ante mí, de espaldas, mientras le apresaba la mano justo por encima del culo. Su cara, girada completamente hacia el lado izquierdo, me daba un ángulo perfecto para atrapar sus labios y, después, empaparlos de saliva con unos cuantos lametazos. La escuché gemir y, cuando lo hice... No, Carlota, ¡no!

Apreté mi pene rígido y palpitante contra su culo inquieto, dándole ese contacto que durante tanto tiempo había deseado. Siempre soñé con la idea de tenerla así para mí. Lo apreté con más fuerza en medio de sus comisuras y ella gimió aún más fuerte.

—Shhh —le chisté—, ¿acaso no querías provocarme? —asintió desesperada. «Diosa, pero ¿quién es esta chica y desde cuando vive en el cuerpo de Carlota?»—. Tienes que comportarte hasta que tengas a tu loba —le dije mientras intentaba recuperar la lucidez, me separé de su cuerpo con la cabeza de mi polla aún palpitante.

Sentí sus manos pequeñas tirando de uno de los agujeros que sujetaban el cinturón en mi vaquero y me di la vuelta para verla frente a mí, con uno de sus dedos entre los dientes. ¡Maldición!

—¿Y si no quiero? —dijo con lujuria. Juro por la Diosa que aquella chica no era la Carlota que yo conocía.

—Entonces tendré que hacer algo que no quiero hacer —di un paso adelante—, y no te va a gustar.

Cogió dos de las tiras delanteras del pantalón y me empujó hasta provocar que mi cuerpo chocase contra el suyo. Tuve que apoyar las palmas en la pared para sentir que aún mantenía un poco de control sobre aquella situación, y que ella no me estaba manejando a su antojo. Pero lo hacía. Después ofreció a mis labios resecos una lamida que les devolvió un poco de la hidratación que pedían a gritos.

—¿Cómo sabes que no me va a gustar, Ben? No estás en mi cabeza. ¿Cómo sabes que no es lo que deseo?

Dejé escapar un gruñido antes de besarla con más profundidad y pasión voraz, a la vez que recorría con fuerza su cuerpo con mis manos, levantando su blusa e intentando tocarla en cada maldito lugar como un lunático desesperado. ¡Joder! ¿Acaso me dejaría tomarla allí y en ese momento?

Solo fui capaz de volver a mis sentidos y apartarme de ella cuando escuché abrirse una puerta en la planta. No podía arriesgarme a que nos pillasen, pero estaba claro: «Carlota, esto no ha terminado aquí, tu osadía será recompensada».

La arrastré detrás de mí y, con señas, le indiqué que se sentase de nuevo en la mesa. Obedeció, roja como un tomate, mientras se limpiaba los labios y colocaba su ropa. Segundos después, mi madre alegremente entró en el salón.

—¡Chicos! —gritó emocionada—, qué bonito veros comer juntos, como antes, cuando erais tan buenos amigos. Estoy tan feliz de que Zoé y Carlota sean amigas y que ahora comparta planta con nosotros. Siempre te he querido mucho, mi pequeña niña. —Mi madre extendió su mano hacia Carlota y ella la aceptó, sonriendo con felicidad.

—¿Cómo está mi hermano? —pregunté, cortando su momento—. ¿Puedo ir a verlo?

—Claro que puedes, está con Zoé, en su habitación.

—Entonces prefiero no hacerlo. Lo veré cuando esté solo, o con vosotros.

Me levanté de la mesa sin terminar la comida. ¡Joder, apenas había podido tocarla!

¿A Carlota? ¿O a la comida?

—Ben —me llamaron Carlota y mi madre al unísono.

—No me esperéis, saldré con los chicos esta noche.

Dicho esto, salí por aquella puerta sin mirar atrás.

CAPÍTULO 15



CARLOTA

La incertidumbre puede ser tan aterradora como motivante.

Después de comer, me dediqué toda la tarde a estudiar. Bueno, a intentarlo. No podía apartar de mis pensamientos la textura mojada de los labios de Benjamín y lo bien que se sintieron sus besos, además de lo sucio y excitante que fue sentir su erección apretada contra mi trasero. Joder, ni siquiera me reconocía en ese momento, allí frente a él, esperando más y dispuesta a pedirlo. La fuerza de los recuerdos era casi imposible de soportar, llenó mi cuerpo de deseo e hizo que empapara las bragas. «Quizá podría apartar el libro un rato y jugar un poco con mis manos», pensé mientras iniciaba con ellas un recorrido por mi cuerpo. Estaba a punto de llegar al objetivo cuando recibí la visita de Zoé y salté de la cama nerviosa. Toda la excitación me abandonó cuando distinguí su semblante, triste, maltrecha y destrozada, cada parte de ella me mostraba lo mal que lo estaba pasando en aquel momento. Me anunció que esa noche se quedaría a dormir con Mateo y eso me llenó de emoción. La animé a hacerlo, sabía que aunque todavía no pudiera verlo, el vínculo la ayudaría a estar mejor.

Me encantaba ver que, en ese momento, era capaz de darle una oportunidad después de parecer tan cerrada a ello, sabía que ella notaba cómo su presencia la calmaba y la hacía sentir en paz, así como lo hacía la de ella con él. Aquella mañana él estuvo dispuesto a dar la vida para que ella consiguiera un poco de paz y ella estaba dispuesta a dormir a su lado para acelerar su recuperación, si eso no era amor, entonces no sé lo que era.

Sabía que todo era aún muy nuevo para ella y estaba muy confundida… ¿Cómo culparla? Después de la cantidad de cosas que se había visto obligada a vivir en poco tiempo, era para estarlo.

Era una chica buena, agradable y preciosa, estaba feliz de tenerla como luna y amiga, pero, Diosa, ¿por qué tuvo que ser bajo esas circunstancias?

Tuve mis dudas sobre si debía cargarla también con mis preocupaciones y problemas, pero,

aun así, dejé salir una parte de la situación que me traía entre manos con Benjamín. Si ella se abría, yo también quería hacerlo ante ella. No me extrañó cuando sacó a relucir las dudas que sentía sobre él, no habían empezado con buen pie, no podían ni verse, y eso, por el bien de ambos, tenía que cambiar.

Cuando Zoé se marchó después de haber comido juntas unos bocadillos, me invadió la inquietud, no sabía si me sentía del todo cómoda durmiendo en esa habitación sin ella. «Espero que pronto Zoé entienda que no puede estar lejos de Mateo, que ella y su compañero son el uno para el otro y logre sentirse feliz y a gusto con él, así podré volver a mi apartamento y a mi tan apreciada privacidad». Lo que más me inquietaba de las palabras de Zoé eran sus sospechas sobre el alfa de Colmillo de Sangre. ¡Oh, Diosa! Esperaba que ese monstruo no fuese realmente el padre de los chicos, cualquiera que llevara la sangre de ese canalla debía sentirse completamente desgraciado por ello.

Como una mujer loba criada en las costumbres de la casa de la manada sabía, a la perfección, que el vínculo de compañeros era nuestra unión más sagrada, cuando encontrabas a ese ser especial que la Diosa de la luna destinaba para ti como la mitad de tu alma, todo cambiaba, ya no eras solo tú, si no que erais dos formando un uno, dos cuerpos viviendo tras una misma fuerza, razón y motivación.

Ojalá encontrara pronto a mi compañero, no quería pasar años esperando por él, o no encontrarlo nunca como experimentaban algunos lobos. Ojalá Ben fuera mi compañero, Diosa de la luna, porque dudaba que lo que sentía por él se pudiera superar.

Después de un par de llamadas a mis padres y mensajes de texto a mis amigas, me fui a dormir con la tranquilidad de que Zoé, mi amiga, estaba pasando la noche junto a su compañero. Quizá aún no tenía los sentimientos suficientes para llamarlo o sentirlo como tal, pero era su compañero y sabía que le gustaba, eso no lo podía negar.

Cuando empecé a sentirme vencida por el sueño, me sobresaltó la vibración de mi teléfono móvil. Había recibido una foto de Alexa, una buena amiga del instituto.

Tía, mira quién está aquí dándolo todo.

Un vídeo de Benjamín en un club, Álex lo sostenía mientras se tambaleaba en la pista de baile y asumí que, en su imaginación completamente frita por el acónito, él creía que eso era bailar.

Vaya, va superciego.

Tranquila, Álex lo sacará de aquí pronto.

Benjamín y su afán por autodestruirse.

Pues sí, te quiero, tía, deberías estar aquí, están poniendo tu canción: *Las babys*, de Aitana.

Una canción que me gustaba bailar y brindar por un amor que nunca fue.

Me apetecía salir a bailar. Quizá pudiera ir después del cine de ese sábado y, si la Diosa lo permitía, tal vez con un motivo para celebrar.



Hacía media hora que me había metido nuevamente bajo la manta, con el pijama largo de ardillas y pinos del bosque. Tuve que prepararme un vaso de leche para conciliar el sueño después de ver el vídeo de Benjamín, ya que mi cabeza no paraba de pensar y preocuparse por lo mucho que bebía últimamente. ¿Qué demonios tendría tanta necesidad de evadir u olvidar? ¿Qué le habría pasado? Mi Benjamín no era así.

Escuché moverse el cerrojo de la puerta para después ver cómo se colaba la luz desde el pasillo. Inhalé con fuerza para comprobar si se trataba de Zoé. ¿Habrían salido mal las cosas? ¿Se había arrepentido y volvía?

El olor de Benjamín me golpeó, además del desagradable e inconfundible hedor a acónito que lo acompañaba. Cerró la puerta tras de sí y se tambaleó en dirección a mi cama. Me levanté de un salto mientras lo distinguía confusa acercándose en la oscuridad.

—¿Ben? ¿Qué haces aquí? ¿Por qué estás tan…?

Mi pregunta se desvaneció en sus labios, apresurados y urgidos por besar los míos. Me sorprendí cuando, a diferencia de lo que creí, el sabor del acónito en sus labios no me produjo el asco que esperaba, más bien me excitó la idea de que en medio de su incapacidad, solo pensara en venir a buscar mis besos. Quizá sus labios me necesitaban tanto como los míos los necesitaban a ellos. Ya no me importaba la respuesta de su parte, no me importaba si mañana lo olvidaría, solo quería continuar con ese beso, violento, salvaje y lleno de pasión. Recorrió algunos metros empujándome hacia atrás hasta que sentí el apoyo de la pared en mi espalda y me estremecí ante su contacto, duro y frío.

Las manos de Benjamín enseguida me distrajeron de aquella sensación con todas las que provocaron mientras viajaban por cada rincón de mi cuerpo sin darme apenas ningún respiro, sus labios, salvajes y voraces, devoraban los míos, y el placer que me producía aquello nublaba mi mente por completo. Mi corazón latía rápido, y mi respiración, junto a mis labios, se enzarzaban

en una lucha por seguir su ritmo frenético.

—Ben —balbuceé entre besos mientras me temblaban las piernas y sentía como mi núcleo empezaba a empaparse.

Levanté los brazos para rodearlo con ellos y acariciar su piel, añoraba provocar en él al menos una parte de lo que él provocaba en mí. Todo mi cuerpo me pedía tocarlo, tocar cada parte de su piel, pero cuando alcancé su espalda, aprisionó mis manos con las suyas, una a cada lado de mi cuerpo, y empezó a lamer mi cuello lentamente.

—¡Oh, Diosa! —gemí. ¡Menuda sensación! ¡Menuda excitación! Solo logré retorcerme ante la mezcla de cosquillas y placer que recorría mi cuerpo y que iniciaba en mi cuello, e intenté luchar para que liberara mis manos—. Necesito tocarte ahora, por favor —supliqué.

Me dio la vuelta y me colocó de espaldas a él, esta vez sentí el contacto de la pared en mi frente y gemí de expectación esperando volver a sentir el impacto de su pene rígido contra mi culo. En lugar de eso, unió mis manos y las ató con algo suave, demasiado grande para ser solo un lazo. Parecía más bien una especie de camiseta.

Cuando volvió a girarme, comprobé que tenía razón, la oscuridad no era tan grande como para no dejarme distinguir su figura desnuda de la cintura para arriba. Jadeé al ver cómo se mordía los labios y después se pasaba la lengua de manera seductora por ellos. Oh, Diosa, era lo más sexi que había visto jamás. Estaba perdiendo el juicio ante ese chico, siempre lo había hecho, pero ahora ni siquiera me sentía capaz de disimularlo más. Me gustaba mucho, y sentirlo tan cerca me producía infinito placer.

Ben me desabrochó los botones del pijama, uno por uno, y me sonrojé pero no opuse resistencia, en realidad no me opondría a nada de lo que hubiera querido hacer conmigo esa noche. No es que no hubiera pensado alguna vez en reservarme para mi compañero, pero cuando esos pensamientos venían a mi cabeza enseguida se veían eclipsados por los ojos azules y el cuerpo musculoso cubierto de tatuajes de Benjamín. Siempre había querido reservar todas esas primeras veces para ese chico que tenía delante. Aun con toda aquella decisión instalada en mi cabeza, no pude evitar sentirme un poco cohibida en ese momento. No llevaba nada debajo, y la caricia suave de los dedos de Benjamín mientras apartaba mi camisa, poco a poco, fue dejando entrever mis pezones erectos.

—Ben —intenté decir.

Benjamín me tapó la boca con la mano y, no sabría decir por qué, pero eso me excitó aún más. Retiró la mano de mi boca después para volver a besarme y busqué sus labios con los míos, ansiosa por seguir su ritmo. En ese momento, atada, no podía atenuar sus movimientos cogiendo su pelo o su cara. Apoyó los codos, uno a cada lado de mi cabeza, y se recostó con más fuerza sobre mí. Ahogué mis gemidos en su boca cuando sentí su bulto apretando con fuerza mi ombligo.

—¿Te gusto? —me preguntó entre besos.

—Sí —contesté con apenas aliento. «Claro que me gustas, me vuelves loca», quise gritarle.

—Entonces deja que me divierta…

Abrió la camisa de mi pijama por completo y sus labios bajaron recorriendo, junto a su lengua, cada pequeño espacio de mi piel. Sentí como cada vello se erizaba y toda mi piel se tensaba ante el rastro de su saliva, que quería sentir en cada una de las zonas de mi cuerpo. No pude reprimir mis gemidos, simplemente no lo logré. ¿Me daba miedo que me escucharan? Sí. ¿Zoé podría entrar en cualquier momento? Sí y sí, pero yo no era capaz de pensar en nada más que en aquel placer que me llenaba por completo. Tenía que dejarlo escapar por algún lado.

Su boca encontró mis pechos y su lengua los recorrió, convulsioné ligeramente cuando la electricidad que salía de ellos me engulló por completo. ¿Podría correrme solo porque me chupara los pechos? No sabía si eso era posible, pero yo estaba cerca de hacerlo. El cosquilleo y la presión en mi clítoris pedían a gritos ser liberados. Despacio, como en un pequeño juego, me retorcí mientras jadeaba. Oh, Diosa, ¿por qué había atado mis manos? Solo quería acariciar su pelo, su espalda, su piel, y dirigir sus manos directas a mi entrepierna.

Atacó mis pechos con continuidad mientras yo me deshacía y, como si me hubiese escuchado, como si la mismísima Diosa lo hubiese iluminado con el don de conocer mis necesidades, sentí como su mano se coló dentro de mi pantalón de pijama, dentro de mis bragas, hasta encontrarse con mi núcleo, totalmente humedecido. Me besó para acallar mis gritos y que quedasen extinguidos en sus labios antes de que sus dedos, ágiles, iniciaran un baile perverso sobre mi clítoris palpitante. Me aparté de su beso con violencia y hundí mi cara en su cuello. Lamí y mordí con fuerza mientras sentía como las cosquillas se extendían. Joder. Solo habían pasado unos segundos cuando la sensación me llenó por completo, todo mi cuerpo se estremeció y grité. Él, rápido como una bala, me tapó la boca con su mano libre, y me sostuvo con fuerza.

Abrí los ojos y lo miré fijamente mientras me recuperaba, con respiraciones rápidas y profundas. Me hizo un gesto de silencio y eso me pareció muy sexi.

Cuando me soltó la boca, busqué sus labios con frenesí para calmar mi sed, la sed que se había adueñado de mí, y le besé el cuello con ansias, quería más. Pero él volvió a girarme de manera violenta. Jadeé ante la idea de que me penetrara allí mismo, de pie. ¿Acaso iba a permitírselo? Pero, en lugar de eso, me quitó las ataduras y me dijo al oído:

—Eso será todo por hoy, te has portado bien, mi Carlota.

—¡Ben! —lo llamé mientras lo seguía hacia la puerta—, ¡no te vayas! Puedes quedarte, si quieres.

—Lo sé, pero no quiero, tengo mi propia habitación.

—Ah, vaya —balbuceé desconcertada ante sus palabras y su tono cortante. Le gustaba, ¿no? Si no, no estaría aquí, haciendo esto. ¿A lo mejor se encontraba mal por lo borracho que estaba?

—. ¿Sigue en pie lo del cine mañana?

—No puedo ir, estoy muy ocupado.

Salió de mi habitación sin pronunciar ninguna otra palabra.

¿Qué demonios acababa de pasar? Me senté en la orilla de la cama y cubrí mis pechos con la camisa, totalmente desconcertada, no sabía siquiera qué pensar. ¿Era importante para él? ¿Era así de cortante incluso con las chicas que le gustaban? ¿O es que aún no se sentía con la confianza suficiente para despojarse de su fachada conmigo? ¿Se sentía realmente tan atado al detalle de que no tuviera a mi loba todavía? ¿Por qué demonios sería eso tan importante para él? No tener a mi loba no me impedía pensar por mí misma, ni tomar mis propias decisiones, o ¿acaso eran solo capas? Como cuando pelas una cebolla. ¿Debía ir quitándolas poco a poco hasta llegar a su corazón?

CAPÍTULO 16



BENJAMÍN

El enemigo más terrible del hombre no es la muerte, sino el dolor.

Después de despertarme con una resaca de tres pares de narices y darme la ducha más larga de toda mi vida, era momento de cargar con las consecuencias de mis actos. Risk me odiaba profundamente por la cantidad de daño que le causaba intoxicando su cuerpo con acónito cada vez que no era capaz de sobrellevar mis problemas. Y yo me odiaba a muerte cada vez que no cumplía mi palabra al decir que sería la última vez.

Solo me había levantado de la cama por esa reunión que había convocado mi hermano. ¿Qué demonios tendría que decirnos?

Como cualquier persona incapaz de no violar sus propios límites e incapaz de cumplir sus propias promesas, la noche anterior acabé en el cuarto de Carlota. La toqué, la até y ella me lo permitió y, en ese momento, gracias a eso, no podía dejar de ver su imagen en mi cabeza. Su cuerpo delgado y menudo siendo recorrido por mis manos ásperas mientras ella se retorcía y me deleitaba con sus gemidos de placer, deseando más. ¡Oh, Diosa! Un sonido celestial que jamás podré borrar de mi mente y que me moría por seguir escuchando, por seguir viendo sus rizos marrones mojados por el sudor y la saliva que escapaba de su boca sedienta de mis besos.

Carlota. Siempre había creído que era inocente, tímida, pero esos días me tenía tan intrigado con la malicia que había visto en sus ojos que no lograba reprimir mis propias ansias por conocer ese lado que tan bien había sabido ocultarme.

Mientras esperaba el ascensor reconocí el olor característico de la princesita, mezclado con algo más. «Vaya, así que hoy se ha perfumado». La vi salir de la cocina arreglada y radiante y no pude reprimir el asco y la indignación que se anclaban con más fuerza en mi interior. «¿Así que ya te sientes cómoda aquí, maldita espía?», pensé.

Se detuvo pensativa al ver que estaba en su camino. Tenía claro que lo último que quería era compartir el ascensor conmigo. Sabía que no le agradaba y que me temía, y por supuesto que

debía hacerlo.

—Buenos días —le dije con falsa amabilidad, entré al ascensor cuando las puertas se abrieron. Con una de mis manos detuve la puerta y con la otra le hice un gesto para que me acompañase dentro. Sabía que no era lo que ella quería, pero era lo que yo necesitaba, intimidarla, seguir demostrándole que no era capaz de engañar a todos en esta manada.

Se lo pensó durante unos segundos más antes de mirarme decidida y entrar de un salto. ¿Así que quería demostrarme que tenía agallas?

—Te veo muy bien, princesita —le dije en tono burlón—, ¿te has puesto así de guapa para impresionar a mi hermano?

—Me he puesto como me apetece porque me apetece, hago las cosas para mí, no para nadie más —me dijo en tono cortante, poniendo los ojos en blanco.

—Claro —le dije con sarcasmo.

Seguro que lo radiante que estaba esa mañana no tenía nada que ver con que hubiera dormido en la cama de mi hermano, estúpida espía. «Por tu culpa, por tu jodida culpa, había acabado la noche anterior en el cuarto de Carlota incapaz de controlar los deseos que sentía hacia ella, la había colocado aquí para después dejarla sola bajo mi acecho», pensé. Aunque no pude oler rasgos del aroma de Mateo en la princesita, no desaprovecharía la oportunidad, si se me presentaba, de meterme con ella y hacerla sentir miserable gracias a eso.

—¿Sabes para qué es la reunión que ha convocado Mateo?

—Ni idea. —Algo en mi interior me decía que mentía con respecto a eso, como en todo lo demás.

—Ahora lo averiguaremos.

Me adelanté en la salida del ascensor y entré decidido en el despacho donde nos esperaban mis padres y mi hermano.

—Bien, ¿de qué se trata? —dije revolviéndome en mi asiento, impaciente, después de escuchar los halagos de mis padres a Zoé por lo mucho que se había arreglado. Mi hermano había distribuido las sillas en círculo, lo que tenía que tratar con nosotros debía de ser realmente importante.

—Madre, espero que hoy te sientas mejor para hablar sobre lo que Zoé te preguntó ayer —inició Mateo—, parece no ser un plato de buen gusto para ti tocar ese tema, pero es importante para nosotros conocer los motivos de nuestros enemigos.

—¿Para qué? —respondió mi madre cortante—, eso no cambiará nada, ese hombre es un psicópata, acogimos a muchos miembros de su manada que huían de su crueldad y buscaban refugio en nosotros.

—Nuestra madre incluida —dijo Mateo en voz baja.

—¡Cualquiera podría ser uno de esos hijos de los que habla ese desgraciado!

¿Qué? ¿Por qué Mateo estaba hablando de nuestra madre biológica? ¿Qué demonios estaba insinuando? Mi corazón se aceleró ante el impacto del miedo mezclado con la adrenalina y la negación absoluta. Mi hermano era mucho más listo que eso, jamás había hablado antes de esa mujer, nunca había mencionado su nombre en todos esos años, ¿y ahora cuestionaba a mi madre sobre cómo llegó ella aquí y si eso podría tener algo que ver con los hijos perdidos que buscaba ese alfa?

—¿De qué hablas? —lo cuestioné enfadado. No me gustaban sus pensamientos y no quería que continuara por ahí.

—Nuestra madre biológica, mamá. —Miró a mi madre directamente—. ¿Ella también pertenecía a la manada de Colmillo de Sangre? —La rabia hirvió en mi interior. Estaba siendo implacable con mi madre, cuestionándola sobre temas de los cuales ella no quería hablar, ¿y todo para qué? ¿Con qué fin?

—Huía de esa manada, pero es todo lo que diré al respecto, hay recuerdos con los que es mejor que no tengáis que lidiar. —Mi madre se levantó de la silla, nerviosa, y mi padre se levantó a su lado, la arropó entre sus brazos y pude notar como empezaba a ponerse a la defensiva. Pero en ese momento, incluso yo necesitaba saber, no era tan delicado como mi hermano, necesitaba hablar sobre eso y necesitaba la verdad.

—Mamá —dije agitado colocándome frente a ella. La miré a los ojos y le supliqué con mi mirada—, si fuésemos hijos de ese alfa despiadado, ¿nos lo dirías verdad? No nos ocultarías una verdad como esa.

—Ese alfa es la escoria más grande que existe sobre la tierra, me quitó a mi hija, buscando algo que jamás le ha pertenecido, si esa madre escapó con sus pequeños de él por alguna razón sería.

Dicho esto, mi madre salió de la habitación indignada y mi padre la acompañó, haciendo pequeños gestos de disculpa a su salida.

—¿De dónde te has sacado que podemos ser nosotros los hijos de ese psicópata? —enfrenté a Mateo. ¿De dónde se le ocurría pensar, veinte años después, en una posibilidad como esa? Pensar en que nuestra madre nos mentiría de esa manera.

—Lo he pensado yo —intervino Zoé—, ha sido cosa mía.

Claro, ¿cómo no lo había pensado antes? Todo esto era obra de la espía y de su manejador. Sentí que me iban a explotar los sesos pensando en cuál podría ser su motivación detrás de sembrar esa duda. ¿Dividirnos? ¿Romper nuestra valiosa unión? ¿Sacar información a mis padres sobre los verdaderos hijos de ese canalla jugando con nuestras mentes?

Lo único que tenía claro es que iba un paso por delante y tenía que averiguarlo si quería deshacerme de ella lo antes posible.

—¡Cómo no! —solté con un bufido—. Me parece que en *humanolandia* veis demasiadas

películas, princesita.

Salí de la estancia dando un portazo, rogando a la Diosa el control necesario para no morder su garganta mentirosa y desgarrarla allí mismo.

Corrí al bosque y me transformé hecho una furia. Risk pasó veloz entre los árboles con la cara desencajada por la rabia mostrando sus colmillos y gruñendo. No nos gustaba nada esa maldita insinuación. Ese maldito alfa perverso… No podíamos compartir la misma sangre. ¿Por qué diablos había tenido que aparecer esa chica en nuestras vidas? ¿Por qué tuvo que aparecer Ela en nuestras vidas?

¡Alonzo! Él era el único y verdadero culpable. Jamás me había peleado con mi hermano hasta ese momento. Si cualquier otra mujer hubiese sido su luna, juro por la Diosa que no me hubiese importado dar mi vida por ella, pero esa chica, Zoé, representaba mis mayores temores hechos persona.

Ni siquiera sabía a qué le temía más. ¿A que tuviera información y descubriera ante mi familia mi pasado con Ela? ¿A que nos quitase nuestros puestos proclamándose la legítima heredera alfa para entregar nuestra manada a ese malnacido? ¿A que nos envenenase a todos mientras dormíamos? Eran demasiados escenarios negativos sobrevolando mi cabeza. Solo sabía que sentía temor, tenía un miedo que me paralizaba por completo por primera vez en mi vida, tenía miedo de que mi hermano y yo perdiéramos todo lo que era nuestro, incluida nuestra unión.

Ya cuando se la llevaron siendo un bebé perdimos con ella una parte de mis padres, y sí, era totalmente consciente de que otra mujer me había dado a luz, pero la única madre que conocía era Ruth y ahora que Zoé estaba de vuelta, sabía que no soportarían perderla nuevamente. Igual que tampoco podrían sostener una traición tan grande de su parte. Esta vez Alonzo había apostado demasiado fuerte enviando a la hija de mis padres a destruirlos, a quitárnoslo todo. Eso era, simplemente, no conocer los límites de la maldad.

No había hecho, ni siquiera, el mínimo esfuerzo por encajar. Además, sabía que no quería hacerlo, con tener el favor de mis padres y mi hermano era suficiente para ella, por eso, cada vez que me miraba, lo hacía con desprecio. Un desprecio totalmente mutuo.

No lamentaba en absoluto haberle hecho daño de esa manera, me arrepentía de que solo hubieran sido rasguños comparado con lo que quería hacernos a nosotros. La Diosa y yo sabíamos que, si mi hermano me lo hubiera pedido, la hubiese matado con mis propias manos. Hubiese matado a Ela también de haberla descubierto por mí mismo. De haber sabido que era solo una sucia espía, no hubiese tenido piedad con ella, o al menos eso me gustaba pensar.

Nos había costado mucho estar donde estábamos, mejorar todo lo que habíamos mejorado y encontrar la paz y seguridad que habíamos logrado en ese momento. Mi hermano y yo nos habíamos esforzado toda la vida para estar en ese lugar, no permitiría que una niñata lo arruinase.

Mateo, en ese momento, solo estaba cegado por el vínculo, intentaba permanecer imparcial solo porque ella era su compañera, pero sabía que no estaba conforme con su forma de actuar. Sabía que tarde o temprano terminaría rechazándola por mucho que eso pudiera doler a todos, tenía la esperanza de que mi hermano haría lo mejor para su manada, como el alfa sensato que siempre había sido.

Después de regresar, trabajé inquieto en mis asuntos en la casa de la manada, supliendo las obligaciones de mi hermano que había decidido salir toda la tarde con Carlota y la princesita. Al finalizar, solo quería cenar con mi familia y tener un momento de paz, pero claro, ella estaba en la mesa y siendo así, eso era demasiado pedir. Todo mi cuerpo se crispó en su presencia y no pude evitar reventar cuando mis padres la felicitaron por decidir quedarse y terminar su carrera.

—Claro que va a quedarse —dije poniendo los ojos en blanco—, ya duerme en la cama de mi hermano.

Dejó caer el vaso de agua que tenía en la mano derramándolo por toda la mesa. Su cara se ruborizó al instante. Si yo no hubiera sabido la verdad que ocultaba, me hubiese creído su actuación perfecta como todos los demás. Pero ellos, lejos de conocer esa versión, me miraron horrorizados, como si acabase de matar a alguien delante de sus ojos.

—Solo… —balbuceó—, la doctora dijo que mi presencia le curaría. No, no pasó nada entre nosotros.

Mateo se levantó de la mesa hecho una furia, sabía que venía a por mí, pero no intenté detener su ataque, me lo merecía. «Lo he hecho a propósito, hermano, y algún día lo entenderás». Me cogió de la camiseta y me levantó en el aire, le sonreí y levanté las manos en señal de rendición. Era la única manera en la que podía levantar mis manos en contra de mi hermano, pidiendo su clemencia.

—¿Vas a parar de ser un maldito imbécil? ¡No puedes hablar así a tu luna, conoce de una puta vez tu maldito lugar!

—¿Así que, de repente, ella es más importante que yo? —escupí con resentimiento. ¿Mi luna? ¿Mi lugar? ¡Que la Diosa nos amparara! ¡Pero si era solo una maldita espía!

Mis padres nos rodearon, intentando separarnos.

—Benjamín, estás colmando mi paciencia, conoces nuestras tradiciones. Zoé es mi compañera, ella no eligió esta situación.

—Ninguno lo hicimos, no es la chica correcta para ser nuestra luna, Amelia lo es…

—Si tanto te gusta Amelia, puedes quedarte con ella. Si ese es el maldito problema, es toda para ti, Ben.

¿Toda para mí? ¿Quedarme con la jodida Amelia? Pues sí que estaba desencaminado con mis pensamientos. ¿Qué clase de hermano creía de repente que era?

Había tenido suficiente de eso. No podía lidiar con esa maldita situación. Zoé salió del salón

simulando estar afectada y eso terminó de colmar toda mi paciencia. Me escabullí del agarre de Mateo y lo enfrenté con seriedad.

—Un día no muy lejano vas a arrepentirte de haber dejado salir esas palabras de tu boca en contra de tu propio hermano. Sé que ahora crees que la tienes a ella y crees que eso es una bendición, pero no lo es, cuando ella te destroce el corazón solo me tendrás a mí, como siempre.

Me fui directo a mi habitación, al borde de las lágrimas. La Diosa y yo lo sabíamos, no quería discutir con mi hermano, no quería disgustarlo ni hacerlo sufrir, solo quería que Zoé desapareciera de nuestras vidas. Ojalá ella, Alonzo y Ela no hubiesen existido jamás.

Necesitaba salir de allí.

CAPÍTULO 17



CARLOTA

Si me desnudas el corazón, la ropa se caerá sola.

Después de despedir a Zoé de la habitación, cuando Mateo vino a buscarla, me senté de nuevo en la cama para estudiar. Lamentaba que no hubiera aceptado mi petición de marcharme a mi apartamento; si Ben volvía a colarse otra noche, me hubiera gustado sentir que tenía un poco más de privacidad.

Benjamín. No había sabido nada de él en todo el día aparte de escuchar los gritos de su discusión con Zoé y Mateo, pero me resultaba angustiante no haberlo visto en persona, ni siquiera me lo había cruzado, y eso que vivíamos en la misma planta. ¿Estaba evitándome a propósito? ¿Después de la resaca se arrepentía de lo que hizo conmigo la noche anterior?

El teléfono vibró a mi lado y abrí el mensaje de Savannah, que acababa de llegar.

> Hoy ha venido pronto tu
> admirador borracho,
> jajaja, lástima que no
> hayas querido venir.

Mis ojos se abrieron de par en par cuando recibí una foto de Ben en la discoteca donde bailamos la última vez, junto a nuestros amigos. Miguel y Savannah se habían desvivido invitándome también esa noche, pero no habían conseguido convencerme.

¿Quizá debía arreglarme un poco e ir?

¿Quizá debía hablar con él de lo que pasó la noche anterior antes de que volviera a estar borracho?

Me preocupaba Benjamín y su actitud, tanto acónito no podía ser nada bueno para él y su lobo.

¿Sabéis qué? Hacedme un hueco en la mesa porque voy para allá.

¡Eso, Carlota!
Ven a mover ese culo.

Me levanté de un salto, hecha un manojo de nervios. Debía arreglarme rápido para no dar tiempo a mis dudas a adueñarse de mí. «¿Por qué vas, Carlota? ¿Solo por Benjamín? No. No lo sé, pero quiero hacerlo, quiero verlo».

Me metí en el baño y puse sobre mi cara un rápido maquillaje ahumado para después meterme en un mono ajustado y corto, unas Converse bajas y el pelo suelto. Aceptable.

Corrí a la entrada y le pedí a unos de los chóferes que me llevara y, en menos de diez minutos, estaba atravesando la puerta de entrada del Dangerous Territory. El portero me sonrió con picardía antes de dejar que me colase al decirle que mis amigos ya me esperaban dentro.

Cuando entré, localicé su mirada. Fue como si en ese momento ambos pudiésemos sentir la presencia del otro y localizar su olor entre la multitud. Estaba en el vip otra vez, bebiendo botellas a pico junto a sus amigos.

Me siguió con una mirada inquisitiva y disimulé mi risita nerviosa y lo mucho que me afectaba realmente su presencia. Abracé a mis amigos cuando llegué a su mesa, en medio de sus gritos y aplausos de emoción al verme.

—¡Carlota! ¡Qué bueno que has venido! Te necesitaba para bailar —me gritó Savannah.

—Ya era hora de que sacaras la cara de los libros —sonrió feliz Alexa.

—Vale, vale, basta de burlarse de mí —me reí—, mucho queríais que viniera, pero nadie me ha ofrecido aún una copa.

—¡Camarero! —le gritó Miguel a uno de los chicos con bandeja que pasaba por allí—. ¡Un San Francisco bien cargado, por favor!

¿Bien cargado? No me gustaba como sonaba eso, pero aun así dejé que el espíritu fiestero se apoderara de mí en medio de los gritos de éxtasis de mis amigos.

Empecé a sentirme animada y libre en medio de la música y la buena compañía. Benjamín no se acercó a saludar, así que decidí ignorarlo, al igual que los comentarios de los chicos sobre que no dejaba de mirarme. Había dado el primer paso, había venido hasta aquí, si quería algo más tendría que venir a buscarlo. Y sí, quizá esa noche había ido hasta ahí por él como principal motivo, pero en ese momento, me quedaba por mí.

Dos copas después empezó a sonar mi canción favorita: *Las Babys*, de Aitana, y sentí como toda la adrenalina recorría mi cuerpo haciendo que me viniese arriba por completo. Los chicos y yo salimos a la pista para bailarla a tope, dándolo todo.

Dejé que el ritmo impregnara mi cuerpo marcando mis movimientos, removí mi cabello y

levanté mi copa en medio del estribillo, mientras la cantaba junto a mis amigos a todo pulmón. Me olvidé de todo en absoluto y solo di cabida a lo bien que me lo estaba pasando.

Mi cabeza explotó cuando escuché después sonar *Olha explosao*, de MC Kevinho. ¿Acaso el DJ tenía una *playlist* de mis favoritas esa noche? Lo único en lo que pensé fue en dejar mi cuerpo fluir con la música, con sexis movimientos de *twerk* mientras era animada por mis amigos a continuar con mis golpes de cadera. Sentí que los gritos a mi alrededor crecían mientras bailaba, pero mi concentración estaba completamente centrada en mi cuerpo y en la sensualidad que irradiaba con su baile.

Sentía las vibraciones de la música erizando mi piel y lo único que deseaba era moverme como si no hubiese un mañana. Bailar siempre había sido una buena terapia cuando no quería pensar en algo, o en alguien.

Cuando la canción terminó y detuve mi demostración, caí en la cuenta de que las personas de la pista habían formado un círculo a mi alrededor y todos esos gritos iban dirigidos a mí. El color rojo se apoderó de mis mejillas al instante y busqué en el palco vip la presencia de Benjamín para confirmar si él también había estado mirándome. No estaba allí.

El chico rubio y guapo de la otra noche me localizó y se acercó a mí, me cogió del brazo con delicadeza mientras me sonreía. Su sonrisa cálida me causó confianza y me sonrojé al sentir lo mucho que le interesaba tener mi atención, pero de una manera educada y gentil, lo que me hizo sentir halagada.

—¡Vaya! Bailas genial, Carlota, y eres preciosa, me encantaría que pudiéramos bailar juntos —me dijo, y pude notar los nervios en su voz—. ¿Me concedes este baile?

—Tiene todos los bailes de esta noche reservados para mí —escuché decir a la voz grave de Benjamín desde nuestra espalda. Me puse rígida al momento y me mordí el labio superior para disimular mi sonrisa de satisfacción. «¿Así que, por fin, te dignas a darme la cara?», pensé—. Soy su mejor amigo, así que piérdete, Oliver.

Oliver se encogió de hombros y me miró avergonzado antes de soltar mi mano y marcharse. He de reconocer que yo hubiese hecho lo mismo en su lugar, su voz había sonado de lo más amenazante, y aunque no hubiese sido así, nadie quería enfrentarse al loco de Benjamín.

—No puedes hacer eso.

Me quejé antes de que se acercase a mí con su camisa negra de seda entreabierta, que me dejaba ver su pecho reluciente y firme. Rodeó mi cintura con su mano izquierda y aprisionó una de mis manos con su derecha adoptando la posición perfecta para el baile. Tiró de mi cuerpo dejándolo unido al suyo y jadeé en su mejilla al rozarla con los labios.

Al momento empezó a sonar *Propuesta indecente*, de Romeo Santos, y me pregunté cuándo lo había planeado. Era evidente que los tiempos no se habían adaptado a su antojo por

casualidad. Sonreí al pensar que se había tomado la molestia de pedir al DJ una canción para nosotros y la guardé como un recuerdo, en un rincón de mi corazón. En aquella pista, a la vista de todos, comenzamos a dejar fluir nuestros movimientos en un baile sensual de bachata, en el que él era el capitán y yo me dejaba guiar con sus directrices. Bailábamos tan pegados, tan cerca, que mi respiración se entrecortaba al sentir cada detalle en su cuerpo.

—¿Vas a hacerme alguna propuesta indecente esta noche? —le susurré al oído.

—¿Qué parte de que debes controlarte hasta que tengas a tu loba es la que no has podido entender? —Me giró al son de la música para después volver a apretarme contra su pecho.

—Lo entiendo todo, Ben, soy una chica lista. Pero, ¿qué hay si no es lo que quiero?

Jadeé cuando su mano apretó mi cintura como advertencia, rozando, de forma discreta, la curvatura de mi trasero. Sabía que lo hacía a propósito y que, a la vez, luchaba por contenerse y no tocarlo en su totalidad. Me hacía sentir caliente que me tocase, que sus manos rozaran partes consideradas «prohibidas».

—¿Por qué has venido esta noche, Carlota? ¿Acaso lo has hecho para seducirme con esos bailes sensuales?

—Puede… ¿Está funcionando? —susurré mordiendo su oreja.

—Para —me ordenó apartando la cara—. Nada de demostraciones públicas. —Me sentí inmediatamente frustrada ante sus palabras, joder, que no sería la primera chica sin su lobo que tenía relaciones sexuales, «qué pesado». Aun así, sacudí con rapidez el sentimiento de mi interior intentando que no cobrara mayor importancia. «Es solo porque es el beta de la manada y no quiere que se le relacione de esa manera»—. ¿Algún día bailarás así solo para mí?

—Cuando quieras —dije sorprendida con sus palabras. ¿Así que quieres un baile privado?

—Discúlpate con tus amigos y di que aprovecharás que me marcho para que te acerque a casa.

La sonrisa me iluminó la cara. «Nada me gustaría más, después de ese baile, que volver a estar semidesnuda o desnuda, envuelta en sus brazos», pensé.

La canción terminó y, tal y como me ordenó, me disculpé con mis amigos. Me dedicaron pícaras sonrisas y nos despedimos con la promesa de que al día siguiente les contaría todo y, ¡oh, Diosa!, esperaba que esa noche Benjamín me diese mucho que poder contar. Por el rabillo del ojo lo vi bajar del vip y dirigirse a la salida de la discoteca, lo seguí y el aire frío golpeó mi cara cuando crucé la puerta.

Benjamín subió a su deportivo negro que acababa de traer uno de los aparcacoches y me hizo señas para que ocupase el asiento del copiloto.

Cuando cerré la puerta del coche, tuve que apretar mis muslos para reprimir las cosquillas que golpearon mi núcleo al chocarme, de lleno, con su olor, nunca lo había sentido tan intenso, tan fuerte, tan concentrado. Cuero, mezcla de aromas dulces y alcohol, todo lo que me recordaba a

Benjamín.

—Contrólate —dijo rodeando mi cuerpo y atándome el cinturón, a la vez que hacía muecas de frustración e intentaba contener su respiración. ¿Acaso estaba oliendo otra vez mi deseo?

—Perdón —me disculpé sonrojada. Joder, mi cuerpo se enloquecía con su presencia, ni siquiera me estaba tocando y ya estaba jadeando y empapando mis bragas en su coche—. ¿Iremos a casa?

—Quizá hagamos una pequeña parada antes.

Las ruedas del coche chirriaron ante la profundidad de la pisada de Ben sobre el acelerador. Me agarré con fuerza al asiento, sintiendo recorrer por mi cuerpo la adrenalina. No tenía miedo, más bien me excitaba en exceso toda la situación. Me seducía conocer la nueva versión del chico al que había querido toda la vida, redescubrirlo, y sentir que quería a dos hombres distintos a la vez.

Condujo durante veinte minutos, subiendo diferentes cuestas hasta llegar a una zona elevada en la que descansaba nuestro faro. Me emocioné enseguida al ver que me había llevado hasta allí, como cuando éramos más jóvenes y subíamos a leer nuestros cuentos con el sonido del mar.

La única iluminación era la luz brillante que salía desde el faro y giraba a nuestro alrededor. Era alucinante, único y precioso, mágico, y me hacía querer saltar del coche e inhalar el olor del mar.

Lo hice en cuanto Benjamín apagó el motor. Salí del coche y corrí por el asfalto dando saltos hasta llegar a la barandilla, observé las perfectas vistas de las olas que rompían en las rocas.

Ese lugar era mi favorito, pero siempre lo disfruté con Ben, nunca me había dado la oportunidad de disfrutarlo en soledad. Amaba la playa y su sensación de paz, su sonido, amaba cómo se sentía mi interior cuando caminaba descalza sobre la arena, sabiendo que no importaba cuánto quemara si al final, la recompensa, era el mar.

—¡Benjamín, este lugar es alucinante! —le grité emocionada—. Gracias por traerme. ¿Puedes creer que llevaba años sin venir?

—Yo también —reconoció agachando la mirada, y algo en mi interior me dijo que quizá tendría mis mismas razones para no haber regresado a ese lugar—. ¿La playa sigue siendo tu lugar favorito?

Asentí y me quedé quieta esperando que él se acercara. Lo hizo. Conecté mi mirada con la suya y no pude controlar la pequeña sonrisa que se dibujó en mi rostro. ¿Así que aún se acordaba de mis cosas favoritas?

—Todo sigue igual para mí. —Me acerqué y le rodeé el cuello con los brazos—. Lo único que ha cambiado es mi sabor favorito.

—¿Ya no es el chocolate? —preguntó incrédulo, arqueando una de sus cejas.

—No desde que he descubierto el sabor de tus labios.

Me levanté de puntillas y posé mis labios sobre los suyos en un beso inocente, cerré los ojos para alejar todo lo demás y concentrarme en nuestras bocas explorándose la una a la otra. Benjamín correspondió a mis labios y me sorprendió que no lo hiciera de manera voraz. Aceptó mi ritmo tranquilo y pausado y metió su mano en mi cabello rizado acariciando mi nuca. No conseguí retener los jadeos que me producían sus besos unificados a sus caricias, o la sensación de dolor y placer que generaba en mi nuca cuando abría y cerraba su palma reteniendo parte de mi cabello.

—Te quiero, Ben —dije sin pensar después de que nuestros labios se separasen.

Inmediatamente me sonrojé y me sentí avergonzada, por lo que apoyé la cara en su pecho y le abracé la cintura con fuerza—, lo sabes, sabes que siempre te he querido.

Era la verdad. No sabía cómo o por qué ese día había tenido el valor de decírselo, quizá influyera el hecho de que había bebido un poco, pero era la única verdad que tenía. Había querido a ese chico desde que tenía uso de razón. Había querido a su versión de antes y estaba intrigada por conocer y amar con la misma intensidad al Ben de ese momento. Solo debía abrirse y darnos una oportunidad.

—No sabes lo que dices. No me conoces, Carlota, ya no soy el Benjamín del que estuviste enamorada, el que estaba enamorado de ti por igual.

—¿Estabas enamorado de mí? —lo interrumpí. Es decir, claro que lo sospechaba, siempre me dio todas las malditas señales. ¡Oh, Diosa! ¿Fue real? Pero, si me quería, ¿por qué se alejó de mí así?

—No creo que debamos tener esta conversación. —Intentó alejarse y cogí su brazo, desesperada.

—¡Claro que debemos! ¿Por qué no? ¿Qué nos lo impide?

—Deberías alejarte de mí ahora que puedes, Carlota.

—No puedo. Vamos, Benjamín, joder, para de una vez con esa actitud, somos mayorcitos, no me trates como una cría y no me vengas con ese cliché de no eres tú, soy yo.

—No es un cliché. —Se giró hacia mí con brusquedad y me aprisionó en sus brazos. Gemí de satisfacción, no supe si pretendía intimidarme, pero había conseguido todo lo contrario, me encantaba la sensación de sentirme arropada por su cuerpo—. Solo conseguiré hacerte daño.

—No lo hagas, no tienes por qué, puedes darte la oportunidad de recuperar al Benjamín de antes, a mi amigo, al Benjamín de Carlota.

—El Benjamín de antes no va a volver —dijo de manera tajante y se removió de mi abrazo antes de empezar a avanzar hacia el coche—, deberíamos irnos, ha sido una mala idea venir aquí.

—No pienso irme.

Me quedé firme en mi lugar, con los sentimientos a flor de piel. Herida, frustrada y decepcionada con el desarrollo de nuestra conversación, pero a la vez, dispuesta a no darme por

vencida. No quería darle la oportunidad de jugar a ese juego de las adivinanzas que pretendía seguir teniendo conmigo.

—O vienes aquí ahora mismo y vuelves a besarme o no te molestes en volver a hablarme después.

Llegó frente a mí en fracciones de segundo y me encaró. Justo como yo quería.

—No utilices conmigo ese tono desafiante, Car…

Atrapé sus labios otra vez y salté sobre él rodeando su cintura con mis piernas, me daban completamente igual sus réplicas ni lo que tuviese que decirme, le pedí que viniera y lo hizo, yo solo iba a quedarme con eso. Él me ofreció el apoyo que necesité para sujetarme a su cuerpo. Solté sus labios exigentes en varias ocasiones para conseguir relajar su ritmo voraz y frenético. «Calma, Benjamín, hoy lo quiero despacito». Por fin, logré que sus labios se relajaran y llevasen, junto a los míos, el baile lento de un vals. Ni siquiera noté que estábamos en movimiento hasta que sentí, tras mi espalda, el apoyo frío de una pared en concreto. En ese lugar las luces del faro no llegaban a alumbrar, así que nos encontrábamos completamente a oscuras. Levanté las manos sobre la cabeza al sentir que chocaba con las rejas de lo que creí que sería una especie de ventana y me aferré con fuerza a ellas. Benjamín lo tomó como una invitación a liberar sus manos y recorrer con ellas mi cuerpo, en ese momento mucho más accesible para él. Inició un recorrido por mi cuello con su lengua y me retorcí ante las cosquillas mezcladas con placer. Desgarró de un tirón la tela de mi mono dejando al descubierto mi sujetador negro de encaje y, joder, no sabía cómo iba a regresar a casa con la ropa hecha pedazos, pero a la mierda, porque era todo lo que deseaba. Levantó el sujetador sobre mis pechos dejándolos caer brevemente ante la gravedad e introdujo uno en su boca chupándolo con severidad.

—¡Ahhh!

Grité y me retorcí mientras chupaba con más fuerza, para después sujetarlo en su mano y acariciar mi pezón erizado con pequeños jugueteos de su lengua. Encontré su mirada lujuriosa y me mordí el labio inferior con deseo. Eso provocó que Benjamín me gruñera.

Liberó mi pecho y me besó la boca con fuerza, molesto ante mi desafío, mientras con sus dos manos, libres en ese momento, acariciaba los dos pechos a la vez, haciendo círculos con los dedos y apretando los pezones. Las sensaciones bombardeaban mi cabeza desde todos los flancos porque entre mis piernas podía sentir la presión del grosor de su erección. Empecé a mover mis caderas alrededor de su bulto y volvió a gruñirme, aprisionando mis caderas en sus manos.

—¡Para! —me dijo mientras recuperaba el aliento—, quédate jodidamente quieta.

Asentí sin estar segura de poder cumplirlo, pero solo quería que me volviera a besar. En lugar de eso, besó mi cuello, mi clavícula, y cerré los ojos imaginando feliz que dejaba su marca en mí, disfruté con esa visión durante algunos segundos, pero entonces se alejó despacio depositándome en el suelo con suavidad.

—Quítate el mono —me ordenó, y obedecí encantada echando muy lejos mis posibles dudas.

Me emocioné al ver que él abría los botones de su camisa descubriendo su pecho, mientras yo me desnudaba, y se quitaba el cinturón de los vaqueros.

—Levanta los brazos uniendo las manos.

Lo hice, aunque he de reconocer que esa orden sí me dejó un poco confusa.

A continuación, ató con su cinturón mis manos a los barrotes de la ventana y descendió con rapidez lamiendo mi cuerpo mientras yo me retorcía. Para mi sorpresa, apoyó una de sus rodillas en el suelo quedando a la altura de mi entrepierna y colocó, con suavidad, sus manos en mis bragas. Me miró pidiendo permiso y asentí desechando todos mis miedos o complejos. Bajó mis bragas con delicadeza y hundió su boca en mi centro con voracidad, chupando todos mis jugos y hundiendo su lengua en mi interior en repetidas ocasiones.

—¡Oh, Diosa! ¡Benjamín!

Grité sin pudor. Aun si me estuviesen escuchando, no me hubiese importado estar gritando su nombre en ese momento delante de cualquiera. Diosa de la luna, menuda sensación, si no hubiese estado atada a los barrotes hubiese caído en el suelo de bruces.

Benjamín levantó una de mis piernas y la colocó en su hombro para tener un mejor acceso con su cara a mi entrada, separó mis labios con sus manos y localizó, con exactitud, mi clítoris con la lengua. ¡Oh, joder! ¡Mierda!

La intensidad de las cosquillas que salieron de mi entrepierna hizo que mi cuerpo convulsionara y, en ese momento, me recorrieran unas ansias locas de tocarlo, cogerlo del pelo o hundir su cara con más fuerza contra mí. Me retorcí ante la sujeción del cinturón. Estaba atado demasiado fuerte, no podía quitarlo. Ben continuó moviendo su lengua con rapidez mientras introducía dos de sus dedos en mi interior y jugaba con ellos provocando mis jadeos. Dentro y fuera, arriba y abajo, cada vez con más rapidez sin darme apenas tiempo a que mi cuerpo se acostumbrara a esa nueva sensación.

—¡Oh! ¡Benjamín! Me… —intenté avisarle mientras convulsionaba—. ¡Ahhhh!

El grito salió de mí y recorrió todo el espacio silencioso, así como lo hizo la liberación que sentí en mi interior. Me dejé colgar de mis manos atadas porque mis piernas temblaban con fuerza y no me respondían. Mi cuerpo estaba hecho una masa blanda y tambaleante en ese momento, luchaba por recuperar el ritmo normal de mi respiración, en medio de los besos voraces de Benjamín.

Soltó mis manos y me acunó en sus brazos, evitando mi contacto contra el suelo, y le di besos y caricias a su pecho antes de que me colocara en pie nuevamente.

—Vístete —ordenó despacio—, nos vamos a casa.

—Pero… —intenté protestar.

—Suficiente por hoy, Carlota —dijo colocando uno de sus dedos sobre mis labios y me excité

al pensar si ese sería el mismo que acababa de estar en mi interior—. Tendrás más cuando tengas a tu loba.

—Vale —protesté antes de empezar a vestirme—, pero no es lo que quiero, no es lo que quiero en absoluto, no es justo.

«Aquí no eres solo tú el que puede tener la última palabra».

CAPÍTULO 18



BENJAMÍN

Sorprenderse, extrañarse, es comenzar a entender.

Aceleré el coche de vuelta a casa mientras el deseo consumía mi mente. Si no salía de allí en ese momento iba a marcarla ahí mismo y no debía hacer eso. Se suponía que era un hombre y debía poder controlarme y no marcar en el acto a una chica de diecisiete años sin su loba y que, además, no era mi compañera. La teoría estaba clara en mi cabeza, pero minutos antes casi la olvidaba por completo mientras besaba su cuello y mis caninos amenazaban irrefrenables con salir. Ya sabíamos lo mal que se me daba lo de tener fuerza de voluntad y lo de cumplir mis promesas.

Pude notar en sus mejillas rosadas mientras me miraba de reojo que ella, además del placer que acababa de experimentar, deseaba obtener más. Que le entregara todo de mí y entregarme todo de ella.

En cuanto entrara por la puerta de mi habitación, me metería en la ducha y me tocaría jurando su nombre como el mayor de los poseídos. ¿Por qué tenía que gustarme así? Me atraía de una manera tan inevitable que conseguía, incluso, asustarme.

Algo había cambiado entre los dos desde que la besé por primera vez, algo invisible e impalpable, algo intrínseco que giraba a nuestro alrededor y en nuestros pensamientos. Como si ella fuese mía y yo fuese de ella, pero ambos no lo supiéramos reconocer.

—Entonces, ¿cuándo podremos tener esa larga charla juntos? —preguntó, y por el rabillo del ojo noté cómo se mordía el labio superior y jugaba con las manos.

—¿Sobre qué quieres charlar?

—Sobre nosotros y todo lo que nos está pasando —dijo con timidez.

—¿Qué es exactamente lo que nos está pasando?

—Benjamín —bufó decepcionada—, ¿y qué pasa con la cita?

—Carlota —le advertí.

—Vale —continuó jugando con las manos, visiblemente frustrada, como un corderito atrapado.

La miraba de reojo de forma continua, aún no podía soportar su visión. Se encontraba sentada a mi lado con la parte delantera del mono rota por mis manos, recordándome las ansias que quemaban mi cuerpo, pidiéndome que la hiciera mía. Además, estaba esa sensación, esa de que pedía más cada vez que me miraba.

—¿Sabes, Ben? Ahora eres tú el que está muy tenso.

—¿Qué?

—Sí, es decir, tú me has complacido esta noche —la miré y su cara estaba encendida en un color rojo intenso mientras movía las manos de manera nerviosa explicando su argumento— pero no me has dejado hacer nada por ti.

Para finalizar su frase utilizó esa voz. «Mierda, Carlota. Para. No uses esa voz seductora e inocente que hace que me ponga duro al momento».

Di un volantazo cuando sentí sus manos desabrochando mi pantalón con decisión, mientras me recorría una mezcla de sensaciones: sorpresa, expectación y pánico.

«No, Carlota, por favor, no sabes en lo que te metes, no vayas por ahí».

—¡Para! —le ordené, pero no obedeció.

—No eres el único que da las órdenes aquí —dijo desafiante—, y será mejor que te centres en la puta carretera.

Mis ojos se abrieron asombrados al ver la decisión y la osadía que tan sexi me parecían en esa nueva Carlota. Me sacó la polla erecta y palpitante de deseo de los calzoncillos y empezó a acariciarla con la mano derecha. ¿Por qué no podía detenerla? ¿Por qué no paré el coche allí mismo e hice que se quedara quieta de una jodida vez? Permitía que hiciera eso aún cuando se suponía que las chicas no me tocaban a mí, no debían imponerse a mí, yo debía dominarlas a ellas.

—¿Sabes? Es la primera vez que haré esto, así que espero que salga bien.

Desabrochó su cinturón y se tumbó de lado hasta introducir una parte de mi pene en su boca. ¡DIOSA! ¿Pero, qué? ¡Maldición! No quería que parase, estaba demasiado excitado y exageradamente duro, muy necesitado de una liberación como para detener esos labios húmedos y calientes que me bendecían con sus movimientos y me provocaban oleadas de placer incesantes.

—Más rápido —ordené y cedí, dejé que me absorbieran por completo mis deseos carnales y envié lejos mi raciocinio. Ella obedeció—. Más profundo. —Y también lo hizo.

Diosa de la luna, ¿por qué me hiciste eso? Prometí no herir a la chica y, en ese momento, la presentabas ante mí como una diosa salvaje del sexo que deseaba que me la follara hasta que no

hubiera un mañana.

Carlota continuó obediente realizando los movimientos indicados, lamiendo, besando y succionando con dedicación mientras reprimía sus arcadas o tomaba ligeras bocanadas de aire.

Aumentó su ritmo y quería hundir mis manos en su pelo y guiar su cabeza, pero apenas podía concentrarme en la dichosa carretera que tenía delante. Vi, en ese momento, un pequeño camino rural desierto e identifiqué mi oportunidad de parar.

Detuve el coche de un volantazo y desabroché mi cinturón con rapidez para coger a Carlota del pelo con una de mis manos y guiar sus movimientos mientras sentía como se acercaba mi inminente clímax. Mi mano libre viajó directa a su culo y lo apretó con necesidad. Oh, Diosa, estaba tan cerca, rozaba el cielo.

Intensificó su ataque y sentí como mi pene palpitante se endurecía aún más.

—Carlota. —Tiré de su cabello para que me liberase, pero no lo hizo—. Voy a correrme, Carlota.

Su boca se hundió con más profundidad mientras succionaba con deseo. El éxtasis abarcaba, en ese momento, cada parte de mi cuerpo, y el cosquilleo del orgasmo se empezaba a asomar. Me recordaba con urgencia que era inevitable e inminente, como una corriente lenta de un río que aumenta de golpe su caudal y se desborda, llevándose todo a su paso. Me liberé en su boca incapaz de contenerme más y quise pensar que eso era lo que ella quería al retenerme con tanta fuerza. La intensidad del orgasmo logró que me sacudiera por completo y mi cuerpo convulsionara, mientras ella, en lugar de liberarme de su ataque, continuaba deliberadamente infringiendo esa sensación de exceso de placer que llegaba a ser incluso dolorosa.

Fue lo más alucinante que me habían hecho jamás. ¿Cómo podía haberlo disfrutado tanto si había sido como no se suponía que debía haber sido? Ela me hizo pensar que eso estaba mal: que una mujer llevase la voz cantante, que me tocase y que eso me gustase. Me dijo que debía ser dominante o entonces sería débil. ¿Acaso sería esa otra de sus mentiras?

—Te dije que pararas, que iba a…

—Lo he hecho a propósito —dijo, se lamió los labios, y me puso tan jodidamente caliente que la tuve que besar en ese mismo momento—. Para ser la primera vez creo que no se me ha dado nada mal.

—Estoy deseando enseñarte trucos nuevos.

—Y yo que me los enseñes —susurró en mis labios.

—Ponte mi camisa. —Aparté su cara de la mía antes de ofrecérsela—. Tu ropa está rota. Te enviaré a tu habitación desde aquí a través de un portal, no es buena idea que nos vean llegar así juntos.

—Vale. —Aceptó mientras parpadeaba visiblemente confusa por mi cambio brusco.

Salimos del coche y le di un beso de despedida.

—Ya nos veremos —dijo más como una pregunta que como una afirmación.

—Lo prometo —respondí confiado.

Le di una palmada en el culo con fuerza antes de enviarla a través del portal. ¿Lo prometía? ¿En serio? ¿Acaso no había prometido exactamente lo contrario?

—Tienes que aceptar que estás loco por ella, esa chica es poderosamente sexi —gruñó mi lobo.

—Cállate, apestoso, no quiero lidiar contigo también.

—No te vendría mal tener una relación amorosa sana y normal, Benjamín.

Me negaba a hablar con Risk sobre eso, me negaba a escuchar sus sermones, él no estaba cuando estuve con Ela. Era cierto que la conocía muy bien a través de mis recuerdos, pero no se obsesionó con ella como lo hice yo, no la deseó con la intensidad con la que yo lo hice, no lidió solo con esa situación y, en ese momento, no la odiaba como yo lo hacía.

CAPÍTULO 19



CARLOTA

La amistad es un alma que habita en dos cuerpos, un corazón que habita en dos almas. «Aristóteles».

Me desperté pronto con la firme intención de ir a casa de mis padres. No había sabido nada de Ben desde que me invitó, amablemente, a entrar a través del portal anoche, pero había pensado en él durante todas las horas que me había mantenido despierta recordando todo lo que hicimos en el faro. Y en ese momento, con su camisa puesta, sentía que flotaba en medio de su tacto y su olor.

Me vestí bastante mona y me hice un semirecogido en el pelo que até con un gran lazo rosa. Dejé fuera un par de mechones rizados para que enmarcaran mi cara y me apliqué un poco de brillo labial. Cogí la mochila con mis libros y salí de mi habitación.

—¡Carlota! —Zoé me sorprendió con un abrazo.

Disfruté de su sensación de euforia mientras me contagiaba y me mantenía expectante, no sabía qué habría pasado, pero ella estaba feliz con ello. Estreché mi agarre a su alrededor y la apreté con fuerza, mostrándole que, pasase lo que pasase, estaba contenta por su felicidad.

—Mateo y yo —dijo en mi oído—, lo hemos hecho.

—¡Aaaaaaaaah! —grité como loca antes de llevarme la mano a la boca mientras Zoé me chistaba.

Salté con ella y dimos vueltas cogidas de las manos mientras nos reíamos emocionadas. Por fin, Diosa, por fin Zoé se había abierto por completo a su compañero, por fin había aceptado del todo su amor y su futuro juntos, por fin había liberado su cariño por él, sin ataduras.

—¡Tenemos que celebrarlo! ¡Es alucinante! Muéstrame tu marca —indagué curiosa.

—No. —Su tono disminuyó y pude notar que se sentía un poco avergonzada—. Aún no estoy lista para eso, vamos a mi ritmo, un paso a la vez.

—Zoé, lo que has hecho ya es alucinante, estoy tan feliz por ti por haberte abierto a tener una

oportunidad con Mateo.

—Ha sido una pasada, Carlota.

—Tienes que contármelo todo. ¿Dejo esto dentro y nos vamos a tomar algo juntas?

—¿No tenías planes?

—Iba a casa de mis padres, pero antes de volver podemos pasar a saludarlos si te parece bien.

—Bien. Voy a decírselo a Mateo y ahora te veo.

Entré corriendo de nuevo en mi habitación y dejé la mochila al lado de la cama, al darme la vuelta, me choqué con el rígido cuerpo de Benjamín, que permaneció estoico en su lugar. Llevaba puesta otra camisa entreabierta y pantalones ajustados, como los de la noche anterior, y eso me causó curiosidad al instante. Me pregunté: ¿a dónde iría tan arreglado? Me recorrió de arriba abajo con una mirada inquisitivamente sexi mientras se comía un chicle de menta.

Luché por apartar la vista de sus labios. ¿Quizá tenía el tiempo suficiente para besarlo antes de que volviera Zoé?

Me puse de puntillas con rapidez y deposité un beso rápido en sus labios, se ruborizó, y pude ver la sorpresa en su expresión antes de volverse seria una vez más.

—Te dije que nada de muestras públicas, Carlota —dijo en tono serio.

—Relájate, Benjamín, ¿no ves que estamos solos? —No pude evitar poner los ojos en blanco al escuchar salir nuevamente esas palabras de sus labios.

—¿Por qué está tan feliz la princesita? —preguntó curioso.

—Creí que no la soportabas —indagué confusa.

—Y no lo hago.

—Entonces su felicidad o su tristeza no son asunto tuyo —concluí.

—Sí cuando tienen que ver con mi hermano.

—Entonces ve a preguntarle a Mateo.

Benjamín cogió mi brazo con fuerza y me gruñó débilmente, levanté mi mirada para enfrentar a la suya y, después, le señalé con mis ojos su punto de agarre. Pilló mi indirecta y me soltó al instante. Si pretendía amedrentarme, lo llevaba claro, como siempre.

—Lo siento, no pretendía ser tan brusco —se disculpó—, es solo que, soy el chico al que conoces de toda la vida, al que supuestamente quieres, pero no eres capaz de responderme a una pregunta sobre Zoé.

—Zoé es mi amiga, Ben, si crees que puedes manipularme para obtener información sobre ella para mortificarla, mejor busca otra informante, porque de mí no vas a conseguir nada.

—¿Te estás escuchando? Apenas la conoces.

—Ben, ¿puedo ayudarte en algo más? Me estás irritando.

—¿Te está molestando? —escuché preguntar a Zoé desde la puerta.

—No, de hecho ya se iba, no le gusta que la gente lo vea hablando conmigo.

Los ojos de Benjamín se abrieron de par en par y se clavaron en los míos. Pasé por su lado como si me resultara indiferente para después girarme hacia él. Le dediqué una sonrisa pícara y le guiñé el ojo mientras le lanzaba un besito silencioso. «Así es como se siente tener un poco de tu propia medicina, Benjamín Gutiérrez, dijiste que nada de muestras públicas de amor».

—¿Podrías cerrar la puerta al salir, por favor? Tú ya sabes como…

La manera en la que frunció su ceño, haciendo que sus párpados casi se juntaran, me pareció increíblemente sexi. «Si tengo suerte, quizá luego quiera castigarme por ello».

—Eso ha sido intenso, Carlota —me sonrió Zoé enlazando nuestros brazos—, lo tienes loquito.

—Es difícil enloquecer a alguien como él, Zoé, pero no puedo mentirte a ti y decirte que no es lo que me gustaría.

—¡Carlota! —Zoé me cogió de los hombros mientras bajaba el ascensor y me dedicó una mirada severa—. ¡Mírate! Si ese chico no está ya loco por ti, es solo porque es un idiota.

Sus palabras me provocaron una sonrisa. Me encantaba haber tenido la suerte de encontrar esa clase de amistad, esa que te subía el ego y te hacía sentir valiosa. Pero, a la vez, las palabras de Zoé trajeron algo a mi mente, algo en lo que no había pensado antes. Hacer que se volviera loco por mí. Se me ocurrían unas cuantas ideas sobre cómo podría conseguir que eso ocurriese.

—¿Sabes qué? Conozco el lugar perfecto al que me gustaría llevarte, llamaré a Miguel y a Savannah.

CAPÍTULO 20



BENJAMÍN

No. Tu peor enemigo no eres tú, es quien los demás esperan que seas.

Me encontraba sentado frente a mi ordenador, analizando las últimas violaciones de nuestras defensas y decidiendo las tácticas a seguir por el equipo de protección de fronteras. No entendía la intensidad del asedio y la hostigación de Colmillo de Sangre. ¿Qué tipo de enemistad te llevaba a dedicarte a observar e intentar, de manera continua, perpetrar en otra manada? No tenía sentido alguno. Si volvía a pillar a alguno de esos malnacidos juraba, por la Diosa, que conseguiría sacarle toda la verdad. Si el Alfa Alonzo nos declarase la guerra y entrara con su ejército a destruir nuestra manada con el plan de encontrar a sus hijos perdidos, no le serviría de nada sin la orientación de mis padres sobre su paradero. Me avergonzaba recordar que, dos años atrás, gracias a Ela, se hicieron con las diez hectáreas de nuestras tierras en las que construyeron su nueva y ostentosa casa de la manada a modo de burla y, en ese momento, estaban mucho más cerca de nosotros que nunca.

«Ela, no me has dejado más que dolor, desconfianza y problemas».

Y ahora, Carlota. ¡Joder! Carlota me tenía jodidamente loco. Siempre imaginé que si llegábamos a avanzar en nuestra relación, me encontraría con esa niña dulce a la que ni siquiera besaba por respeto y miedo a atemorizar. Pero tenerla cerca era como sentir la fuerza de un volcán deseoso por entrar en erupción, por arder y expandir su lava por todo el jodido mundo y, egoístamente, me fascinaba la idea de que solo lo desease conmigo.

«A la mierda, Benjamín, así no vas a aclararte. Te debates inútilmente entre alejarte de ella o permitirte volver a amarla».

—No puedes engañarte a ti mismo, estás enamorado de ella, siempre lo has estado.

—Pero no deseo dañarla, Risk —me quejé, mientras sentía el dolor expandirse por mi interior —. Ella es la representación de todas las cosas buenas que me han pasado en la vida.

—Entonces conviértete en alguien mejor, en el Benjamín de antes, por ella.

—¿Para que nos pase como a Mateo y a Amelia, cuando uno de los dos encuentre a su compañero? No quiero hacer eso a Carlota, ni tener que resignarme a perderla y verla en brazos de otro. —Joder, solo imaginarme algo así hacía que se retorciera mi corazón y me corroyera la rabia.

—¿Has pensado en la idea de que ella puede ser nuestra compañera?

—¿Carlota?

—Sí, Carlota, a lo mejor por eso su olor te resulta irresistible.

—No creo, Risk, ella ha olido así para mí incluso desde antes de que interviniesen las hormonas, solo que en ese entonces nuestras muestras de amor eran fraternales e infantiles.

—La Diosa es caprichosa, yo solo lo dejo caer. Que luego no te sorprenda si resulta que tengo razón.

Mi teléfono logró sobresaltarme al vibrar en el bolsillo. ¡Qué extraño! Nadie me llamaba nunca. La intriga me invadió al ver en la pantalla que se trataba de un número desconocido para mí.

—¿Diga? —respondí con cautela.

—¿Beta Benjamín Gutiérrez de la manada Luna Creciente? —preguntó una voz automatizada.

—Sí.

—Tiene una llamada de la reclusa Ela Zambrano. —Me congelé en mi sitio escuchando aquellas palabras, mi pulso se aceleró de manera estridente y el miedo se apoderó de todo mi ser —. Está recluida en la prisión de máxima seguridad de la penitenciaría número cuatro de las Manadas Unidas. ¿Desea aceptar la llamada?

¿Por qué me estaba llamando? Podía sentir como bombeaba la sangre a través de mis venas y tenía una sensación de náuseas importante, así como un dolor de cabeza repentino que nublaba mi visión casi por completo. Incluso logró hacer que me inclinara, con la cabeza hacia abajo, para evitar caer ante las vueltas que daba.

—Disculpe, pero no he escuchado su respuesta. ¿Ha escuchado usted el mensaje correctamente? —No podía hablar, no podía, ni siquiera, pensar—. ¿Acepta la llamada de la reclusa Ela Zambrano, recluida…

—¡No! —grité despavorido y colgué el teléfono con rapidez.

Lo dejé en la mesa frente a mí y lo miré con pánico antes de hundir la cara entre las manos y llorar. Era un idiota. Un idiota y un cobarde.

La puerta de mi despacho se abrió e identifiqué, enseguida, el olor familiar de mi hermano. No pude ni levantar la cabeza para mirarlo a la cara. Me rodeó con sus brazos, inspeccionándome de arriba abajo con angustia e insistencia, como cuando éramos niños y sufría alguna caída.

—¿Estás bien, hermano? ¿Qué te ha pasado? —me interrogó preocupado—, estás pálido,

Benjamín, ¿te duele algo?

—Estoy bien. Solo estoy agobiado.

—¿Por qué? Ya no hablas conmigo, Ben, sabes que puedes confiar en mí, contármelo todo.

—Lo sé, Mateo. Lo sé —dije mientras lo abrazaba.

Era un cobarde. Un maldito cobarde incapaz de decirle la verdad a su propio hermano. Incapaz de lidiar con el remordimiento y la culpa, o peor aún, de ver la decepción en la cara de todos si se enteraban de la verdad.

Cuando al fin pude levantar mi cara del hombro de Mateo y ver su rostro desencajado por la preocupación y la angustia, el sufrimiento y la culpa se intensificaron en mi interior.

Me dediqué a mirar a Mateo con más detenimiento y su olor impregnó mis sentidos, olía como ella y pude ver que, bajo su evidente preocupación por mí, su aspecto físico era radiante, lucía fresco y lleno de vitalidad, como el de una persona cuando es del todo feliz. Sabía que mi hermano estaba locamente enamorado de su compañera y yo ni siquiera podía decirle que ese era el método que utilizaban las espías enviadas por Alonzo. Tampoco podría justificar cómo lo sabía.

Arropé a Mateo de nuevo en un abrazo y sentí cómo me rodeaba su aura protectora y fraternal, esa que tanto echaba de menos. Me sentía a salvo en sus brazos, me sentía tranquilo, sabiendo que estaba junto a alguien que daría su vida por mí sin dudar, como yo la daría por él. Lo seguiría a un desierto aun sabiendo que nunca volvería a ver el agua.

—Hermano, todo saldrá bien —me consoló—, no debes agobiarte así. Zoé empieza a adaptarse, será una buena luna, Benjamín, pronto amará esta manada tanto como nosotros, confía en mí.

Mi teléfono volvió a vibrar y lo cogí con rapidez rompiendo nuestro abrazo. Me sentí aliviado de no tener que seguir escuchando sus palabras de agrado hacia la princesita. Esta vez era un mensaje, menos mal, una notificación en realidad. Carlota Higareda había añadido contenido nuevo a sus redes sociales.

Una foto bajo las luces de neón del karaoke del centro Sky’s Moon. Aparecían Zoé, Carlota, Miguel y Savannah con copas de mimosas y micrófonos en las manos, además de sonrisas de oreja a oreja. Siendo felices, siendo ellos y divirtiéndose.

—Se está adaptando bien, la princesita. —Le mostré la foto a mi hermano consiguiendo que sonriera embobado y se emocionase al momento.

—Te lo dije —gritó presa de la euforia—, ¿crees que deberíamos ir y unirnos a ellos? —preguntó nervioso.

—Definitivamente no, Mateo, no nos han invitado, si quieres que sea feliz aquí, también debes permitirle explorar por sí misma y respetar su espacio. —Un momento, ¿por qué le daba

consejos sobre cómo mantenerla feliz aquí si lo que quería era que se fuera y lo dejara en paz?

—Gracias, hermano. —Me abrazó—. Tienes razón. Además, siempre podemos tomar una copa con papá mientras la esperamos.

—Claro —dije con resignación. Aunque, la verdad, agradecía ese tiempo a solas con mi familia. Tendría que recompensar a Carlota por haber sacado a esa princesita de mi espacio, al menos durante un rato.

Lo que mi hermano no sabía era que yo estaba lidiando con mi propia espera y que ver a Carlota tan hermosa y sonriente me había recordado mis ganas de besarla.

Menudo lío tenía formado.

CAPÍTULO 21



CARLOTA

No hay nada como reírse con un amigo hasta que te duelan las mejillas y que nadie lo entienda.

Cantamos a todo pulmón todas las canciones que pudimos en el karaoke y nos achispamos con los cócteles cargados con acónito, bebimos uno tras otro. Era increíble como una salida con amigos era capaz de reiniciarte la vida.

Recibimos muchas miradas allí por donde pasábamos, normal si íbamos con la futura luna de la manada. Estaba claro que Zoé despertaba la intriga y la curiosidad de la gente, pero todos mantuvieron su lugar, respetaron su espacio y fueron cariñosos, de lo contrario, ya estábamos nosotros para servirle de barrera ante los intensos.

Al salir del karaoke nos fuimos a cenar todos a casa de mis padres. Mi madre insistió en que lo hiciéramos a pesar de que éramos cuatro personas y, desde luego, aceptar y comer junto a ellos esas pizzas fue la decisión más acertada. Mis padres nunca me decepcionaban, sobre todo mamá, con ese carisma y sexapil que la caracterizaba. Te podías tirar horas hablando y riendo con ella de cualquier tema sin sentirte cohibido por la diferencia de edad, más bien, todo lo contrario, era adictivo escucharla hablar, como si fuese la diosa de la sabiduría.

Nos despedimos en la puerta de mi casa y Zoé y yo cogimos el coche de vuelta a casa de la manada. Habíamos bebido un poco y nos sentíamos algo achispadas, pero nada que no pudiéramos manejar.

Nos invadió un ataque de risa al salir del ascensor en la sexta planta, todo por el sencillo dilema de quién había gritado más cantando la letra de *Recuérdame,* de Mark Anthony y la Quinta Estación.

—Juro por la Diosa que Miguel era el que peor lo hacía —gritó Zoé entre lágrimas de la risa.

—Sus voces se escucharon por toda la calle —respondí de la misma manera—, no sé cómo no nos echaron.

—Chicas, qué alegría veros tan divertidas.

Ruth, Eliazar, Benjamín y Mateo nos miraban fijamente desde el comedor. Zoé y yo nos miramos y nos dimos cuenta de lo tarde que era, habíamos perdido la noción del tiempo y de la mejor de las maneras.

Zoé corrió a los brazos de Mateo y plantó en él un profundo beso que sacó las sonrisas y los coloretes de todos los presentes, menos de Ben, claro. Desvié mi mirada de la suya cuando me hizo gestos de meterse los dedos en la boca para vomitar.

—Sentimos llegar tan tarde —me excusé—, perdimos la noción del tiempo.

—¿Bromeas? —Ruth me rodeó con sus brazos—. He soñado con este momento desde que llevábais pañales y no puedo estar más feliz de verlo hacerse realidad.

Le devolví una sonrisa de lo más sincera.

—Bueno, yo me voy a la cama, mañana debo estar pronto en la guardería. Buenas noches.

—Carlota —escuché llamar a Zoé y, segundos después, la tuve delante de mí envolviéndome en un abrazo—, te quiero, gracias por estar conmigo.

Cerré los ojos y me permití disfrutar de ese momento de fraternidad. Y como Ruth momentos antes, me sentí repentinamente melancólica por todos los momentos que nos robaron. Por todas las tardes en las que no jugamos en los recreos, ni nos hicimos trenzas o nos pintamos las uñas. Todos los días que no jugamos a las muñecas, ni hicimos excursiones o hablamos de chicos. Si ella hubiese estado conmigo, a lo mejor no hubiese necesitado tanto a Ben.

—Yo también te quiero, y ahora apártate o me vas a hacer llorar —le dije sonriendo.

Ruth se unió a nuestro abrazo y, como si hubiese estado leyendo mis pensamientos, susurró:

—Recuperaremos todo el tiempo perdido, chicas, lo haremos por la gracia de la Diosa.

CAPÍTULO 22



BENJAMÍN

La conexión no se explica, se siente.

Habían pasado dos horas desde que todos se habían ido a la cama. Ver la sonrisa y la complicidad de Carlota con mi madre, felices y unidas en un abrazo, había hecho que se instalara un calor confortable en mi interior. Sabía que a mi madre le gustaría que tuviese una novia como ella, una que me ayudara a recuperar al Benjamín que todos perdimos por culpa de Ela.

Las sensaciones se tornaban agridulces cuando añadía a la princesita en la ecuación. Casi consiguió hacerme dudar, incluso a mí, de mis convicciones, se tomaba demasiadas molestias por agradar a todos para ser una simple espía, aunque no debía menospreciar el alcance que podían llegar a abarcar los planes de Alonzo y lo retorcidos que podían ser sus métodos para conseguirlos.

Mi cabeza y mi cuerpo no cesaban de repetirme que necesitaba ver a Carlota. Sabía que estaría dormida, pero me prometí a mí mismo darle un solo beso y volver a mi cama.

¡Maldita sea! Empezaba a preocuparme esa necesidad incontrolable de sus besos.

Risk se rio de mí a carcajadas, provocando mi fastidio. Lobo apestoso.

—Aunque no lo creas, estoy feliz por ti, me alegra ver que eres capaz de sentir algo por una chica, deberías dejarte de gilipolleces y pedirle que sea tu novia de una vez por todas. Estoy seguro de que nada la haría más feliz.

—Eso no va a pasar. Suficiente mal me siento ya con lo que estoy haciéndole ahora.

—Benjamín, ella no es Ela, todas las chicas con las que te cruzas o te acuestas no son Ela, debes dejar de revivirla en todo el mundo, incluso en Zoé.

—Zoé es como Ela, una espía de Alonzo, y será demasiado tarde cuando todos os deis cuenta.

—Eres un maldito caso perdido, la Diosa no te convocó cuando repartió cerebro, el único que se dará cuenta tarde de las cosas serás tú y lamentaré no poder patear tu culo en ese momento.

Ignoré los insultos de mi lobo, salí sigiloso de mi habitación y avancé por el pasillo. Pronto

tuve, frente a mí, la puerta que albergaba detrás de sí el mejor maldito olor y sabor de la historia. La abrí con cautela y la cerré de la misma manera. Avancé hasta distinguir sobre la cama el cuerpo menudo de Carlota, llevaba puesta mi camisa y unas braguitas negras de encaje. Maldición. Ya me recorría esa sensación de la sangre bombeando a través de mis venas con rapidez, instalándose en mi entrepierna y haciendo crecer mi bulto de manera inmediata.

Enseguida me cuestioné si lo que hacía estaba bien. Era cierto que ya la había visto completamente desnuda, había saboreado cada centímetro de su piel, pero colarme en su habitación mientras dormía como un maldito enfermo, seguro que si se lo contaba a alguien, me diría que necesitaba ayuda psicológica urgente.

Apreté mis puños, debatiéndome entre si debía o no estar allí en esos momentos, mientras ella yacía boca abajo, con su cabello alborotado y una de sus piernas levantadas.

—Solo un beso, quizá un abrazo, y después me largaré de aquí —me dije a mí mismo en voz baja.

Me quité los zapatos y me tumbé a su lado sobre la cama, la atraje hacia mí rodeándola con mi cuerpo hasta lograr adoptar la posición de cuchara. Solo llevaba puesto un pantalón de pijama de tela fina y todo mi cuerpo se erizó ante su calor. Noté que a ella le pasaba lo mismo, porque suspiró y envolvió mis brazos con más fuerza sobre su cuerpo.

Aparté mechones de cabello de su rostro y ubiqué sus mejillas rosadas, las besé despacio para después admirar la perfección de su rostro, sus ojos cerrados y sus pestañas rizadas, su nariz pequeña, sus labios carnosos, su cuello y…

«¡Detente ahora mismo, canalla! No sigas mirando más allá. No te dejes influenciar por lo perfecta que le sienta tu camisa semiabierta que te deja adivinar la forma perfecta de sus pechos desnudos».

Me sonrojé sintiendo cómo mi erección palpitaba en su trasero y hundí mi mandíbula en su cuello, respirando su aroma para intentar calmarme. No ayudó. ¿Cómo iba a soportar esa tortura, Diosa? ¿Cómo podía resistir hasta que consiguiera a su loba? Me gustaría que la tuviera antes de poder penetrarla, así podría patearme el trasero con más facilidad cuando le hiciera todas las cosas sucias que quería hacerle.

«Ella no es Ela, Benjamín, no le gustarán ese tipo de cosas», me repetí a mí mismo sin cesar. Por eso quería que fuese más fuerte cuando me mandara directo a la mierda.

—¿Ben? —Su suave voz me sacó de mi autodestrucción.

—Shhh —chisté—, solo quiero abrazarte un rato, me iré después.

—Puedes quedarte cuanto quieras, Ben —dijo somnolienta—, me gusta estar entre tus brazos.

—Me gusta tenerte entre mis brazos, mi Carlota. —Sonreí de felicidad mientras la apretaba con más fuerza.

—La Carlota de Benjamín, me gusta como suena eso.

Se acurrucó aún más cerca y acomodó su cara entre mis brazos. Dejé que mi cabeza descansara durante un rato sobre la almohada, al lado de la suya. «Solo será un rato, Carlota».

—A mí también me gusta como suena eso —susurré en su oído antes de quedarme dormido sin remedio.

CAPÍTULO 23



CARLOTA

En mis sueños eres mío, pero en mi vida eres un sueño.

Abrí los ojos poco a poco, me sentía renovada, había dormido de la mejor de las maneras esa noche. Enseguida me sentí arropada por unos brazos fuertes que me cubrían casi por completo y reconocí su olor. Así que no lo había soñado. Era Benjamín, había venido hasta mi habitación y se había quedado. Había ocurrido de verdad y no podía estar más emocionada por ello.

Me giré entre sus brazos y sonreí al ver las pequeñas muecas que hacía aún dormido. Su cabello oscuro y liso estaba revuelto en diferentes direcciones sobre su frente ligeramente sudada, y sus labios entreabiertos me parecían la cosa más sexi que había podido ver jamás.

Deposité pequeños besos en sus labios, su mejilla, su frente, su papada y alrededor de toda su cara, mientras me convencía a mí misma de tener el valor de hacer lo que quería hacer a continuación. Hacer que se volviera loco por mí, como yo estaba por él.

Una de mis manos viajó a su entrepierna y se coló dentro de sus pantalones de pijama. La cara de Ben cambió al instante y empezó a dar señales de un inminente despertar, su ceño se frunció a medida que identificaba las sensaciones que le provocaba mi mano, y su pene crecía, cada vez más, dentro de ella.

—Carlota —me dijo con los ojos aún cerrados.

—Ben —le contesté sonriente. Sus ojos se abrieron, al fin, para encontrarse con los míos.

—Me he quedado dormido aquí —afirmó.

—Ya lo veo.

—Ha sido un error…

No podía negar que sentí dolor ante esas palabras, como un objeto afilado rasgando con fuerza mi pecho, pero deseché la sensación con rapidez. Yo no era un error, no era un error estar juntos, nos queríamos y nos gustaba estar cerca el uno del otro. ¿Cómo podía ser eso, en absoluto, un error?

Necesitaba más que nunca bucear en los sentimientos de ese chico, saber a qué venía esa negación a que nos vieran en público, a demostrar nuestros sentimientos.

—De los errores se aprende —dije a la vez que aceleraba mis movimientos en su entrepierna con una sonrisa ladeada en el rostro—, pero primero se disfrutan. —Levanté los hombros antes de volver a dejarlos caer y lanzarme directa hacia su cuello, lamiéndolo mientras acariciaba su pelo. Las cosquillas subieron a mi entrepierna al escucharlo gemir—. Creo que estás disfrutando de este error ahora, ¿no es así, Ben?

—Para —pronunció inestable, y pude ver en sus ojos cerrados y su ceño fruncido que luchaba contra lo agradable que le resultaba la sensación.

—¿Seguro? —pregunté y me senté sobre mis pies, con las rodillas flexionadas, y sin detener mis movimientos, cada vez más rápidos. Agaché la mirada para ver lo que hacía con mis propios ojos y él se encogió de hombros con la respiración entrecortada y la boca semiabierta—. Si de verdad deseas que me detenga —me pasé la lengua por los labios—, entonces no debería hacer esto. —Me agaché un poco, dejando claras mis intenciones.

—No deberías —dijo despacio, mirándome a los ojos, pero lo ignoré, introduje su pene en mi boca e inicié mi trabajo con movimientos lentos. Su cuerpo se encorvó y dejó escapar gemidos de placer mientras agarraba entre sus manos mi cabello—. ¡Oh, Diosa! ¿Qué me haces? —dijo entre gemidos.

—Solo aprendo cosas nuevas, Ben —le dije con toda la intención—, dijiste que podrías enseñarme nuevos trucos, ya sabes, para cuando ya no quieras colarte aquí, saber qué debo hacer frente a otro chico.

Sus manos se enredaron con fuerza alrededor de mi cabello y se hundió en mi boca a toda la profundidad permitida. Tosí y me atraganté, intentando recuperar el aliento y desechar la sensación de arcadas que acababa de nacer desde las profundidades de mi garganta. Pero me llenó de deseo esa sensación de territorialidad, de rabia reprimida ante la idea de que alguien más me tocara.

—Nadie más puede tocarte —su tono me pareció una súplica, y entonces aumenté la intensidad de mi ataque, completamente excitada, mientras sentía como crecía su miembro en mi boca.

—Creí que era solo un error —dije intentando que mi voz sonara lo más inocente posible.

—Eres mi jodido error. —Ben se corrió en mi boca y pronunció con la voz entrecortada—. Mi jodido error favorito.

Después de tragar sus jugos, me mordí el labio inferior sin poder disimular mi sonrisa mientras él recuperaba el ritmo normal de su respiración acelerada.

—Tengo planes para nosotros esta tarde, pásate luego por la guardería y te los cuento —le dije decidida.

—Carlota —utilizó esa voz que siempre utilizaba para advertirme de que me pasaba de la raya.

—Ya lo sé, nada de muestras públicas, pero créeme, nadie va a vernos. Y Ben, será divertido.

Se incorporó, quedando sentado frente a mí, mirándome a los ojos. Atrapé sus labios con los míos antes de que pudiera pronunciar palabra y después salté de la cama, cogí mi móvil de la mesita de noche y corrí en dirección al baño.

—Ya sabes, te veo a media mañana en la guarde.

Encendí el agua caliente del grifo y dejé que me recorriera la piel mientras bajaba las revoluciones de mi deseo. Escuché la puerta de mi habitación cerrarse y supe que mi Benjamín se había ido. El plan que había ideado llevaba desde anoche rondando mi mente y, con una sola llamada, sabía que quedaría arreglado todo para convertirlo en realidad. Fer me debía un favor enorme, mi madre y yo nos pegamos una paliza cocinando para su fiesta de quince años apenas un día antes de la celebración porque se había olvidado de avisarnos con tiempo, así que no podía negarse ante lo que tenía que pedirle.

CAPÍTULO 24



BENJAMÍN

Sin duda, estar entre tus brazos, ha sido otra forma de definir el paraíso.

No había podido concentrarme más en el trabajo desde que Carlota me citó en el antiguo teatro local del pueblo cuando pasé por la guardería, dijo que las puertas traseras estarían abiertas para mí y que ella me estaría esperando dentro.

—Fernanda me debe un favor, nadie sabrá que estamos juntos dentro, ni siquiera ella, venga, Ben, por favor, no me digas que no —me suplicó y fui incapaz de negarme a esos suaves labios suplicantes.

Mientras salía de su habitación por la mañana tuve que luchar contra mí mismo para no volver a entrar y penetrarla en la ducha. Por el momento estaba resistiendo, pero no tenía nada claro cuánto más aguantaría.

Mateo no hacía más que danzar de un lado a otro con Zoé, dejando en mis manos y en las de Lucía la mayor cantidad de trabajo que habíamos tenido jamás.

—Es hora de comer —me dijo Lucía—. Álex me ayudará esta tarde a cubrir tu trabajo.

—Os lo agradezco, chicos, sé que siempre puedo contar con vosotros.

Salí del despacho y me dirigí al comedor, mi familia y Zoé sonreían mientras charlaban animados. Zoé desvío su mirada de la mía cuando me vio entrar y apretó las manos en el soporte que le ofrecían las de Mateo.

—Familia —dije y me senté en mi sitio, llenando mi plato—. Zoé —la enfrenté y se puso rígida al momento mientras me ignoraba.

—Ben, mi niño, qué bueno que pudiste parar un poco de trabajar. —Me sonrió mi madre desviando la tensión palpable que generó mi aparición—. He preparado tu comida favorita.

—Gracias, mamá —contesté, a la vez que le devolvía la sonrisa—. ¿Carlota no sube a comer? —me obligué a preguntar y miré directamente a Zoé, en definitiva, cruzar palabras con ella no era algo que me ilusionara demasiado, pero era inevitable si se trataba de Carlota.

—Tenía planes —contestó en tono débil.

—¿Y eso es motivo para que se muera de hambre? —me sorprendí a mí mismo con la ira que me recorrió al pensar en ella, preparando cualquiera que fuese su plan conmigo en el teatro con sus tripas rugiendo debido al hambre.

—Relájate. —Desvié la mirada al notar que había provocado una risita burlona en los labios de Zoé y que todos los demás seguían nuestra conversación confusos—. Es mayorcita, seguro que toma un bocadillo o algo así.

—Tienes razón —tartamudeé—, es solo que, como siempre estáis pegadas la una a la otra, creí que…

—¿Que era su niñera? —Me sonrió y me miró a los ojos—. Carlota tiene más asuntos en mente aparte de mí y créeme cuando te digo que no me hace todo el caso que debería.

—Entiendo. —Así que lo sabes.

—¿Qué pasa aquí? ¿Acaso nos perdemos algo? —preguntó Mateo confuso.

—Solo me preocupo por ella, antes éramos buenos amigos —aclaré.

—Sería genial que volvierais a serlo —añadió mi madre.

—Siempre creí que te gustaba y que terminaría siendo tu novia —incluyó papá. Mierda, esa conversación había dado el giro justo como para volverse incómoda.

—Me gustaría comer tranquilo sin hablar sobre ese tipo de cosas —rogué.

—Sí, se nos olvidaba que eres ultrareservado con tus novias —sonrió Mateo.

—Eso es porque no tengo novias a las que pueda romper el corazón al encontrar a mi compañera.

¡Mierda! ¿Por qué había soltado eso? Mateo apagó su sonrisa al momento y agachó la mirada, pude notar en su gesto que le había recordado su sentimiento de culpabilidad, a la vez que lo había hecho sentir herido y avergonzado. Mi madre y mi padre se miraron entre ellos para, después, dedicar una mirada condescendiente a la pareja que ahora se tomaba de la mano.

—No quise decir eso… —intenté rectificar ante el dolor de mi hermano.

—Zoé y yo nos retiramos. Que te aproveche, hermano —me dijo Mateo. La culpabilidad hizo que me atragantara con mi propia saliva. Quería gritarle cuánto lo sentía, que era un imbécil. No quería hacer sufrir a mi hermano y esa era la única razón por la que odiaba a Zoé en realidad, porque sabía que lo destruiría como Ela hizo conmigo.

—Hermano…

Salieron de la estancia cogidos de la mano sin siquiera mirarme y mi madre, enseguida, me encaró con una reprimenda.

—Lo que has dicho ha sido muy grosero. No tienes el mínimo respeto hacia tus hermanos.

—Lo siento, mamá —admití—, lo he dicho sin pensar, me disculparé con él en cuanto pueda.

—Con los dos —añadió papá antes de que ambos se levantaran y me dejaran solo en la mesa.

Genial, ahora toda mi familia me odiaba.



Horas más tarde localicé la puerta trasera del teatro e ingresé por ella. Ante mí se abrió paso un pasillo angosto y lleno de cables sueltos. Joder, estaba hecho una mierda y parecía peligroso. Cerré la puerta a mis espaldas con la llave que colgaba de la cerradura, tal y como me indicó Carlota, e hice algunos malabares para lograr hacerlo, ya que llevaba en las manos un táper con una ensalada de frutas tropicales que había pedido preparar a la cocinera. Cuando éramos niños ella siempre llevaba ese plato en su fiambrera y lo compartía conmigo en los recreos. Me sentía satisfecho con la posibilidad de devolverle el gesto.

Mi cabeza no había dejado de enmarañar las posibilidades que tenía de alejarme de ella, aunque eso no fuese lo que quisiera en realidad, pero, si me retiraba en ese momento, quizá podría tener la mínima oportunidad de no hacerle daño.

—No puedes alejarte, estás loco por ella. —Risk, como siempre, tan oportuno—. Y te hace feliz, tu vida se va a la mierda, pero sonríes solo cuando estás a su lado.

—Déjame en paz, apestoso.

El antiguo teatro se cernía frente a mí ligeramente imponente. Era un teatro pequeño que conservaba todos sus detalles antiguos y, por eso, los cables y detalles modernos se veían desordenados y fuera de lugar, interfiriendo con la majestuosidad del entorno. Quizá debía destinar fondos para remodelar eso. Sobre su pequeño escenario se encontraba una silla, iluminada a la perfección por los focos. Por lo demás, estaba vacío, y no escuché señales ni olores de que hubiera nadie más. ¿Dónde se habría escondido la traviesa de Carlota? Mi erección creció en mis pantalones cuando se me pasó por la cabeza la idea de que esto pudiera tratarse de un juego de seducción. ¿Acaso quería que la encontrara? Joder, esa chica lograba volverme loco.

—Siéntate en la primera fila, ante el escenario —escuché su voz cantarina sin poder identificar de forma exacta de donde provenía y eso me hizo sonreír. Me encantaba la idea de que me pillara por sorpresa.

Obedecí y dejé el táper en una de las butacas a mi lado.

Segundos después, me estremecí al escuchar el sonido estridente que invadió el teatro, sonando la canción *Work* de Rihanna a través de los altavoces.

Carlota apareció desde un lado del escenario y mi respiración se disparó nada más verla. «¡Diosa mía! ¡Me estás matando!».

Llevaba puesta mi camisa negra de seda, abierta, dejando ver la lencería del mismo color que llevaba debajo: sujetador de encaje transparente, tanga de la misma secuencia de diseño, ligas sosteniendo sus medias —que rozaban la altura de su entrepierna—, tacones negros de aguja y lazos amarrados alrededor de su cintura.

A la mierda mi fuerza de voluntad, quería arrancárselo todo, y ya estaba empalmado a más no poder. Me levanté de un salto con un hambre voraz y ganas de cogerla entre mis brazos y castigarla por su osadía. Sonrió satisfecha y me miró con suspicacia a la vez que señalaba el asiento que acababa de abandonar con su dedo, ordenándome que volviera a sentarme. No le hice caso, me quedé de pie, parado en mi sitio, pero eso no fue impedimento para que empezara a mover su cuerpo al ritmo de la música.

Los movimientos circulares de su cadera, mientras recorría la parte delantera de su cuerpo con dos de los dedos de su mano, me hipnotizaron enseguida, me dejaron perplejo, ansioso, con el corazón acelerado y la polla dura como una piedra. Jugó con la música bajando, por debajo de los hombros, una por una, las mangas de mi camisa para después ponerse de rodillas e inclinarse hacia delante. Con un movimiento lanzó el cabello hacia atrás y balanceó las caderas en esa posición. Me obligué a volver a sentarme y apreté los puños en los reposabrazos de las butacas, conteniendo mis ansias de correr hacia allí, agacharme detrás de ella, aprisionar sus caderas y obligarlas a estarse quietas para que pudiera penetrarla.

Después reclinó su cuerpo hacia atrás apoyando el culo en los pies y dándome una perfecta visión de lo transparente que era la lencería de sus bragas mientras se agitaba, de arriba abajo, al ritmo de la música. Me pregunté si ella también estaba mojada en ese momento. Se colocó nuevamente erguida, apoyada sobre sus rodillas, y los movimientos seductores y circulares de sus caderas aumentaron, siguiendo perfectamente el ritmo de la canción. Estaba en el cielo viendo el mejor de los espectáculos. Ni en siete vidas soñé encontrar jamás una mujer tan jodidamente sexi.

Se puso de pie y se colocó de espaldas, flexionando ligeramente las rodillas y sacando la totalidad del culo hacia atrás, balanceándose con fuerza de arriba a abajo con esos movimientos tan sensuales de twerk que solo ella sabía hacer, mientras me miraba de reojo con los labios entreabiertos. Diosa, ¿por qué me probabas de esa manera? No podría. No podría sobrevivir a eso.

Cuando el estribillo acabó y la música volvió a relajarse, se giró y me miró fijamente con deseo, me hizo señas con el dedo pidiéndome que la acompañase al escenario mientras se mordía los labios. Ni siquiera lo pensé. Subí de un salto con una media sonrisa dibujada en el rostro y con la líbido desbordante.

Pronto la tuve de frente, tan cerca que intenté tocarla, pero retuvo mis brazos junto a mis costados y dirigió mi cuerpo hasta conseguir que me sentara en la silla. ¿Qué estaba pasando conmigo? ¿Acaso pensaba dejarme llevar? Me sorprendió el hecho de ver cuánto lo deseaba en realidad.

Las luces me hicieron parpadear hasta adaptarme a ellas y Carlota se subió sobre mí a horcajadas. Gracias a los tacones, tenía la altura necesaria para balancearse con sus sexis movimientos sobre mi entrepierna y, al incorporarse, dejar el coño a la altura de mi cara. Una corriente eléctrica recorrió mi cuerpo al notarlo, completamente empapado. Quería tocarlo y levanté la mano a su cintura. Me encontré con sus ojos y pedí permiso. ¿Desde cuándo pedía permiso? Carlota cogió mi mano entre la suya y la frotó a través de su cuerpo, aproveché cada aproximación para apretar todo lo que me permitió alcanzar antes de lanzarla hacia atrás con fuerza. Sonreí impresionado con lo mucho que me gustaba su osadía. Pensé que solo podían gustarme las mujeres sumisas, pero me di cuenta cuán equivocado estaba.

Se alejó para darse la vuelta, de espaldas a mí, apoyó su trasero en mi bulto y sus manos en mis rodillas para volver a montar el estribillo con los movimientos de twerk, como si estuviera cabalgando sobre mí. Agarré sus caderas, acaricié su culo perfecto y recorrí su espalda mientras me animaba a acompañarla con mis movimientos de cadera, sintiendo cómo se apretaba mi polla contra su hendidura. Ella se reclinó hacia atrás apoyando el cuello contra el mío y me permitió recorrerle el cuerpo con las manos, aún deleitándome con el balanceo lento de nuestros cuerpos juntos. «Diosa de la luna, ¿acaso esa mujer formaba parte de tu redención para mí? ¿Una segunda oportunidad que te empeñaste en que viera y aprovechara?».

Sonaba nuevamente el estribillo y se inclinó completamente hacia delante apoyando las manos en mis gemelos, haciendo otra vez los movimientos de twerk. Qué belleza tener delante ese culo mientras rebotaba sobre mi entrepierna. Lo acaricié y palmeé mientras gruñía desesperado, y ella, al notar mi impaciencia, que cada vez iba en aumento, se incorporó y se dio la vuelta quedando nuevamente frente a mí. Aprisionó mis labios en un beso profundo y nos balanceamos juntos hacia el final de la canción. Cuando por fin acabó, solo pude escuchar el sonido de nuestros labios chocando, y de nuestra saliva. Cogí uno de sus pechos entre mis manos y lo apreté con un poco de fuerza. «Recuerda, Benjamín, no debes ser brusco con ella, no todavía», me recordé, pero ¡joder! ¡Estaba desesperado!

Carlota empezó a desabrochar los botones de mi camisa con las manos y se lo permití. Pronto el calor ante el tacto de nuestras pieles fue insoportable, insoportablemente necesario.

¿Cómo me había perdido esto durante tanto tiempo?

La levanté en el aire y lancé la silla por el escenario antes de tumbarla con delicadeza sobre el suelo de madera. Recorrí con la lengua desde su cuello hasta su abdomen, saboreándola y disfrutando de cómo se estremecía su cuerpo bajo mi contacto. Ella, ansiosa, llevaba sus manos a

mi pantalón intentando desabrocharme el cinturón y las atrapé en el acto, uniéndolas y aprisionándolas en el suelo, una a cada lado de su cuerpo mientras, levantado sobre ella y apoyado en mis rodillas, continué con mi recorrido.

Se retorcía y arqueaba su cuerpo cuando llegué a su abdomen bajo, casi rozando el monte mojado de su entrepierna.

—Ben —intentó decir.

—Shhh —le chisté—, he intentado esperar a que tuvieses a tu loba, pero no me has dejado opción. Esto, Carlota, te lo has buscado tú solita.

Gritó cuando le arranqué la braga con la boca de un tirón y hundí con fuerza mi boca en su entrepierna, aspiré y chupé sus jugos mientras mi lengua iniciaba un juego malévolo contra su clítoris y ella se retorcía con fuerza e intentaba liberar sus manos aprisionadas.

—¡Ah! ¡Ah! Ben, voy a… No puedo más, voy a… ¡Aaaaah!

—Era justo lo que quería —dije colocando nuestras bocas a la misma altura y besándola mientras aún se recuperaba del orgasmo.

Me despojé de los pantalones y los calzoncillos, liberé mi pene, mojado, excitado, erecto y listo para entrar en acción. Nunca había tenido tanta necesidad de estar dentro de una chica. Le abrí las piernas, las dejé en la posición en la que las necesitaba, y acaricié su apertura, presionando un poco con la punta de mi polla. Estuve jugando con la presión durante unos segundos y alternándola con caricias sobre su clítoris aún palpitante.

Aparté la mano con la que había empezado a cubrirse la cara y la miré, estaba completamente listo para introducirme en su interior. No era momento para sentir vergüenza, no después de bailar así para mí. No era momento para dudas, ni por su parte ni por la mía. Habíamos llegado hasta ahí porque ambos así lo deseábamos. Sin embargo, tenía que aclararle algo:

—Aún puedes decirme que no, si es lo que quieres. —Le estaba dando una última oportunidad para que se arrepintiera. «Mi Carlota, darte una última oportunidad para que te alejes es lo mínimo que puedo hacer por ti», pensé con un atisbo de melancolía.

—Quiero hacerlo —sentenció con seguridad y, en ese momento, el que se remordía entre dudas era yo. Que quisiera hacerlo no significaba que debiera—. Por favor —rogó al ver mi vacilación—, siempre he querido que fueras el primero. Y el único.

¡Maldición, no! ¿Quién en su sano juicio podía resistirse a eso? Intensifiqué mi determinación y escalé en mi entrada, despacio, obligándome a mantener la calma mientras acariciaba su clítoris y le enviaba ondas de placer que harían más placentera que dolorosa la experiencia. Cuando estaba a la mitad, incorporó nuevamente su cuerpo y me besó, me besó con un hambre voraz, frenética, ella deseaba eso tanto como yo.

—¿Quieres que me detenga? —susurré en sus labios y, joder, la Diosa y yo sabíamos que deseaba con todas mis fuerzas que dijese que no.

—No —su contundencia provocó mi felicidad—, me gusta —susurró y ambos sonreímos.

Continué mi avance sabiendo que mi tamaño y el grado de mi excitación no ayudaban en absoluto a mi entrada. Tenía la polla completamente dura, palpitante y con las venas marcadas. La besé y me introduje aún más. Jadeó y se abrazó a mí con fuerza. Nunca una chica me había abrazado durante el sexo, aquello era jodidamente especial. Sus gemidos, en mi oído, me empezaron a volver loco de placer, hasta que estuve dentro por completo y ella me apretó con más fuerza mientras gritaba. Ya estaba, ya éramos uno. Nuestros cuerpos, juntos y acoplados, así lo comprobaban.

Inicié con movimientos lentos, dejando que se adecuara a mi tamaño hasta notar como relajaba su sujeción sobre mí y volvía a tumbarse. La besé y aumenté el ritmo de mis movimientos gradualmente. Sus jadeos crecieron junto a mis movimientos y sus manos, desesperadas, acariciaban toda mi piel, dejando pequeños arañazos.

Diosa de la luna, jamás me creí merecedor de semejante éxtasis. El deseo nubló mi juicio ante mis embestidas en ese espacio apretado, cálido y húmedo. Tuve que detenerme varias veces para no terminar en ese mismo instante. Localicé su clítoris y lo acaricié con los dedos mientras bajaba el ritmo de la penetración y me encantó ver como ella gritaba y se retorcía hasta liberar su orgasmo, apretando las paredes de su interior sobre mi virilidad. Era más de lo que pude soportar, di un par de embestidas y saqué la polla justo a tiempo de sujetarla con la mano y correrme en su abdomen.

¡JODER!

Esa experiencia no la podría superar nunca.

CAPÍTULO 25



CARLOTA

Que tus decisiones reflejen tus esperanzas y no tus temores.

Llevábamos una hora tumbados, desnudos bajo la luz de los focos del escenario. Uno junto al otro. Aún estaba en un *shock* de felicidad, asimilando lo que acababa de pasar. Me había salido con la mía y ahora él formaría parte de mis recuerdos durante toda mi vida, como mi primera vez en todo.

No podía disimular las risitas estúpidas que escapaban de mí de vez en cuando y él callaba con sus besos.

—¿Recuerdas cuando veníamos a ver obras infantiles con nuestros padres aquí, de pequeños? —le pregunté mirando al techo y recordando las imágenes de esos agradables días.

—Sí.

—Ya te quería en ese entonces —confesé mientras me giraba sobre su pecho y lo miraba con una sonrisa en los labios—, ya sabía que quería ser tu princesa y que tú fueses el príncipe de mi cuento.

—Carlota —advirtió.

—No —sonreí—, no te lo digo para que contestes, Ben, solo para que lo sepas.

—Yo también te quise siempre.

—¿En serio? —me incorporé con rapidez y me puse su camisa para cubrirme un poco. Él me imitó, llevando solo sus calzoncillos—. ¿Y qué pasó, Ben? ¿Por qué nunca me lo dijiste? ¿Por qué te alejaste tan de repente?

—Es algo difícil de contar, Carlota, prometo hacerlo algún día, cuando me sienta capaz.

—Vaya —dudé—, debe de ser algo muy duro para que consiga ponerte tan serio.

—Lo es. No es fácil para mí recordar.

—¿Alguien de la manada te hizo daño emocional o físico? —Me devané los sesos pensando en quién podría ser capaz de algo así, pero no se me ocurrió nadie, éramos una manada muy

unida y llena de gente buena, los habíamos querido siempre mucho.

—Te he dicho que no quiero hablar de eso —dijo de manera contundente y levantó la voz, haciéndome sentir pequeña por un momento.

—Está bien, lo siento —balbuceé a modo de disculpa antes de tragar mi incertidumbre de manera sonora—. Ojalá algún día me lo puedas contar. Yo prometo escucharte y entenderte. —Agaché la mirada con tristeza y sentí como dio un vuelco mi corazón. Eso tendría sentido, podría haber cambiado porque estaba herido. ¿Quién podría haber sido capaz de dañarte, mi Benjamín? ¿Y dónde estaba yo que no pude verlo a tiempo? ¿Quizá demasiado hundida en mi autocompasión?—. Sin juzgarte.

—Eres genial, Carlota.

—Lo sé. —Sonreí.

Me besó la sonrisa y el deseo volvió a instalarse en mis venas, recorriendo cada parte de mi ser como corrientes de viento que se cuelan por algún hueco hasta invadir una habitación cerrada. Profundicé en su beso con los ojos cerrados, hasta solo sentir el baile de su lengua y su saliva dentro de mi boca. Intenté abrazarlo, rodearlo con las manos y tumbarme sobre él, pero me detuvo y no pude hacer más que salir de mi trance y mirarle desconcertada.

—¿Por qué no dejas que te toque? —pregunté incrédula.

—Quiero mostrarte algo —me dijo mientras se ponía de pie y me invitaba, con su mano, a imitarlo.

Benjamín recogió la silla de dónde había permanecido desde que la había tirado al principio y la colocó nuevamente en medio del escenario. Me cogió de la mano y me colocó justo detrás para después juntar mis manos y atarlas con su cinturón en medio de las barras del respaldo de la silla.

—Vaya, sí que te va el rollo este de las manos atadas.

—Escúchame bien, cuando me pidas parar, pararé. ¿Queda claro?

—Sí —respondí confusa—, pero…

—Shhh —Me separó las piernas, dejando mi apertura completamente expuesta—. Quiero enseñarte cómo me gusta follar.

—¿Follar? —pregunté indignada. ¿Acaso me estaba gastando una broma?

—Quiero ser rudo y duro contigo, Carlota, pero solo lo haré si me dices que eso te parece bien.

Me quedé desconcertada, no sabía si me parecía bien, acababa de hacer el amor por primera vez.

—Puedo… averiguarlo —contesté llena de dudas después de una larga pausa.

—Bien. Ahora quédate jodidamente quieta.

Empezó reclinándose sobre mi espalda y atrapando mis pechos en sus manos, masajeándolos

con fuerza y delicadeza a la vez, y eso me resultó inquietantemente placentero. Sus labios atacaron mi cuello y la parte superior de mi espalda en besos y lametones haciendo que toda mi piel se erizase, me tambaleé y me removí ante las oleadas de placer enviadas a mi núcleo ya palpitante.

Entonces me penetró. Con fuerza, con rapidez y en un solo movimiento. Chillé ante la sensación de su pene llenando repentinamente mi espacio, pero me besó ahogando mis chillidos antes de encontrar mi clítoris y trabajarlo mientras embestía con fuerza. Mi centro envió por mi cuerpo rígido una sensación homogénea de dolor y placer al mismo tiempo, imposibilitando mi capacidad de procesar si me estaba encantando o desconcertando.

—Tranquila —me dijo mientras me sujetaba con fuerza, el apoyo de la silla no era suficiente ante sus fuertes movimientos—. Hoy seré más cuidadoso, pero no lo seré siempre, si quieres follar conmigo tendrás que tener eso claro.

Me asusté al pensar que se estaba conteniendo, pero el susto desapareció de mi mente tan rápido como llegaron las cosquillas del orgasmo. En una combinación perfecta de sus penetraciones y su masajeo sobre mi clítoris, dejé que el éxtasis me inundara por completo en medio de gritos, dejando escapar de mi interior una especie de líquido que empapó el suelo de madera.

La sensación era alucinante, el orgasmo fue tal que casi me abandonó el sentido, y mi núcleo ardía y palpitaba receloso, tan desconcertado como yo ante una agresión tan placentera.

—Será suficiente demostración por hoy —dijo ahogando mis últimos gritos en su palma y sacando su pene justo a tiempo de correrse sobre el suelo de madera. Nuestros fluidos ahora yacían fusionados.

«Menudo subidón de adrenalina», pensé.

—Mierda. —Me invadió la preocupación por unos segundos—. ¿Cómo voy a limpiar ahora sin saber siquiera si podré andar después de esto? Fernanda va a matarme.

Benjamín dejó escapar una sonrisa pícara ante mis preocupaciones mientras me desataba de la silla. Me atrapó en el aire cuando, tal y como ya esperaba, las piernas me fallaron. Me acunó entre sus brazos y yo me llevé las manos instintivamente al vientre bajo, intentando calmar la sensación de placer y dolor que sentía en la zona mientras dejaba escapar una risita de satisfacción. Aún sentía el cosquilleo del orgasmo, el dolor del vacío que acababa de generar en mi interior y la humedad entre mis piernas, todo ello me confirmaba que era una realidad, que de verdad había pasado.

—Te dejaré sobre la butaca y después te ayudaré a vestirte, yo limpiaré todo esto.

Asentí. Y así lo hizo. Me depositó en la butaca y lo vi limpiar aquello que habíamos hecho juntos, semidesnudos y satisfechos.



Me sentía completamente extasiada cuando entré en mi habitación a través del portal.

—¡Acabo de tener sexo por primera vez! ¡Y con Benjamín! Diosa de la luna, pellízcame ahora mismo porque creo que estoy soñando.

Si me hubiesen dicho dos meses atrás que aquello pasaría, no me lo hubiese creído. ¿Quién me iba a decir que Benjamín se interesaría en mí después de haber pasado cuatro años sin apenas saludarme? Absolutamente nadie. Ni siquiera yo.

El sonido de los toques en mi puerta me sobresaltó y me inspeccioné rápidamente antes de abrir. Mi cabello estaba alborotado y mi ropa descolocada, pero fuera quien fuera, no sospecharía nada. Además, a lo mejor era Ben, que venía a besarme y a decirme que me quería después de lo que acabábamos de hacer.

—¡Zoé! —grité emocionada mientras la rodeaba en mis brazos.

—¡Oh, tía! ¡Qué asco! —dijo empujándome—. Hueles a Benjamín que tiras para atrás.

—¿En serio? —Mi cara palideció al momento y olí como respuesta instantánea las puntas de mi cabello. Tenía razón, pero creí que solo yo podía notarlo—. Si aún no tengo un lobo, ¿cómo puede ser mi olor tan fuerte?

—El tuyo no, pero el de él sí. Y se nota que esta vez te ha dado mucho más que unos besos —dijo poniendo los ojos en blanco.

—¡Ha habido mucho más que eso! —grité emocionada mientras la rodeaba con mis brazos y giraba a su alrededor arrastrando su cuerpo e ignorando sus muecas de arcada—. ¡Oh, Zoé! Ha sido genial, ni siquiera en mis mejores sueños creí que pudiese ser tan alucinante, es tan guapo y fuerte y sexi…

—Y estás loca por él —dijo con desgana.

—¡Y estoy loca por él! —concluí suspirando.

—Oh, no, Carlota, si sigues diciéndome todo eso sobre Benjamín juro por la Diosa que voy a vomitar.

—Le quiero, Zoé. —Me centré en su mirada unos segundos para transmitir mejor la seriedad en mis palabras y mantuve con firmeza mi soporte en sus manos—. Y hoy me ha dicho que él había estado enamorado de mí en la adolescencia, como yo de él.

—Ya. —Me cortó y, en cierto modo, me lo esperaba, no podía culparla por no creer en él, a

veces incluso yo dudaba de sus intenciones o sentimientos, no lograba comprenderlo, ni bajar la guardia que implantaba entre nosotros. Se comportaba muy extraño... Solo quería indagar en su interior y buscar a ese Benjamín que tanto echábamos todos de menos, presentárselo a Zoé y que empezaran de cero, como hermanos. Que todo volviera a ser como antes—. Escucha, si no quieres que todos te huelan mañana y sepan lo que has hecho con Benjamín, deberías llamarle ahora mismo y decirle que haga trabajar un poco a Álex. No me gusta la idea de que camufles tu olor o tomes pociones sin siquiera tener a tu loba, pero puedes hacerlo hasta que os sintáis cómodos como para hacerlo público —me explicó. Mi cerebro, literalmente, estalló, ni siquiera me había puesto a pensar en todo ello, estaba demasiado emocionada por la idea de tenerlo entre las piernas—. Y debes ir a la ginecóloga, cuidarte y que él te cuide, hay un montón de posibilidades adversas una vez entras al mundo del sexo, no solo la de ser padres jóvenes.

Madre mía, y pensar que yo solo estaba feliz por haber tenido relaciones sexuales, sin pensar, seriamente, en todo lo que ello conllevaba. En menos de dos minutos ya tenía toda una lista de recados a cumplir.

—Le escribiré un mensaje ahora mismo. Gracias, Zoé.

—Planeaba que me ayudases con mis deberes de luna, ya sabes, por lo de la reunión de manadas de mañana, pero mejor vemos una peli aquí dentro hasta que bebas esa poción.

—Mejor —me reí—. Esa reunión, ¿por qué es tan importante para nuestro alfa?

—Busca obtener información desde otras fuentes sobre el conflicto existente con Alonzo Guerra y Colmillo de Sangre.

—Me encantaría poder ayudarte ahora mismo con toda esa organización.

—Tranquila, todo está en buenas manos, tenemos tiempo.

Definitivamente, tener una hermana mayor debía sentirse como algo así. Gracias, Diosa de la luna, por Zoé.

CAPÍTULO 26



BENJAMÍN

Mi mente está llena de caos y de bonitas intenciones.

> Necesito que consigas pociones para camuflar mi olor. Además, deberíamos tener una charla sobre métodos anticonceptivos.

Acababa de aparcar en casa mientras me caía más de lleno el peso de lo que acababa de hacer. Había faltado a mi palabra, aunque ya no sabía si de verdad tenía. «Maldito seas, Benjamín Gutiérrez, prometiste no tocarla hasta que tuviera a su lobo, prometiste no hacer con ella lo que haces con las demás, prometiste salvaguardar el bienestar de Carlota por encima del tuyo». ¿Por qué demonios no había sido capaz de controlarme? ¿Por qué tenía la sensación de que no sería capaz de parar?

Una chica de diecisiete años sin su lobo. Mi hermano iba a matarme por eso como se enterara. La manada iba a crucificarme por mis acciones y mi fama de loco aumentaría exponencialmente.

No es como si hubiese sido cualquier chaval de veinte años, estaba en mis mandatos salvaguardar el honor de nuestra manada, y eso incluía proteger a las chicas y no cometer ese tipo de actos que podían suponer una mala imagen para nuestra familia. Además, al día siguiente tendríamos esa maldita reunión gracias a que Mateo estaba obsesionado con Colmillo de Sangre desde que la princesita dejó caer la idea de que pudiéramos ser los hijos de ese maldito alfa. Ni siquiera iba a permitirme pensar en lo mucho que me molestaba eso, o arrancaría de cuajo la cabeza de esa Zoé para que no pudiese echar más veneno por la boca. En ese momento debía ocuparme de Carlota, había tenido que recordarme, a través de un mensaje, que era hora de asumir las consecuencias de mis actos, pensar por delante de los acontecimientos y cuidarla, y eso me hacía sentir todavía más capullo. ¿Cómo no lo pensé antes? También es cierto que no esperaba tener sexo con ella. Agradecí su manera de respetar mis deseos y cuidarnos a ambos de

mis descuidos.

No salgas de tu habitación.

Texteé y fui directo al sótano, en busca de Álex.

—Necesito pociones para camuflar el olor de una chica —le dije mientras interrumpía su chistosa manera de preparar una poción, con caldero al fuego y todo.

—¿Una o unas?

—Álex…

—Lo sé, mi amigo, el reservado. —Se río mientras buscaba en los armarios—. Escucha, te daré unas cuantas, pero no recuerdo dónde las tengo en este momento, te las subiré en un rato, no puedo dejar quemar esta poción, es un suero de la verdad que pondremos en las bebidas de mañana y es importante.

—Vale, pero no tardes, por favor.

—Tranquilo, una hora como mucho, nadie olerá a tu chica secreta.

Subí directo a mi habitación y me di una larga ducha, una que me ayudó a relajar los músculos tensos y el cerebro divariante.

Lo que había hecho estaba mal. Jodidamente mal.

Quizá debería dejarla, antes de que fueran aún más irresistibles mis sentimientos por ella, o los de ella por mí, antes de que fuera demasiado tarde, si es que no lo era ya. Me había dicho que me quería, que siempre me había querido y sabía con exactitud cómo se sentía eso.

Quizá debería explicarle mejor el hecho de que tenía que protegerse a sí misma y alejarse de mí. A lo mejor, en su inocencia, no lograba entender cuán nocivo y peligroso podía resultar para ella. Para mí mismo, para todos los demás.

Salí de la habitación después de colocarme un chándal con la intención firme de decirle todo lo que había pensado, cuando me sorprendí al escuchar la voz de Álex a mi espalda antes de girar la esquina que conducía a su habitación.

—Ben, aquí tienes lo que me pediste —dijo extendiéndome una bolsa mediana de terciopelo negra en la que pude notar el peso de varios frascos.

—Gracias, Álex, te debo una. Una más.

—¿Sabes, Benjamín? No necesitas esto, no habría nada de malo en que salieses con una chica, tenga ella la edad que tenga —dijo con seriedad. Algo en mi interior me dijo que él se lo olía.

—Sabes lo que opino de las relaciones sin el vínculo de compañeros. —Empecé a cabrearme, me molestó que pudiera leerme con tanta facilidad mientras yo me esforzaba por ocultarme. Álex era un brujo listo, además de mi mejor amigo—. No pretendo dañar a nadie y solo mi compañera

merecerá ese tipo de exclusividad.

—Todos hemos tenido relaciones de ese tipo, Ben, no tienen por qué ser un secreto. Nos alegraríamos por ti y por…

—Pero yo no soy como todos, y si una chica quiere follar conmigo, tiene que tenerlo claro.

Arranqué la bolsa de las manos de mi amigo y giré la esquina, justo para ver a Carlota asomada a la puerta, escuchando nuestra conversación. Sus ojos tristes y húmedos me demostraron que llevaba allí el tiempo suficiente como para haber oído todas mis palabras y que le había dolido su contenido, pero, aun así, para mi sorpresa, me sonrió despacio, a pesar de que su expresión me demostraba que se debatía internamente entre la incertidumbre, la decepción y el dolor. Cerré los ojos, frustrado mientras escuchaba a Álex preguntar a mi espalda.

—¿A dónde vas? Por ahí solo está el fondo del pasillo y la habitación de…

—Me he equivocado de dirección —lo corté mientras aún miraba a Carlota. «Lo siento, nadie debe enterarse», pensé—. Me pones nervioso con tu palabrería, maldito mequetrefe.

Desaparecí de su vista al girar la esquina. Se los llevaría esa noche, cuando todos durmieran.

«Lo siento, Carlota, acabas de empezar a perder, por mi culpa».

CAPÍTULO 27



CARLOTA

Siempre habrá alguien que dude de ti, asegúrate de que esa persona no seas tú mismo.

Vimos una peli y luego otra, hasta que a Zoé no le quedó otro remedio que marcharse. —¿Quieres que baje yo a pedir la poción a Álex? —me ofreció por décima vez antes de salir por la puerta. Preferí mantener mi fe y esperanza puesta en Benjamín, y nunca apareció, o más bien sí, pero ni siquiera se dignó a entrar o a entregarme las pociones en la puerta.

¿Por qué? ¿Por qué tenía que ser un secreto incluso para Álex? Era su mejor amigo, conocía todas sus citas, incluso me recitó con cuidado los pasos a seguir para salir de su habitación esa noche. ¿Por qué Álex no podía saber que se acostaba conmigo?

Todas esas preguntas me generaban una sensación de desolación, además de un dolor de cabeza importante. Pero tenía un objetivo en mente: averiguarlo. Benjamín aún no lo sabía, pero me debía una larga conversación. Necesitaba saberlo, recuperar a mi amigo, a mi amor, y no iba a conformarme con sus migajas de información.

Me había duchado con esmero antes de aplicarme una crema hidratante con perfume de rosas, me había enfundado dentro de mi pijama más sexi y me había metido bajo las mantas con la esperanza de que, esa noche, el beta de la manada decidiera volver a colarse en mi habitación.

Las doce y veintitrés. Debo trabajar mañana y, definitivamente, no puedo pasear por la manada oliendo de esta manera si quieres que siga siendo un secreto.

¿Impaciente porque me cuele en tu habitación, mi Carlota?

Un poco. ¿Eso es malo?

Dos minutos.

Eso tengo que verlo para creerlo, beta.

Me acurruqué mejor, sintiendo la calidez y la suavidad de las mantas. Incluso podría decir que algunas conservaban aún el olor de Ben. Mierda, me iba a costar mucho lavarlas a menos que siguiera colándose en mi habitación.

Mientras lidiaba con mi agobiante espera, una lluvia de pensamientos sobrevolaron mi mente.

¿Estaba lo suficientemente guapa? ¿Lo suficientemente sexi? «¡Oh, Diosa! Ayúdame. Es la primera vez en la que soy completamente consciente de que un chico visitará mi habitación y de todos los posibles finales que ahora eso puede conllevar».

Si bien es cierto que los nervios atacaban mi subconsciente con saña, he de decir que no tenía miedo, más bien sentía deseo de todo aquello que pudiera llegar a pasar, siempre y cuando pasase con él.

Respiré profundamente mientras sentía como su olor se intensificaba en el ambiente anunciando su proximidad y cercanía, y me emocioné en exceso. Al escuchar cómo se abría la puerta, los nervios me traicionaron y se llevaron todo mi autocontrol y claridad mental. Me metí bajo la manta, de pies a cabeza, acompañada por la oscuridad y, por un segundo, quise ser invisible para que no viera mi sonrisa y la manera en la que lo esperaba. Los colores se aglomeraron en mis mejillas y me sentí expuesta dentro de aquel pijama corto. Mierda. ¿Quizá estaba siendo demasiado atrevida? ¿Demasiado directa o exagerada?

Antes de que las dudas hiciesen explotar mi cabeza, Benjamín tiró de la manta y me retorcí intentando mantener firme mi agarre antes de que se la llevase por completo. Me sorprendió gratamente cuando saltó a la cama colocándose sobre mí y atrapando mis brazos con los suyos.

—¿Por qué te escondes de mí, mi Carlota? —dijo mirándome a los ojos. ¡Oh, Diosa! Definitivamente, esos ojos y esos labios eran capaces de lograr que me derritiera de amor en segundos, como un helado en pleno sol de verano. Me acerqué con rapidez, deseosa de su sabor, y le planté un beso en los labios buscando disminuir la necesidad que tenían los míos de sentirlos y probarlos, pero no funcionó. Me miraba con esos ojos azules brillantes mientras sonreía despacio y sabía, con certeza, que jamás me cansaría de mirarlo, de besarlo, de sentir el peso de su cuerpo sobre el mío o de todas esas cosas a la vez, y que quería más. Siempre más, junto a él —. ¿Acaso no deseas repetir lo de esta tarde?

—Lo deseo —dije despacio. ¿Es que no veía cómo ardía de amor por él? ¿Cómo se le ocurría pensar lo contrario?—. Pero tenía miedo de, ya sabes, no estar lo suficientemente guapa. —Desvié la mirada mientras me mordía nerviosa los labios—. O quizá parecer exagerada.

—Ponte de pie. —Benjamín se levantó de un salto de la cama y me ofreció su mano para ayudarme a levantar. La acepté, intrigada ante el desconcierto de no saber cuáles podían ser sus pasos a continuación.

Ben me hizo girar fuera de la cama una vez me apoyé sobre los pies y me abrazó por la espalda, rodeándome la cintura con los brazos. Me apretó con fuerza mientras me dirigía, con pasos lentos, hacia el espejo de cuerpo entero que había en la habitación. Mis pies se movían gracias a la inercia, pero yo me sentía como si estuviera flotando, surcando el cielo en medio de un mar de nubes o navegando olas suaves dentro de una pequeña embarcación. Cerré los ojos para disfrutar de ese momento y me aferré a ese apoyo, a la sensación de esos músculos tras mi espalda. Una ligera sonrisa se me dibujó en los labios mientras colocaba los brazos sobre los suyos y los estrechaba, aún más, sobre mí. No podía creer que fuera real. No quería que me soltara nunca. Debí pellizcarme en ese momento y confirmar si estaba teniendo el mejor de los sueños que había imaginado jamás. Quizá había viajado en el tiempo, años atrás, y era una de esas noches en las que soñaba que me rodeaba con sus brazos fuertes, tal y como estaba ocurriendo en ese instante.

—Abre los ojos, mi Carlota —susurró en mi oído, y una sensación de angustia recorrió mi pecho. No quería abrir los ojos, porque no sabía si era realmente un sueño, y me aterraba la idea de despertar.

—¿Estás aquí de verdad o solo estoy teniendo el mejor de los sueños? —pregunté aún reacia a la idea de abrir los ojos.

—Estoy aquí, soy real y quiero que lo veas.

Abrí los ojos despacio, confiada en sus palabras. ¿Podía ser cierto? ¿Podía ser que, por fin, la realidad fuera incluso mejor que los sueños?

Las lágrimas se me acumularon en los ojos cuando vi nuestro reflejo, unidos en un abrazo mientras él se agachaba y hundía la cara en mi cuello, buscando estar a mi altura. Me sentí como una niña a la que le acababan de dar el mejor de los regalos de Navidad, uno poco convencional, de carácter emocional, como cuando pides un hermanito o que tus padres vuelvan a estar juntos y se te concede, convirtiendo ese día en el mejor de tu vida.

Me puse de puntillas buscando un poco de altura para mi cuerpo menudo. No sirvió de mucho, lo cual lo convirtió en algo incluso gracioso. Era muy pequeña al lado de su cuerpo musculoso e imponente.

—Eres preciosa. Con cualquier cosa que te pongas, e incluso sin nada. Tu cuerpo es increíble, Carlota, pero no es nada en comparación con tu alma.

—Gracias, Ben —susurré mientras sentía que se renovaba mi confianza con sus palabras y que mi corazón se inflaba hasta hacerse más grande, si es que eso era posible, gracias al amor que sentía por él. Mi Benjamín, el que hacía esas cosas por mí, el que me decía ese tipo de palabras, estaba allí, y tenía que sacarlo de esa coraza que se había construido.

Me giré sobre la punta de los pies antes de rodearle el cuello y atrapar su boca en un beso que se volvió acalorado al instante. Solo quería besar esa boca por el resto de mi vida, besarla noche

y día hasta quedarme sin respiración.

—Ben, tenemos una conversación pendiente. Necesito saberlo, Ben, tienes que contármelo, darme algo.

Pero me vi sorprendida cuando, con un movimiento rápido, unió mis manos y empezó a atarlas.

—Ah, vaya —balbuceé—. ¿Siempre va a ser así? —pregunté desconcertada. Me gustaba tocarlo, corresponder a sus caricias, hacerle el amor.

—Sí, sobre la cama. Ahora.

—Pero…

—No vamos a tener esa conversación en este momento, Carlota. —Me miró con seriedad.

—Vale —contesté resignada después de una larga pausa llena de dudas. Por lo visto, tendría que ser en otra ocasión.

Me senté en la cama antes de sentir cómo tiraba de mi cuerpo, hasta que mi espalda quedó totalmente apoyada sobre ella. Me besó con voracidad mientras me alzaba las manos alrededor de la cabeza y mis deseos de acariciar su pelo se volvían casi dolorosos. Inició un recorrido de placer por mi cuerpo, con su lengua, mientras me retorcía y gemía descontrolada, antes de penetrarme con fuerza y hacerme llegar al orgasmo tres veces seguidas antes de que él lo hiciera.

Aquello no estaba mal, era excitante y placentero, pero no para hacerlo siempre. No terminaba de ser del todo mi rollo, por decirlo de alguna manera. Debía encontrar la manera de llevarlo un poco más a mi terreno y forzar la situación hasta que mis manos no terminasen atadas.

—¿Por qué no crees en las relaciones fuera del vínculo de compañeros? —pregunté mientras se vestía—. ¿Solo por lo de Mateo y Amelia?

—No lo entenderías —respondió sin más.

—Creo que puedo seguirte, Benjamín. —Me molestó su tono y su comentario, en ese momento, estaba utilizando su coraza conmigo y su estupido egocentrismo de nuevo. Era agobiante.

—No creo en ellas y punto.

—Pero, ¿por qué? —insistí—. Es decir, seguro que has salido con muchas chicas antes que conmigo.

—No, Carlota, no te confundas, yo no salgo con chicas, no estoy saliendo contigo, así que deja de preguntarme tantas cosas porque me estás agobiando.

Su actitud fue tan cortante que dolió. Mi corazón dio un vuelco en mi pecho mientras lo miraba indignada, con los ojos bien abiertos. Me había dejado claro que no quería que nadie supiera lo nuestro, que nada de demostraciones públicas, pero en el fondo, creí que solo lo hacía por su imagen y por el hecho de que yo aún no tenía un lobo, pero ahí estaba, soltándome esa mierda de que no salía conmigo aún sabiendo que me hacía daño. ¿Qué le estaba pasando?

Necesitaba saber más. Necesitaba entender.

—No pretendía…

—Mientras menos preguntes, mejor.

Definitivamente iba a rebatir eso, pero se acercó y me besó, calló por completo mis posibles protestas para después marcharse. Mi boca, mi mente y todo mi cuerpo se paralizaron mientras veía como salía de la habitación, mientras mi único deseo era retenerlo, pedirle que se quedara y tener esa conversación en medio de besos ardientes.

Pero no es como ocurrió, su constante negativa me recordó que sería un tema bastante difícil de lograr, que se abriera ante mí y me lo contara todo.

Pero no me daría por vencida. «No soy de las que se rinden».

A la mañana siguiente, me sorprendió el ajetreo de la gente mientras iba a trabajar. Todo el personal de servicio estaba dejando todo precioso mientras corrían de un lado a otro y de arriba a abajo.

—Deja que me aclare con esto —le dije a Savannah mientras entraba por la puerta de la guardería—. ¿Es solo una reunión con algunos miembros de otras manadas o vamos a recibir aquí al mismísimo rey licántropo?

—Ahora tenemos una luna de nuestra edad —gritó Miguel desde el almacén, salió con dos cajas de pañales enormes en las manos y empezó a colocarlos en una de las estanterías—, que se note.

—¿Seguiremos llevando ropa informal en la reunión?

—Absolutamente no, tienes que ponerte mona. Esto estará lleno de alfas y betas despampanantes y lunas preciosas —me reprendió Savannah.

—Ah, vaya.

Apenas había dejado la mochila tras el mostrador cuando vi a Zoé entrar por la puerta, acompañada por un par de chicas morenas.

—¡Hola, chicos!

—¡Zoé! —gritamos al unísono mientras sonreímos por su presencia y corrimos a abrazarla.

—Ella es Adriana y ella es Malena. Se presentan voluntarias para trabajar con vosotros el día de hoy mientras yo secuestro a Carlota.

Zoé me cogió del brazo sin darme tiempo siquiera a pensar y me arrastró hacia la puerta. Una vez la cerró tras nosotras, continuó arrastrándome por el pasillo hasta que reaccioné y logré detenerla.

—¡Calma! Iré contigo, pero déjame coger al menos mi mochila y cambiarme.

—Tienes diez minutos, te espero dentro de un coche en la entrada.

CAPÍTULO 28



BENJAMÍN

La persona más peligrosa es aquella que está llena de miedo, esa es a la que hay que temer más.

—Todo tiene que ser perfecto —repetía Mateo por sexta vez mientras se paseaba con su traje caro de un lado a otro alrededor del despacho.

—Lo será —lo tranquilicé mientras me aflojaba el nudo de la corbata que me habían obligado a poner—, pero voy a darte un puñetazo si no paras de una jodida vez.

—¿Entiendes lo importante que es esto para nosotros?

—Perfectamente —le aclaré—. No nos servirá de nada, seguro que nadie conoce los motivos de Alonzo con respecto a ninguno de sus actos, pero complacerás a tu princesita y a lo mejor lograrás sentirte un poco más tranquilo contigo mismo.

—Zoé solo busca llegar a la verdad, igual que nosotros.

—Igual que tú —lo corregí—. Yo ya sé la verdad y es que no soy hijo de ese bastardo.

—Benjamín, por favor. —Mateo se detuvo y su semblante se tornó serio—. Compórtate como el beta que eres esta noche y no coquetees con chicas marcadas.

—No te prometo nada.

Sonreí y salí del despacho mientras me arrancaba la corbata del cuello y abría los primeros botones de mi camisa. Escuché el gruñido ensordecedor de mi hermano y sonreí. Claro que no pensaba coquetear, las chicas ya venían solas a coquetear conmigo de todas formas. Independientemente de eso, solo había hecho el comentario con la idea de fastidiarlo.

Bajé a la recepción donde el ambiente estaba cargado con música animada y varios alfas, los cuales ya estaban bebiendo y tomando aperitivos junto a las personas que habían traído de sus manadas. Me dediqué a saludarlos con respeto mientras me presentaba y les informaba de la pronta aparición de mi hermano y su compañera. «Qué asco», pensé. Sentía náuseas solo de pensar en ella de esa manera.

Me limité a mirar de reojo a las lindas chicas que me dirigían sus miradas condescendientes.

Estaba al tanto de que aquella noche había solteras y el antiguo Benjamín estaría emocionado con ello. Más de una mujer tenía ganas de divertirse conmigo, pero ese día no quería dominar ni divertirme con nadie más que con Carlota.

—Hola. —Me giré al escuchar una voz femenina, sexi y dulce, que hablaba a mis espaldas—. Tú debes de ser el beta, Benjamín.

—¿Y tú eres…? —lo dicho, ya empezaban. Que no pensara llevarla a mi cama no significaba que no pudiera hacer que se sintiera deseada y feliz durante su estancia en mi manada.

—Una de las hijas del alfa de la Luna Roja.

—¡Oh! He estado en tus tierras, son maravillosas.

—Te recuerdo, ambos éramos más jóvenes, pero dejaste una gran impresión en mí, digamos que, desde entonces, he fantaseado con la idea de volver a verte.

Mierda. Había fantaseado con la idea de volver a verme. ¿Cómo podía rebatir ante eso?

Me tensé cuando ese cuerpo perfecto de metro setenta y poco se acercó peligrosamente a mí con la intención de susurrarme al oído. Su cabello teñido de rosa olía a jazmín mientras caía sobre sus hombros peinado en ondas grandes, y el vestido largo se le ceñía a la perfección a las curvas de la cintura.

Le ofrecí mi oído con amabilidad para escuchar deseoso lo que quería decirme y, al hacerlo, mis ojos se cruzaron de lleno, primero con los de mi hermano, a su lado, la princesita, y detrás de ellos, mi Carlota, que me miraba desconcertada y confundida. Noté como parpadeaba varias veces ante lo que veía.

«¡Joder! Maldito seas, Benjamín Gutiérrez».

Me puse rígido al instante y me borré esa maldita sonrisa provocativa de la cara, creando desconcierto en la chica que seguía a mi lado. No supe si había llegado a pronunciar las palabras que quería, pero, si lo había hecho, ni siquiera las había escuchado debido a la tensión que me recorría el cuerpo.

En ese momento solo tenía ojos para esa melena rizada marrón chocolate y esas piernas largas que me insinuaban dónde terminaban bajo ese vestido corto de flores azules. No tenía derecho a dañarla. No tenía derecho a amarla ni a desearla. No tenía derecho alguno a hacerlo, pero lo hacía porque era lo peor.

Eché un vistazo rápido a mi alrededor y me di cuenta de que no era el único que la observaba con énfasis e interés. Muchos de esos otros malditos lobos la deseaban tanto como yo y, gracias a la poción, y a mi maldito egocentrismo, ella ni siquiera olía a mí, a nada en realidad.

Se separó de la parejita feliz y vi como salía al jardín con paso apresurado. Me dispuse a seguirla sigiloso, ya que lo había pillado enseguida: Carlota estaba celosa y se había enfadado con lo que había visto. Unas uñas afiladas me retuvieron el brazo apretando con fuerza.

—¿Acaso me ignoras, beta?

—Claro que no —disimulé—, solo necesito resolver un asunto antes de centrar mi atención en ti. Volveré en un rato, disfruta de la fiesta.

Salí corriendo al jardín sin importarme lo ignorada que pudiese sentirse esa chica. Mierda, era un imbécil, no hacía más que cagarla. Mi frustración recorrió mi cuerpo al sentir que no podía olerla, y si no podía olerla, no podría encontrarla.

—Risk. Ayúdame a encontrarla —supliqué a mi lobo.

—Debería dejarte tirado, maldito granuja —gruñó Risk—. La escucho, al frente, bosque adentro.

Obedecí sus instrucciones hasta que, no muy lejos, la encontré apoyada en un árbol de brazos cruzados.

—Carlota —le dije mientras me acercaba.

—¿Ligas con otras chicas, Ben? —Interpuso una de las manos sobre mi pecho cuando me acerqué en exceso—. Quizá he cometido un error contigo, si haces eso en mi presencia, no me imagino lo que harás a mis espaldas.

—No hago nada a tus espaldas, solo soy idiota y quería que se sintiese bienvenida.

—Es irrespetuoso. Tenemos que hablar, Benjamín. No puedes seguir dándome largas.

—Carlota —le advertí.

—¿Por qué debo ser un secreto incluso para tu mejor amigo? ¿Por qué has cambiado tanto?

—Mierda —gruñí frustrado, había empezado y me daba la sensación de que no pensaba detenerse, y no quería tener esa jodida conversación en ese momento, en ninguno en realidad—, no es el momento, Carlota, por favor —me obligué a decir.

—Para ti nunca es el momento. —Suspiró frustrada antes de dar un par de vueltas nerviosa—. Entonces —dijo deteniéndose al fin y mirándome de reojo—, esa chica, ¿no te gusta? —preguntó.

—No, solo tú. Anda, vuelve dentro, hoy estás especialmente guapa.

—¿Te gusta? —Giró sobre sus pies haciendo que la falda del vestido volara—. Me lo regaló mi madre.

—Te queda genial. Vamos, podrían darse cuenta de que no estamos.

—Ben —me llamó.

—¿Sí?

—He comprado algo para ti. Zoé compró también unos para Mateo, creo que son preciosos y que sería bonito que ambos compartierais un detalle como hermanos —dijo mientras me pasaba una cajita recubierta de terciopelo verde esmeralda.

—No tenías por qué. —Y no tenía por qué. Mierda, Carlota, se suponía que debía alejarme.

—Ábrelos, por favor —sonrió emocionada.

Me quedé perplejo al ver, en el interior de la caja, los gemelos más hermosos que había visto

jamás. Tenían la forma de la luna creciente y eran de oro macizo. Mi corazón se llenó de emoción al pensar que ella había pensado de esa manera en mí.

—Carlota, son increíbles.

—Pensé que, como representante de Luna Creciente, podrías llevar algo que te la recuerde siempre.

—Me encantan. —Deposité un beso en sus labios, no sin antes mirar a los lados para asegurarme de que nadie nos observaba—. Me los pondré ahora mismo. Vete tú primero para que nadie sospeche.

Ella me obedeció y desapareció de mi vista, no sin antes deleitarme con una sonrisa nerviosa e insegura.

CAPÍTULO 29



CARLOTA.

Nada más caótico que encontrar la rosa y la espina, el veneno y el antídoto en la misma persona.

De vuelta en la recepción busqué la cálida presencia de Zoé. Estaba aún junto a Mateo, charlando de forma animada con algunas personas que agitaban sus copas de champán. Zoé me localizó, me llamó y me acerqué al corrillo mientras sonreía nerviosa. Me resultaba increíble la forma en la que había logrado transformar esa estancia, convirtiéndola en la recepción de un cóctel elegante entre personas importantes y posibles grandes aliados para nuestra manada. Definitivamente, Zoé sería una gran luna, de hecho, ya lo estaba siendo. Nunca lo dudé, pero me llenaba de orgullo confirmarlo.

—Ella es Carlota, futura educadora infantil y un miembro sumamente importante en nuestra manada —me presentó Zoé, y todos me saludaron con énfasis logrando que me sonrojara mientras sonreía de forma tímida.

—Hola, Carlota —me saludó un chico alto, de cabello dorado y ojos café, que me ofreció enseguida una copa de champán—, llevaba toda la tarde esperando conocerte.

—¡Oh! Vaya, pues encantada —respondí nerviosa.

—Yo soy Marcos —me ofreció su mano y la acepté en medio de dudas, entendí que era su manera de saludar, pero me sorprendió cuando la dirigió hasta su boca y me plantó un beso en ella—, para servirte.

Escuché, en ese momento, una aclaración fuerte de garganta y me asusté. Reconocí ese tono, esa presencia imponente, tan solo con ese sonido. Retiré la mano de su boca rápida como una bala y no pude evitar la oleada de deseo que me recorrió el cuerpo ante eso, me mordí los labios para evitar la sonrisa que amenazaba con escaparse.

—Supongo que ya conocéis a Benjamín, mi hermano —anunció Mateo, y mi mirada se encontró de repente con la suya. Tragué de forma sonora al ver que estaba seria y fija sobre mí. Me sonrojé. Estaba celoso y no pude evitar que eso me gustara. —Menudos gemelos mas bonitos

—lo halagó Mateo—. ¿Estáis haciendo las paces? —Su mirada viajó entre Ben y Zoé—. ¿Zoé te ha comprado unos igual?

—En realidad —inició Zoé—, se los ha comprado…

—Yo —la interrumpió Ben—, me los he comprado yo para ir a juego contigo, hermano. Ya sabes, como representantes de Luna Creciente.

Agaché la cabeza sintiéndome avergonzada y desolada a la vez, la mirada incrédula y llena de indignación que me dirigió Zoé era demasiado como para poder soportarla en ese momento. Sabía que nadie debía saber que estábamos juntos, pero eso había sido violento, cruel y de mal gusto. Joder, solo era un regalo, se suponía que podíamos ser amigos. Definitivamente, eso me había hecho sentir triste y había revuelto mi corazón. No creía ser capaz de adaptarme a ese tipo de relación que quería tener Benjamín y me importaba poco la excusa de su estatus como beta. Ya dañaba lo suficiente su reputación con todo el acónito que se metía en el cuerpo. Ante nuestros seres queridos, no sería importante el hecho de que nos hubiéramos enamorado sin que yo poseyera aún a mi loba.

Un escalofrío me recorrió y me asustó la idea de que eso fuera lo que pretendía ofrecerme Ben; delante de la sociedad podía ser un secreto, pero no quería mentirme a mí misma o a todos los que amaba y vivir sintiendo una sensación de vacío e inferioridad.

Esa noche me mantuve ida desde que escuché ese comentario, no pude divertirme ni aprovechar la oportunidad para conocer gente de diferentes manadas, me sentí anulada e insuficiente, igual de infructífera que esa fiesta.

En ese momento, me despedí de Zoé en el pasillo de la sexta planta y sé que notó en mi cara los sentimientos que tenía a flor de piel.

—Los gemelos son preciosos, pero te dije que él no los merecía.

—Lo sé —reconocí con tristeza—, supongo que se toma muy en serio que no lo relacionen con una chica menor, aunque yo no le vea la importancia.

—Ni tú ni nadie, Carlota, Benjamín no tiene razones para esconderte de nosotros.

—Me voy a la cama, Zoé —suspiré agobiada, no quería seguir pensando en eso—, te quiero.

Le di la espalda y cerré la puerta. Suspiré inquieta y con los ojos cerrados durante unos segundos, analizando mis propios sentimientos e intentando entender lo que podría estar sintiendo él, mientras reprimía las ganas de echarme a llorar. Si tan solo se descubriese ante mí, sin tan solo me contase…

Me obligué a mantener los ojos cerrados cuando sentí sus manos recorrerme el cuerpo a través de la fina tela del vestido y jadeé despacio gracias a lo bien que se sentía y a la intensidad del calor, que se aglomeraba en cada zona erógena de mi cuerpo ante su tacto.

Sus labios atraparon los míos y saboreé en ellos el sabor del acónito. Lo abracé enseguida, para no darle tiempo a pensar en atarme. Le rodeé el cuello con fuerza y me aferré a él.

Deslizó la mano por el interior del vestido y me acarició los muslos, el trasero y la parte delantera, consiguiendo al instante que empezase a palpitar de deseo.

Desenlacé una mano de su cuello y viajé con ella directa a su entrepierna, acaricié el bulto que apretaba con fuerza dentro de sus pantalones.

—Espera —susurró en mis labios, pero no quería esperar, quería besarlo hasta el fin del mundo y acariciar su cuerpo como si solo fuese para mi deleite personal. Quería perderme en su anatomía y en el placer que me ofrecía, y aparcar con ello cualquier otro sentimiento. Benjamín me sujetó la mandíbula y alejó mis labios de los suyos con decisión, haciendo que sintiese inmediatamente la sed y la necesidad que me producía su añoranza—. Quiero llevarte a un lugar.

—¿Ahora?

—Sí.

—¿Luego volveremos aquí? —pregunté atrapando otra vez sus labios de manera urgida y acariciando con mayor énfasis su entrepierna. Joder, la necesidad que sentía de su lengua en mi garganta era bestial y no podía, ni quería, disimular la urgencia que me inundaba por tenerlo dentro de mí.

—Me estás matando —dijo en mis labios.

—Quiero hacer justo eso, Ben. Me encantaría que te murieses de amor por mí, como yo lo hago por ti.

—Vamos.

Antes de que me diese cuenta, me levantó en el aire y atravesó conmigo un portal. Grité de emoción antes de que me dejara en el suelo, expectante.

—¿El faro? —pregunté incrédula pero alucinada a la vez. Estaba lloviendo a mares, pero aun así, la iluminación de la bombilla circulaba, oscilante, otorgando a ese imponente edificio una vista impresionante. El faro era uno de mis lugares favoritos y lo fue aún más después de lo que pasó allí la última vez. Desde adolescente mi sueño siempre fue poder hacerme una casita en ese lugar, una desde donde pudiera ver esa lluvia caer a través de las ventanas. Se lo conté en muchas ocasiones. Una habitación con vistas directas al mar, en la que dormir y despertar con el sonido de las olas rompiendo en las rocas y en la que pudiera subir las escaleras hasta la parte más alta, ver las estrellas y sentirme más cerca del cielo.

—Quiero mostrarte algo. Yo también he pedido un favor a un amigo por ti —dijo enseñándome unas llaves.

—¿Son lo que creo que son?

—Sí, al fin podrás verlo al completo.

Me cogió con firmeza de la mano mientras corríamos a la puerta principal del faro. Mi emoción se hizo sonora en medio de gritos de alegría y saltos cuando la vi abrirse frente a mí. Siempre soñé con la idea de verlo por dentro.

Todo estaba oscuro y olía a humedad, a cosas viejas y guardadas durante demasiado tiempo, pero cuando Ben encendió el interruptor, me quedé sin aliento. Ese lugar era un diamante en bruto, un lugar perfectamente funcional y habitable que los demás habían abandonado como si no sirviese para nada.

—No es como lo imaginabas —me dijo Ben despacio, y me rodeó en un abrazo por la espalda.

—Es mejor. —Lo cogí de la mano y paseé emocionada con él por toda la estancia, contándole todas las reformas alucinantes que le haría en cada rincón: dónde pondría la cocina, el salón, las estanterías de los libros y los detalles marineros. Haría grandes puertas de cristal que me ofrecerían vistas continuas al mar y me sentaría frente al calor de la chimenea con una taza de té y una novela romántica.

Me deleitaba cada vez que veía su sonrisa ante mis ideas o escuchaba las suyas en medio de sus carcajadas, y supe, perfectamente, que lo añadiría una y mil veces a mis sueños. Él formaría una de las partes más importantes, convirtiendo en doble mi felicidad por tenerlo a mi lado.

—Vamos —dijo, y me cogió de la mano—, quiero enseñarte la parte de arriba.

Lo seguí decidida, encantada con la idea de cumplir otra de mis ilusiones junto a él. No me importaba lo alto que estuviéramos, ni lo fuerte que cayera la lluvia. No me importaba que se despeinase mi cabello, se arruinase mi maquillaje o se empapase mi vestido. Solo me importaba estar viviendo ese sueño a su lado.

Cuando las escaleras se acabaron y se abrió paso, frente a mí, el pasillo que daba lugar al balcón del faro, el corazón me latió con fuerza lleno de orgullo, como un preso que ha aprendido la lección, cambiado de vida, conseguido nuevos ideales, y ahora camina confiado y con nuevas esperanzas hacia su libertad, sabiendo que las cosas serán diferentes, que irán bien, ilusionado con su nueva oportunidad en la vida.

Di un paso más y allí estaba. Vi el mar rompiendo imponente en olas de espuma blanca. Vi su majestuosidad y lo intrigante que me resultaba. Vi la belleza de la luna llena reflejada en sus aguas intranquilas y el golpeteo de las gotas cayendo en su interior. Las mismas gotas que me golpeaban la cara y refrescaban una parte del calor y excitación que sentía en mi interior.

—Es increíble, Ben. Es mejor de lo que imaginaba.

—Sueños increíbles para una chica increíble.

—Algún día devolveré la vida y la gloria a este lugar. ¿Estarás ahí para verlo? —pregunté, o más bien supliqué. Era una pregunta pero a la vez le rogaba para que eso fuera así.

Benjamín se acercó a mí y me rodeó la cintura, lo miré a los ojos mientras la lluvia continuaba empapando nuestros cuerpos y no pude evitar jadear al ver lo ajustada que se veía ahora la camisa negra sobre sus músculos del pecho. Respiré con más rapidez y tragué la salivación excesiva, buscando suavizar el nudo que se había formado en mi garganta, un nudo que me

suplicaba deshacerse entre los suaves labios de Ben. Pero no funcionó, porque todo mi cuerpo, en ese momento, se revelaba contra mi autocontrol. Mis mejillas rojas solo mostraban una parte del calor que consumía mis entrañas y mis piernas apretadas no eran capaces de asumir la fuerza del deseo que se manifestaba en forma de bombeo en mi entrepierna.

Benjamín me cogió de la barbilla y la levantó con los dedos, para, acto seguido, hacer que su nariz acariciara la mía con suavidad mientras rozaba nuestros labios. La sensación era tan extasiante, tan reconfortante y tan tierna que solo pude cerrar los ojos para disfrutarla en plenitud, a la vez que mi interior la atesoraba como un nuevo preciado recuerdo. Lo único que sentía era la expansión del amor hinchando mi pecho hasta que salté de sorpresa gracias a la fuerza de las manos de Benjamín rodeando y apretando mi trasero. Entonces, otra sensación se abrió paso, una distinta, pero igual de intensa y acogedora: la lujuria. Tomé la iniciativa con urgencia y atrapé sus labios. Noté, en la forma en la que cogía aliento, que no se lo esperaba, al menos no tan rápido, nunca me esperé que el poder y la intensidad de mis sentimientos hacia él me convirtieran en un ser tan voraz, pero ¡sorpresa!, mi querido beta me hacía pasar de cero a cien en un segundo.

Sus manos me recorrieron el vestido empapado y ceñido al cuerpo con urgencia, mientras saboreábamos la frialdad del agua mezclada con el calor de nuestras salivas, uniéndose en nuestras bocas cada vez que buscaban un poco de aire. Localicé los botones de su camisa y empecé a quitarlos, con la necesidad insaciable de arrancarlos y tocar su piel. Reconocí en sus movimientos el impulso de detener mis manos y las levanté en el aire mientras las agitaba con suavidad. Di pasos hacía atrás mientras lo miraba con picardía.

—Carlota —me advirtió a la vez que su rugido me confirmó que lo había visto como un desafío y eso le provocaba deseo.

Bajé las manos solo para meterlas dentro del vestido y, con ellas, localizar y bajar las bragas de encaje negro que había elegido esa noche. Al final cumplirían su cometido, que era acabar en las manos de Ben. Se las mostré como si fuesen un señuelo, algo que muestras a un animal salvaje como carnada. Las dejé caer al suelo cuando lo vi morderse los labios y rugir.

—¿Estás jugando conmigo, mi Carlota?

—¿Sabes, Ben? —pregunté mientras me lamía los labios—, a lo mejor esta noche solo quiero apreciar las vistas un poco mejor.

Me giré y le di la espalda y, segundos después, lo tenía detrás de mí apretando su bulto contra mi trasero mientras me acariciaba el muslo con una de sus manos y me aprisionaba la cintura con la otra. Me echaba el aliento en el cuello y en el oído y eso estaba consiguiendo llevarme al límite de la cordura. Sonreí en medio de los gemidos de satisfacción y éxtasis que salían de mi interior solo por sentirlo tan cerca, y respiré con profundidad para mantener mi autocontrol y el valor que requería para continuar con lo que había iniciado. «Menuda desfachatez lo que harías a

continuación, Carlota, te mereces ser castigada por jugar de esa manera con el chico al que amas».

Me agaché lo suficiente como para exponer una parte de mi trasero cuando se levantara el vestido, arqueé la espalda y apoyé las manos en la barandilla del balcón antes de mover la cintura y el trasero de manera provocadora.

—¿Estás segura? —le escuché preguntar con la voz entrecortada. A continuación, oí el sonido de su cinturón mientras era desabrochado y la cremallera al ser bajada, cosa que me confirmó que mi mensaje había sido recibido alto y claro—. Quizá pueda encontrar la manera de hacer que estas vistas sean mucho más alucinantes para ti.

Gemí y me sujeté con fuerza a la barra cuando se hundió en mi interior con ahínco, llenando mi vacío repentinamente. Me retorcí y puse los ojos en blanco mientras el éxtasis me permitía adaptarme a la sensación que amenazaba con volverme loca.

«Diosa, estoy jugando con fuego y me encanta».

—¿Empiezan a mejorar? —Maldición, ese hombre pretendía enloquecerme por completo, sumergirme de lleno en un mar de lujuria.

—Lo hacen —alcancé a decir entre jadeos.

—¿Y si hago esto? —dijo iniciando movimientos lentos en mi interior.

—¡Oh! Eso las hace mejorar mucho más.

—¿Y así? —Sus movimientos eran cada vez más rápidos y fuertes, y yo me sujetaba con todas mis fuerzas a la barra mientras me olvidaba de todo lo que se encontraba a mi alrededor y me concentraba solo en mi propio placer.

—¡Sí! —grité mientras el cosquilleo del orgasmo empezaba a invadirme—, no pares, por favor.

Benjamín me rodeó el cuello con una de sus manos y tiró de él arqueando mi espalda gradualmente, hasta que sentí, tras ella, el apoyo de su pecho. Aumentó la intensidad de sus movimientos mientras colaba su otra mano en mi entrepierna para iniciar un juego que solo podía llevar a mi completa liberación.

—Abre los ojos —me susurró en el oído cuando la fuerza de mis gritos le reveló lo cercano que estaba el momento de mi orgasmo—. Disfruta de las vistas mientras te corres para mí.

Y lo hice. Joder. Podría haberme corrido solo escuchando su voz.

Recuperé gradualmente el aliento mientras él sostenía con fuerza mi cuerpo palpitante antes de depositarlo con suavidad en el suelo y atacar mis labios despacio.

Se alineó a la perfección con mi entrada mientras paseaba las manos por mis pechos mojados y volvía a penetrarme.

Me retorcí y arqueé la espalda bajo la prisión que suponía su cuerpo y acaricié su trasero con las manos en busca de más.

Hacer el amor con Ben, con la lluvia cayendo en mi cara, en el balcón de ese faro, mientras la luz oscilaba alrededor de nosotros, fue algo que no podría olvidar jamás. Ojalá no hubiese acabado nunca, ojalá hubiésemos podido hacer perdurar ese momento toda la vida.

CAPÍTULO 30



CARLOTA

Cuando odiamos a alguien, odiamos en su imagen algo que está dentro de nosotros mismos.

En la actualidad.

—¡Vaya! —dice la terapeuta, y en su voz noto sorpresa—, vuestro amor surgió de manera muy intensa.

—Sí. —Me sonrojo—. Estaba muy enamorada.

—Yo también —añade Ben deprisa y, ahora sí, me doy el beneplácito de levantar la mirada y permitir que se encuentre con la suya—, pero la cagué, solía cagarla siempre en ese entonces.

—Mañana hablaremos de eso. Es muy tarde, son las seis de la mañana.

—¿Las seis de la mañana? —pregunto incrédula—, ¿hemos estado aquí toda la noche?

—No importa el paso del tiempo cuando se está desahogando el corazón. Ahora id a dormir los cuatro. Os esperaré aquí mañana a las cinco de la tarde.

—Vale, Helen, muchas gracias. —Ben es el primero en levantarse y estrecharle la mano.

—Aquí estaremos. —Le dedico una sonrisa y levanto la mano en señal de despedida.

Una vez fuera de la cabaña, Mateo y Zoé caminan delante mientras Ben intenta mantener su paso al unísono con el mío.

—Me alegro tanto de que hayáis empezado a hablar del pasado —empieza a decir Zoé—. Gracias por compartirlo con nosotros.

Escucho sus palabras, entiendo lo que dice, pero mi cabeza está ahora llena de más dudas que antes.

—Así que Ela abusó de ti —suelto con los ojos cerrados interiorizando la agonía que me produce pronunciar esas palabras—, por órdenes de Alonzo. —Mi corazón se rompe de dolor solo de decir ese nombre, todos los aquí presentes somos víctimas de una manera u otra de ese maldito psicópata—. ¿Por qué no me lo contaste, Benjamín? —Mis ojos se humedecen al instante al formular esa pregunta, no puedo evitar la rabia y el resentimiento que siento en mi

interior al saber que amé y sufrí tanto por este chico que me guardaba tantos secretos—. ¿Por qué? ¿Acaso no te había demostrado mi incondicionalidad durante toda la vida?

—Carlota —dice colocándose frente a mí y noto como sus ojos, al igual que los míos, empiezan a empaparse con lágrimas a punto de ser derramadas—, no podía, ya lo has oído, sentía demasiada vergüenza.

—¿Sabes, Benjamín? Me he torturado todo este tiempo creyendo que, en realidad, yo no te importaba, que solo me utilizaste mientras continuabas amándola a ella. Hubiese agradecido mucho saber antes que eso no había sido así.

Inicio mi avance al ascensor dejando salir las lágrimas y el nudo que empieza a arder en mi garganta. Una vez se abren las puertas, me meto en el fondo y cruzo los brazos mirando al suelo antes de ser seguida de cerca por todos los demás.

Me permito a mí misma levantar la cabeza y mirar con detenimiento a Ben por primera vez en tres años. Está un poco más delgado, menos musculoso, pero igual de guapo. Ahora, un aura serena se cierne sobre él, no aquella alocada y furiosa que te golpeaba en cuanto lo veías, aquella que gritaba rebeldía sin necesidad de conocerlo. Me escabullo entre los presentes y me coloco delante, evitando mirar en su dirección, e impidiendo que alguno de ellos me vea llorar. Deben haberlo hecho ya, pero todos respetan mi situación, como la han respetado a lo largo de estos años. Soy consciente de que me miran en silencio, me despido con un «hasta mañana» antes de salir corriendo en la tercera planta en cuanto se abren las puertas.

No sé cómo me siento realmente con respecto a todo lo que ha pasado hoy, no sé si estoy enfadada con Zoé, con Mateo, con mi familia y mi loba, o no. Solo sé que esa conversación me ha hecho sentir que he liberado parte del peso que he cargado encima durante estos años y me he quedado con ganas de volver mañana y contar más. Mucho más.

El recordar cuánto lo amaba no se siente tan doloroso como yo creía, adiestré a mi mente a lo largo de este tiempo a odiarlo, a culparlo por todo, y así pude sobrevivir lejos sin extrañarlo. Tuve que irme de aquí, tuve que alejarme de lo obsesionada que estaba con Benjamín y volver a centrarme en mí.

Me pongo un pijama y me meto en la cama. No me puedo creer que me haya quedado hablando y escuchándolo hablar hasta las seis de la mañana después de haberme negado a, siquiera, verlo durante tres años.

Esa Ela. Ahora entiendo muchas cosas… Quizá eso hace que me duelan un poco menos.

Me quedo dormida antes de poder pensar en nada más. Con ganas de ver qué me depara el día siguiente.



Mi teléfono vibra en la mesita de noche y me desperezo antes de contestar. Al otro lado del aparato escucho la voz animada de Zoé.

—Venga, dormilona, que ya es la hora de comer. Has vuelto a casa y no puedes quedarte en la cama eternamente.

—¿Hora de comer? —Despego el teléfono de mi oreja para ver que, efectivamente, son las dos de la tarde—. Me daré una ducha —digo con desgana.

—Quedamos en el comedor de la tercera planta, tenemos algo importante que decirte.

—¿Más todavía? No, por favor.

—Venga…

Me intriga que haya aún más cosas que contar. No he podido procesar ni el hecho de que estoy de vuelta.

Después de una ducha rápida y un maquillaje ligero, estoy lista para ir al comedor y escuchar eso tan importante. Cuando llego allí, Zoé me rodea con un abrazo mientras Ben y Mateo me sonríen desde la mesa. Intento devolver el gesto lo mejor que puedo sin parecer sarcástica o hipócrita.

—¿Y bien? —digo cogiendo, automáticamente, un plato de ensalada de frutas exóticas que han dejado en uno de los lugares de la mesa. Ni me lo pienso, asumo al instante que es para mí. Por el rabillo del ojo, veo que se dibuja una pequeña y estúpida sonrisa en los labios de Benjamín y recuerdo que él siempre las mandaba a preparar para mí porque sabe que es mi plato favorito —. Si sigues riendo de esa manera no volveré a comer nada en esta casa —le digo y pongo los ojos en blanco. Él se tensa al instante, Zoé y Mateo se miran incómodos antes de dedicarle una mirada condescendiente—. ¿Vais a decirme de una vez que es eso tan importante?

—Siento mucho haberte hecho esta encerrona, Carlota —se disculpa Zoé—, el consejo de ancianos tomó cartas en el asunto y ejerció presión sobre nosotros.

—Presentaron una moción al consejo superior de manadas con la excusa de que dejaría morir a mi beta con tal de no exigir tu regreso —se queja Mateo—, han pasado tres años y Benjamín se negaba a llamarte para tratar de una vez el tema.

—Pero no se negaba a vigilarme desde la distancia —digo dedicando a Ben una mirada cargada de rabia.

—Al principio lo hacía continuamente —dice él despacio—, hasta que entendí que necesitabas tu espacio, tu libertad. Sé que por eso te fuiste y entonces paré, pero no fue fácil, no podía reprimir mis ansias de verte y me di un día de gracia, empecé a hacerlo solo los sábados por la noche, para asegurarme de que llegabas segura a casa. Pediré disculpas si es lo que necesitas. Lo siento, pero no podía sobrevivir sin verte al menos un día.

—No te necesito para sentirme segura, no lo hice antes y no lo hago ahora.

—Lo sé —admite, y juro que puedo ver el dolor en su rostro cuando cierra los ojos y los mantiene apretados mientras dice lo siguiente—. Sé que no te protegí en el pasado y eso me mata, Carlota.

—¡No! —Niego con la cabeza y dejo el tenedor en el plato, ¡mierda! No he podido probar bocado—. No quiero hablar sobre eso ahora.

—Chicos —interrumpe Zoé buscando algo de tranquilidad—, aquí no, luego a las cinco, ¿vale? Con la terapeuta. No os imagináis lo mucho que nos costó que el consejo nos dejase intentar las cosas a nuestra manera, querían encerraros en un calabozo hasta conseguir un rechazo o una reconciliación.

—Nadie tiene derecho a exigirme nada después de lo que viví, nadie lo tiene, ni siquiera ese maldito consejo.

—Carlota, conoces nuestras leyes —añade Mateo de manera serena, pero contundente—, estamos haciendo esto porque os queremos, a los dos.

—Debiste habérmelo dicho —acuso a Zoé mientras siento la rabia arder en mi interior.

—¿Para que te fueras lejos de Italia y te volvieras ilocalizable?

—Pues sí, para lo que sea, pero no teníais derecho a quitarme la posibilidad de elegir, nadie lo tiene.

—Eres más que consciente de que el consejo superior de manadas no atiende a razones. —Mateo suena un poco alterado—. ¿Te das cuenta de que mi hermano se muere?

—¿Y tú te das cuenta de que tu hermano me mató en vida hace tres años? —Me pongo de pie alterada—. ¿No recordáis, acaso, que casi hizo lo mismo con vosotros?

—Somos totalmente conscientes —me enfrenta Mateo y se pone en pie—, y también reconocemos y validamos sus razones. Y lo perdonamos por ello, Carlota, porque hemos visto lo mucho que se ha esforzado y lo mucho que ha cambiado. Joder, si prefería morir antes que causarte este disgusto.

Las lágrimas se aglomeran en mis ojos escuchando esas palabras.

«No, no te importa, Carlota, no quieres saber nada. Él no es la víctima, es el verdugo, y tú tampoco eres la víctima de nadie porque has aprendido a no serlo a base de dolor. Has pasado esa etapa, has logrado superar ese trauma. ¿Por qué insisten todos en recordártelo?».

—Esto tiene fácil solución —digo finalmente dejando salir las lágrimas, que lo nublan todo

—, nos estamos complicando las cosas sin necesidad alguna. —Benjamín y Zoé se ponen de pie, expectantes ante mis palabras—. Yo, Carlota —inicio con los ojos cerrados.

—Dímelo mirándome a los ojos —lo escucho decir con voz firme para, segundos después, por primera vez en tres años, sentir su contacto. ¡Diosa! Definitivamente las chispas que produce son alucinantes. Jadeo al momento y abro los ojos para confirmar que es él quien sostiene mi mano, pero no me permito disfrutar de esa sensación. Me giro para enfrentarlo y el nudo instalado en mi garganta amenaza con no dejarme hablar.

—Aceptaré lo que tú desees, pero al menos deja que primero vayamos a las sesiones de terapia, quiero que lo sepas todo antes de tomar la decisión.

—Yo, Car… ¡Aaaaah! ¡Joder, Molly! —Mi loba se retuerce de manera dolorosa en mis adentros intentando hacerse con el mando.

—Me iré de aquí con mi compañero, no te permitiré hacer esto —lloriquea en mi subconsciente.

—¡Aaaah! —grito de frustración mientras caigo en el suelo de rodillas y me permito llorar, dejo salir las lágrimas que tanto me he esforzado en contener—, todos os habéis aliado para torturarme, no es justo.

—No, Carlota, eso no es cierto. —Benjamín se agacha a mi lado y me rodea con los brazos, colocando mi cabeza en su pecho. No tengo tiempo de resistirme cuando me asombran las chispas que recorren todo mi cuerpo e instalan en mí una sensación de alivio, haciendo desaparecer el nudo de mi garganta y toda mi angustia al momento, de manera mágica. Me deja completamente desconcertada.

—¿Cómo…? —Lo miro a los ojos mientras parpadeo sorprendida—. Llevo tres años sufriendo continuos ataques de ansiedad sin poder hacer nada para controlarlos. ¿Cómo has hecho eso?

—Es gracias a vuestro vínculo de compañeros —se apresura a explicar Mateo.

—Carlota, solo daros este mes, la oportunidad de hablar, de explorar el vínculo, si después de nuestra ceremonia quieres rechazarlo y volver a marcharte, estaremos todos de acuerdo, no te juzgaremos.

—¿Al menos es cierto que vais a casaros en un mes?

—Es cierto, todos los preparativos están concretados ya —me sonríe Zoé—, este mes quiero dedicarme solo a ti, solo a vosotros.

Un mes. Me doy cuenta de que sigo envuelta en los brazos de Benjamín y las lágrimas vuelven a aglomerarse en mis ojos. Oh, diosa, ayúdame en esta lucha interna. Quiero disfrutar de la sensación de estar entre los brazos de mi compañero, pero es Benjamín y no quiero perdonarle ni sentirme débil o vulnerable nunca más. Soy una mujer fuerte, ya no tengo diecisiete años y ya no lo necesito.

Me escabullo de sus brazos y extraño al instante la sensación. Mierda, será difícil renunciar a eso.

—Vale, genial —sonríe Zoé al ver como me pongo en pie—, ahora dejaremos de lado el drama. ¿Por qué no te enseño todos los detalles de mi boda hasta que llegue la hora de visitar a la terapeuta? Necesito tus consejos de madrina, me tocó elegirlos contigo muy lejos de aquí.

—Vale, Zoé, eso me gustaría mucho.

Abandono el comedor de la tercera planta siguiendo a Zoé al ascensor mientras, por el rabillo del ojo, veo cómo Benjamín abraza tembloroso a su hermano. De hecho, creo que puedo escucharle llorar, siento un gran nudo instalarse en mi pecho mientras me alejo. Toda esta situación es tan confusa que no soy capaz, ni siquiera, de pensar con claridad. Me engañó, me mintió y me utilizó a su antojo. Por su culpa me ataron desnuda y drogada a una barra metálica sobre una mesa fría, por su culpa no recuerdo nada de lo que pasó…

«Es su culpa Carlota, no puedes olvidarlo, todo es su jodida culpa».

¿O quizá fue culpa de Alonzo? Por adiestrarlo a follar como él enviando a esa profesora a que lo corrompiera y lo utilizara cuando aún era un niño, a que lo hiciese dudar de sí mismo y de todo lo demás.

¿Puede ser Benjamín también una víctima de las circunstancias en esta historia?

CAPÍTULO 31



BENJAMÍN

La esperanza es la virtud más indispensable e inherente a la condición de estar vivo.

En la actualidad.

Tenerla entre mis brazos después de tres años. ¡Oh, Diosa! Ahora ya puedo morir tranquilo, ahora puedo descansar en paz. Si me rechaza, me quedaré con esa sensación, la de su tacto y el calor de su cuerpo junto al mío.

Llego el primero a la cabaña, son las cinco menos cuarto, pero el humo ya sale de la chimenea y sé que la terapeuta nos espera. Al entrar, la saludo con un abrazo. Helen es genial, su aura tranquila baja mis revoluciones y me ayuda a contener el dolor. Es algo mágico.

—¿Cómo te encuentras después de haber compartido tanto ayer?

—Más liberado y, en cierto modo, más triste.

—¿Por qué?

—Duele recordar cómo la tuve sabiendo que la perdí.

—Entiendo —dice pensativa—, ¿y no has pensado en lo emocionante que puede ser la idea de no tenerla?

—¿Qué? —digo confuso.

—No necesitas poseer a tu compañera, Benjamín. Creí que lo habías entendido, ya que has sabido darle muy bien su espacio a lo largo de estos años. No necesitas tener sexo con ella o una relación de pareja, no debes enfocarte en recuperar esos aspectos, si la Diosa y Carlota así lo quieren, llegarán. ¿Quizá, el quid de la cuestión, esté en recuperar a tu amiga? Esa que dejaste de lado cuando apareció Ela, y recuperar esas cosas que hacíais juntos y que hacían de vuestra amistad algo especial. ¿A lo mejor el sentimiento de rechazo que ella siente por ti puede venir, incluso, de esa época?

—No me había detenido a pensar en eso, Helen, pero tiene mucho sentido.

—No te centres en recuperar vuestro vínculo carnal, ese es el más superficial y fácil de

reemplazar de todos, céntrate en recuperar a tu amiga, a tu Carlota. Así, si ella decide rechazarte al final, al menos podrás quedarte con una parte de ella para siempre.

—Gracias, Helen. —La abrazo—. Solo quiero que ella sea feliz, compensar todo el dolor que le he causado.

—Gracias a ti por permitirme guiarte.

La puerta se abre y entran Zoé, Mateo y Carlota. Parece más tranquila, pero la conozco lo suficiente como para saber que algo la atormenta y se siente cohibida. Tomamos asiento en nuestros lugares de ayer e iniciamos la sesión.

—Me alegro de veros a todos —saluda Helen—. Carlota, ¿cómo te sientes hoy?

—Yo… —Carlota juega con sus manos como siempre hace cuando está nerviosa—. No me siento bien, pero me gustaría sacarlo todo, quiero hablar de muchas cosas que hacen que duela mi corazón, que no me dejan dormir y me provocan pesadillas, que me hacen sentir poco valorada, triste y confusa.

—Perfecto, estamos escuchando, cariño, continúa.

PARTE DOS:

Dolor y decepción

CAPÍTULO 1



CARLOTA

Relámpagos de éxtasis en medio de un desorden sentimental, caóticamente hermoso, deseado y esperado.

Hace casi cuatro años.

Como cada noche, escuché como se abría la puerta de la habitación. Ni siquiera pronuncié su nombre, sabía que era él, reconocía su olor cada vez más rápido. Se había vuelto mucho más intenso para mí, podía olerlo a metros de distancia, o quizá solo era el hecho de que cada vez quedaba menos para mi cumpleaños y sentía los efectos de la llegada de mi loba y, por consiguiente, mis sentidos se agudizaban.

Me puse de pie y me quité el pijama y la ropa interior, me quedé quieta y desnuda, como a él gustaba, y como me había enseñado. El deseo despertaba en mi interior, pero se veía acompañado también por una sensación agridulce, cargada de apatía, incomodidad y desolación. Ya no se quedaba nunca a dormir, siempre con la excusa de que tenía una cantidad excesiva de trabajo. Venía a lo que venía y se iba. Ya no me sentía bien, ni mínimamente orgullosa de cómo se estaba desarrollando nuestra relación, si es que podía llamarla de esa manera, aunque era consciente de que estaba tan enamorada, tan enganchada, tan dependiente de él y de sus besos que no era capaz de acabarla sin más.

Ni siquiera encendía la luz antes de atarme las manos, lo hacía sin mediar palabras, esas que yo le ofrecía sumisamente. Ese día, además de la seda para las manos, se había traído también la de los ojos. Sus labios atraparon con rapidez los míos después de que me dejara correctamente atada, demasiado fuerte, aunque sabía que no iba a liberarme por mi propia cuenta.

—A la pared —le escuché ordenar y obedecí, ya conocía a la perfección el camino en la oscuridad. Apoyé la espalda contra la pared y abrí las piernas—. Manos arriba. —Levanté los brazos alrededor del cuerpo y los mantuve en alto sin ningún punto de apoyo.

Jadeé cuando atrapó mis labios con besos frenéticos, salvajes y violentos, además de recorrer

todo mi cuerpo con las manos. Empezó a descender despacio lamiendo primero el cuello, los pechos, el abdomen, todo antes de enterrar la lengua dentro de mi entrepierna y trabajar mi clítoris con ella. No pude resistir la tentación de bajar las manos y acariciar su pelo mientras mi cuerpo se arqueaba y convulsionaba como reacción a sus movimientos.

Despacio, las empujó hacia arriba, alejándolas de su cabello y recordándome su lugar.

«¿Por qué no le gusta que lo toque?», volví a preguntarme frustrada, e hice desaparecer la sensación de mi creciente orgasmo. Habían pasado dos meses y no había logrado hacerlo hablar de ello ni una sola vez.

Continuó con su trabajo hasta lograr que me corriera, volví a tirar de su cabello debido a la intensidad de mi orgasmo y él se incorporó y me elevó las manos con rapidez y contundencia.

—Hoy te cuesta seguir las órdenes, tendré que castigarte por ello.

Me emocioné y me atemoricé, ambas cosas a la vez, al escuchar esas palabras. Teníamos una palabra de seguridad: «menta», y ya había tenido que utilizarla dos veces cuando se comportaba, simplemente, demasiado rudo.

Me levantó de un salto y apoyó mi espalda y mi trasero en la pared. Una vez más no fui capaz de resistirme a la tentación de dejar caer los brazos sobre su cuello y sentir su cálido tacto, lo pude disfrutar durante unos segundos ya que estaba demasiado ocupado logrando la penetración. Colocó cada una de mis rodillas entre sus brazos y dejó mis piernas abiertas por completo y así, conmigo colgada de su cuello y sus brazos, inició sus embestidas con movimientos lentos.

Mi cuerpo se erizó al momento con aquellas sensaciones en mi interior, mientras sentía el sabor dulce de sus labios. Sus movimientos no tardaron demasiado en hacerse más rápidos, urgidos y violentos, y yo grité envuelta en un éxtasis de placer.

Me levantó en el aire.

—Piernas juntas —me ordenó y obedecí.

Y en ese momento, me encontraba semisentada y cargada en sus brazos mientras me penetraba de nuevo.

CAPÍTULO 2



BENJAMÍN

Dije «estoy bien», cuando estaba partido en mil pedazos.

Diosa de la luna. Estaba jodidamente excitado ante su visión. Sus rizos marrones alrededor de mis mejillas mientras cargaba con el peso de su cuerpo menudo y escuchaba sus gemidos desde tan cerca. La humedad de su boca entreabierta buscando aire fusionándose con la mía. Tuve que parar unos segundos o terminaría en su interior en ese mismo momento. Carlota. Solo ella me volvía loco de esa manera.

—Te quiero, Ben —la escuché decir entre mis labios y eso se llevó todo mi autocontrol, haciéndome sentir más jodidamente excitado y cabreado a la vez. Claro que sabía que me quería y, claro que la quería, la amaba con locura en realidad, pero no quería que ella me quisiera a mí, no quería hacerle daño y sabía perfectamente que estaba tan roto que no podría evitarlo.

—Carlota —susurré.

En ese momento sentí la rabia arder a través de mí. ¿Por qué no podía ofrecerle una relación normal a pesar de lo mucho que la quería? ¿Por qué seguía empeñado en hundirme en mi propia mierda? ¿Por qué seguía tratándola como si fuera Ela a pesar de que me encantaba su tacto y el toque de sus manos?

Porque era un maldito imbécil. Lo sabía.

Me dirigí con su cuerpo hasta la orilla de la cama y lo deposité allí, boca abajo.

—A cuatro patas —le ordené, y sonreí un poco al ver cómo le costaba adoptar la posición con las manos atadas. Mi pobre cervatillo.

Acaricié sus pechos antes de introducirme dentro de ella con énfasis. ¡Oh, Diosa! Cuánto deseaba a esa chica. Me hubiera gustado olvidarme del resto del jodido planeta y centrarme en ella nada más. Olvidarme de Zoé, de Ela, de Alonzo, dejar que quemaran la maldita manada y largarme con Carlota donde no pudiera verlo, donde no pudiera dolerme. Me hubiera gustado,

pero no podía. ¡Joder!

Descargué en mis embestidas esa oleada de rabia y dolor que me acababa de recorrer y escuché sus gritos mientras intentaba tocar mis piernas con las manos temblorosas.

—Ben, más despacio —la escuché quejarse.

—Lo siento —dije con sinceridad.

Algo había cambiado en los dos. Antes jamás hubiese dicho «lo siento» a ninguna otra chica, pero Carlota era diferente. Realmente lo sentía así, sentía amarla como lo hacía y no poder demostrarle mi amor ni ofrecerle algo mejor, algo que ella se mereciera. Y ella, a pesar de que intentaba por todos los medios demostrarme su seguridad, notaba como en su interior empezaba a hartarse de mi distancia y mi poca responsabilidad afectiva.

Quizá por fin consiguiera lo que quería en el principio, antes de probar todo lo que me había mantenido intrigado durante años, quizá ella era más fuerte y se alejaba de mí.

—Ben, voy a… Aaaah, aaaah…

Ahí estaba. Sus gemidos de placer, cada vez que tenía un orgasmo, eran jodidamente perfectos. Y me encantaba la idea de ser yo quien los provocase.

Aumenté mis embestidas hasta liberar mi éxtasis y mi deseo en su interior.

Cogí del suelo mi camiseta y limpié nuestros fluidos saliendo de ella, después me tumbé a su lado y procedí a desatarla. Se acercó y colocó su cabeza sobre mi pecho, aún boca abajo, y me sonrió. Menuda sonrisa más radiante, si fuera un drogadicto, ella sería mi marca de heroína, mi momento de éxtasis, mi punto de inflexión. Mi Carlota.

—Recuerda lo del pícnic, mañana a las cuatro en nuestro lugar en el bosque.

—Carlota.

—Prometiste no decir que no, Benjamín. —Se levantó de un salto y me incorporé para mirarla, parecía triste y decepcionada, cada vez un poco más durante estos meses—. No puedes decir que no, por favor —me suplicó con ojos llorosos—, nunca podemos tener una cita, solo planes donde nadie pueda vernos, no puedes quitarme también eso, no es justo que solo nos veamos dentro de esta habitación —argumentó molesta.

—Cálmate. —La rodeé entre mis brazos—. Tranquila. Iré.

Se enganchó con fuerza a mi abrazo y me sentí el mayor de los malditos. Estaba haciendo justo lo que no quería: le estaba haciendo daño.

—Me voy ahora, ¿vale? —dije dándole un beso en los labios palpitantes—. Te veo mañana a las cuatro.

Salí de su habitación después de vestirme con la cabeza hecha un lío. Fui tan sigiloso como siempre, pero me sorprendió en el pasillo la presencia de Zoé.

—¿Vas por los pasillos de tu propia casa como un ladrón, Benjamín? —me susurró.

—No te metas en lo que no te importa —la desafié.

—Carlota me importa, si sigues jugando a este juego con ella le harás daño. Si no te quieres ni tú, Benjamín, ¿por qué no la dejas en paz?

«¿Qué? ¿Por qué te metes en mis jodidos asuntos? ¡Maldita sea! Cuánto te odio, jodida princesita», pensé.

—¿Qué puedes saber tú de si la quiero o no?

—Sé lo que es el amor y no se parece a lo que tu haces con ella.

—¿Sabes lo que es el amor? ¿O solo sabes lo que es el engaño?

—¿Qué? —Frunció el ceño fingiendo desconcierto. Maldita mentirosa.

—A mi no me engañas, Zoé, nunca has conseguido engañarme.

Inicié mi avance para alejarme, conteniendo la rabia para no gritarle allí mismo que sabía que era una jodida espía manipulada por Alonzo. Esa jodida princesita se creía con el poder de controlarlo todo, de quitármelo todo, solo le molestaba el hecho de que Carlota fuera la única que me prefería a mí. Sentí su agarre sobre mi brazo y me giré en el acto, tan sorprendido como indignado.

—¿Qué demonios?

—¿Por qué me odias tanto? Y quiero la verdad, Benjamín.

—Te odio porque sé quien eres en realidad —escupí con resentimiento.

—¿Y quién soy en realidad, aparte de tu hermana y tu cuñada?

A pesar de que sabía que debía hacer silencio no logré callar el rugido de frustración que salió de mis entrañas. Quizá había llegado el momento de quitarnos las malditas máscaras de una jodida vez.

—Eres la escoria más grande que ha pisado nuestras tierras, engañar a un chico de esa manera, haciéndolo creer que lo amas para después destruirlo y dejarlo en la mierda.

—¿De qué estás hablando? —Me gritó frustrada, y solo cuando me vi interrumpido por su voz logré salir de mi delirio y ver en su rostro que ella no era Ela—. ¿Crees que no amo a tu hermano? ¿Crees que dañaría de alguna manera a mi compañero? ¿Por qué, Benjamín? ¿Solo porque no he dejado que me marque? —La desesperación y tristeza en sus palabras parecía real, tanto que casi consiguió hacer que me avergonzara de mí mismo por ponerla en esa situación, casi creí que ella era inocente—. Estoy lista para ello, lo amo, Benjamín, y sé que tú también lo haces, todos sufren al ver cómo te comportas, no dejes que tu odio hacia mí te aleje de todos los que amas.

—¿Por qué me estás diciendo esto?

—Porque quiero a todas las personas que te quieren en esta casa y estoy cansada de verlos llorar y preocuparse por ti. Incluso yo, tengo curiosidad por conocer al Benjamín que todos extrañan, al que veo en las fotos, del que todos, incluida Carlota, me hablan con tanta añoranza.

Sé que no empezamos con buen pie pero estoy dispuesta a empezar de cero, Ben, como hermanos.

—Tu y yo, maldita princesita, no somos ni seremos nunca hermanos. Lo que haces con todos los demás, ni siquiera lo intentes porque no vas a lograr hacerlo conmigo.

Su semblante cambió frente a mis ojos y vi como la rabia se adueñaba de su mirada. Así, Zoé, mostrémonos las jodidas caras.

—Si le haces daño a Carlota, te arrancaré la garganta —dijo gruñendo a la defensiva.

Zoé se alejó de vuelta a su habitación dejándome en el pasillo desconcertado y molesto. «¿Cómo voy a deshacerme de ella, Diosa?». Habían pasado meses y cada vez lo veía más difícil.

CAPÍTULO 3



CARLOTA

Un deseo no cambia nada; una decisión, lo cambia todo.

Después de mi turno en la guardería subí corriendo a mi habitación. Estaba muy ilusionada con la cita de la tarde, hacía dos meses de la primera vez que tuvimos sexo y tener, por fin, esa larga charla, me parecía la mejor manera de celebrarlo.

Me propuse sacar las palabras de su boca, así procedieran de lo más profundo de su ser. No pensaba seguir con esa incertidumbre de no saber.

Comí algo rápido antes de coger la cesta de pícnic que había dejado preparada la noche anterior en la nevera.

—¿A dónde vas, Carlotita? —Me sobresalté al escuchar la voz de Zoé, desde hacía ya tiempo, no le contaba mucho sobre mis planes con Ben, más que nada por la vergüenza que me producía reconocer que, en más de una ocasión, me había dejado plantada—. No hace falta que me lo digas, lo veo en tus ojos.

—Creo que hoy es el día en el que lograré tener esa conversación con él —solté ilusionada.

—¿Recuerdas lo que te dije hace tiempo? —suspiró—. Lo de poner límites y cumplirlos.

—Sí —le dije con tristeza.

—No me refería a que le pusieses limites solo a él, también a ti misma, no debes permitirte dar y dar sin recibir nada a cambio, Carlota, no me gusta lo que veo y estoy preocupada por ti.

—Lo sé —reconocí—, hoy le pondré un freno a todo esto, Zoé, estoy decidida, o lo arreglamos de manera que vuelva a hacernos felices a los dos, o lo perderemos para siempre.

Zoé me arropó en sus brazos y me transmitió seguridad.

—Sabes que estoy aquí para lo que necesites.

—Gracias, amiga.

Dicho esto, cogí mi cesta de pícnic, mi manta y mis ilusiones, las empaqué en mi bicicleta en la puerta de entrada y me dirigí decidida bosque adentro.

CAPÍTULO 4



BENJAMÍN

Muchos problemas surgen gracias a una única razón: el descontento con nosotros mismos.

Acababa de salir del salón de juntas después de que el consejo de ancianos convocase una reunión urgente, como siempre, me tocó ocuparme a mí porque mi hermano estaba metido de lleno bajo las faldas de la princesita.

—Hoy los ancianos tenían más órdenes del día que nunca, que manía por tenerlo todo controlado —se quejó Lucía.

—Están tan preocupados como yo debido a la luna incompetente que tenemos.

—Benjamín —me advirtió—, no hables así de tu luna, nadie puede negar lo mucho que Zoé se ha esforzado.

—Tonterías —dije molesto.

—Vaya —dijo Lucía, y noté la sorpresa en su voz—, es ya la hora de la cena, menos mal que no tenía planes para hoy.

¡Mierda! ¡Planes! ¡Hora de la cena! ¡Carlota!

No, No, No, No, No. Era un estúpido. Me había olvidado de ella por completo. Maldita sea, todo era culpa de Mateo, de la princesita y de la cantidad de trabajo con la que me tocaba cargar desde que tenía una compañera.

—Tengo que irme —me despedí apresurado de Lucía.

En cuanto el ascensor paró en mi planta, salí corriendo y entré en el comedor, mi madre estaba colocando la mesa, pero aún no había llegado nadie para cenar.

—Cariño —dijo emocionada al verme.

—Te veo enseguida, mamá —le grité mientras corría en dirección al cuarto de Carlota. No estaba. Mierda. ¿Seguiría esperando en el bosque?

—No está —escuché decir a mi madre detrás de mí—, dejó la cesta de pícnic en el frigorífico, llorando, y se fue un rato a casa de sus padres.

—Mamá —dije avergonzado.

—¿Qué está pasando entre vosotros, Benjamín?

—Nada, mamá, solo ha sido un malentendido, lo arreglaré, lo prometo.

—No soy estúpida, Ben, puedo notar cuando una chica está enamorada y Carlota lo está de ti desde que era una cría, y tú también de ella. Tu madre te pide que recapacites, hijo mío, y no te des cuenta de tus errores demasiado tarde.

Las palabras de mi madre sobrecogieron mi corazón, tenía que reconocer que, de todas las cosas, ella era mi mayor debilidad. Mi madre siempre me había defendido, siempre había dado la cara por mí sin importar nada más. Amaba a mi madre y lo que menos deseaba en esta vida era verla disgustada.

—Te amo, mamá —le dije mientras la rodeaba en mis brazos y dejaba un beso en su frente—, eres lo mejor que tengo.

—Y tú eres mi pequeño —dijo apretando aún más fuerte.

CAPÍTULO 5



CARLOTA

¿Acaso es uno mismo el culpable de sus decepciones, creando expectativas tan altas en personas tan básicas?

Esperé a que fuese lo suficientemente tarde como para que todos estuviesen en la cama antes de regresar. No quería miradas, no quería preguntas y no quería cruzarme con nadie, menos con Benjamín. Me había dejado tirada, otra vez.

Otra vez.

Solo pude encontrar consuelo en la comodidad de mi casa, de mi familia y de mi entorno seguro, llorar allí hacía que doliera menos. Solo regresé porque al día siguiente, temprano, tenía que ayudar a preparar la fiesta de graduación y cumpleaños que Mateo había organizado para nosotras.

Después de una ducha rápida y de ponerme el pijama, me metí en la cama, y ni siquiera había logrado cubrirme del todo con la manta cuando lo escuché entrar.

Me puse de pie, dispuesta a enfrentarlo, y respiré profundo. Intenté deshacer el nudo que empezaba a formarse en mi garganta, pero sus labios voraces no me permitieron hablar, se ensañaron con furia y pasión sobre los míos, callándolos y dejándome sin aliento, sumida en un trance. Sentí como sus manos, urgidas, empezaban a desnudarme y, estaba tan sumida en la sorpresa, que lo permití. Solo cuando lo vi deshacerse de su camiseta y dejar sus pantalones en el suelo, fui capaz de volver a la realidad y darme cuenta de que ya me había atado las manos.

—¡Benjamín, no! —dije enfadada al volver de mi trance—. Desátame ahora mismo, tenemos que hablar —le dije en tono serio.

—Lo sé, Carlota, lo siento muchísimo, el maldito consejo de ancianos…

—No me importa —lo interrumpí—, durante estos meses me has tratado como un secreto. —Sentí cómo me atravesaba mi propio dolor al decirle esas palabras por primera vez en voz alta y mi voz se cortaba con la llegada inminente de las lágrimas—. Sé que para ti ni siquiera tenemos

una relación y solo Zoé es conocedora de su existencia, pero…

—No tenías que decirle nada sobre mí a la princesita —me dijo, y supe enseguida que ya se estaba poniendo a la defensiva. Mi corazón se arrugó en mi pecho, pero me obligué a seguir con el impulso que me dio la rabia.

—Está claro que he tenido que esconder muchos detalles. Detalles que hacen que me avergüence de mí misma por permitirte colarte aquí todas las noches, usarme y marcharte, para que después, ni siquiera, me mires por los pasillos.

—¿Acaso no disfrutas de lo que tenemos?

—Te lo he dicho muchas veces, Ben, necesito más. Tienes que darme algo más de ti para lograr entenderte. Creí que podrías cambiar, que algún día podrías volver a ser el mismo de antes y tener conmigo esa conversación que siempre aplazas. Creí que podría conseguir que me quisieras, pero no puedo, y no tengo más fuerzas para seguir intentándolo.

—Carlota. —Suspiré y dejé salir mis sollozos, llena de frustración, al escuchar en su voz ese tono de advertencia que siempre usaba cuando hablaba de ese tema, pero esa vez no dejaría que me callara con sus besos, o que me hiciera perder los sentidos con la magia de sus dedos en mi entrepierna.

—Declinas todas mis invitaciones, me mandas a casa a través de portales. Tengo que tragarme siempre esa maldita poción, ¡y no te imaginas lo horrible que sabe! Mientes sobre nosotros hasta en los detalles más mínimos cuando ni siquiera existe esa necesidad. No pensé que ese tipo de cosas pudieran causar tanto dolor, Benjamín, no pensé que pudiera dolerme tanto, pero lo hace.

Noté como se le tensaba el cuerpo con mis palabras y apretaba los nudillos con fuerza antes de empezar a temblar despacio.

—Ya no espero nada de ti, Ben, ni palabras bonitas, ni mensajes de amor, y si lo hicieses ahora tendría la sensación de que estás mintiendo. Soy un secreto para ti, uno que se usa en la oscuridad y después se esconde. Siempre apartándome de tus sentimientos, callando mis intentos de llegar a ti con besos y sexo, siempre de mal humor —lloré—. Siempre gris, siempre enfadado y, ¡joder!, me duele admitir que estás empezando a contagiarme, no soy ni la mitad de la chica animada y alegre que era antes debido a tantos secretos, a tantos desplantes. Me has convertido en una chica triste, apagada y oscura, una chica que solo es feliz por momentos, con migajas, una chica que es un secreto y que desea volverse invisible de verdad.

Me llené de impotencia al ver que ni siquiera era capaz de mantenerme la mirada mientras hablaba, se quedaba callado, con la cabeza gacha, y me hacía sentir ignorada.

—Joder, Ben, di algo —lloré mientras suplicaba—. Ábrete ante mí, puedes contármelo. Por favor. —Pero él no decía nada—. Me duele reconocer que creí que el sexo ayudaría, que cambiaría tu actitud, pensé que si hacía lo que te gustaba, las cosas mejorarían, pero no lo hacen.

Benjamín, por más que me apetezca lo que haces entre mis piernas, no quiero seguir ignorando lo mal que me hace sentir ser un puto secreto. Seguir mintiendo a mi familia y amigos camuflando mi olor. Todo sigue igual y estoy harta, Benjamín, no puedo vivir así. Tienes que decidirte. Solo quedan dos días para mi cumpleaños, o lo formalizamos y te abres ante mí o lo dejamos.

—¿Qué? —Se mantuvo firme e incrédulo delante de mí—. ¿Me obligas a decidir? —preguntó despacio.

—Lo hago. No me gusta ser un secreto, te lo he dicho muchas veces, y no piensas cambiarlo. Quiero un novio, joder, Ben, quiero una relación, quiero poder hablar contigo por los pasillos, cogerte de la mano y besarte. No solo en la oscuridad, no solo a escondidas. Poder hablar contigo delante de todos, como la gente normal.

—¿Para que nos pase como a Mateo y Amelia y todo se vaya a la mierda cuando el otro encuentre a su compañero?

—¡Pues que nos pase! —grité frustrada—. ¡Joder! Prefiero eso a seguir mintiendo a mis seres queridos y a mí misma.

—Lo que tenemos es mejor, Carlota. —Se acercó y cogió mi cara entre las manos.

—¡No lo es! No lo es porque no me gusta y porque no me quieres —solté con dolor. Jamás me había permitido soltar en voz alta esas palabras y me quemaban viva por dentro al dejarlas salir.

—¿Cómo lo sabes? —dijo soltando mi cara.

—No me lo demuestras, y si lo haces, no es como yo quiero, no me lo dices. Ben, no me sirven tus pocas señales, me estoy olvidando de quien soy.

—¿Esto va en serio, Carlota? Llevamos meses follando, ¿por qué ahora?

—Porque me he cansado de follar, Benjamín, quiero hacer el amor de una puta vez.

—El amor está sobrevalorado.

—¡No! —grité molesta—, y no voy a disculparme por quererte, joder, lo hago más de lo que lo haces tú. Tampoco voy a disculparme por marcar mis límites o expresarte lo que me duele. Si el amor está sobrevalorado es tu última palabra, Ben, entonces deberías irte porque es lo único que puedo ofrecerte. —Nada. Nunca, jamás, nada en la vida me había dolido tanto como pronunciar esas palabras. Quería que se quedase, que me dijera que lo sentía, que lo arregláramos y gritase delante de todos cuánto me amaba. Quería saber que su amor era real y que no me lo había inventado para hacerme sentir mejor a mí misma, pero su silencio solo me demostraba que no era capaz de defender lo que sentía ni de dar la cara, volvía a dejarme tirada hoy, como hizo cuatro años atrás—. ¡Ahora, joder! —le ordené alterada. «Tú sí que estás sobrevalorado, Benjamín. Yo sí que te he sobrevalorado».

Las lágrimas me caían por las mejillas sin control. Separarme de Ben amándolo tanto… No

me veía capaz, no creí que ocurriese de verdad, pero viendo lo visto, sabía que era lo mejor, porque me amaba mucho más a mí y no podía seguir destruyéndome, sacrificándome por su bienestar, rompiendo mis propios límites para que él se sintiera bien en su maldita indecisión mientras yo me sentía como una mierda.

Empezó a vestirse, visiblemente molesto y desconcertado, mientras yo encendía la luz. Agaché triste la mirada cuando me miró de reojo con resentimiento. Era tan guapo, Diosa, y lo amaba tanto, que todavía estaba a tiempo, quizá si me suplicaba en ese momento... «¡No, Carlota!, llevas semanas sabiendo que debes hacer esto, que debes dar este paso, ya has empezado y no puedes parar». Zoé tenía razón, yo era lo más importante, mis sentimientos eran más importantes, y esa dinámica autodestructiva ya no me resultaba tan emocionante como al principio.

—Me gustaría hacerlo con la luz encendida —dije despacio con mis últimas esperanzas, sorbiéndome los mocos mientras las lágrimas me empapaban la cara.

—¿Ese es el puto problema, Carlota? —Se acercó desafiante a mí hasta colocarse muy cerca y gritar entre mis labios—. ¿Que quieres follar con la puta luz encendida?

—No —le aclaré, haciendo mi mejor esfuerzo para que mi voz no se rompiera en exceso—. No quiero follar, Ben, quiero que me hagas el amor, quiero que me quieras, como yo te quiero a ti.

—¡Mierda! —gritó de forma brusca logrando que me sobresaltara, antes de girarse y dejar un puñetazo en la pared. Consiguió asustarme y salté conmocionada—. Ahora ya veo el puto problema. —Retrocedió, recogió la camiseta del suelo y se la puso sobre el hombro con violencia—. Te has enamorado de mí y yo jamás te he hablado de amor, Carlota.

Mi corazón se rompió al escuchar esas palabras. ¿Cómo pueden dos personas que se han amado desde la niñez, conocer cada parte del cuerpo del otro sin sentir amor?

—No hemos hablado de nada, en realidad —reconocí con tristeza—, a veces ni siquiera me dejas tocarte, solo vienes, me atas y te vas, rechazas todos mis intentos de llegar a ti.

—¡No puedes llegar a mí! —me gritó haciendo que mi respiración se acelerase—. Soy un puto caso perdido y tú no eres mi jodida terapeuta, deja de querer salvarme. —Empezó a caminar de un lado a otro alrededor de la habitación, nervioso.

—Solo intentaba recuperar al chico que amo, a mi Benjamín.

—Ese Ben está muerto. —Sus palabras me desgarraron por dentro y me dejaron helada, dolida y perpleja—. ¿Sabes qué? —dijo antes de quedarse quieto por fin—, eres una chica lista, mi Carlota, me alegro de que hayas sabido retirarte a tiempo.

—¿Qué? —pregunté con desconcierto—. ¿Y ya está? ¿Te rindes así? ¿Sin más? —le pregunté temblando aún con las manos atadas, mientras se alejaba—. ¿Acaso es verdad que no me

quieres? ¿Nunca me has querido, Benjamín? —pregunté en medio del llanto mientras interiorizaba la veracidad en mis propias palabras y me inundaba el terror—. No te importo nada —me dije en voz baja, comprendiendo—. Me he enamorado sola. Nunca has tenido la intención de hacerme tu novia.

—Nunca —sentenció—, mi idea siempre fue que lo pasáramos bien mientras a ambos nos apeteciera, lamento que te hayas enamorado, Carlota, lamento no haber dejado suficientemente claras mis intenciones.

No lo podía creer, ¿o sí? No me lo esperaba, ¿o sí? ¿Eso es lo que signifiqué para él? Nada. Antes y ahora. Me había vuelto a hacer lo mismo y yo había vuelto a caer. Agaché la cabeza y lloré de forma sonora llena de dolor e impotencia, sin importarme quien pudiera escucharme.

Eso era una mierda y odiaba sentirme así.

—¡Para, Carlota! —intentó acercarse y me alejé aún más—, alguien podría escucharte.

—¡Que me escuchen! —grité con la vista y el pensamiento nublados por las lágrimas y las emociones—, no soy un maldito secreto y tú eres el único que debería estar avergonzado por hacer que me enamorase de ti sin pretender quererme en absoluto.

Lloré con sonora desesperación antes de verme sorprendida por la luz que se coló por la puerta cuando alguien la abrió con fuerza. Zoé. Estaba cabreada, muy pero que muy cabreada. Antes de que mi cerebro reaccionase, la vi pasar frente a Ben y propinarle un puñetazo en la cara con todas sus fuerzas. Benjamín gruñó y se retorció mientras Zoé se colocaba frente a mí y me estrechaba entre sus brazos.

¿Qué cojones? ¿Cómo es que estaba Zoé allí? ¿Cómo había pasado todo eso en apenas un segundo?

Levanté los ojos y logré ver al alfa. En ese momento el miedo y la vergüenza era lo único que corría por mis venas. Huí de los brazos seguros de Zoé y me senté a un lado de la cama, cubriendo mi cuerpo con la manta y llorando con fuerza.

—¿Qué le has hecho, pedazo de mierda? —interrogó Zoé a Benjamín.

—No le he hecho nada, de hecho acaba de terminar conmigo —dijo Ben intentando apartar a Zoé y pasar por mi lado—. ¡Quítate de en medio de una puta vez, princesita!

—¡No dejes que se me acerque! —lloré. «¿Para qué quiere acercarse a mí, ahora, frente a los demás?», pensé.

—No des un paso más, Benjamín —ordenó el alfa—, exijo saber qué está pasando aquí. —Mierda, Diosa de la luna, menudo lío había montado.

—Hermano. —La voz de Ben se cortó y sus ojos viajaron de mí hasta su hermano a un ritmo frenético. ¿Asustado quizá?

—Lleva meses colándose en la habitación de Carlota por las noches —soltó Zoé, y mis ojos, al igual que los de Mateo, se abrieron de tal manera que parecía que iban a salirse de sus órbitas.

No quería eso, no quería meterlo en líos con su hermano.

—¿Has hecho daño de alguna manera a esta chica, Benjamín? —preguntó Mateo y pude sentir en sus palabras el dolor.

—Ella acaba de terminar conmigo, hermano, malinterpretó mis intenciones, nunca quise tener nada serio.

—¿Le dijiste alguna vez tus intenciones o dejaste que ella las adivinara, maldito granuja?

—Alfa —intervine, poniéndome en pie con la cabeza gacha—, es culpa mía.

—¡Oh, no! ¡Ni se te ocurra defender a este imbécil! —me interrumpió Zoé y vino corriendo a abrazarme. Me derrumbé y lloré con fuerza en los brazos de mi amiga.

—Él tiene razón. —Lloré comprendiendo y liberando de mi interior una verdad que se sentía como una carga muy pesada—. No me prometió nada, pero yo lo quería todo, lo quería todo con él. Siempre lo he querido todo con él y es culpa mía. No tenéis por qué enfadaros con Benjamín. Estaré bien, pero ya no quiero ser un secreto nunca más.

—Tú no tienes la culpa de nada de esto, te dije que ese chico era un maldito imbécil. —Pude sentir la rabia corriendo a través de las venas de Zoé mientras mi mundo se derrumbaba—. Llévatelo de aquí antes de que mi loba salga y le arranque el cuello —ordenó a Mateo.

Mateo cogió a Benjamín del cuello y lo sacó de la habitación.



En la actualidad…

—Es muy doloroso recordar —digo entre lágrimas. Helen me ofrece pañuelos—. Estaba tan enamorada que fue muy difícil para mí decidir entre lo que quería yo y lo que quería él.

—Entiendo. —sonríe Helen de un modo en que me deja desconcertada, no puedo entender dónde ve la gracia en mi sufrimiento—. El amor puede ser tan doloroso como placentero, puede doler tanto como darte las sensaciones más maravillosas —dice en un tono de reflexión—. Aún así, me gustaría que me hablases de la parte positiva de esa noche.

—¿Parte positiva? —pregunto curiosa.

—¿Es que no la ves? —me cuestiona como si fuese obvia—. ¿Alguien de aquí puede verla?

—Alzaste tu voz —responde Zoé—, validaste, por fin, tus límites.

—Fuiste capaz de poner un alto a una situación que no te hacía feliz —añade Mateo—.

—Pero se me rompió el corazón en mil pedazos.

—Avanzaste, Carlota, diste un sentido diferente a tu dolor y pusiste por delante tu autoestima y tu amor propio. Y eso te hace aún más valiente de lo que crees —me dijo Benjamín mirándome a los ojos.

Me siento confusa por escuchar esas palabras salir de su boca, en ese entonces se comportó como un maldito energúmeno por meterlo en problemas con su familia, ese fue el detonante del caos y a partir de ese momento sucedieron todas las desgracias. ¿Y ahora está aquí delante diciéndome lo valiente que fui?

—A mí también me gustaría hablar sobre esa noche —añade.

CAPÍTULO 6



BENJAMÍN

Lo que resistes, persiste. Lo que aceptas, te transforma.

Hace casi cuatro años.

—¡Maldición, Benjamín! ¿Pero qué coño te pasa? Esa chica ni siquiera tiene aún a su lobo —me gritó mientras me empujaba sobre el suelo de mi habitación. Sabía que mi hermano estaba enfadado y sabía que tenía razón. Caí de espaldas, me incorporé, pero no intenté levantarme.

—No quería llegar tan lejos con ella —reconocí, la Diosa lo sabía, intenté detener ese mar de sentimientos, sabía que terminaría dañándola, pero no pude resistirme—. Al principio, intenté ir despacio, pero ella lo deseaba tanto como yo.

—¿Esa es tu maldita excusa? ¿Que le gustas? —Me cogió del cuello de la camisa levantándome con fuerza otra vez solo para volver a tirarme al suelo. Me quedé flojo ante su manejo dejando que me tratara como a un títere entre sus manos. Lo merecía—. ¿Sabes qué, imbécil? Que eso ya podía intuirlo yo solito al verla llorar.

—¿No lo controlabas todo? —le dije con rabia. Una parte de mí se sentía tan abandonada por Mateo desde que encontró a Zoé que quizá sí, quizá lo había pagado con Carlota impidiéndome, a mí mismo, cambiar mi actitud por ella y convertirme en el chico que ella merecía, en el Ben que nunca conoció a Ela, el que no dudaría de Zoé—. ¿No eres el alfa? —Me levanté de un salto, con rabia, dispuesto a enfrentarlo—. ¿Acaso se te pasó controlar las acciones del imbécil de tu hermano? —No podía controlar ni siquiera el hecho de que su compañera fuera una maldita espía—. Desde que llegó la princesita solo tienes ojos para ella.

—¿Pretendes culparme a mí de tus estupideces? ¿Es eso realmente lo que estás intentando hacer?

—¡Siempre te ha importado una mierda en la cama de quién me meto! Solo te importa ahora porque es amiga de Zoé.

—Esto no tiene nada que ver con Zoé, estoy cabreado, Benjamín, ¡joder! Pero más que

cabreado, estoy preocupado por ti. ¿Qué coño te está pasando últimamente? El Benjamín que yo conozco jamás hubiese tocado a una chica sin su lobo.

—¿Crees que no intenté resistirme? —Y era toda la jodida verdad—. Intenté contenerme, ¡pero la pusisteis a dormir en mi puta planta! Ella huele jodidamente bien.

—Estás mal, Benjamín. —La mirada de decepción de mi hermano hizo que se me detuviera el corazón y eso resultó ser demasiado doloroso—. Date un paseo con tu lobo, Ben —me ordenó bajando su tono, pude notar que no sabía cómo proceder conmigo ante eso y que estaba desesperado—, pensaré en tu situación y buscaré una maldita solución. Esto tiene que parar, estás descontrolado.

Y lo estaba. Estaba roto y confundido. Salí de la habitación dando un portazo, cabreado con la vida, con la Diosa, desde que Zoé llegó, desde que Ela apareció en mi vida.

Me dirigí al bosque y caminé a paso rápido derramando las lágrimas que me quemaban en el interior. Necesitaba dejar salir a Risk, gruñía ansioso dentro de mí.

«Maldita sea Zoé y maldita sea toda esta jodida situación. Maldito mi amor por Carlota y maldito mil veces yo», pensé.

Llevaba un par de meses en los que dos partes internas de mí luchaban ferozmente. Por un lado, estaba el Benjamín loco y jodidamente enamorado de Carlota, el que no era capaz de separarse de ella ni para respirar, el que deseaba estrecharla en cada rincón de casa y delante de quien fuese, el que quería confiar en su criterio y creer en la inocencia de Zoé y así reconciliarse con toda su familia. Por otro lado, estaba el Benjamín lleno de remordimientos y rencor, incapaz de abrirse y dejar de lado sus propios tormentos, incapaz de decir «te amo» y de confesar que fue el culpable de ceder, gustosamente, toda la información que necesitó la espía para robar nuestras tierras.

Mi juicio estaba nublado por la confusión y la rabia, por el amor y el remordimiento, por dos partes de mí que no conseguían llegar a un acuerdo. Estaba desesperado y apenas podía respirar. Una vez estaba lo suficientemente dentro del bosque, me quité la camiseta con la intención de transformarme, pero alguien me interrumpió.

—¿Ben?

Me giré con rapidez hasta encontrarme con la melena roja de Amelia y sus ojos brillantes color ámbar. Llevaba solo una camiseta grande sobre el cuerpo, al parecer ella también había estado paseando con su loba.

—¿Estás bien? —me preguntó.

—No —confesé—, odio a esa estúpida princesita.

—Vaya, es bueno saber que no soy la única que no está encantada con la presencia de Zoé aquí.

—Es una mierda pensar que la Diosa la ha convertido en la compañera de mi hermano.

—Debemos hacer algo, solo tú y yo podemos idear un plan para sacar a esa chica de nuestras vidas, de la vida de Mateo —dijo en tono suplicante.

«Un momento», pensé. Alejar a Zoé de una vez por todas quizá podía ser la solución a mis problemas, aunque ¿de verdad se iría siendo una espía?

—¿De qué demonios hablas? —pregunté interesado—. ¿Qué podríamos hacer nosotros?

—Si lográsemos que Mateo tomase demasiado acónito, quizá yo podría colarme en su cama otra vez, y a lo mejor recordando los momentos que ha vivido conmigo…

—Eso es una estupidez —dije cortante y molesto, me estaba haciendo perder el tiempo con esas estupideces—, mi hermano está enamorado de ella. —Vi el gesto de dolor en su semblante y cómo sus ojos se llenaron de lágrimas en ese momento—. Lo siento por ti, Amelia, pero Mateo te ha olvidado.

—Eso no es cierto. —Negó con la cabeza—. No se pueden olvidar cuatro años de una pasión como la nuestra, no me ha olvidado, lo sé.

—Sí que se puede y no podemos hacer nada.

—Sí que podemos —interrumpió mi recién iniciado avance colocando sus manos en mi pecho desnudo, haciendo que me tensara al instante. Di un paso atrás frunciendo el ceño, dejándole claro que no me gustaba la osadía de su cercanía—. Tengo un plan, si tú me ayudas, ambos podríamos obtener lo que deseamos.

—¡Para! —le ordené—, puedo ayudarte en tu plan para deshacernos de la princesita, pero no seas tan patética como para creer que puedes seducirme. Ahora, cuéntamelo.

Escuché atentamente el plan de Amelia, tenía posibilidades de funcionar, pero, sin mi ayuda, jamás podría llevarlo a cabo.

«Mi hermano. ¿En serio soy capaz de traicionarlo de esa manera? Mañana, mientras celebramos que la princesita acaba sus estudios, y también la víspera del cumpleaños de Carlota, lo descubriré, y si es así, menuda fiestecita les vamos a dar», pensé.

Me despedí de Amelia y corrí con Risk por horas alrededor de la casa de la manada despejando mi jodida mente de tantos problemas. «Mi Carlota, por fin habías dado el paso, por fin te habías alejado y, aunque eso me mataba por dentro, sabía perfectamente que era lo mejor para ti».

Cuando regresé, me encontré con Alana en la puerta. ¿Era eso una casualidad? ¿Qué demonios hacía despierta a esas horas? Hacía meses que no veía a la única chica a la que me había follado más de dos veces aparte de Ela y Carlota. Una chica que conocía mis gustos poco inocentes a la hora del sexo.

—Ben. —Me sonrió y noté cómo se le iluminó la mirada ante la emoción y el deseo.

—Alana. Ha pasado mucho tiempo. —Mi voz sonó cortante, tal como pretendí.

—Bueno, sí, desde que me dijiste que ya no querías quedar.

—Digamos que he estado un poco pillado por alguien durante este tiempo —confesé.

—Vaya, Benjamín pillado por alguien, debe ser una chica realmente especial.

—Lo es… Era.

—¿Ya no?

—No lo sé.

«¡Mentiroso! ¡La amas!», me gruñó Risk.

—No te veo nada bien —dijo poniendo esa voz seductora que tanto me ponía cuando me colaba en su cama—, estás muy tenso. —Acarició despacio mis hombros simulando que los masajeaba. Sabía a dónde quería llegar con eso—. Si necesitas que te ayude a relajarte…

—No lo creo, Alana, será mejor que me vaya.

Corrí de allí lo más rápido que pude en dirección a mi habitación. Las tres menos veinticinco. Mierda, sí que era tarde. Me quité las vestimentas para embutirme en el pantalón de pijama antes de escuchar pasos en la puerta y una voz familiar que me llamaba.

—Ben —llamó Alana entrando sin que nadie la invitase. Me mostró en sus manos las telas de terciopelo negro que utilizaba para atarla en el pasado—, déjame ayudarte, Ben, déjame darte placer.



En la actualidad…

—Estaba tan perdido —lloro desesperado—, tan centrado en mi odio hacia Zoé, hacia Ela. Tan enfocado en mantener mi rechazo hacia el amor que me volví un ser irracional incapaz de ver la verdad por mí mismo y, a partir de ese momento, inicié mi perdición, cavé yo mismo mi propia tumba.

—Aquella noche cavaste una tumba profunda en la que nos enterraste a los dos, Benjamín —añade Carlota antes de continuar.

CAPÍTULO 7



CARLOTA

Me entenderás cuando te duela el alma como me dolió a mí.

Hace casi cuatro años.

Caminaba por el bosque, estaba oscuro, sentía que estaba en la manada, pero no reconocía en qué parte, no recordaba haber estado antes allí.

Mis pies estaban heridos de tanto andar, mi boca estaba seca y me sentía débil y deshidratada, solo llevaba puesto un camisón y estaba bastante sucio. ¿Qué demonios me había pasado?

Me dejé caer en la hierba, desolada, no recordaba nada, pero no quería continuar, me di por vencida allí y, en ese momento, me rendí completamente.

Escuché los aullidos de un lobo a lo lejos, parecían cargados de dolor. Mi corazón se contrajo ante ese sonido al punto de llegar a doler, tuve que presionarme el pecho con las manos para intentar calmar la sensación. Quería que el lobo se acercara, quería verlo, que viniera a mí, que me ayudara o me destrozara, pero que acabara con la incertidumbre. Pero no vino, no se acercó y estaba sola, desorientada y perdida en medio del bosque.



Abrí los ojos angustiada, las lágrimas me empapaban la cara y la almohada debajo de ella, logré ubicarme en el espacio-tiempo y comprendí que solo estaba soñando, un sueño de lo más extraño.

Pude sentir el olor de Ben en mis sábanas y me obligué a desechar el recuerdo de su cuerpo desnudo encima de ellas. Después de que Mateo se lo llevara de aquí, tuve un ataque de ansiedad

tan fuerte que Zoé tuvo que llamar a Ruth y, juntas, intentaron consolarme. Así que ya estaba, de un segundo a otro y sin siquiera pretenderlo, había pasado de ser un secreto a que todo el mundo fuese conocedor de mi relación con Benjamín, a que todo el mundo se enterara de que me acostaba con él.

Si tan solo conservase al menos una pequeña prenda suya, podría abrazarla y sentirme junto a él, quizá eso podría ayudar a calmar mi desasosiego. Pero se llevó su camisa negra semanas atrás y nunca trajo consigo alguna prenda para mí, aunque se lo pedí en varias ocasiones.

Era una tonta por amarlo como lo amaba, era consciente de ello, de que no se merecía mi amor, pero ¿qué podía hacer? Me había enamorado de ese chico distante como una verdadera idiota, de un chico rudo y apagado que apenas decía palabras amables, que nunca me había mirado con amor delante de los demás, pero en la intimidad, devoraba cada centímetro de mi cuerpo con lujuria y deseo como si fuese su manjar más preciado. De un chico que a pesar de no haber preparado nunca una cita para mí conocía mi cuerpo y cómo provocar en él un éxtasis de sensaciones placenteras.

¿Me había enamorado? ¿O solo me había vuelto adicta?

Algo en mi interior quería correr a él en ese mismo momento, volver para hablar, luchar aún más por conseguir sus palabras, esas que tanto necesitaba escuchar, solo quería que se liberara conmigo de corazón, que me contara los motivos de su cambio y de su dolor.

Pero otra parte de mí me gritaba todo lo contrario, habían pasado casi cuatro meses. Si no se había abierto a mí en ese tiempo era porque no había querido. En un par de días sería mi cumpleaños, tendría a mi loba y, con suerte, un poco más de valor para afrontar toda aquella maldita situación.

Me tumbé e intenté dormir nuevamente, pero sabía a la perfección que no podría. Miré el reloj, ¡joder! solo eran las tres menos cuarto.

Necesitaba verlo o sabía que no podría dormir, necesitaba decirle que no había querido que todo el mundo se enterara de esa manera, que no quería meterlo en problemas.

No sabía cuál era su habitación con certeza, pero, aunque no tuviera a mi loba, conocía tan bien su olor que estaba segura de que me tomaría solo unos minutos llegar hasta ella.

Me senté en la cama dudando y devanándome los sesos. ¿Qué debía hacer, Diosa? «¡Ayúdame por favor!», pensé. Pero, ¿y si no quería hablar conmigo? ¿Y si me odiaba rotundamente por provocarle problemas con su familia?

—Solo lo sabré hablando con él —me convencí a mí misma—, no pasa nada por eso, no hay nada de malo en hablar.

¡Mierda! ¡Diosa! Solo necesitaba que supiera que no fue mi intención.

Salí decidida de mi habitación, vistiendo solo un camisón blanco largo. Llevaba la melena marrón suelta en rizos y enredada debido a todas las vueltas que había dado en la cama. Esperaba

que no me confundieran con un fantasma y me atacaran.

¡Joder! ¡Estaba tan nerviosa! ¿Qué estaba haciendo? Aquello podía salir muy mal.

Olfateé las diferentes puertas hasta detenerme ante una en la que su olor era mucho más intenso. Las vez que vine, llegué hasta ella a través de un portal y salí a través de otro, pero podía jurar que era esa.

Abrí la puerta despacio. La luz estaba apagada, pero escuché movimientos y busqué su procedencia de inmediato. ¿Acaso estaba despierto?

Entonces agudicé el oído y mi corazón se aceleró al escuchar también ligeros gemidos. El estómago me dio un vuelco y tuve que hacer acopio de todo mi autocontrol para no devolver ipso facto. Encendí la luz, en medio de un ataque de miedo inmenso, con la angustia extendiéndose por todo mi cuerpo dejándolo casi paralizado.

Me encontré con una chica morena con las manos atadas en la espalda, ojos vendados, de rodillas en el suelo, mientras le hacía un oral a un Ben sentado en una butaca con los ojos cerrados, la boca entreabierta y la cabeza hacia atrás. Mi corazón se detuvo al momento, dejó de latir. No podía, no podía creer lo que veía. El calor abandonó mi cuerpo a través de mis ojos en forma de lágrimas y tuve que sujetarme en el marco de la puerta mientras me tambaleaba.

Y yo que le había querido tanto todo ese tiempo y él solo había necesitado horas para tener mi reemplazo.

Benjamín levantó la cabeza y me miró horrorizado al escuchar el sonido de mis uñas rasgando la madera mientras mis manos buscaban soporte. Sus ojos viajaron desde mi cuerpo sin aliento a la cabeza aún en movimiento de la chica. La separó de su cuerpo e intentó levantarse y acercarse a mí. Pero no le di tiempo porque obligué a mi cuerpo a ponerse en movimiento y me marché llorando de allí.

No podía creerlo: nunca me había querido. Había sido la mayor de las idiotas y me había enamorado sola.

Me pellizqué para asegurarme de que no estaba en un sueño.

Era real y dolía como si lo fuera.

Me detuve en mitad del camino y me dejé caer en el suelo llorando y gritando en silencio, temblando desconsolada. No podía respirar, no podía pensar y no conseguía calmarme. Mi Benjamín no me amaba, nunca lo había hecho, me sentía como la mayor de las gilipollas.

Diosa, ¿por qué me pasaba eso a mí?

Intenté estabilizar mi pulso y respirar lenta y pausadamente, pero no lo conseguía. Había riesgo de sufrir otro ataque de ansiedad.

Obligué a mis piernas a responder dejando golpes sobre ellas, me levanté y caminé despacio, apoyándome en la pared hacia mi habitación mientras lidiaba con mis respiraciones, la opresión y el dolor desgarrante de mi pecho.

¡Maldita la hora en la que Zoé me había pedido subir aquí! ¡Maldita la hora en la que me había interesado en Benjamín!

Había sido tan solo un títere en sus manos y había jugado su juego a la perfección. Me había arrastrado y suplicado por su atención, y lo que más dolía era pensar en que, a lo mejor, había estado viendo a otras chicas durante todo ese tiempo.

No fui capaz de meterme en la cama, así que me metí directamente en la ducha, buscando algo de consuelo, como si el agua pudiese ayudarme a borrar todos sus recuerdos, todas las veces que sus manos tocaron mi piel, todas nuestras primeras veces juntos. Toda la necesidad de su calor.

Lloré desconsolada, lloré sintiendo tanto dolor que creí que iba a morir en ese momento, y dejé que el agua se llevara todas mis lágrimas.



Una hora después, el agua ya salía fría. Me envolví en un par de toallas, obligando a mi cuerpo a salir de allí: una sobre el cuerpo y una en el cabello. El dolor seguía presente, pero había logrado disminuir un poco la ansiedad.

Cuando salí del baño, me sorprendió ver que allí estaba él, esperando. Ni siquiera me miraba, algo me decía que no podía hacerlo, sabía que lo intuía, pero ni siquiera se podía imaginar el asco que me producía en esos momentos. Solo estaba sentado en la cama, frente a mí, con la cabeza gacha.

—No necesito explicaciones para lo que he visto, Benjamín —dije desde la puerta del baño armándome de valor—, si es que a eso has venido, claro.

—¿A qué fuiste a mi habitación, Carlota?

—¿Eso es lo que te preocupa? —Me sentía tan engañada y usada que, contrario a mis emociones, se me escapó una sonrisa cargada de consternación—. Como buena chica, estúpida y enamorada, fui a llorar, Ben, a disculparme, a decirte que lo sentía —me burlé de mí misma en un tono infantil—, no era mi intención que tu familia se enojara contigo —suspiré indignada—. ¿Puedes creerlo? Agradezco la sorpresa que la Diosa de la luna me tenía preparada para que abriera los ojos de una maldita vez —sentencié enfadada.

—Ni siquiera puedo decir nada —dijo derrotado antes de cubrirse la cara con ambas manos —, ni siquiera puedo rebatir ante eso. Cualquier improperio con el que me grites, cualquier mala

palabra que me dirijas, la aceptaré porque tendrás razón —dijo con la cabeza gacha—, pero te lo advertí, Carlota. Estoy tan jodido por dentro que sabía que terminaría haciéndote daño.

—Me lo advertiste, Benjamín. ¿Es culpa mía? —Lloré mientras aplastaba mi pecho la carga del dolor y el rencor—. Podía haber entendido todo lo demás, pero la traición es una decisión consciente —le grité con rabia—. Aún así, si se te hace más fácil o te hace sentir menos cabrón, entonces sí, Ben, todo es culpa mía, por creer que todavía había algo bueno en ti y que yo podría encontrarlo y traerlo de vuelta con mi amor. Solo he sido una estúpida. Lo siento, ¿vale? Ahora ya puedes irte y olvidarte de este secreto y del camino hacia esta habitación.

Vi en sus movimientos nerviosos que quería rebatir ante eso, pero finalmente no dijo nada, se marchó dudoso en medio de la noche y yo lo agradecí, no tenía fuerzas para discutir ni valor para mantener una fachada en la que permanecía calmada y no me lanzaba sobre él haciendo un mar de reclamos, pero sabía que eso no me serviría de nada de todas maneras. Si Benjamín no me quería, si lo había idealizado, entonces él tenía razón y todo eso era culpa mía. Me tumbé derrotada sobre la cama, boca arriba, envuelta en toallas, y lloré desolada mirando al techo hasta quedarme dormida.

CAPÍTULO 8



CARLOTA

Nos empeñamos en arreglar lo que está roto y no nos damos cuenta de que eso solo corta más.

En la actualidad…

—Esa noche tuve otro ataque de ansiedad, y no han parado nunca más desde ese día —cuento con lágrimas en los ojos—. No fue justo, no me importa si estaba dolido, ciego de rabia o drogado, me traicionó y jamás podrá compensarme por haberme causado tanto dolor.

—Nunca podrá cambiar el pasado, Carlota, y solo tú eres capaz de gestionar el grado en el que eso te afectará por el resto de tus días —dice Helen con su tono calmado.

—Yo —balbuceo con dolor—, ni siquiera me lo esperaba.

—Benjamín es un ser humano imperfecto, a diferencia de como tú lo idealizaste a lo largo de toda tu vida, es y fue capaz de actuar como un idiota y cometer grandes errores; por las razones que fueran, buenas o no, eran sus razones. Y tú no tenías absolutamente nada que ver con eso. Si fueron sus errores, su culpa y su vergüenza. ¿Por qué cargas tú con ello tan duramente?

—Una traición no es un error. ¿Acaso no escuchaste que me engañó como a una estúpida? ¿Que nunca me amó y me utilizó durante meses para tener a otra en su entrepierna en cuestión de segundos?

—Benjamín, ¿amaste a Carlota? —le pregunta directamente, y me permito mirarlo, su cuerpo, ahora más menudo, tiembla nervioso mientras mantiene los ojos y los puños apretados.

—Con cada jodido rincón de mi ser.

—¡Mentiroso! Di la verdad —le grito molesta—, cuando amas a una persona no eres capaz de hacer algo como eso.

—¿No has escuchado nada, Carlota? No lo sabía, no sabía lo que era amar y por eso no entendía cuánto te amaba. Me negué a ello y llegué a odiar la sensación de necesidad que sentía hacia ti. Detestaba que te hubieses convertido en una debilidad. Me odié por cómo quería borrar mi pasado y toda mi ira cuando estaba a tu lado y me odio aún más por no haber sido capaz de

hacerlo. Me aborrecí a mí mismo por no ser lo suficientemente valiente como para cambiar por ti, a pesar de que eso era lo que yo también quería. No lo sabía, ¿vale? Y me negué a quererlo, me negué a verlo, a sentirlo, me negué a necesitarte y sentirme débil y vulnerable ante ti o por ti. Me negué a dejar de ser el macho dominante que Ela me enseñó a ser porque estaba demasiado confuso y no me di cuenta de mi error hasta que fue demasiado tarde. Hasta que te perdí para siempre y, joder, la Diosa y yo sabemos que ni siquiera toqué a esa chica —llora—, solo dejé que pasara porque me dolía demasiado quererte de esa manera y no era capaz de lidiar con ello, Carlota, no era jodidamente capaz.

Me quedé en *shock*. Escuchaba sus palabras mientras lloraba.

—No. No te creo. No estás diciendo la verdad —negué con la cabeza.

—¿Por qué te niegas a la idea de ver a Benjamín como un chico de veinte años, abusado sexualmente, desorientado y que también sufría?

Un chico desorientado. Mierda, esas palabras van a hacer eco en mis pensamientos a partir de este momento. No quiero, no quiero verlo de esa manera. Abusado sexualmente, mi mejor amigo, ¿cómo lo permiti? Y que también sufría... ¿Por qué no me lo contó? ¿Por qué no se apoyó en mí? ¿En nadie? Se aisló de todos y cargó solo con el peso de todo ese dolor. La única respuesta que se me ocurre es que nunca me amó de la misma manera en la que yo lo amé.

—¿Os habéis aliado todos para defenderlo? —pregunto despacio.

—Para nada. —Zoé salió en mi defensa—. Validamos y comprendemos todos los sentimientos, Carlota, incluidos los tuyos, sabes que Benjamín me odiaba al punto de matarme en ese entonces. ¿Crees que ha sido fácil para mí perdonarle?

—No voy a perdonarle —sentencio cargada de ira—. Escúchame bien, Benjamín Gutiérrez, no conseguirás mi perdón.

—Carlota —intervino Helen despacio—, el objetivo principal de esta terapia no es que lo perdones o no, de hecho diría que eso es algo irrelevante ahora mismo. El objetivo principal de esta terapia es que ambos seáis capaces de perdonaros a vosotros mismos. Que tú seas capaz de perdonar a esa Carlota de diecisiete años que se entregó sin reservas al chico que había sido su amor durante toda su vida. Que confió ciegamente y dio sin esperar nada a cambio. Ella no hizo nada malo, Carlota, no fue culpable de nada e hizo lo que sabía de la mejor forma que lo pudo hacer. ¿Por qué la odias por eso?

—Lo odio a él.

—¿Estás segura?

La ansiedad se está adueñando de mi cuerpo ante este ataque y, poco a poco, mi respiración se acelera y se hace más pesado el nudo de mi garganta, resultando seco, cortante y doloroso cuando intento tragar. Niego con la cabeza mientras mi visión se va nublando cada vez más e intento inhalar un poco de aire. Escucho la fuerza de mis latidos acelerados zumbando,

taladrando mis oídos. Va a volver a pasar, es inminente, y creo que esta vez voy a desmayarme o a morir. Mi corazón va a detenerse cualquier día de estos lidiando con tanto dolor.

No pueden juzgar la manera en la que me protejo, si quiero verlo a él y odiarlo como el único culpable, si eso me ha funcionado hasta ahora para seguir viviendo, ¿quiénes son ellos para intentar joderlo todo de esta manera?

Cuando creo que estoy a punto de desvanecerme, siento los brazos cálidos de Benjamín rodearme desde mi lado derecho y, como por arte de magia, el dolor y la ira empiezan a disminuir. Me aferro a eso mientras mi vista, poco a poco, va recuperando la claridad que había perdido y mis respiraciones se vuelven cada vez más graduales.

Lo miro, de reojo, dudando de su cercanía y distingo la angustia y el dolor en su expresión. Me muerdo los labios para frenar el deseo inminente de llorar y hacerlo en sus brazos, para frenar el amor y la necesidad que sube hasta mi pecho y se instala en él en forma de calor, un calor que me susurra que no vuelva a liberarme de su agarre nunca más. Cuando me siento segura de poder hablar, le digo despacio, apartándolo un poco:

—Solo dame la mano. —Me siento inestable e insegura pronunciando esas palabras, aunque soy consciente de que eso no es realmente lo que quiero, quiero quedarme en sus brazos y no necesitar de ellos, todo al mismo tiempo, todo a la vez—. No quiero tenerte cerca —confieso triste—, pero no puedo lidiar sola también con la ansiedad.

—Nadie va a juzgarte por decidir estar bien, Carlota, todas las personas de la sala son tus amigos y te quieren, y te están agradecidos por estar aquí enfrentando todo esto hoy.

—Es más fácil para mí odiarlo a él —confieso, sin más, apretando la mano de Benjamín—, todo este tiempo lejos, sufriendo este maldito dolor, se ha convertido en una especie de venganza, de tortura para los dos y de autoconvicción de que no lo necesito.

—No me necesitas —me dice despacio—, no lo hiciste antes y no lo haces ahora, te he visto en estos tres años resurgir de tus cenizas, eres la mujer más fuerte que conozco.

Sus palabras provocan en mí un mar de dolor, uno que me golpea sin piedad, claro que he sido fuerte, lo fui porque esa fue mi única maldita opción. Cierro los ojos liberando más lágrimas y me armo de valor para decir en voz alta lo que siente mi alma.

—Pero no quería ser fuerte. —Abro los ojos y lo miro directamente—. Y ese es el maldito problema, ese ha sido siempre el maldito problema, Ben, quería ser débil y vulnerable y estar contigo y que tú me quisieras, y te lo pedí, te lo supliqué, joder, te rogué que tuvieses conmigo esta maldita conversacion, que te abrieses a mí y a un nosotros. Quería sentirme segura en tus brazos y pasear contigo de la mano mientras recuperaba a mi mejor amigo y a mi amor de toda la vida y, joder, Benjamín, la Diosa y yo sabemos que hubiese podido ver arder una habitacion ante mis ojos sabiendo que no tenia escapatoria, pero si tú estabas conmigo, hubiese aceptado la muerte encantada.

Benjamín me mantiene la mirada, visiblemente afectado. Se tensa y siento como aprieta su sujeción sobre mi mano, quizá buscando un poco de calma y consuelo, no parece funcionar porque Ben empieza a llorar en silencio y sus gestos se vuelven frenéticos, desesperados mientras su cara se desencaja debido al llanto.

—Me tenías, Ben, era tuya, y me alejaste a base de dolor.

—Ese Benjamín no lo veía, Carlota, te amaba pero luchaba con la idea de no hacerte daño, de no abusar de tu alegría y de tu buena voluntad, de tu inocencia y de tu gran corazón, estaba demasiado jodido, demasiado roto. —Su voz se rompe con cada palabra—. Y no quería hacerte lo que ella me hizo a mí. No estoy orgulloso de aquello, pero me prometí a mí mismo no tocarte y no pude cumplirlo. Te di todo lo que pude darte en ese momento, e intenté actuar con lo que creía que era el amor. No era lo que tú querías, ni lo que yo quería darte en realidad, no fue lo correcto, pero no podía alejarme de ti. No podía dejarte, Carlota, lo intenté con todas mis fuerzas, pero fui egoísta porque solo contigo era capaz de encontrar paz.

Estoy tan confusa, triste y afectada que no soy capaz ni de pensar ahora mismo.

—Encontraste paz en mí llevándote la mía.

Suelto su mano y me levanto despacio.

—¿Podríamos continuar mañana, por favor? Necesito un tiempo de descanso.

—Claro que sí, Carlota. Tú marcas el ritmo. —Me sonríe Helen.

Salgo de allí y noto los pasos apresurados de Zoé corriendo detrás de mí.

—Quiero estar sola, Zoé —la detengo—, no te lo tomes a mal, pero llevo tres años lidiando sola con mis propios problemas, no necesito espectadores para mi desgracia.

—Si me necesitas —asiente con la cabeza—, solo llámame.

Subo a por mi bolso al apartamento y me cojo la funda con el portátil. Al bajar, pido a uno de los chóferes que me acerque a casa de mis padres y, cuando llegó allí, al entrar con mi llave en casa y saludar, me sorprende ver que mis padres tienen invitados para cenar esta noche.

Mi hermano, mi sobrino, su compañera y el mejor amigo de Carlos se encuentran en la mesa junto a mis padres, charlando animados. Se levantan enseguida emocionados a recibirme y me sonrojo al recibir tantas muestras de atención. Pero después de tantos abrazos, yo solo quiero coger entre los míos al pequeño Tomás mientras miro de reojo a Liam. Mierda, si que le ha dado al gimnasio estos últimos años, la leche.

—¿Estás bien, mi niña? No sabía que venías, pondré enseguida un plato para ti en la mesa.

—No, mamá, tranquila, no tengo hambre.

—Oh, tonterías, no puedes decir que no a la comida de tu madre —recalca papá.

—¿A mí no me saludas? —escucho decir a Liam, el mejor amigo de Carlos. Me fijo en sus rizos revueltos, su barba poco cuidada y su chándal ajustado. Ha cambiado mucho desde la última vez que lo vi. Juntos se metían conmigo, no puedo evitar recordar eso, igual que tampoco

puedo olvidar las manos de Benjamín dejándolo en el suelo y dándole puños y patadas por tirar de mi cabello cuando estábamos en tercero de primaria.

—Liam, por la Diosa, no te he visto en años. —Sonrío haciendo mi mejor esfuerzo.

—Ven aquí —dice, se acerca a mí y me rodea en un abrazo que me deja perpleja. ¿Desde cuando es tan amable? Me hace sentir menuda al estar rodeada de puro músculo, como cuando estaba entre los brazos de Benjamín—. Me alegro tanto de que estés de vuelta, por fin.

—¿Ah, sí? —bromeo—. Yo también. —Sonrío notando su aroma, su perfume caro huele tan bien que es imposible que pase desapercibido.

—Liam está de vuelta en la ciudad después de un año de formación para dirigir las empresas de su abuelo —me comenta Carlos.

—Vaya —digo sorprendida—, eso es genial, pero ¿qué has estado aprendiendo que no supieras ya sobre tu propia empresa? —bromeo.

—Bueno —duda—, cuando éramos más jóvenes, ya sabes, estuvimos muy alocados y perdidos.

—Dímelo a mí. —Este chico y mi hermano son los causantes de pasear mis sujetadores por todo el instituto cuando empecé a utilizarlos, se encargaron de gritar a todo el mundo que Carlota ya tenía tetas.

—Supongo que debido a eso estuve muy desconcentrado y me faltaban muchas cosas por aprender.

—Venga —interviene papá—, podéis hablar luego, ahora vamos a cenar.

Nos distribuimos correctamente alrededor de la mesa y, para mi sorpresa, el único hueco que queda disponible es el que se encuentra al lado de Liam, me siento en él después de que me dedique una sonrisa condescendiente y agradable.

—Bueno, Liam, ¿y cómo está tu padre? —le pregunta papá—. ¿Cerró aquel negocio con la manada importadora de coches de Japón?

—Lo cerramos, así es.

—Eso es increíble, pronto tendremos nuevos modelos de coches y deportivos por la ciudad —dice papá emocionado.

Inmediatamente, pienso en Benjamín y su deportivo negro. ¿Seguirá teniendo el mismo?

—No querrás comprar un deportivo a estas alturas del juego —bromea mi madre.

—¿Por qué no? —replica mi padre.

—Mejor será que te pongas a aprender japonés en vez de pensar en deportivos.

—Mamá, si papá quiere un deportivo, deja que lo tenga —argumenta mi hermano—, de hecho, podríais volver a viajar, conocer lugares cercanos en coche.

—No lo sé —digo con cautela—, a mí me parece un tanto peligroso, esos coches corren demasiado, ¿no crees?

—Los deportivos son seguros si el conductor conduce con cuidado, el que corre es quien pisa el acelerador, el coche solo sigue órdenes —me dice Liam de manera condescendiente y pienso, de inmediato, en cuánta razón tienen sus palabras, seguro que mi padre no irá como Ben a toda velocidad por la carretera mientras alguien le hace sexo oral. Quizá he pasado por alto ese pequeño detalle.

—Claro —asiento—, en eso tienes razón, estoy segura de que papá conducirá con mucho cuidado, pero no te compras un superdeportivo para llevarlo a cien kilómetros por hora.

—Cierto —me sonríe Liam—, una joya como esa provoca ponerla al límite. —Su mirada se torna intensa al pronunciar esas palabras y la idea de que no esté hablando solo de coches sobrevuela mis pensamientos—. Y, bueno, ¿qué tal por Roma? Aunque he podido ver muchas fotos de la ciudad gracias a tu Instagram.

—¿Me sigues en las redes? —pregunto un poco confusa.

—¿Por qué no lo haría?

—No lo sé. —Se me escapa una sonrisa de incredulidad—. Supongo que creí que los empresarios no tenéis tiempo para esas cosas.

—Te sorprendería ver la cantidad de tiempo que soy capaz de sacar cuando algo me interesa. —La manera en la que me lo dice, poniendo esa voz ronca y seductora que utilizan los chicos cuando quieren ligar y mirándome fijamente, provoca que me sonroje y desvíe la mirada avergonzada. ¿Está flirteando conmigo de verdad o solo me lo estoy imaginando?—. Solo es cuestión de prioridades y organización.

—Me imagino.

La cena transcurre con tranquilidad y alegría. Carlos y Liam comparten sus anécdotas de juventud, las que son admisibles para los oídos de Noah, claro, y ríen a carcajadas juntos, se nota lo afianzada que está su amistad, denota por todos lados fraternidad y compenetración. Podría decir que mi hermano y Liam han hecho siempre un gran equipo juntos.

Me lo paso muy bien viéndolos tan felices, como Zoé y yo antes del ultimátum. No sé si ese hecho ha afectado mi relación con Zoé, realmente no he tenido aún el tiempo como para discernirlo, estoy demasiado ocupada con el lío bestial que se ha formado en mi cabeza desde entonces como para analizar cualquier otra situación, pero está claro que esta no era, para nada, la idea que tenía para mi vuelta. Creí que estaría liada eligiendo cortes de vestidos o telas, tonos de flores o música de fiesta, pero no. Ahora que lo pienso, me siento un poco culpable, quizá la estoy dejando en todo eso sola, quizá la he dejado durante tres años bastante sola.

Mi corazón se encoge ante esa idea mientras coloco, junto a mi madre, los platos en el lavavajillas. Liam, muy atento, se ha ofrecido a ayudar, pero amablemente mamá ha rechazado su ayuda y estoy segura de solo lo ha hecho para poder cocerme a gusto a preguntas.

—¿Qué tal en casa de la manada?

—Bien, estamos con todo el tema de la terapia y eso.

—¿Y funciona? —me pregunta seria cogiendo mis manos.

—Estoy bien, mamá —la tranquilizo—. ¿Sabes? Por primera vez en tres años tengo ganas de volver a ser yo misma, de sanar, pasar página y seguir adelante.

—¿Con Benjamín?

—No lo creo, o sí, no lo sé. A veces siento que solo me dedico a castigarlo porque me engañó, y a castigarme a mí misma por quererlo, pero en la terapia he podido escuchar de su boca como se sentía en esos momentos y no sé si eso me alivia o me enfurece aún más.

—Te has dedicado a hacer lo que ha sido necesario para ti, para poder sobrevivir y sanar, no es fácil pasar por lo que pasaste y, sin embargo, aquí estás, como una luchadora, eso habla de tu fuerza y fortaleza, y estoy muy orgullosa de ti por ello.

—Gracias mamá —le digo dándole un beso—, si no os importa, ahora debo irme, hay un lugar por el que quiero pasar antes de volver a la cama.

—Vale, mi vida, vuelve siempre que quieras, nos encantan tus sorpresas.

Cuando salgo de la cocina empiezo mi recorrido por el salón besando las mejillas y despidiéndome de todos. No puedo evitar sonrojarme y sentirme un poco incómoda cuando Liam deposita su beso demasiado cerca de mis labios para después sonreír y sonrojarse con una disculpa improvisada, me marcho de allí a toda prisa después de decirle que no pasa nada.

Entro en el coche, donde me espera el chófer, y le pido que me acerque al centro, a mi cafetería favorita, donde ponen jazz en directo.

Una vez dentro, me siento allí con una taza de té a escribir correos mientras veo las horas pasar. He cogido un mes y dos semanas de vacaciones en la guardería en la que trabajo en Roma, con la promesa de volver, así que no descuidaré mi trabajo, mis amigos o mi vida en esa ciudad.

Después de un rato poniéndome al día de las publicaciones sociales de mis amigos, escribirles correos y mensajes, y revisar las facturas recién pagadas de los servicios de mi piso, siento como una mano masculina me toca la espalda suavemente a modo de llamada.

—¿Carlota?

—Oliver. —Levanto la mirada y veo el imponente cuerpo de mi amigo y su melena rubia bajo la luz de la lámpara de techo. Lo abrazo con una sonrisa enorme ocupando la mitad de mi cara.

—Madre mía, qué emoción, ha pasado mucho tiempo. Creí que te habías ido para no volver —me dice con la misma sonrisa.

—Solo he vuelto por la boda de Zoé.

—Y porque Benjamín se muere y todo eso —bromea.

Me tenso enseguida. ¿Acaso lo sabe todo el mundo? ¿Qué más saben los demás de nosotros?

—Sí, puede que también por eso, siéntate. ¿Qué te apetece tomar? Yo invito.

—Vaya, muy amable, me siento muy halagado —me sonríe.

—Es lo mínimo que puedo hacer. Camarera, por favor.

—Un té de menta con miel.

—Enseguida —contesta la chica antes de alejarse.

—No sabía que te gustase este tipo de ambiente tan tranquilo —bromea Oliver.

—¿Qué? ¿Por qué dices eso? ¿A qué te refieres?

—Pensé que lo tuyo eran los ambientes cargados y los bailes latinos.

—Sabes que me pueden gustar ambas cosas perfectamente, ¿verdad? Además,

podría decir exactamente lo mismo de ti.

—*Touché,* no ha sido el mejor comienzo para romper el hielo, lo siento mucho, sigues poniéndome igual de nervioso —se ríe.

—Vaya, esa sigue sin ser mi intención —le aclaro.

—Oh, lo sé, lo sé, tranquila, no estoy ligando contigo ni mucho menos, he encontrado a mi compañera, Gema. ¿La recuerdas? Ibais juntas a clase.

—Claro que la recuerdo. —Me emociono al ver la imagen de Gema en mi cabeza—. Madre mía, qué afortunado eres. Es una locura, me alegro mucho por los dos.

—Pásate algún día por casa, estamos pensando en tener cachorros pronto y, bueno, tú eres algo así como una maga de los niños, ¿no? Podrías darnos algunos consejos.

—Oh, bueno —me sonrojo—, se me da bien cuidarlos, pero poco puedo ayudaros sobre cómo encargarlos —me rio.

—Oh, no —sonríe—, creo que eso ya lo tenemos controlado.

Me siento genial al poder dejar fluir mis carcajadas, volver a estar en casa no se siente tan mal.

—Bueno, sí, podría decirse que he estudiado unas cuantas cosas sobre niños. Os ayudaré encantada con lo que queráis.

—¿Qué tal Benjamín con su hija? ¿Ya la has conocido? Seguro que te adora.

Mi corazón da un vuelco y tengo que sostenerme en la mesa para seguir guardando la compostura. Su hija. ¡Mierda! ¡Joder! Como duelen esas palabras.

—Bueno —sonríe—, su hermana hija.

—¿Qué?

¿A que se refiere con su hermana hija? Es su hija… ¿O no?

—¿No lo sabes?

—¿Saber qué? La niña es su hija, suya y de Ela.

—No, Carlota, es de Ela y Alonzo.

La sorpresa me golpea el corazón y la mente con gran intensidad. De Ela y de Alonzo. No es suya. La niña. Joder. Es su hermana. Maldita sea.

La sangre desciende de mi cuerpo dejándome vacía de forma repentina, me siento ligera en

exceso y mi respiración se acelera mientras me tambaleo.

No he permitido que nadie me hable de Benjamín, de ese tema o de nada al respecto. ¿Por qué me siento tan mal?

Saber esto no cambia nada, ¿o sí?

—¿Estás bien, Carlota?

—Gracias por contármelo, Oliver —digo mientras recojo mis cosas apresurada—, me has ayudado mucho. Te prometo que me pasaré por vuestra casa y nos tomaremos un té.

Antes de subir al coche, envío un mensaje a Zoé.

«En la cabaña, con la terapeuta,

en quince minutos».

Sé que es tarde, pero si yo no puedo dormir, nadie lo hará.

CAPÍTULO 9



BENJAMÍN

Si arreglas tus pensamientos, los problemas se arreglarán solos.

En la actualidad…

Acabo de echar un ojo rápido a Ágatha en la cama y corro hacia la cabaña. Cuando llego, todos me esperan sentados. Me sorprende el hecho de que ahora, Mateo y Zoé, se sienten juntos en un sofá y solo tenga libre un hueco al lado de Carlota, y que ella no proteste al respecto. Me siento extrañado, se la ve muy ansiosa y desesperada jugando con las manos.

—Siento haber tardado, tenía que echar un ojo a Ágatha antes de salir.

—No pasa nada, Benjamín —me tranquiliza Helen.

—Estoy lista para continuar —dice Carlota decidida—. Ahora. Quiero saberlo todo.

—Vale, Benjamín. ¿Te gustaría continuar a ti?

—Claro —digo confuso—. ¿Qué te tiene tan nerviosa? —pregunto a Carlota en voz baja sin poder reprimir mi curiosidad, me mira de arriba abajo agitada antes de ofrecerme su mano. La cojo sin pensarlo, soy conocedor de cuan mal lo está pasando con la ansiedad. Y todo por mi culpa. ¿Por qué la Diosa no acaba con mi vida de una vez?—. No sé si voy a ser capaz, es muy doloroso recordar, pero lo voy a intentar.

CAPÍTULO 10



BENJAMÍN

Incluso la noche más oscura terminará cuando salga el sol.

Hace casi cuatro años… *La noche de la fiesta.*

No había tenido el tiempo suficiente para asimilar todo lo que había sucedido la noche anterior, porque estaba demasiado nervioso planeando mi propio plan perverso, además, Mateo me había tenido demasiado ocupado mientras me llevaba de un lado a otro como su perrito faldero, vigilando cada uno de mis pasos como si fuese mi maldita niñera.

Pero lo cierto es que, en el fondo, estaba demasiado jodido, roto y dolido por perder a Carlota y haberla hecho sufrir de esa manera.

Sabía que terminaría haciéndole daño. Lo sabía y, aun así, no lo pude evitar. ¿O no lo quise evitar? La verdad es que estaba muy pillado, “enamorado” y eso me encantaba y me jodía a la vez.

La fiesta de esa noche marchaba viento en popa y, con mi hermano en ese reservado, estaba preparado para dar inicio al plan sin pensar en las consecuencias.

—Te estás equivocando, Benjamín, no hagas esto. Zoé no es como Ela y tú puedes ser diferente y llegar a ser merecedor de Carlota. —Mi lobo me tenía completamente harto con el tema, se creía mi maldito terapeuta—. No puedes arrojarla a la muerte de esa manera, estamos casi bajo ataque, piensa en la situación de nuestras fronteras, con Mateo KO. ¿Qué harás si surge una situación de guerra?

—Cállate, Risk, no han logrado entrar en años y tampoco lograrán hacerlo ahora.

Sabía que Risk tenía una fuerte convicción en sus creencias, pero yo tenía pensamientos propios y contrarios. Estaba tan seguro de que ella era una espía que no vislumbré, ni por un segundo, la idea de que fuese yo el que se estaba equivocando.

—Mateo —llamé la atención de mi hermano y le serví el vaso de ron alterado—, tienes que

probar este ron, es genial. Un gran reserva de veinte años, sacado directamente de las barricas privadas de papá.

Me odiaba a mí mismo por lo que estaba a punto de hacerle a mi mejor amigo, a la mitad de mi alma; traicionarlo de esa manera. Jamás me lo hubiese planteado si no hubiera creído firmemente en el hecho de que lo hacía por su bienestar. Había robado piedras de portal y las había dejado específicamente distribuidas donde la princesita pudiera encontrarlas. Creía tenerlo todo calculado, si ella no era una espía, su primera respuesta, en medio de su desespero, sería volver a territorio humano, donde, con suerte, podría localizarla antes de que la mataran y devolvérsela a mi hermano. Si al contrario, se quedaba y mantenía su teatro como si no le importase o fingía perdonar a Mateo, tendría mi respuesta y la mandaría directa a los brazos de Alonzo, de donde no tendría que haber salido jamás. Esa noche iba a salir de dudas de una vez por todas.

Mateo cayó drogado e inicié el plan, lo desvestí y lo dejé en la cama junto a Amelia para después dejar pasar a Alana. Pasó lo que me pareció demasiado tiempo hasta que una Zoé dolorida y tambaleante se acercó hasta allí. Cumplí a la perfección mi función de no dejarla acercarse a él.

La mirada de Carlota, de dolor y decepción, rompió mi corazón en mil pedazos y logró que me replantease todo en ese momento, hasta casi tirar por la borda todo el plan y dar marcha atrás. Ella había sido la única persona que había confiado ciegamente en mí en mucho tiempo, la única que me había preferido por encima de la princesita y se había preocupado lo suficiente como para luchar por encontrar la verdad detrás de mi comportamiento. Ella me había querido de manera sincera y me había entregado todo su ser, y solo había recibido dolor a cambio. Sacudí la cabeza intentando alejar las lágrimas y el dolor de mi corazón mientras la miraba, pero estaba demasiado dolido, y la desesperación nublaba mi mente.

«Perdóname, mi amor», grité en mi cabeza, pero me di de bruces con la realidad: si Zoé resultaba no ser quien yo creía, no tendría perdón. Mi familia, Carlota, nadie iba a perdonarme.

—¡Oh, Diosa! —lloró Carlota desgarrando mi alma. Su voz, su desesperación, la forma en que temblaba y me miraba como si yo fuese un monstruo fue demasiado para mí. Pude soportar esa mirada en todos los demás, pero no viniendo de ella—. Vámonos de aquí, Zoé, esto no vale la pena.

«No valgo la pena», me repetí en un estado caótico de alienación.

—Tienes razón —la enfrenté con tristeza—, lo mejor será que os larguéis las dos bien lejos de aquí.

«Vete, mi Carlota, vete con ella y aléjate de mí porque no puedo ofrecerte nada más que dolor», pensé, y sentí como todo el peso del dolor caía de lleno sobre mis hombros. Estaba roto. Herido. Agonizando en vida e incapaz de suprimir el sufrimiento.

Después de esa noche, si Zoé no era una espía y huía a territorio humano, si no lograba encontrarla antes de que mi hermano despertase, si ella era inocente y las estaba enviando al peligro: mi final sería la muerte. De todas maneras, ya moría lentamente dentro de la tumba que yo mismo me había cavado.

Cuando las chicas se fueron, me derrumbé en un llanto desesperado.

—¡Largaos de aquí! —eché a gritos a Amelia y a Alana—. ¡Largaos!

CAPÍTULO 11



BENJAMÍN

Todo lo que inicia con ira, termina en vergüenza.

En la actualidad…

No soy capaz de mirar a nadie a la cara y solo evita que el dolor me desgarre por dentro el hecho de que sostengo la mano de Carlota.

—Todavía me siento como una mierda por eso, le pido todas las noches a la Diosa de la luna que me mate, merezco morir por haber fallado a mi hermano de esa manera, a mi hermana, a mis padres y a la mujer que amo. Todo lo que pasó fue culpa mía.

—Y ese es el motivo por el cual no has ido a buscarla para solucionar esto en tres largos años. Quieres morir, Benjamín, deseas la muerte porque no te perdonas.

Carlota suelta mi mano y enseguida siento el vacío y la desolación de estar en un limbo, sobre la nada, sin nada que me sostenga, mezclado con el nerviosismo y desespero que recorre ahora mi cuerpo al escuchar salir de la boca de Helen esas palabras.

—¿Quieres morir, Benjamín? —me pregunta Carlota con lágrimas en los ojos.

—Quiero hacerlo —dejo salir las palabras en medio de mis propios sollozos, que se mezclan con los llantos de los demás. No puedo hacer nada más que llorar durante lo que me parecen minutos, llorar con rabia, con un llanto desgarrador y doloroso. Claro que quiero morir, claro que me quema la vergüenza al recordar todo el daño que ocasioné, cómo me comporté basándome en errores y sospechas debido a mis propias infamias y lo parecido que actué a ese maldito desgraciado con el que lamentablemente compartía sangre—. Sé que me queréis y que algunos habéis logrado perdonarme, pero yo no me perdono, no puedo hacerlo, no después de lo que te pasó por mi culpa.

Levanté la mirada para encontrarme con la de Carlota, atónita, confusa y desesperada.

—No merezco tu perdón, no merecía tu amor, ni el de Ágatha, ni la incondicionalidad de mi hermano o la compasión de Zoé, no merecía ninguna de las lágrimas que provoqué en el rostro

de mi madre o las canas que saqué en el cabello de mi padre. No merezco el respeto o la condescendencia de nadie en esta manada. Lo único que merezco es la muerte, pero supongo que esa es la penitencia que la Diosa tiene para mí, vivir sintiéndome así, sabiendo que destruí y tiré por la borda todo lo bueno que ella me había concedido.

El silencio se adueña de la sala volviendo el ambiente cada vez más tenso y me sorprendo al ver la afectación y las lágrimas en la cara de Carlota. Otra vez lo estoy consiguiendo, otra vez la estoy dañando sin que esa sea mi intención.

—Lo siento —me disculpo con ella apretando sus manos—, otra vez estoy logrando hacerte daño.

—Hermano. —Me rompo al mirar hacia Mateo y verlo llorar—. ¿Qué voy a hacer yo si tú mueres? ¿De verdad te planteas abandonarme? ¿Qué haríamos todos sin ti? —Se levanta y da unos pasos alrededor del sofá, desorientado. Me pongo de pie y lo detengo, con el peso de la culpabilidad latiendo en mi interior. Mateo me abraza y consigue que me derrumbe del todo en sus brazos—. Cometiste errores, hermano, pero aprendiste de ellos, salvaste la vida de Ágatha y te convertiste en un padre para ella. Arriesgarías tu propia vida por cualquiera de nosotros las veces que fuesen necesarias. No conozco un guerrero más fuerte que tú en esta manada y necesito que entiendas eso y vuelvas a valorar tu vida, Benjamín. Necesito recuperar a mi hermano, no puedo soportar vivir una vida en la que tú no estés. —Mateo se deshace en lágrimas —. Joder, Ben, Valeria dio su vida por la tuya, no puedes, no puedes pagarle de esa manera.

—Hay cosas buenas en tu corazón, Benjamín —interviene Zoé desde el sillón—, no somos solo nuestro pasado o los actos que cometemos en momentos determinados.

Mi corazón salta sin cesar, sintiendo un dolor voraz que lo consume, mientras lloro con vehemencia escuchando las palabras de mis hermanos. Por supuesto que tienen razón, por supuesto que no quiero dejarlos y que veo, en cierto modo, las cosas buenas que aún conserva mi vida, pero mi mente trabaja en exceso y me tortura siempre de forma lenta, no me deja borrar el dolor del pasado y lo revive constantemente.

—Volveremos sobre este punto más adelante —dice Helen una vez me ve recuperar el aliento, consiguiendo, con su tono, calmarnos un poco a todos. Mateo vuelve a su asiento y Zoé le ofrece un pañuelo que él acepta con agradecimiento para dejarlo lleno de mocos a continuación—. Ahora, Carlota, me gustaría que hablases sobre las consecuencias principales que acarrearon esos hechos para ti. Me gustaría, solo si estás lista, que hables sobre tu secuestro.

Siento como ella tensa su cuerpo enseguida, me siento a su lado y vuelve a cogerme de la mano.

—Está bien —suspira finalmente—, estoy lista.

CAPÍTULO 12



CARLOTA

A veces la persona que te rompe, es la única capaz de arreglarte.

Hace casi cuatro años…

Salimos de la fiesta en dirección al bosque. No podría decir cuánto corrimos bosque adentro o si era Miguel, Zoé o Savannah quien tiraba de mí, pero mis pies se movían mientras mi mente gritaba y mi corazón bombeaba tan fuerte que me zumbaban los oídos.

De reojo, centraba de vez en cuando, preocupada también por ella, la mirada en Zoé, estaba tan afectada que no sabía qué era más doloroso: mi propio sufrimiento o el de ella.

No podía creer que su desdén hubiese llegado a tanto. Definitivamente, ya no conocía a ese Ben. Causarnos tanto dolor, decirnos que nos largáramos de esa manera, como si no fuéramos nada, nadie. Decírmelo a mí, que no conocía más hogar que Luna Creciente, a mí, que crecí junto a él y le di todo lo que tenía en cada momento.

Le entregué todo de mí y mira lo que recibí a cambio.

Solo acababa de confirmar cuán ilusa había sido creyendo en que había algo bueno en el interior de Benjamín y que yo podía sacarlo con amor. No lo había y estaba pagando las consecuencias.

Escuchaba las voces de mis acompañantes, discutían de forma acalorada, pero no entendía ni una palabra, estaba demasiado aérea, demasiado ensimismada en mi propio dolor.

—No quiero volver allí jamás, no quiero volver a ver a Benjamín. —Caí en la cuenta, sintiéndome destrozada.

—Tranquila. —Me abrazó Zoé poniendo a un lado su propia pena—. ¿Qué hora es?

—Son las once y veinte —respondió Savannah.

—Pronto será tu cumpleaños, tendrás a tu loba —Zoé sonaba serena.

La miré antes de volver a agachar la mirada. Ese debería ser el momento más feliz de mi vida y Benjamín me lo había arruinado. Arruinado a propósito y de forma consciente.

¿Por qué no me había parado los pies desde un principio? ¿Por qué no dijo que no me quería, que no me hiciera ilusiones, desde el primer beso? ¿Por qué había tenido que engañarme la primera noche que no se coló en mi habitación?

Eran demasiadas preguntas para las cuales no tenía respuestas.

Estábamos tan ensimismados en la conversación que no advertimos la presencia de esos hombres, que corrían a toda prisa en nuestra dirección, acercándose hasta que fue demasiado tarde.

Recuerdo el pánico que se desató al principio, a Miguel gritando que corriéramos. Lo intentamos. Recuerdo que me sujetaron con fuerza por la espalda, noté un olor nauseabundo y todo se volvió oscuro. Lo siguiente fue despertarme en un lugar extraño escuchando la voz de mi loba, que me llamaba con dulzura.

El tiempo que pasamos en la casa de la manada de Alonzo fue, por llamarlo de una manera, extraño, a la par que terrorífico. Tuve miedo de estar allí cada segundo de cada hora a pesar de que nos trataron con dedicación y condescendencia. Me ponía demasiado alterada estar lejos de casa y con el fantasma del peligro susurrando en el oído, además, la osadía de los actos de Zoé solo conseguía ponerme más nerviosa a cada momento. Ella era el objetivo de ese alfa, Savannah y yo éramos prescindibles para él.

A pesar de todo, obedecí las directrices de Zoé en todo lo que propuso: adular a Alonzo para que nos dejase volver a Luna Creciente junto a su hijo Jeremiah y así ganar tiempo e involucrar a Mateo. Su plan parecía marchar bien, mantuve bajo control mi miedo e intenté adular a ese alfa, tal como lo hacía Zoé. Ese asqueroso había aceptado todas sus peticiones y había accedido a que nos marcháramos a nuestra manada sin dejarle a nadie a cambio. «Menos mal», pensé, porque la manera en la que me miraba me hacía temblar y me provocaba arcadas. Desde esa mañana, al despertarme, me sentía un poco feliz, a pesar del dolor que me había provocado Benjamín con su actitud y su traición, me sentía contenta de tener a Molly y, tenerla, me hacía tener esperanzas, sentirme más fuerte, creer que podría salir adelante una vez más, al fin y al cabo, no iba a ser la primera y única chica con el corazón roto.

Cuando nos dispusimos a cruzar el portal de vuelta a casa y la mirada de Alonzo se posó en mi pecho, me distraje debido a la incomodidad que me produjo. «Maldito enfermo desagradable», pensé. No me di cuenta de que me había quedado la última y, cuando inicié mis pasos, sentí sus manos asquerosas tirar de mi blusa con fuerza, demasiada fuerza. Caí de culo al momento y grité descontrolada. No entendía qué estaba pasando.

¿Había cambiado de opinión? ¿Iba a matarnos? ¿Por qué me retenía y no me dejaba ir?

De un momento a otro sentí como colocaban algo blando en mi nariz y mi mente se iba nublando mientras perdía la conciencia.

Cuando desperté, estaba atada a una barra metálica sobre una mesa de metal, cubierta solo con

un tanga. No sabía cómo había llegado hasta ahí. No era capaz de recordar absolutamente nada, no sabía lo que había hecho conmigo ni cuántas horas estuve secuestrada. No recuerdo haber hablado con él, ni que me tocase, pero alguien tuvo que haberme colocado allí, así, en esa posición tan vulnerable. Mi loba tampoco sabía nada, la cantidad de acónito que inhalé fue tal que la dejó KO en el acto. No sé lo que pasó. Y eso me duele al recordar.

Estuve despierta lo que me parecieron horas en esa posición hasta que escuché a los chicos, hasta que inhalé, de forma débil, el olor de Ben.

CAPÍTULO 13



CARLOTA

El autoengaño: es primero un cálido refugio y, luego, una fría cárcel.

En la actualidad…

A veces distraigo a mi mente y me digo a mí misma que no me pasó nada, que nadie me tocó y solo formó parte de un juego sexual retorcido que Ben ideó para nosotros.

Ese pensamiento me ayuda. Porque cargar toda la culpa y todo mi odio en él, me ha servido para que duela menos.

—Ese sentimiento es totalmente válido, Carlota —me tranquiliza Helen—, cada uno tiene diferentes métodos de defensa que lo ayudan a sobrevivir a sucesos traumáticos, tú no eres la excepción.

Me alivia escuchar esas palabras, aunque ya las había escuchado antes, de mí misma y de otros terapeutas.

—¿Cómo viviste tú esa parte, Benjamín? —pregunta Helen.

—Es la peor pesadilla de toda mi vida. La que me hace sentir el más miserable de todos los miserables.

CAPÍTULO 14



BENJAMÍN

El mundo se derrumba, pero su sonrisa me hace levantarme.

Hace casi cuatro años. Horas antes.

Llegué con sigilo a través del bosque. Mi intención era entrar en casa de la manada, coger mis cosas y volver a largarme al exilio al que me acababa de desterrar mi hermano, evitando que me detectara y descargara su ira contra mí.

¿Me había equivocado? ¿Realmente Alonzo había secuestrado a las chicas? ¿O solo era una artimaña de Zoé para reunirse con su titiritero sin levantar sospechas?

Observé una multitud sosteniendo una acalorada conversación en medio de mi camino por el bosque y distinguí, entre ellos, a varios de nuestros guardias, a mis padres y a mi hermano.

Me planteé continuar mi camino, esa era la situación ideal para no ser detectado, Mateo parecía demasiado absorto en esa discusión, pero también parecía dolido.

Mi hermano… Me partía el corazón ver su rostro tan desencajado, tan roto y lleno de preocupación.

¿Sabría ya algo de las chicas? ¿Les habría pasado algo?

Mi preocupación por mi familia fue mayor que mi miedo y mi egocentrismo. Tenía que saber de qué estaban hablando.

—¡Es mi sobrina! —escuché gritar a la bruja mientras me acercaba con sigilo—, la envié aquí solo para protegerla, pero jamás la abandonaría a su suerte.

—No es tu sobrina, Zoé es nuestra hija —replicó mi padre.

—Cuando yo la encontré, solo era un pequeño bebé en manos de ese maldito psicópata. No la devolví aquí porque sabía que no podríais protegerla y ahora no habéis hecho más que confirmarlo.

—¡Él nos la quitó! —gritó mi madre y mi corazón se sobrecogió en el acto. Sentí el impulso voraz de intervenir, rodear a mi madre entre mis brazos y enfrentar a ese ser que la hería con sus

palabras, pero también, por primera vez, cayó sobre mí una parte del peso de mis actos, si no hubiese actuado como actué, si hubiese buscado otra manera de resolverlo, podría estar con ellos en ese momento y no escondiéndome de mi propia familia como un ladrón—, la arrancó de nuestros brazos.

—¡No la protegisteis lo suficiente! No sabéis lo que ese hombre hace a las mujeres —dijo con terror en la mirada—. Corre mucho peligro, como ponga los ojos en ella, la habremos perdido.

Me recorrió un escalofrío. Todos conocíamos los rumores sobre Alonzo Guerra: se decía que secuestraba chicas y las hacía desaparecer.

«¿He podido yo enviar a las chicas a un destino como ese?».

«No, Diosa, por favor, no me castigues de esta manera, si me he equivocado, solo yo debería pagar las consecuencias, nadie más», pensé desesperado.

—Zoé está marcada como mía, si ese alfa la toca, sabe que lo descuartizaré. —La rabia fue lo único palpable que distinguí en la voz de mi hermano y en mi propio interior. Si las tocaba, si tocaba a cualquiera de las chicas, no tendría piedad. Por fin me quitaría las ganas de venganza que sentía por él—. Si la toca, lo mataré —repetía Mateo.

—Sé perfectamente lo que ese hombre hace a las mujeres —dijo mi madre con dolor—, por eso me odia tanto. Acogí y protegí a una de esas mujeres torturadas.

Fui consciente al momento de lo que significaban esas palabras, y los gestos que sucedieron a continuación entre mi madre y mi hermano solo sirvieron para confirmar esas sospechas que me generaban tanto pánico y dolor de tan solo pensar.

El corazón me empezó a latir con fuerza, al punto de que, el sonido de esos latidos, era lo único que escuchaba con claridad.

—Así que es verdad —dijo Mateo—. Ese hombre es mi padre.

No. No. No. No. No.

«Por favor, Diosa, que esto sea una pesadilla», pensé mientras el dolor me consumía por dentro.

—Ese hombre es una bestia, solo llevas su sangre. ¡Nada más! —Mi madre lloró desconsolada—. ¡Eliazar es tu padre! ¡Y el de Benjamín!

Solo había caos en mi interior y el bombeo excesivo de la sangre amenazaba con sobrecargar mi forzado corazón. Todo se nubló. Era demasiado doloroso. Ese Alonzo era la personificación del mal, su único objetivo era ocasionar daño y lo conseguía.

—Así que, ¿sacrificas a tu propia hija por mantener a salvo a los de él? —gritó la bruja sorprendida.

Sacrificar a su hija. ¿Había sacrificado a la hija de mi madre?

—¡Son mis hijos! —respondió mi madre—. ¿Qué se supone que puede hacer una madre? ¡Los tres son mis hijos! ¡Los amo por igual! Y ese hombre no va a tocar a ninguno de ellos, no

voy a entregar a ninguno de ellos.

—¿Qué? —Fue lo único que logré que mis labios pronunciaran, pero en realidad quería decir más, mucho más—. Vaya, así que la princesita ha tenido razón todo este tiempo. Y yo que creí que solo lo decía para joderme. —Negué con la cabeza, buscaba algo de calma, rebajar tensión y dolor al calvario que estábamos viviendo, pero no funcionó, nada podría haberlo hecho más que el haber podido revertir el tiempo y haber tomado otras decisiones. Pero no hubiera servido de nada porque juzgué, humillé y torturé a Zoé basándome en dudas, sospechas y suposiciones que caracterizaban a otra persona, a Ela. Cavé una tumba en la que nos enterré a todos con mis actos y merecía la muerte por eso.

El peso de esas palabras hizo que el alma me cayera directa a los pies.

¿Zoé era inocente en todo esto? ¿Ella era solo una víctima más a la que yo me había empeñado en disfrazar como villana?

—Creí haberte dicho que no quiero verte por aquí —replicó Mateo.

—Necesitaba mis cosas, no me dejaste llevármelas.

—Ben, deberíamos ir adentro, cariño, yo te ayudaré a buscar tus cosas —dijo mi madre antes de cogerme de la mano e intentar guiarme en otra dirección.

—No soy un niño, madre, tengo derecho a participar en esta conversación.

—Benjamín tiene razón —reconoció mi padre—. Es hora de hablar con la verdad, déjennos solos —ordenó a los guardias, los cuales obedecieron al instante, dejando libres sus ataduras contra Vanessa—. Ambos sabíamos que este momento llegaría algún día, esposa mía. —Cogió a mi madre de la mano—. Debemos contar a nuestros hijos su verdad, la verdad que Valeria nos pidió que les contáramos algún día. —Besó a mi madre en la frente para reconfortarla y continuó. Sentí el deseo de detenerlo. Sabía a la perfección que esa verdad no me gustaría en absoluto—. Llegó a nuestras fronteras con un niño pequeño a la espalda y un embarazo en sus últimas etapas, pidió directamente hablar con nosotros y pedimos que la trajeran hasta aquí.

—Cuando la vi, apenas se mantenía en pie, llevaba días caminando, deshidratada y sin comer, tampoco podía transformarse, así que ella, su lobo y tú —dijo mamá mientras me miraba fijamente, me estaba muriendo de dolor frente a ella, suplicando en mis adentros que no existiese esa verdad que estaba a punto de contar—, os estábais muriendo de hambre. Tú tenías mejor aspecto —comentó acariciando la mejilla a Mateo—, eras un niño mayor, la cuidaste y la ayudaste recogiendo agua y frutos secos en el camino, pero te los había dado casi todos a ti. La alimentamos, buscamos ayuda médica y la ayudamos a ponerse cómoda. Los médicos dijeron que, si daba a luz en esas condiciones, no sobreviviría.

»Pero la vida es caprichosa y esa misma noche empezó el trabajo de parto. Mientras se retorcía de dolor para darte a luz, me contó, en medio del llanto, todas las barbaridades que le había hecho ese hombre. Ella ni siquiera tenía aún a su lobo cuando la encerró en ese sótano. Nos

pidió que cuidáramos de sus hijos y que nunca se los entregáramos a ese bárbaro. Se lo prometí, y lo he cumplido. —Las lágrimas de mi madre caían compulsivamente. Miró hacia al cielo y añadió—: Lo he cumplido.

—Tenía solo veintiún años cuando nos dejó, seguía siendo una niña —se lamentó mi padre.

—No me arrepiento de nada —añadió mamá—, la hubiese cuidado igualmente si ella hubiese vivido, hubiera iniciado una guerra entre las manadas pero no la hubiese entregado. Nunca.

Me quedé en *shock*. Era demasiado, demasiado dolor como para soportarlo. Miré de reojo a Mateo y noté que estaba en el mismo estado que yo. Había sido un imbécil y tuve que privarme de abrazar a mi hermano por mi maldita estupidez. Todo había salido a la luz y, como ya sospechaba, Mateo era lo más real que tenía y lo había arruinado. Había arruinado a mi familia, a la mujer que amaba y me había comportado como el ser malvado que me engendró.

Valeria, mi madre biológica, ¿cuánto maldito sufrimiento le causó ese malnacido? ¿Cuánto de su sacrificio tiré a la basura?

—La recuerdo vagamente —empezó Mateo en voz baja—, recuerdo el sótano, las cadenas, sus gritos. Recuerdo cómo cantaba, cómo me cargaba y me besaba mientras inventaba historias para mí. Un día le pregunté por qué su barriga había crecido así y me contó que iba a tener un hermano. Hablaba maravillas de él, decía que tendría la misma fuerza que yo. —Niego con la cabeza. «No soy igual de fuerte que tú, hermano, soy débil y un cobarde». No podía soportar una palabra más—. Me dijo que nos escaparíamos y que nos mostraría el mundo. Nos prometió que él nunca volvería a encontrarnos y lo ha cumplido hasta ahora.

—Quiso ponerte Benjamín, porque eras su pequeño —dijo llorando mi madre—, en el fondo ella sabía que no llegaría a ver tu cara. Pero lo intentó, luchó por poneros a salvo y lo hizo, aunque ella no lo logró.

—El pequeño Benjamín de Valeria —recordó papá con una ligera sonrisa—, necesitamos recuperar a nuestro pequeño Benjamín. —Lloró afectado.

—Ella me dio lo más importante y más bonito de mi vida, no voy a traicionar su memoria, no entregaré a mis hijos a ese alfa así tengan que arder las dos manadas.

—Si tienen que arder, madre, haremos que ardan, pero recuperaremos a mi compañera —dijo Mateo con decisión—. Recuperaremos a Zoé.

Seguía en *shock* mientras los escuchaba. Asimilando cada puñalada. Fue demasiado duro escuchar lo que escuché esa noche y comprender todo lo equivocado que estaba, y lo mucho que debía realmente a mis padres, mucho más de lo que imaginaba. Las lágrimas habían salido desde lo más profundo de mi pecho quemando durante todo el camino hasta el exterior.

¿Quizá por eso estaba tan jodido? Porque era hijo de un perturbado.

¿Quizá por eso me gustaba atar a las chicas y no les permitía que me tocasen o que me viesen? Quizá él planeó que yo fuese como él enviando a mi vida a Ela, pero a mí se me hizo

fácil aceptar su manera de follar sin poner objeción alguna.

Mi madre huyó de ese hombre como Carlota huyó de mí.

Desde que Zoé llegó, me había sentido desesperado y vacío, creyendo que ella era el monstruo cuando en realidad lo era yo mismo, un monstruo creado por otro a su imagen y semejanza. Un monstruo que puso en peligro a su hermana, su manada y a la chica a la que amaba.

Al final Risk tenía razón y yo era el único que se equivocaba.

Lloré de frustración y sin miramientos al recordar lo sencilla que era mi vida antes de todo eso. Mi hermano era todo lo que tenía y todo lo que quería tener. No me hacía falta nada más si Mateo me ofrecía su respaldo. Pero cuando llegó Zoé, él solo veía a través de sus ojos y yo perdí una parte de él, y una parte de mí con eso. Y todavía no sabía lo de Ela, pero cuando se enterara, lo perdería por completo.

Toda esa desagradable situación, todo ese maldito teatro regentado por el perverso Alonzo, solo hizo crecer el vacío oscuro que tenía en mi interior y, en vez de ver la luz al final del túnel, en vez de agarrarme con fuerza al salvavidas que me lanzaba Carlota, mi hermano y mis padres, lo dejé crecer hasta que consiguió tragarme casi por completo.

Si yo hubiera sido Carlota, no me perdonaría. Si yo hubiera sido Zoé, no me perdonaría. Si hubiera sido mi hermano o mis padres, tampoco lo haría.

No supe parar a tiempo, no supe soltar y pedir ayuda, o recibir la que se me ofrecía, y en ese momento estaba allí, de rodillas en la hierba de ese bosque, hiperventilando ante todas esas palabras.

«Ese hombre secuestró y torturó a una chica que ni siquiera tenía aún a su lobo», y yo que no había pasado ni un segundo a su lado, había hecho casi lo mismo que él. Había mentido, había traicionado y había hecho daño a las personas que amaba.

Resultaba que ese maldito era nuestro padre biológico, que al final mis padres nos mintieron y nos ocultaron ese gran secreto, que Zoé era inocente y tenía razón.

—Alguien ha llegado a través de un portal —dijo la bruja analizando la densidad que acababa de instalarse en el ambiente—. Están cerca.

—Es el aroma de Zoé —gritó Mateo emocionado.

Encabezó la marcha, corriendo a toda velocidad hacia su olor antes de ser seguido por todos. Me levanté, desconcertado, sorprendido de ser capaz de conseguirlo, podía distinguir el olor de Zoé, acompañada de otros, pero no el de mi Carlota.

¿Su olor habría cambiado al conseguir a su loba?

Luché por alcanzar la distancia que me habían sacado los demás y el alma se me cayó a los pies al escuchar los gritos de Zoé llamando a Mateo desesperada. Lo sentía tanto.

Tenía delante a una Zoé desquiciada, una Savannah llorosa y un chico alto de complexión

delgada bastante parecido a nosotros.

—¡Mi amor! —Mateo intentó cogerla, pero ella le empujó con la mano, con fuerza.

—¡Carlota! ¡Se ha quedado con ella! ¡Nos ha engañado! ¡Tenemos que ayudarla! —gritó incontrolable.

—¿Qué demonios dices? —intervine, roto de preocupación.

No podía olerla, pero jamás imaginé que hubiera acabado en un destino como ese, era más de lo que podía procesar, más de lo que podía pensar. Imaginarla en peligro, en las manos de ese degenerado me provocaba náuseas y malestar. Empecé a sudar frío mientras todo mi cuerpo temblaba envuelto en la mayor sensación de pánico que jamás había experimentado.

—Ha dicho que si yo traía a su hijo conmigo —dijo. Su hijo. Mis ojos se posaron de inmediato en Jeremiah, que me devolvió una mirada avergonzada—, él quería quedarse con un seguro, pero me negué y aceptó. Me temo que, en el momento de cruzar el portal, ha tirado de ella y se la ha quedado. ¡Tenemos que ir a por ella! Por favor, Mateo. ¡He sido una estúpida por creer en su palabra! ¡Es mi culpa! ¡Vámonos ya!

Escuché los sollozos de terror de las personas que estaban a mi alrededor y, su miedo, no tenía nada que ver con el que me devoraba a mí en esos momentos.

—¡Eso no puede ser! —dijo la profesora, indignada.

—¿Qué? ¿Profesora Martínez? —preguntó Zoé confusa—. ¿Qué está pasando? ¿Qué hace usted aquí?

—Me enteré de que ese maldito se había hecho contigo y vine a intentar ayudarte —respondió.

—¿Por qué? —preguntó Zoé visiblemente molesta y con tristeza en los ojos—. Pero no te pregunto solo por ahora, es un «por qué» general. ¿Por qué? Quiero la verdad, ¡me lo debes! ¿Por qué me secuestraste cuando era un bebé y me entregaste a mis padres?

—Te saqué de ese lugar horrible y te salvé de ese degenerado —gritó Vanessa con dolor—, te llevé conmigo cuando conseguí escapar, sabía que te había secuestrado, conocía toda la historia, así como también conocía la de Valeria.

La expresión de sorpresa de los presentes, la mía incluida, no se hizo esperar.

—¿Sabes qué? Nada de esto importa ahora —la cortó Zoé, y cogió a mi hermano de la camiseta como un bebé que suplica atención—. No tengo tiempo para eso, ¡tenemos que ir a por Carlota! Si me amas, al menos un poco, llévame a por ella ahora mismo, por favor.

—Zoé, tienes que tranquilizarte, iremos a por Carlota, la rescataremos.

La voz de Zoé se fue apagando mientras gritaba el nombre de Carlota. Su respiración era demasiado veloz y se desmayó en los brazos de Mateo, rota de preocupación. Eso no podía fingirse. La había cagado, pero bien.

Fuimos directos a la casa de la manada. Quise ayudar a Mateo a cargarla, intervenir, servir

para algo, pero mi vergüenza era demasiada como para dejarme reaccionar. Era un manojo de nervios que no podía controlar ni sus propios movimientos. Nos reunimos en el salón y esperamos por unos segundos a Mateo que había ido a tumbar a Zoé en su cama.

—¿Así que este es nuestro hermano? —pregunté nervioso mirando en dirección a Jer. Parecía tan triste, tan desubicado, tan dañado, tan roto… Como todos nosotros en ese momento.

—Así es —respondió Savannah—. Jeremiah, ellos son tus hermanos: Benjamín y Mateo.

Mi hermano se quedó de piedra cuando Jeremiah se abalanzó sobre él en un abrazo, uno que no fue capaz de corresponder. Me localizó con la mirada y le devolví la confusión que había en la mía, así como la empatía. «La he cagado, hermano, pero estoy aquí», pensé.

Nos tiramos tres horas planeando el asalto a esa manada y me alegré de ver que mi hermano estaba tan dispuesto como yo a recuperar a Carlota, así eso implicase nuestra propia muerte en el proceso.



Tres horas después, los gritos de Zoé entrando al salón nos desconcertaron a todos. Se abalanzó sobre Mateo en un abrazo y lloró desesperada.

La culpa me dio otra punzada severa de dolor.

—¡Zoé! —la consoló Mateo—. Ya estamos preparados para ir a buscar a Carlota, amor mío, todo saldrá bien.

—Tenía un plan —dijo despacio, mientras lloraba—, pero se ha quedado con ella, tirándolo todo a la basura.

—¿Cuál era tu plan? —preguntó Mateo interesado.

—A ese alfa le gusta que lo adulen —nos informó—, le gusta que le digan a todo que sí y que lo hagan sentir el más importante. Si fingís estar de acuerdo con todos sus mandatos y dejáis que proclame a Mateo como su heredero alfa, podemos tener alguna oportunidad para denunciar sus actos al Consejo Superior de las Manadas Unidas y salvar a esas chicas.

—Es el mejor plan que he oído, Zoé —comentó Mateo despacio—, el consejo, sabiendo que tiene el apoyo del sucesor, sí tendrá potestad de intervenir.

Y tenía razón, no me gustaba, pero era la forma más pacífica de conseguir salvar a las dos manadas. Mi hermano era un gran líder, uno capaz de pensar con la cabeza fría, y Zoé era una gran luna, me lo acababa de demostrar.

—Ya no nos vale —dijo con lágrimas desbordadas—, no tenemos tiempo, hará daño a Carlota.

—Iremos ahora mismo a por ella, no dejaremos que la toque —comentó Mateo, y en eso coincidimos. No tenía calma alguna en mi interior, solo ira, pero haría lo que se me decía, escucharía a mi hermano por todas las veces que no lo había escuchado y haría lo que fuera necesario por el bien de mi Carlota.

—¿Cuánto he dormido? —preguntó Zoé angustiada.

—Tres horas.

—Tenemos que irnos ya.

—Date una ducha, come algo, y nos marchamos enseguida.

—¡No! ¡Nos vamos ahora! ¡Ya! —gritó desesperada.

—Que alguien traiga aquí a Álex, ahora mismo —ordenó Mateo—. Espera —dijo en voz alta, mientras esperábamos a Álex—, si tiene un hijo perfectamente válido para ser alfa, ¿para qué nos quiere a nosotros?

—Porque es un maldito psicópata, tenía a Jeremiah encadenado a la cama de su habitación —respondió Zoé.

Eso no tenía sentido, era su legítimo heredero.

—No me considera digno, de hecho, ya no me considera ni siquiera su hijo, por eso aceptó la propuesta de Zoé tan fácilmente —informó Jeremiah haciendo crecer aún más mi desconcierto.

—Por eso y porque quería quedarse con Carlota —dijo Zoé con tristeza—. ¿Cómo no pude verlo a tiempo, Mateo? Debí darme cuenta de sus intenciones, de que iba a traicionarme.

—¿Por qué no te considera digno? —preguntó Mateo receloso.

—Porque no abuso con él de las chicas del sótano.

Los lamentos se hicieron audibles en la sala. Golpeé la pared con tal fuerza que derribé una parte, dejando un hueco enorme en gran parte de ella.

—Eso es completamente deplorable —dijo mamá entre lágrimas.

—Vuestra madre tiene razón, tenemos que detener a ese psicópata —dijo mi padre.

—Para eso tenemos que seguir el plan de Zoé —sentenció Mateo—, sé que todos estamos más que preocupados por Carlota, pero por las malas no lograremos conseguir nada.

—Mateo tiene razón —instó Jeremiah—, si Alonzo tiene la mínima sospecha de que lo estáis engañando o de que no estáis de acuerdo con su manera de pensar, se cerrará y no os devolverá a vuestra amiga ni os mostrará lo que queréis para salvar a esas chicas.

Álex llegó sobresaltado con las piedras para los portales.

—¡Estoy aquí! Ya sabéis cómo funciona. Suerte chicos.

Adular durante horas a ese maldito enfermo fue lo más difícil que tuve que hacer jamás. Quería saltarle a la yugular y exigirle que me entregara a Carlota cada vez que sus ojos se

cruzaban con los míos y me miraban con autosuficiencia, pero no podía hacerlo, no si quería que el plan de Zoé funcionara.

Mi maldita salud mental colgaba de un jodido hilo en esos momentos. Ver a ese hombre por primera vez, ver su parecido con nosotros, saber que tenía un hermano más, ser conocedor de sus actos hacia las mujeres, hacia mi propia madre biológica, y ver en sus ojos y en cómo se inflaba su pecho cuán orgulloso estaba de ello, fue simplemente demasiado para mí. Y saber que una escoria como esa tenía a mi Carlota en sus manos estaba, simplemente, acabando con mi vida.

Hubo algo que jamás confesé y fue la conversación que tuvo conmigo cuando nos quedamos a solas. Recordar esas palabras seguía siendo de las cosas más dolorosas de mi vida.

—Sé que eres como yo —dijo Alonzo y me miró fijamente—, me encargué de que Ela se ocupara de ello y te enseñara cómo se debe tratar a una mujer.

—Lo sabía. —Fue lo único que fui capaz de susurrar por el bien del plan—. ¿Por qué? ¿Por qué hacer eso a un chico de dieciséis años?

—Ya me lo agradecerás algún día, te enseñé a ser un hombre y gracias a la Diosa ha dado la casualidad de que eres mi hijo. Esta noche verás la sorpresa que te tengo preparada.

No sé si la tocó con sus asquerosas manos, pero Carlota tenía toda la razón en culparme, yo le di la idea para convencerlo de que era como él, de que compartíamos los mismos gustos para que se sintiese cómodo mostrándonos sus secretos. Le dije cómo atarla. Aunque no se lo hubiese hecho a ella, ordené que hiciesen eso a una chica en contra de su voluntad y es uno de los dolores más grandes con los que he tenido que cargar en mi vida.

Mientras me acercaba al zulo donde decía que tenía reservada para mí su «sorpresa», no podía oler nada más que rosas, olía tan suavemente como un maldito jardín de delicadas rosas. Mi lobo saltó en mi cabeza desesperado haciendo que mi ataque de pánico desapareciese. «Compañera», «compañera», no paraba de decir.

«Maldita sea, esa chica a la que he mandado a esta desgracia va a resultar ser mi compañera», pensé. «Merezco que no me quiera, merezco que me odie y me rechace aquí y ahora».

No sabía aún quién era, a pesar de que su olor y mis propias ganas de que eso fuera así me ofrecían una cierta idea. Ni siquiera la había visto y su aroma ya me tenía babeando, aún en esa tensa situación, pero en el fondo, solo disfrutaba de ese olor porque olía como Carlota, aunque mil veces mejor. Entonces entré a ese zulo y comprobé, con mis propios ojos, que efectivamente se trataba de Carlota, y una sensación de alegría se acomodó débil en mi interior y todo cobró sentido.

Sus ojos se abrieron todo lo que fueron capaces al verme. Pude ver cómo se balanceaba su cabeza, ya que estaba excesivamente drogada, y lo mucho que le costaba mantenerla erguida, así como sostener los ojos abiertos. Antes de que la rabia nublara mis pensamientos solo fui capaz de pensar en que si la Diosa quería darme una lección, entonces se había lucido en cómo

patearme el trasero.

Cuando la vi así, cuando dijo mi nombre en un susurro, supe que no había escapatoria para Alonzo, supe que era capaz de asesinar a ese maldito allí mismo.

CAPÍTULO 15



CARLOTA

Todo se ha vuelto tan imposible como cuando te pedí que te quedaras.

Gritos, golpes, lucha. Me sentía drogada y desesperada por lograr salir viva de allí. Quería volver a casa.

Cuando alguien entró al zulo nuevamente después de que desaparecieran los sonidos de la lucha, pude sentir tan débilmente su olor que tuve que escuchar su voz para asegurarme de que era él y mi sentido del olfato no me mentía.

—¿Ben?

—¡Carlota, estoy aquí! ¡Estoy aquí, mi amor! He venido a buscarte.

—Ben, no sé qué pasó —lloré apoyando mi cara en su pecho mientras me desataba.

—No importa, no importa lo que pasó, solo que voy a sacarte de aquí ahora mismo y superaremos esto juntos.

—¿Juntos?

—Me he portado como un imbécil, Carlota —lo escuché llorar—, pero te amo.

—¿Me amas? —En medio de todo el malestar y la inestabilidad producida por el acónito en mi sistema fui capaz de sonreír al escuchar esas palabras de su boca. Anhelaba tanto escucharlas que toda la droga en mi sistema me hizo disfrutarlas en exceso y olvidar todo lo demás.

—Tu loba está muy drogada, Carlota, pero Risk lo sabe, sabe que somos compañeros.

Entonces todo cambió en mi interior cuando me dijo eso, me quedé en *shock* y todos los recuerdos me golpearon. Solo me amaba de repente porque era su compañera. Ni siquiera la intensidad de los sucesos que acababa de vivir me pegaron tan fuerte como caer en esa cuenta.

¿Mi compañero? Mi mente no podía analizar si estaba increíblemente feliz o sumamente triste con esa información. Era algo que había deseado durante toda mi vida, se lo había pedido a la Diosa con todas mis fuerzas y, ahora que me lo había concedido, no estaba segura de si era lo que quería, no estaba segura de si se trataba de un castigo o una bendición.

Poco a poco, dejé de escuchar su voz, dejé de ver lo que se movía a mi alrededor, dejé de sentir y me apagué lentamente. No sé qué pasó, ni cómo, solo sucedió y, de repente, mi cuerpo estaba allí, pero mi mente no. Me negué a estar presente en medio de tanto dolor y confusión y lo conseguí. Lo agradecí. No quería estar allí. No quería existir en ese momento. Quería desaparecer. Y lo hice. Me quedé estoica, sin habla, sin vida, durante semanas.

Era consciente de todo lo que sucedía a mi alrededor. Veía y escuchaba el dolor y la preocupación de los demás ante mi situación, pero no era capaz de darle a mi cuerpo los motivos ni las fuerzas necesarias para salir de ese trance.



Después de más de dos semanas viviendo como una invitada en mi propio cuerpo, como un alma encapsulada en un espacio inservible incapaz de funcionar, me resultó complejo entender el hecho de estar en pie nuevamente. Solo lo hice por Zoé, para que sacara su culo de mi habitación y se fuera a su fiesta de presentación de luna.

Frente al espejo, miré mis ojeras, contemplé mi cambio y lo delgada que se me veía la cara. Lo apagados y sin brillo que se me veían los ojos o lo enredado que se veía mi cabello, revuelto alrededor de la cara.

Cogí uno de los peines y empecé a cepillarlo, localicé un goma para el pelo y me hice una coleta baja antes de lavarme los dientes y ponerme en el rostro un poco de crema hidratante.

«¿Qué pasó?». La pregunta que no me había dejado respirar bien en esas últimas semanas volvía a atacar. No lo sabía. No lo recordaba. No estuve consciente.

JODER.

Apoyé las manos en el lavamanos y respiré con fuerza buscando la calma pasajera.

—Nuestro compañero —advirtió mi loba—, se acerca.

Me puse nerviosa al instante, no estaba lista para hablar con Benjamín, para que me atosigara a preguntas y me agobiara con sus llantos baratos y su mierda de falsos perdones. Haber llorado sobre mi cama diciendo que lo sentía durante dos semanas no hacía que se borrase lo que me pasó.

—Mamá. —Salí del baño solo para encontrarme con la sorpresa de que ya no estaba en mi habitación. ¿Dónde había ido?

El pánico me recorrió cuando escuché llamar a la puerta y me sentí atrapada en ese espacio y

sin ninguna salida. No quería verlo. No todavía. Y sabía perfectamente que se trataba de él.

—Adele —le escuché decir—, soy Ben, solo quiero verla unos minutos —suplicó.

Siempre aprovechaba la ausencia de Zoé para que mi madre le dejase pasar y sentarse a mi lado mientras me contaba nuestras historias de infancia, las cargaba de aventuras e imaginaciones fantásticas, pero en ese momento no había nadie allí que quisiera dejarle pasar.

—Solo serán unos segundos, Adele, todos están en la fiesta, por favor. Necesito verla…

Mierda. ¿Por qué no podía evitar que me doliera tanto su dolor? ¿Por qué no podía evitar lo mucho que quería verlo? Mi cuerpo, mi mente y mi alma lo necesitaban con urgencia y lo pedían a gritos de manera dolorosa. Mi Benjamín. Mi compañero.

Respiré profundamente y me armé de valor. Abrí la puerta para encontrarme con su cara, que se desencajó por la sorpresa, antes de mostrar una sonrisa de alegría. Las bolsas negras bajo sus ojos me demostraron lo que yo ya sabía, lo mucho que había llorado. Seguro que no más de lo que había llorado yo.

—Benjamín —me permití pronunciar su nombre mientras lo miraba.

—¡Carlota!

Antes de poder pensar, Benjamín me empujó hacia dentro y me envolvió en sus brazos con fuerza y emoción. ¡JODER! Tuve que gritar al sentir las chispas que me electrocutaron al momento. Él, veloz como un rayo, ahogó mis gritos en su boca con un beso lento. Un beso inesperado que me llenó de dudas y confusión, pero también encendió por completo mi interior y me hizo recordar y añorar todos y cada uno de los besos que le había dado en el pasado. Un beso que, incapaz de resistirme, correspondí por completo.

Diosa de la luna, todo lo que decían sobre el vínculo era verdad y, en ese momento, me sentía como si tuviese una lluvia de fuegos artificiales en el interior de mi cuerpo. Si besarlo sin el vínculo me resultaba increíble, con él no podía definirlo, no encontraba explicación alguna para lo mágico que se sentía.

Lo disfruté durante unos segundos hasta que me obligué a recuperar la compostura y me convencí de que debía poner todo eso a un lado, desechar esa magia y volver a la realidad. Me dolió el corazón al hacerlo. El salado de nuestras lágrimas se mezcló en nuestros labios con el sabor de nuestros besos y sus palabras sonaban entrecortadas por el llanto mientras salían de su boca. Con las manos me aprisionaba la cara mientras unía nuestras frentes y continuaba dejándome besos en los labios y en sus alrededores.

—Has vuelto mi amor, has vuelto, estoy tan feliz de verte de pie, Carlota.

—Tienes que soltarme, Benjamín —supliqué—. Lo nuestro se acabó.

—Tenemos que hablar, Carlota, no podemos, somos compañeros.

—Te pedí, durante meses, que habláramos, que tuviéramos una conversación, y nunca me lo concediste, ahora no quiero hablar, si de verdad me quieres tanto como dices, te pido que te

mantengas lejos de mí.

Retiré sus manos de mi cara, mientras él temblaba descompuesto.

—Hemos terminado, Benjamín —dije cansada—, te dije que olvidaras el camino hacia mi habitación.

—No. Sabes que no puedo hacerlo, Carlota, sabes que estoy arrepentido, sé que me he equivocado.

—Chicos —escuché decir con confusión a mi madre y corrí a su lado.

—Quiero que te vayas, Benjamín —sentencié—. Vete con Alana y no vuelvas a mirarme nunca.

—Carlota, por la Diosa, no hagas esto, estoy desesperado.

—Benjamín —intervino mi madre—, dale un poco de espacio.

CAPÍTULO 16



BENJAMÍN

Quién no ha caído nunca no tiene ni idea del esfuerzo que hay que hacer para ponerse en pie.

«Benjamín. Dale un poco de espacio». «Lo nuestro se acabó». «Te dije que olvidaras el camino hacía mi habitación». «Si de verdad me quieres tanto como dices, te pido que te mantengas lejos de mí». «Vete con Alana y no vuelvas a mirarme nunca».

Mi cabeza era un maldito agujero de perdición mientras los nervios amenazaban con infartarme. No sobreviviría, no lograría subsistir con su rechazo.

—Te lo dije tantas veces, Ben. Te dije que te estabas equivocando —me gritó Risk dolido mientras corría a toda velocidad bosque adentro—. Has dañado a nuestra compañera. Por tu culpa la hemos perdido.

Culpa. Esa palabra definía bien mis sentimientos, pero no daba lugar a imaginar ni la cuarta parte de la carga y el dolor mental y físico que estaba teniendo que soportar en esos momentos. Sabía que la había cagado y solo yo era capaz de sentir lo mucho que eso dolía.

Me tumbé de rodillas en el suelo y me liberé, dejé escapar un llanto frenético, unos aullidos voraces, unos lamentos cargados de dolor. Los espasmos que me estremecían me causaban convulsiones en el cuerpo y no era capaz de ver ni oír nada más en el bosque que mi propia desolación.

Unos brazos menudos y unas manos conocidas me consolaron, rodeando mi cuerpo en un abrazo desde la espalda. No pude parar, pero no me importó, a pesar de mi disociación, reconocí su olor. Mi madre.

—Todo saldrá bien, mi pequeño, las cosas van a solucionarse.

—La he perdido, mamá, he perdido a mi compañera.

—Ella necesita tiempo, sus heridas aún son recientes, hijo mío, arden y sangran llenas de dolor y ni siquiera ella sabe como vendarlas. Está lidiando con el miedo, el sufrimiento, la ira y la desolación de la misma manera que tú, pero ella tiene el añadido de sentirse traicionada.

—No la merezco, la Diosa tiene razón en castigarme, no merezco su perdón, no merezco el perdón de ninguno de vosotros.

—Todos merecemos una segunda oportunidad y ser perdonados, hijo mío, y tú ahora debes ganarte esa posibilidad. Debes mantener la esperanza, practicar la paciencia y luchar día a día por el amor de tu compañera. Con calma y a su ritmo, ella sanará.

—¿De verdad crees que ella puede perdoname?

—Estoy segura, he visto como os mirabais toda la vida.

—La he amado toda mi vida, mamá. ¿Cómo pude ser tan estúpido? ¿Estar tan ciego? —Lloré en sus brazos mientras ella me reconfortaba acariciando mi cabello.

—Solo eres un chico desorientado que está encontrando nuevamente el camino a casa. Todos vamos a ayudarte, hijo, os ayudaremos a los dos —lloró mi madre—. Os queremos mucho.

CAPÍTULO 17



CARLOTA.

Aunque vayas a contracorriente, nunca dejes de remar.

Después del beso de ese día, no pude dormir con su recuerdo. Mi madre insistió en acompañarme a pesar de que le supliqué que se fuese a casa, y le aseguré, de todas las formas posibles, que iba a estar bien.

Mentí. No lo estaba.

«Tengo que seguir en pie, puedo recomponerme, olvidarme de Benjamín. No importa si Alonzo me tocó o no, eso no va a definirme, puedo aprender a vivir con ello y sanar. Tengo amor y apoyo a mi alrededor, todos se han volcado mucho en ayudarme y quiero esforzarme aún más para lograr estar mejor», me repetí. Pero sabía que Benjamín no iba a detenerse, a pesar de que Zoé lo vigilara continuamente y lo mantuviera a raya para que no me acosase, él se las arreglaría para acorralarme y, joder, tenía mucho miedo de mí misma cuando se trataba de él. Ese maldito querer y no querer estaba consiguiendo torturarme.

Me senté en la cama y, después de varios minutos ahuyentando las lágrimas que me producía añorarlo y querer odiarlo a la vez, me di cuenta de que no iba a ser capaz de dormir. Miré el reloj: una y veintidós de la madrugada. ¿Habría acabado la fiesta?

Tenía curiosidad por saber cómo había salido todo y qué tal se le había dado a Zoé, me sentía mal por no haber podido acompañarla en un día tan importante y lo decidí: la compensaría por ello.



A la mañana siguiente me desperté temprano. Mi idea era sorprender a Zoé con un gran desayuno, por lo que, a pesar de mi temor a la presencia de Benjamín, subí a la sexta planta y me puse manos a la obra.

Ruth y Eliazar ya estaban levantados, se alegraron mucho y se sorprendieron de verme en pie, me animaron y no se cansaron de decirme lo valiente que era. Todo fue genial, hasta que Ruth mencionó que Ben ya le había comentado que yo había despertado. Me contó que cuando salió de mi habitación, se fue a llorar bosque adentro.

Enseguida me di cuenta de que sería demasiado difícil seguir adelante viendo a ese hombre en Benjamín, cada vez que lo veía o que lo escuchaba mencionar se me ponían los pelos de punta. Queriendo y no queriendo estar con él, recordando su traición y la herida por su ignorancia, que se había convertido en extrema atención. Todo al mismo tiempo. Era demasiado.

La situación del día anterior me confirmó que no podría soportarlo. Su presencia me embobaba de tal manera que no me sentía yo, su olor despertaba un calor demasiado reconfortante en mi interior y no quería permitirlo, no quería sentir nada por él, no quería ser débil ni estar enamorada. Quería ser fuerte y rechazarlo, castigarlo y hacerle pagar por haberme traicionado.

Contemplaba el surtido de tortitas que había dejado desplegadas en la isla de la cocina. La Diosa y yo sabíamos que no quería subir a esa planta, pero lo hice por Zoé y por convencerme a mí misma de que no tenía miedo, si iba a volver a ser yo debía, poco a poco, recuperar mis rutinas.

Pronto me di cuenta de que fue un error intentar acelerar mi proceso de sanación, no tenía aún las ganas ni las fuerzas suficientes para enfrentarme o resistirme a él. Quizá en el fondo solo me moría de ganas de verlo, todavía no he podido llegar a una conclusión sobre eso realmente. Pero en cuanto salió de su habitación y sentí su olor intensificado, mi loba se volvió loca y, una sensación que no me esperaba, recorrió mi cuerpo y me dejó de piedra. Deseo. No me lo podía creer, me sentí culpable, confusa y errada al momento, sentí que algo estaba mal en mí por estar sintiendo aquello. Recuerdo correr delante del frigorífico y quedarme allí para intentar reprimir el calor, calmar mis mejillas rosadas y el pánico en mis ojos.

Me sobresalté al escuchar el sonido de pasos acercarse, sabía que era él y parecía ansioso. El terror me inundó cuando la puerta del comedor se abrió y me embriagó, con aún más fuerza, el endulzante olor de mi compañero.

Oh, Diosa. Ben estaba cerca y yo estaba allí sola y acalorada, en esa planta. ¿Por qué tenía esas sensaciones, Diosa? Solo habían pasado semanas desde aquel día, necesitaba que me diese más tiempo.

Me sobresalté aún más cuando escuché su leve gruñido y las palabras ansiosas saliendo de su boca:

—Mi compañera —dijo una y otra vez sin cesar, pero su voz sonaba mucho más grave, como si fuese su lobo quien hablaba a través de él.

Mi corazón empezó a latir acelerado y cerré el refrigerador intentando avanzar hacia la puerta. No hubo escapatoria, pronto lo tuve justo delante de mí.

La tenue luz que se colaba desde las ventanas lo hacía parecer majestuoso frente a mí, llevaba puesta una camiseta de franela y un pantalón de chándal ajustado y, sus ojos, estaban completamente oscuros de lujuria mientras me miraba. «Maldito sea el calor, maldito sea el deseo y maldito sea lo guapo que es». Sabía que su lobo quería a la mía, así como él me quería a mí. Sabía que podía oler mi calor y me sentí una presa que acababa de ser cazada, atrapada y sin escapatoria. Pero que, en realidad, no sabía del todo si quería escapar.

—No te acerques, por favor —le pedí con torpeza mientras se lamía los labios.

—Me alegro mucho de verte. Intento suprimir a mi lobo, pero no me lo pones fácil, Carlota, nunca me lo has puesto fácil, puedo oler eso, pequeña compañera —me dijo frustrado mientras arrugaba la nariz.

Mis ojos querían escapar de sus órbitas. Sabía a lo que se refería. Podía oler mi núcleo, empapado gracias a mis recuerdos con él en esa planta. ¿Por qué era capaz de pensar en eso después de todo lo que me había pasado? No lo entendía y eso me hacía sentir incómoda conmigo misma.

Los nervios me traicionaron y dejé caer el vaso de cristal que llevaba en las manos, se partió en el suelo en miles de pedazos, pero agradecí el incidente porque eso me ayudó a salir de mi aturdimiento. Ben se acercó con rapidez y me levantó en sus brazos. ¡Diosa! ¡Oh, Diosa! ¡Era increíble!

Mantuve los ojos cerrados durante dos segundos mientras me adaptaba a las chispas y a la sensación, mordí mis labios para reprimir mis gemidos. Pero no me permití acomodarme en ese éxtasis placentero recién descubierto del vínculo. Me resistí con todas mis fuerzas a esa magia y me retorcí de su agarre balanceándome en sus brazos y exigiendo mi liberación.

—¡Bájame ahora mismo! Te dije que no te acercaras a mí —le exigí.

—¿Va todo bien, chicos? —escuché preguntar al alfa, y mis mejillas se encendieron aún más al verlo en la puerta junto a Jeremiah, que mostraba preocupación en su mirada.

—A Carlota se le ha caído el vaso —le informó Ben. Sentí el desespero y la frustración en sus palabras y cómo se ponía nervioso ante la presencia de sus hermanos.

—¿Eres imbécil? ¡Que me bajes ya! —le grité roja de vergüenza.

—No quiero que te hagas daño —balbuceó Ben mientras me depositaba en el suelo.

—Y yo no quiero que vuelvas a tocarme con tus asquerosas manos —le escupí mirándolo a los ojos—. ¿Qué parte de «no te acerques a mí» no entiendes?

—Chicos —intervino Jeremiah con suavidad.

—¡Apártate! —le grité—, voy a recoger este desastre.

—Yo lo haré.

Se mantuvo firme en su sitio, bloqueándome el paso, y adopté una actitud hostil. Estaba consiguiendo ponerme de los nervios.

—No necesito que hagas nada por mí —le dije, pero al encontrarme con sus ojos mi voz me traicionó y las últimas palabras salieron con mucha más suavidad.

—Haría cualquier cosa por ti. —Se acercó mucho, tanto que podía sentir su aliento sobre mis labios, y mi respiración se aceleró. Mis mejillas se encendieron y volví a sentir cómo caía en ese trance, ese que solo me podía provocar Benjamín. Además, estaba el deseo que volvía a hacer palpitar mi interior. Mi cuerpo, definitivamente, me estaba traicionando de la peor de las maneras.

—Sabes que puedo olerte, Carlota —dijo suplicando—, me estás matando, joder, yo recogeré esto, ¿de acuerdo? —Sus labios mojados, casi pude sentirlos rozando los míos.

—Sí —dejé escapar inconscientemente mientras ofrecí mis manos juntas delante de él. El gruñido que salió de su interior logró asustarme y me devolvió a la realidad, seguí la dirección de sus ojos hasta mis manos, ofrecidas y listas para que él las atase, y me golpeó el peso de mi alma al caer directa a mis pies. ¡Mierda! ¿Qué acababa de hacer? ¿Qué estaba haciendo? Me sentí avergonzada, y el pánico y el dolor se adueñaron de mi pecho al punto de llegar a doler—. Es decir, ¡no! —balbuceé llorosa, lo empujé frustrada y di un par de pasos hacia atrás sin temor a cortarme.

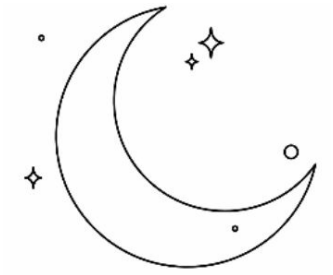
Mi cara iba a echar humo en cualquier momento y, mis ojos, no paraban de dejar escapar un mar de lágrimas. Me dolía el nudo que se había formado en mi pecho: se sentía como si me hubieran atravesado mil cuchillos de plata, mil heridas que sangraban y dolían de manera trepidante, pero que me dejaban claro que no iban a matarme, solo a hacerme agonizar durante días, meses, años. Miré a Mateo y a Jeremiah avergonzada y ellos me ofrecieron una pequeña sonrisa condescendiente.

—Puedes irte a la cama, Carlota, nosotros recogeremos esto, te bajaré una bandeja llena de estas ricas tortitas. —Jeremiah me tocó el hombro para infundirme el valor necesario para salir corriendo de allí.

Lo hice, corrí hasta la tercera planta escaleras abajo sin tomar el ascensor mientras lloraba. Al entrar en mi apartamento y meterme en la cama, grité incontables veces en la almohada debido al dolor y la frustración. Solo era una oveja en sus manos, una chica estúpida a la que lograba manipular fácilmente. Una chica que lo amaba demasiado a pesar de que él no se lo merecía.

—Tengo que irme de aquí. ¡Oh, Diosa! Ayúdame a ser fuerte —lloré—, por favor, ayúdame a ser fuerte.

CAPÍTULO 18



ZOÉ

A quien juzgue tu camino, le prestaré tus zapatos.

Mateo me despertó en medio de besos que me hicieron sonreír y sentir en las nubes, pero pronto vi amargada esa utopía cuando empezó a contarme el incidente de Ben y Carlota en la cocina de esa mañana. Me alegraba de que hubiese podido levantarse, que tuviese los ánimos suficientes para cocinar, pero no me gustaba lo que había pasado, conocía su vulnerabilidad así como lo cabezota que podía ser Benjamín, sabía que no se lo iba a poner fácil.

—Tenemos que entrenar —grité cuando, al entrar en la habitación de Carlota, la encontré hecha un ovillo en la cama. Ver su vulnerabilidad me partía el corazón. Había tomado una decisión, la entretendría por las mañanas con entrenamiento para que lograra despejar el dolor en su alma y, a la vez, se volviera más fuerte, poderosa y segura de sí misma. Así podría patear el culo a cualquiera que se interpusiera en su camino—. Gracias por el desayuno, sabes que no era necesario.

—Quería darte una sorpresa por haberme perdido tu presentación de luna.

—No quiero que te expongas, bichito, debes darte tiempo.

—Me he dado cuenta. —La manera en la que agachó la cabeza derrotada me hizo un hueco en el corazón—. Lo peor de todo es que, a pesar de que quiero odiarlo, sigo pensando en él y lo echo mucho de menos —lloró.

—Car, lo que te ha pasado es una putada, pero mejorará, te lo aseguro. Has pasado lo peor y lo has hecho tú sola. Te prometo que mañana dolerá menos, pasado menos aún y así sucesivamente.

—¿Hasta cuándo?

Su mirada triste me partió el alma y, lo hizo aún más, el hecho de entender que ella esperaba de mí una respuesta. Mierda, Diosa de la luna, ojalá hubiera podido evitarle a mi mejor amiga esos momentos.

—Me gustaría tener esa respuesta, pero lo averiguaremos juntas, te lo prometo.

Carlota saltó de la cama y me abrazó, la estreché con fuerza mientras me temblaban los labios. Me los mordí para intentar ahuyentar las lágrimas y no demostrarle mi propia debilidad.

—Venga, tienes que cambiarte.

—Sí —dijo, y se dispuso a vestirse.

—Esto será bueno para nosotras, aprender a entrenar duro y defendernos, de hecho, podemos ordenar abrir una escuela de defensa personal especializada y gratuita para chicas.

—Eso sería genial —dijo, y me sorprendí al ver que ya estaba lista, ajustada en ropa deportiva —. ¿Vamos? —preguntó sonriendo.

—Venga, bichito —le dije con cariño—, recuerda que tú puedes con todo.

Cuando abrí la puerta, me quedé paralizada ante lo que tenía delante: dos ramos de flores, preciosos, ambos con una tarjeta. Cogí el ramo de lirios, mis favoritos, y leí la tarjeta: «Te amo, lo sabes. Mateo».

Puse los ojos en blanco sabiendo de antemano a quién pertenecía el otro ramo y se lo pasé a Carlota, mientras admiraba la belleza del mío: delicados lirios con tonos rosas y blancos con un olor celestial. Cerré nuevamente la puerta de la habitación y leí en voz alta la tarjeta.

—Prometo presumir cada uno de los pequeños detalles que te hacen maravillosa, compañera, la Diosa me ha otorgado un regalo a pesar de que no lo merecía, sé que no será fácil, pero me gustaría tener otra oportunidad cuando te sientas lista, esperaré todo lo que sea necesario. Posdata: prometo hacerlo bien esta vez. Benjamín.

Miré a Carlota, tenía los ojos aguados y le temblaban los labios.

—No va a dejarme en paz, Zoé —lloró.

Negó con la cabeza mientras se secaba las lágrimas con las mangas de la sudadera, mi corazón se llenó de dolor por ella, sabía que lo amaba, pero él había conseguido herirla demasiado y no se lo estaba poniendo fácil con su asedio. Dependía de ella sanar y conseguir que la dejase en paz. Rechazarlo cuando estuviera preparada.

Preparamos café en la cocina para tomarlo con las tortitas que ella había hecho y no pudo disfrutar, mientras la veía pensar cabizbaja en la situación. Carlota tomó su desayuno muy apagada y triste. Las lágrimas la torturaban y alguna le ganó la batalla y logró salir de sus ojos.

«Diosa, por favor, permíteme animarla un poco», pensé rápido. Cogí un poco de mermelada y se la coloqué a Carlota en la nariz.

—¡Zoé! —Abrió la boca ante la sorpresa y me reí debido a su expresión de indignación—. Pagarás por eso.

—No si no puedes pillarme —la desafié a conciencia.

Carlota se puso de pie y me persiguió con el bote de cacao por toda la cocina.

—¡No! ¡No! ¡Carlota! ¡Para! —Me reí en medio de mi patético intento por escapar y ella sopló en mi dirección un poco de cacao—. ¡Ahora verás! —dije indignada. Corrí al frigorífico y

me hice con la nata montada, se la enseñé triunfal como si llevase entre las manos una motosierra encendida. Ella me sonrió y reculó mientras negaba con la cabeza, tenía los ojos y la boca muy abiertos—. ¡Voy a por ti!

—¡Zoé! —gritó Carlota, entre risas y carcajadas—. ¡Por la Diosa! ¡Piedad! —me pidió mientras la perseguía como una loca.

—¡No habrá piedad para ti!

Carlota se agachó en el suelo en un ridículo intento por esconderse detrás de la isla, pero me abalancé sobre ella tirando todo su cuerpo contra el suelo mientras reíamos y gritábamos. Luché por aprisionar sus brazos mientras intentaba ponerle nata montada en la cara.

—¡Noooo! —gritó en medio de carcajadas—. ¡Ayuda! ¡Quitadme de encima a esta loca!

—¡Venganza! —grité cuando conseguí llenar su mejilla de nata montada.

Me tumbé a su lado agarrándome la tripa, dolorida de tanto reír, mientras escuchaba satisfecha sus carcajadas.

«Cómo quiero a esta chica. Solo quiero que se ponga bien otra vez, que vuelva a brillar y a sonreír como la que conocí el primer día en la guardería, la que en solo días se convirtió en una hermana pequeña para mí», pensé.

Abrí los ojos y me encontré con la mano de Mateo, extendida frente a mí. Me la ofrecía para ayudarme a levantar.

—¿Esta es vuestra manera de tomar el desayuno? ¿Con una guerra de comida? ¿Qué tenéis, dos años? —preguntó con una sonrisa.

Acepté la mano de Mateo y su impulso fue tal que terminé estampada en su pecho, jadeé ante su contacto. «Tranquilo alfa, o terminaré usando este frasco de nata montada en ti», pensé. Su tacto era tan cálido, duro, reconfortante y embriagador como siempre. Llevaba solo unos días sin dormir con él y sentí como si fuese la primera vez que notaba las chispas entre nosotros.

—Puede que sí —le dije antes de golpearlo con mi cabello mientras me daba la vuelta.

Ofrecí la mano a Carlota, que me lanzaba besos a modo de burla por mi romance con el alfa.

—¿Quieres más nata montada? —amenacé.

—¡No! —gritó mientras emprendía su huida gateando por el suelo lejos de mí.

Me tensé al ver cómo se detuvo cuando los pies de Ben se interpusieron en su avance y, nerviosa y tambaleante, aceptó la mano que él le ofreció para levantarse. Me dolió el corazón al ver como su sonrisa se borraba por completo al sentir su tacto y corrí hacia ella para sacarla de esa situación.

—Tenemos que irnos —dije sacándola de allí.

Una vez en el centro de entrenamiento, volvió a abrazarme.

—Eres mi mayor apoyo y la única razón por la que intento quedarme.

«Intento quedarme». El miedo se adueñó de mi subconsciente al reproducir esas palabras. No

podía irse. No podía perder a mi mejor amiga.

Me quedé intranquila todo el día pensando en esas palabras.



Esa noche, después de pasar todo el día juntas, abrí la puerta del apartamento de Carlota cuando escuché que tocaban. Era Jeremiah y lo invité a pasar.

—Chicas, he organizado una pequeña fogata en el bosque, tenemos galletas, malvaviscos y estaría genial que vinierais.

Miré a Carlota con curiosidad, no estaba preparada para una fogata bajo la luz de la luna junto a Benjamín.

—No —sentencié.

—Por favor —suplicó Jer.

—Está bien, Zoé —me dijo Carlota cogiéndome de la mano—, si tú estás conmigo, estaré bien. —Me sonrió.

—Vale, entonces vamos.

Cogimos un par de mantas de uno de los armarios y seguimos a Jeremiah. Vaya si se habían esforzado con aquello, el espacio que habían dispuesto era sumamente agradable, habían iluminado la zona con tiras de bombillas que colgaban sobre nuestras cabezas, la fogata en el centro y troncos en los que nos sentábamos a su alrededor. Mateo me sonrió al verme y le devolví la misma sonrisa antes de que se acercase a abrazarme. Lucía se había unido a nosotros esa noche y nos acompañaba en la velada, supuse que había estado trabajando en estrategia hasta ese momento, porque me parecía que habían pasado siglos desde la última vez que la había visto.

Acababa de sentarme junto a Jeremiah y Carlota y de aceptar el primer malvavisco caliente que me pasaba Mateo cuando Ben se colocó frente a mí, decidido.

Cogí del brazo a Carlota. Me levanté junto a ella y la coloqué en posición defensiva detrás de mí antes de gruñir a Benjamín en posición de ataque.

CAPÍTULO 19



BENJAMÍN

Sin el poder de la rabia no nacen las revoluciones.

En medio del tira y afloja que mantenía con Zoé, buscaba los ojos de Carlota, pero ella me esquivaba y se metía aún más detrás de la figura de su defensora. Estaba tan frustrado y tan obsesionado, tan ahogado en el deseo de poder hablar con ella que no me daba cuenta de que la estaba intimidando.

Cuando Zoé avanzaba para enfrentarme, vi mi oportunidad para colarme y la cogí del brazo. ¡Joder! Chispas electrizantes nos electrocutaron a ambos al tocarnos y jadeamos al unísono.

—¡No! —gritó Carlota mientras buscaba la protección de Zoé. Esta la empujó detrás de ella de nuevo y me enfrentó con más fuerza mientras gruñía.

—¿Qué demonios crees que haces? —me gritó—. No tienes derecho a tocarla.

—¡Es mi compañera! —grité mientras Zoé la bloqueaba con su cuerpo y me lanzaba gruñidos y zarpazos a cada movimiento que hacía para intentar llegar a ella.

—No quiero ser tu compañera, no quiero volver a verte jamás —gritó Carlota destrozando mi corazón.

—Si pones uno solo de tus dedos sobre ella otra vez te despellejaré vivo con mis propias garras, Benjamín.

—Adelante —la desafié.

Zoé estaba enfadada, le costaba mantener a su loba a raya y escuché su voz a través de ella. Mateo se colocó en medio de nosotros y me suplicó que me calmase.

—Ben, no es el momento, Carlota está aterrorizada. No quieres eso, ¿verdad? —me preguntó Mateo, y su voz fue la única capaz de devolverme a la realidad.

—No —le dije agachando la cabeza.

Mi hermano me rodeó con sus brazos y lo seguí dentro de la casa de la manada.

CAPÍTULO 20



CARLOTA

Sabes que has tocado fondo cuando las palabras no son suficientes para expresar lo que te quema por dentro.

Mis pensamientos eran un caos. Él parecía tan voraz, tan voluble, tan desesperado. Me dolía verlo arder así y no poder rodearlo entre mis brazos, y me dolía aún más debatirme internamente entre dos Carlotas que no lograban encontrar un acuerdo. Una gritaba y suplicaba por aferrarse a su compañero y la otra lo miraba con desprecio y desolación al saber que le había hecho daño.

—Siento mucho lo que ha pasado —me disculpé con Zoé una vez estuvimos en mi apartamento. Agachó la mirada triste y contempló su anillo de compromiso. Llevaba unas cuantas noches quedándose a dormir y sabía que no era del todo agradable ni para ella ni para Mateo, al fin y al cabo, yo también podía sentir en ese momento la fuerza y añoranza que producía el vínculo de compañeros—. No tienes por qué quedarte, puedo llamar a mi madre o puedo pedírselo a Jer.

—No quiero dejarte, Ben está descontrolado.

Sus gritos volvieron a retumbar en mi cabeza, y también su manera de gruñir y amenazar a Zoé mientras yo luchaba por no mirarle y él por llamar mi atención.

—¿Crees en su arrepentimiento?

—Creo que es demasiado pronto —suspiró—. Creo que debería darte tu espacio y no intentar imponerte su presencia, pero también creo que te quiere, aunque no me guste del todo la idea de reconocerlo, y tengo claro que tú le quieres a él, así que, al fin y al cabo, es algo muy personal de ambos el decidir cómo continuar.

—No quiero verle —le confesé—, su presencia me causa debilidad, no quiero ser vulnerable y no quiero olvidar todo el dolor que ha ocasionado.

—Escucha, Carlota —Zoé se removía y negaba con la cabeza antes de cogerme de los hombros y mirarme muy seria—, ambas sabemos que detrás de esa carita de niña dulce se esconde una mujer increíblemente fuerte, tienes que decírtelo a ti misma y creértelo, no necesitas

que nadie más te lo diga.

—No quiero ocasionar problemas, y menos entre Mateo y tú —le dije nerviosa.

—Mateo sufre por Ben —dijo con el mismo tono serio—, así como yo sufro por ti, decidas lo que decidas, te tomes el tiempo que te tomes, estaré a tu lado. Lo prometo.

El miedo, la angustia y la desolación viajaron a través de mis entrañas. No quería tener que decidir nada y menos ante la presencia de Ben.

—Zoé —le susurré—, eso no es todo. Me siento avergonzada. Benjamín, su presencia, me nubla el pensamiento y no soy capaz de discernir ni de ver más allá de sus ojos.

—No tienes por qué sentirte avergonzada por amar, por desear, Carlota.

—Creo que me he perdido, Zoé —lloré—, y me aterra la idea de no poder encontrarme, de que estas dudas me sigan siempre, de no volver a ser feliz.

—Escúchame bien, Carlota Higareda, eres una chica increíble, hermosa y fuerte, y has lidiado con demasiada mierda tú solita. Sé que ahora no lo parece, pero volverás a ser tú, volverás a sonreír y a tomar el control de tus sentimientos y emociones. Volverás a ser feliz, con Ben o sin él, porque el sol que tienes aquí dentro —me señaló el corazón con el dedo anular— es capaz de dar energía a varios universos.

Me lancé sobre ella con la emoción a flor de piel, la abracé con demasiada fuerza y me reconforté en su olor. Estaba herida, estaba hecha una mierda, pero su presencia renovaba mis fuerzas y energías. En ese momento tomé a Zoé como un ejemplo a seguir, si ella pudo sobrevivir a su llegada a la manada, a ver su vida hecha añicos delante de sus ojos, a la persecución de Alonzo y a la tortura de Lucía y Ben, entonces yo podría con lo mío también, si ella estaba a mi lado sentía que podía con todo.

—Tú sí que eres capaz de dar energía a mil universos —sonreí—. Te quiero, Zoé. —La estreché con más fuerza entre mis brazos. Ella era una de las cosas más reales que tenía, no se había apartado de mí y se había quedado a dormir a mi lado para dar descanso a mi madre por mucho que Mateo le suplicase que volviera a su habitación. Había puesto su relación y todo lo demás a un lado por mí y yo no tenía cómo compensárselo—. Ahora te pido, como favor personal, que te vayas a dormir con tu compañero. ¿Puedes decirle a Jer que baje? Le pediré que se quede conmigo esta noche.

—¿Estás segura? —me miró confusa.

—Lo estoy. Mateo está de los nervios con todo esto.

—La verdad —respondió mientras jugaba con sus manos y agachaba la mirada—, le echo mucho de menos. Ha habido demasiada tensión entre nosotros últimamente por el tema Benjamín.

—Lo sé —le dije con cariño. Sabía cómo se sentía eso—. Ahora saca tu culo de aquí, ponte algo bonito y ve con tu compañero antes de que te patee.

Salió del apartamento y me dedicó una leve sonrisa desde la puerta, improvisé la sonrisa más amplia que fui capaz para infundirle confianza y disimular mi tristeza. No podía pretender disponer de carabina toda la vida, tarde o temprano tendría de volver a dormir sola, pero aún no estaba lista, estaba lejos de estarlo. Sabía que si a Ben se le ocurría colarse y abrazarme en la cama, no iba a ser capaz de echarlo.

Decidí esperar a Jer en la puerta y pedirle que diéramos un paseo. Me reconforté de inmediato al reparar en que Jeremiah era grandioso escuchando a los demás.

—Carlota. —Me sonrió al salir del ascensor.

—¿Podemos dar un paseo? Aún no tengo sueño. —Asintió y cerré la puerta del apartamento.

—Es normal que no puedas dormir después de la fogata. Lo siento —balbuceó nervioso.

—No es tu culpa. Supongo que era demasiado pronto, me estoy apresurando y no es lo correcto.

—Él —dudó—, te quiere. ¿Lo sabes, verdad?

—La verdad es que no —dije con tristeza—, pero preferiría hablar de otra cosa, Jer. Por favor.

—Claro, perdona, Carlota.

Dimos un largo paseo por los bosques cercanos a la casa de la manada, aún había gente alrededor del fuego encendido de la fogata, a pesar de lo tarde que era, y me sorprendí porque quise pasear junto a Jeremiah por considerarlo un gran escuchador, pero en todo el paseo, solo me reconfortó el silencio que ambos nos ofrecimos.

—Gracias por el paseo —le agradecí en la puerta una vez estuvimos de vuelta.

—No ha sido nada.

El olor de Benjamín me inundó las fosas nasales y tuve que obligarme a abrir los ojos y no disfrutarlo, estaba muy cerca. Era inútil intentar una huida. Me puse nerviosa y empecé a temblar ante su inminente llegada.

—Todavía estamos a tiempo de irnos antes de que llegue.

—No tengo miedo —balbuceé, pero lo tenía. Y quería verlo, pero a la vez no quería.

Benjamín entró nervioso junto a Mateo y recorrió la estancia con los ojos hasta encontrarse con los míos.

—Carlota —susurró Mateo siguiendo el paso para mantenerlo a raya mientras él corría hacia mí. Su imponente presencia me afectó enseguida, pero fingí ignorarlo.

—Alfa —saludé con una reverencia de cabeza—, ya me iba —me apresuré a decir, ansiosa por alejarme de él y porque desaparecieran mis ganas de abrazarlo.

—¿Estás segura? —me preguntó Jeremiah y asentí—. Subiré enseguida después de hablar con mis hermanos.

—Gracias, Jer —dije, evitando en todo momento la mirada de Ben a pesar de que la sentía

sobre mí con insistencia.

Caminé al ascensor, segura de ir completamente sola, pero antes de que se cerrasen las puertas, Benjamín, rápido como una bala, se coló dentro.

Gemí nerviosa y llena de miedo por su hazaña mientras veía como la puerta del ascensor se cerraba en las narices de Jeremiah y Mateo. Corrieron desesperados, pero no pudieron alcanzarlo. Empecé a hiperventilar cuando Ben oprimió el botón del último piso.

Me tensé enseguida y la ansiedad empezó a ocupar cada espacio de mi mente.

—¿Qué diablos crees que haces, Benjamín? —grité asustada, desde ese día los lugares cerrados no me agradaban en absoluto.

Cuando estábamos subiendo, Ben oprimió el botón de parada del ascensor provocando que mi pulso se desestabilizara. Lo miré con terror y empecé a llorar incapaz de reprimir el llanto. «Maldito idiota, podríamos morir aquí por tu estupidez», pensé.

—¿Por qué has hecho eso? —volví a gritarle enfadada.

—¿Tienes miedo a los espacios cerrados? ¿O solo tienes miedo de mí? —preguntó mientras me acorralaba en la pared. Genial. Entre la fuerza de las chispas, el miedo, mi respiración entrecortada y mi corazón acelerado, no podía decidir, cual de todas esas opciones, iba a acabar conmigo primero.

—Quiero que te vayas mucho a la mierda y me dejes salir de aquí ahora mismo, Benjamín.

—Necesitamos hablar, Carlota, no pienso tocarte a menos que eso quieras.

—¡No quiero! —le aclaré y retrocedió.

—Bien, pero yo necesito que me escuches, al menos una sola vez. Después, puedes seguir ignorándome a tu antojo. ¿Crees que podrás?

—¿Tengo alguna otra maldita opción, Benjamín? —pregunté sarcástica—. ¡Ah sí! Quizá pueda lanzarme a través del hueco del ascensor.

—Deja de decir tonterías, Carlota, sabes que no lo permitiría.

—Tú no eres nadie para permitir mis actos o no. Estoy harta de ti, no sabes respetar mis espacios, ni mis decisiones, te dije que no quería verte y me encierras en este ascensor contigo. —Me entristecí mientras asimilaba la verdad en mis propias palabras—. Solo piensas en ti, no te imaginas el esfuerzo que hago para olvidarte, así que, por favor, Ben, deja de perseguirme.

—No quiero que me olvides —gritó en tono suplicante—. Por favor, ¡joder! —lloró y yo dejé escapar un grito nervioso—. Pero, está bien —me tranquilizó, su expresión cambió de repente y note que se esforzaba por no asustarme—, lo que yo quiera no es importante, tú eres lo importante. Solo quiero pedir perdón, Carlota —me dijo en tono bajo y me sorprendí de escuchar en él ese registro de voz desconocido para mí—, necesito hacerlo por haberme comportado como el mayor de los imbéciles contigo. Necesito darte esa conversación que tanto me pediste. Mi intención nunca, jamás, fue hacerte daño.

—No es como se sintió —respondí dolida mientras negaba con la cabeza.

—Tú fuiste diferente desde el principio. ¿Cómo le dices a la chica que has amado toda tu vida que eres un chico corrompido? ¿Cómo le dices que estás roto por haber perdido tu inocencia? Por eso ni siquiera me atreví a hablarte de mis gustos. —Agachó la cabeza, avergonzado ante mí —. No sabía cómo hacerlo, no quería perder tu olor, tu carisma, tu aura, tu esencia, todo lo que me ofrecías con tu presencia a pesar de que no lo merecía. Me hacías querer ser feliz, Carlota, me hacías querer no estar muerto por dentro. Y sí, sé que no es lo que pareció, pero tú no fuiste el problema, Carlota, lo fui yo, tú eras la solución y no supe aferrarme a ti.

—Tuviste muchas oportunidades para hablar conmigo, Ben —lloré con dolor—, cuando quería que saliéramos, que me hablaras en los pasillos, que me dijeses lo guapa que estaba, que tuvieses algún mínimo detalle, como yo los tenía contigo. En cualquiera de esos momentos podrías haberme explicado por qué jamás iba a tener eso junto a ti.

—Confiaba en poder dártelo en algún momento, confiaba en estar mejor conmigo mismo, en sanar la rabia y el dolor que me corroían, los celos que me mataban. Me cerré tanto, que me cerré a mí mismo y me cerré a ti.

—¿Y qué pasa ahora? ¿El vínculo te ha curado mágicamente? —pregunté con sarcasmo.

—El vínculo me ha ayudado mucho a terminar de abrir los ojos. A entender mejor lo mal que me he estado comportando.

—¿Primero no me querías y ahora estás loco por mí?

—¿Estás de broma? Siempre te he querido, siempre que te veía por casa de la manada tenía que recordarme a mí mismo que aún no tenías a tu loba para no saltarte encima, pero cuando Zoé te alojó en mi planta, cuando empecé a verte cada día, no pude controlarlo más. Intenté esperar, la Diosa lo sabe, tú lo sabes. Eres consciente de mi necesidad de visitarte cada noche, de probar tu piel. Lo siento, Carlota, siento haberte causado tanto dolor con ello.

—No me duele haberme entregado a ti —le dije con seguridad mientras mantenía la cabeza gacha, mirando mis pies en el suelo con la vista nublada por las lágrimas e intentando mantener mi pulso estable—, solo me duele haberme enamorado —sentencié—. Me gustas desde siempre, Ben, pero, aunque no lo creas, tu físico o la amistad que tuvimos no era lo único que me atraía de ti, siempre te admiré. Eres un gran beta, un gran hijo y un gran hermano, y odiaba ver cómo te menospreciabas a ti mismo. —En ese momento era Ben el que hiperventilaba frente a mí escuchando mis palabras, y aproveché la oleada de valor que me recorrió para seguir hablando —. Cuando me besaste por primera vez, creí que era lo mejor que me había pasado jamás. Yo solo quería conocerte, Ben, conocerte de verdad, ser un apoyo para ti, un lugar seguro, como antes, y que tú lo fueras para mí. No me disgusta tu manera de follar, por ahora es la única que conozco, lo que me disgusta es que nunca quisiste verme a mí. A la Carlota que te esperaba emocionada todas las noches pensando que esa sería la noche en la que estarías feliz de estar con

ella. Pensando: esta será la noche en la que me pedirá salir. Esta será la noche en la que me dirá que le gusto, que me quiere, que no tengo por qué ser un secreto. Nunca pasó. Nunca te importó, y si Zoé no hubiese entrado esa noche, nada de esto te importaría.

—¡Me importabas demasiado! —gritó llorando ante mí—, más de lo que podía soportar, más de lo que quería, Carlota.

—Eso no fue lo que me pareció la noche que entré a tu habitación.

—Si supieras que esa fue la noche más reveladora para mí… La que me demostró que realmente estaba loco y perdidamente enamorado de ti. Ni siquiera pude tocar a esa chica o disfrutar de lo que me hacía sin imaginar tu cara en la de ella.

—Eso no me sirve, Ben. —Negué con la cabeza llena de rabia. «Mi cara en ella». Menudo imbécil. Quería que se callase en ese preciso momento—. No tienes justificación y no puedes borrar mi dolor, a diferencia de lo que crees, no se trata de ti. No se trata de lo que tú hiciste, sino de cómo me hiciste sentir, de cómo me has hecho dudar de mí misma, cuestionarme y hacerme pasar a un segundo plano, has hecho que destruya mi autoestima haciéndome sentir como una mierda. Así que para de una vez, Benjamín, déjame volver a ser yo y dame mi puto espacio.

Las palabras salieron de lo más profundo de mi alma como un fuego que devoraba todo a su paso, como la lava de un volcán que dejaba todo sepultado en cenizas, en tinieblas, en olvido.

Lo había dicho en voz alta, lo había sacado y tenía claro que lo iba a sanar. Tarde o temprano, lo iba a sanar.

Amar a Benjamín no definía mi vida. Su amor no podía sanar mis heridas, solo mi amor propio podía hacerlo.

—Tienes razón, gracias por decirme esto, no puedo pedirte que sanes enseguida, solo suplicar porque no me rechaces todavía —lloró—. No voy a pedirte otra oportunidad en este momento, la aceptaré si un día estás lista para dármela, cuando me la gane, y tú vuelvas a ser la Carlota que quieres ser. La que eras, antes de mí.

Se acercó y yo intenté retroceder, no quería sentir sus manos sobre mí, no quería sentir esas chispas que recorrían mi piel ante su tacto, no quería que mi cuerpo tuviera sensaciones que mi corazón no deseaba, no quería estar un segundo más ante su presencia. Me dolía demasiado.

—Por favor, Benjamín, déjame salir de aquí. —Lloré molesta antes de derrumbarme en el suelo y meter la cabeza en las rodillas.

—Por favor, no, no tengas miedo de mí, Carlota —suplicó—, no soporto ser la causa de tu miedo y también de tu dolor, podemos volver a empezar. —Se colocó de rodillas ante mí —. Como amigos, juntos…

—¡No!

—¿Qué? —preguntó incrédulo.

—Podemos volver a empezar, Ben, juntos o por separado —sentencié—. Quiero salir de aquí ahora mismo, Benjamín, ya te he escuchado, ¡joder!

—Vale, lo siento —balbuceó en repetidas ocasiones antes de ponerse de pie y apretar otro botón.

Me sobresalté ante los sonidos del ascensor cuando inició su marcha.

Las puertas se abrieron en la sexta planta y, Jeremiah y Mateo, nos esperaban sobresaltados antes de que Jer saltara sobre mí en un abrazo y Mateo se interpusiese ante Benjamín dispuesto a confrontarlo.

—¿Qué parte de no asustes a la chica es la que no puedes entender? —Lo confrontó Mateo.

—Estoy bien, chicos, solo quería hablar, estoy bien, no pasa nada, gracias.

En ese momento, el móvil de Benjamín sonó frente a nosotros. Su cara se descompuso al escuchar el tono, y en la de todos los presentes se pudo adivinar lo extraño que les parecía. Era tarde. ¿Quién llamaría a esas horas?

Benjamín miró la pantalla, se enfadó, se sobresaltó y maldijo en voz alta al ver el número que llamaba y contestó con rabia mientras se alejaba un poco de nosotros.

—He dicho que no voy a contestar a sus llamadas —le escuché gritar—. ¿Qué? ¿Una hija mía? ¿Qué clase de broma de mal gusto es esta? No puede ser, Ela no puede tener una hija mía.

Me quedé paralizada y en estado de *shock*. Ela. ¿Qué Ela? ¿Ela Zambrano? ¿Su profesora de Ciencias Jerárquicas? Era la única que conocía.

No podía ser. No podía ser verdad. No podía estar escuchando algo así.

«El picaflor de Benjamín también estuvo con su profesora y, encima, han tenido una hija», pensó el lado de mi mente que me incitaba a la autodestrucción.

—¿Tienes una hija? ¿Con Ela? —Me acerqué y lo enfrenté con lágrimas en los ojos.

—Carlota, yo… —balbuceó visiblemente afectado—. No… No lo sé —sollozó.

—¿Ela, tu profesora? ¿La espía? —gritó Mateo. Sus ojos estaban a punto de salir de sus órbitas.

—Así que eso fue lo que pasó —dije despacio mientras comprendía—, te alejaste de mí para estar con ella.

—Carlota, yo... Fuí un imbécil, no debí…

Mis ojos, cansados de llorar, solo mostraban desilusión cuando se encontraron con los suyos. Decepción absoluta y, después, poco a poco, se fue adueñando de mí el más inevitable dolor. Me rodeaba, me invadía, me asfixiaba, se colaba en mi pecho, en mi garganta y mi cabeza, y no podía, no era capaz de sacarlo de allí.

Ahora era el único inquilino en mi alma y tenía claro que no pensaba marcharse.

—Te alejaste de tu mejor amiga, de la chica que te amó y te admiró toda su vida, de la chica que

hubiese estado dispuesta a interponerse ante una bala de plata por ti. Me dejaste tirada como un objeto inservible, solo para tirarte a tu profesora, que encima, Ben, resultó ser una maldita espía.

—Carlota. —Sus lágrimas cayendo en cascada me daban una idea remota de cuánto estaba sufriendo en ese momento, pero aun así, seguí. No me parecía equivalente a la cantidad de dolor con el que estaba cargando mi corazón—. Por favor, me equivoqué —lloró—, hermano, lo siento, no he sido capaz de decírtelo, no he sido capaz de decírselo a nadie.

—Ahora ya no hay palabras que valgan, Benjamín. ¿Acaso he significado yo algo para ti alguna vez? —le grité y me obligué a mí misma a reemplazar todo el dolor por rabia, antes de que Jer, angustiado y con lágrimas propias en los ojos, se acercara para intentar consolarme—. ¡¿He significado algo?! —Me acerqué con un movimiento rápido y lo cogí de la camiseta ignorando y a la vez odiando las jodidas chispas.

—¡Lo has significado todo para mí! No he sabido demostrarlo porque no he sabido verlo hasta ahora —lloró.

—Hasta ahora que sabes que soy tu compañera, que conveniente.

—Lo hablaremos todo cuando regrese, amor, pero tengo que ir, esa pequeña, ha dicho que está muy enferma y… Puede ser verdad, puede ser mía.

—No vas a ir a atender nada que tenga que ver con esa espía —le advirtió Mateo.

—Lo siento, tengo que ir a buscar a esa niña.

Me quedé completamente atónita, paralizada, mientras lo vi meterse en el ascensor.

—Yo iré contigo, hermano —dijo Jeremiah acompañándolo.

Supongo que, en la mirada agónica que Benjamín y yo nos dedicamos en ese momento, mientras se cerraba el ascensor, entendimos perfectamente que nos estábamos despidiendo. Lo vi claro. Marcharme era mi única opción para poder estar mejor.

Mi compañero tenía una hija, con Ela.

No podía vivir con eso. No podía seguir lidiando con tanto dolor y recuerdos. Tenía que alejarme de él y de ese lugar con urgencia.

CAPÍTULO 21



CARLOTA

Me quitaste el velo del autoengaño sin anestesia y, aún así, pretendiste que no doliera.

En la actualidad…

—Esa misma noche hice mis maletas y me fui sin despedirme. Ni siquiera de Zoé, sabía que no me dejaría marchar. Me colé en el sótano de Álex y robé unas cuantas piedras de portal sin saber muy bien a dónde ir. Saqué todo mi dinero del banco, le dejé una nota rápida de disculpa a todos y me aferré a ello y a mi maleta.

Escogí Roma, porque es un lugar que siempre había soñado conocer, siempre me apasionó la historia y la belleza de Italia, además, Roma escrito al revés se pronuncia Amor y, supongo que, a pesar de todo, era una romántica.

Solo llamé los primeros meses para reportar que estaba bien, y así evitar que mi foto luciera en los cartones de leche y se volviesen locos. La única condición para no desaparecer por completo fue que nadie me hablase de él. Me decidí a olvidarlo, fue demasiado dolor, y esa fue la gota que derramó el vaso.

—Ágatha no es mi hija —dice Benjamín despacio—, no biológicamente.

—Eso no cambia nada —digo con dolor.

—Ella lo cambió todo —dice con seguridad—. La amo, Carlota. Le gusta llamarme papá porque su madre le dijo que lo era, aunque una vez nos conoció a todos entendió que era su hermano, además, tuve que adoptarla legalmente para que me dejaran llevármela de ese horrible lugar en el que vivió durante dos años —enfatizó estas últimas palabras con rabia y dolor—. Es mía, Carlota, y la amo. Cuando llegué aquí de vuelta y tú no estabas, creí realmente que iba a morir de dolor, no fue fácil adaptarme a no verte, a necesitar tu olor y tus caricias y darme cuenta de que no sabía, ni siquiera, dónde estabas, ni cómo encontrarte. No fue fácil cargar con el odio y el rechazo de mi lobo, de Zoé y con el mío propio. Ella fue la única que me ayudó a sobrellevar mi vida durante estos tres años que he estado sin ti. Ella me ayudó a dejar de beber y de golpear a

todo lo que se me ponía delante porque me centré en ayudarla, en salvarle la vida y hacerla feliz. Ella me ayudó a, poco a poco, crear una relación con Zoé, ella y la esperanza de volver a verte algún día me han hecho sobrevivir hasta hoy. Ojalá pronto podáis conoceros, es una niña dulce y encantadora, Carlota, estoy seguro de que te encantará.

No puedo contestar a sus palabras, solo me quedo en silencio, interiorizando el amor y la entrega que escucho en ellas, y mi corazón se sobrecoge imaginando a ese Benjamín tan perdido cuidando de un bebé de dos años enfermo.

—Creo que hemos avanzado mucho hoy —dice Helen.

No sé si quiero conocer a Ágatha, no sé, ni siquiera, si quiero o no estar aquí realmente, incluso dudo de si odio o amo aún más a mi compañero. Estoy hecha un lío.

—Son las siete de la mañana, así que podemos dejarlo por ahora e irnos a la cama.

Nos despedimos en el ascensor y me quedo en la tercera planta, pensativa y triste mientras los pensamientos no abandonan mi mente.

No es su hija. Es su hermana.

«Es mía y la amo». «Tuve que adoptarla legalmente para que me dejaran sacarla de ese horrible lugar». Las palabras de Benjamín no paran de hacer eco en mi cabeza.

¿Por qué es tan importante para mí si tenía tan claro que iba a rechazarlo?

Ese hombre, Alonzo, también abusó de Ela. Y ella también se enamoró de Ben aunque no debía, quizá ella y yo no somos tan diferentes como yo creía. Se enamoró tanto de él como para pedirle que se convirtiera en el padre de su hija. Como para confiarle a su ser más preciado. ¡Oh, Diosa! Ayúdame a pensar porque todos estos sentimientos son tan confusos que me están volviendo loca.

PARTE TRES:

Volver a empezar.

Lo que es mutuo, obseisona.

CAPÍTULO 1



CARLOTA

Recicla todas las malas energías y devuelve al mundo lo más bello que llevas dentro.

En la actualidad…

Me despierto con energías renovadas. La verdad es que, aunque al principio me sentí sumamente traicionada por la intervención de Zoé y Mateo, ahora los entiendo y veo su objetivo. Agradezco poder aclarar todas las verdades a medias que me hacían tanto daño y, además, me complace que el consejo superior de manadas no haya intervenido. Haber tenido todas estas conversaciones encerrada en un cuarto oscuro junto a Ben hubiese sido demasiado violento.

Veo la hora en el móvil. Las dos y treinta y dos de la tarde.

Me doy una ducha rápida y salgo de mi habitación con un solo destino en mente: la guardería. Desde que llegué no he podido acercarme y eso es un martirio, no puedo resistirme a la idea de volver a mi lugar favorito de la manada y estar rodeada de niños ni un segundo más.

¡Diosa! Me sorprendo al ver cómo ha crecido la cantidad de menores de tres años en la manada, deben de haber, por lo menos, veinte niños más de los que había cuando yo trabajaba aquí.

Desde el cristal veo a una ajetreada Savannah haciendo malabares para consolar a dos pequeños que lloran por un mismo juguete. Miguel, por otro lado, está en la oficina preparando cinco biberones, y también veo a dos chicas que no reconozco. Oh, espera, una de ellas es Beca Silver, hija de los dueños de la tienda de golosinas. Ellas, por su parte, están intentando jugar y cantar con los demás.

Entro decidida por la puerta, suelto mi bolso en la entrada y empiezo a cantar lo más alto que me lo permite la voz.

—La lechuza, la lechuza, hace shhh. —Los niños me miran asombrados antes de empezar a interesarse en mi canción e imitar los gestos que hago con las manos—. Hace shhh. —Se llevan

el dedo a la boca en señal de silencio—. Todos calladitos, como la lechuza, que hace shhh, que hace shhh… Hola, chicos.

—Hola —me responden todos al unísono, ahora completamente interesados.

—¿A que no sabéis cómo me llamo? —pregunto a modo de burla.

—No —gritan a la par.

—Me llamo Carlota y hace mucho tiempo trabajaba aquí —digo disminuyendo la voz fingiendo tristeza—, tuve que marcharme lejos porque una bruja malvada no dejaba de perseguirme. ¿Sabéis que me hacía?

—¡¿Qué?! —preguntan interesados mientras los empleados me miran divertidos.

—Esa bruja tenia el pelo de color morado —grito mirando directamente a Savannah que me hace un gesto de reproche—, y era tan gruñona que me gritaba al oído, incluso mientras dormía, solo para despertarme de la siesta.

Las caras de risa de los niños viajan entre Savannah y yo, llenas de carcajadas.

—También tenía un mejor amigo malvado, uno llamado Miguel, que me obligaba a quitar el colacao de los biberones.

—¡Nooo!

—¿Verdad? Eso era una tragedia. ¿Pero sabéis qué hacía yo cuando esos malvados brujos no me dejaban en paz?

—¡¿Qué?!

—Ponía la música a tope y me ponía a bailar para no escucharlos.

Corro hasta el ordenador conectado al estéreo y localizo *Mariposas*, de Aitana y Sangiovanni en el USB, presiono reproducir y subo el volumen antes de ponerme a bailar junto a todos los pequeños. Se acercan a mí y me rodean, saltando y dando vueltas al son de la música, y veo, por el rabillo del ojo, cómo he logrado sacar una sonrisa incluso a los más pequeños. Por un rato, me siento como la antigua Carlota, sin que mi corazón duela por ello.

CAPÍTULO 2



BENJAMÍN

Mantente en pie e intenta distraer la añoranza y la desolación que te arropan al saber que la has perdido.

Acabo de recoger a Ágatha del colegio. La llevo entre mis brazos, preocupado. Ha vuelto a vomitar esta semana y ya es la segunda vez. Me preocupa en exceso este cambio en su salud, desde que le doné mi riñón tres años atrás no se había vuelto a poner mala. Después de su enfermedad, cualquier cambio en su salud para mí es demasiado preocupante.

—Papá, solo estoy mala de la tripa porque algo me sentó mal, a lo mejor he pillado algún virus —me tranquiliza—, no voy a morirme y dejarte solo.

Me duele el alma solo de recordar lo mal que llegó a estar con la Glomerulonefritis aguda. Mi niña preciosa, solo por ella no he alejado mi fastidiosa presencia de este cruel mundo. Solo su fortaleza en medio del dolor y sus palabras de consuelo me han hecho seguir enfrentando esta vida día a día.

—Me iría contigo. A buscarte allí donde fueras —le digo dejando besos en su frente.

—Calla, papá, eres un dramático.

—Te llevaré a la pediatra mañana por la mañana.

—¡Que no, papá! ¡Que estoy bien! Que no me gustan las agujas, ¡lo prometiste, papá! —Se retuerce de mi agarre hasta que tengo que depositarla en el suelo—. Prometiste que no me pincharían más.

—Solo quiero asegurarme de que todo va bien, Ágatha.

—Todo va bien, me curé. ¿Vale, papá? —Miro con dolor a mi pequeña mandona de cinco años, tan pequeña y tan grande a la vez—. Las médicas y la tía Zoé lo dijeron, solo tengo un virus, nada más.

No tiene sentido discutir con ella, intentaré que Zoé le eche un ojo cuando subamos a nuestra

planta.

—¡Corre, papá! —La voz emocionada de mi pequeña me libera de mis pensamientos. Al levantar la vista la veo corriendo, hasta que llega a la puerta de la guardería y empieza a saltar frente a ella—. Están haciendo una fiesta en la guarde. ¡Tenemos que entrar, papá! ¡Tenemos que entrar!

Cuando llego al alcance de Ágatha, mis ojos se expanden y siento cómo vuelve el aliento agradable de la alegría a mi cuerpo, después de tantos años, vuelvo a sentirme como un niño pequeño que al abrir el regalo debajo del árbol se da cuenta de que es exactamente lo que siempre había querido, eso que pensaba que jamás podría tener. No puedo creer que tenga tan preciosa visión nuevamente ante mis ojos. Mi Carlota, feliz, saltando y bailando junto a los niños de la guardería. Su cabello, ahora rubio y liso, sube y baja desde su cuerpo como si se burlara de la gravedad.

Echo de menos sus rizos, sus caricias, sus palabras, su alegría, momentos como este. A ella en general.

Todo a mi alrededor se ralentiza y me quedo embobado mientras no logro contener la sonrisa que se escapa por la comisura de mis labios. Solo vuelvo en mí cuando veo que Ágatha, no sé cómo, se las ha arreglado para abrir sola la puerta y ahora tira de mi camiseta para obligarme a entrar.

—Cariño, no creo que sea buena idea.

—Que sí, papá, que es una fiesta.

—Ágatha, nos estarán esperando con la comida en casa, además, no estamos invitados.

—¡Que sí, papá! Es la guardería, cualquiera está invitado.

Ágatha ahora corre directa hacia Carlota y me tenso al momento, levanto la vista notando cómo la angustia me recorre y un nudo se instala en mi garganta repentinamente. Carlota recibe a la niña que llega corriendo hacia ella con una sonrisa en los labios y salta a su lado mientras dan vueltas en un baile divertido.

Cuando acaba la música y Ágatha suelta sus brazos, Carlota levanta la mirada en mi dirección y su sonrisa resplandeciente se apaga cuando me ve, pero no se marcha, y eso me da esperanza. Hago un gesto de disculpa en su dirección mientras me acerco con timidez.

—Lo siento —digo preocupado—, no era aún el momento de que os conocierais, no quiero volver a cagarla.

Carlota me ignora y sonríe en dirección a Ágatha, que tira de su camiseta para llamar su atención, ella se agacha y la niña le dice algo en el oído. Carlota le contesta asintiendo con una sonrisa. Diosa de la luna, me moría por volver a ver esa sonrisa en su cara. Ágatha me mira emocionada, saltando a mi lado.

—¿Ves, papá? Que sí podemos quedarnos. —Me coge de la mano insistiendo en que baile

junto a Carlota. Pongo una mirada de terror y niego con la cabeza, pero sé que mi pequeña no aceptará un no por respuesta. Savannah y Miguel miran expectantes la situación mientras con movimientos torpes acompaño a Carlota en su baile mientras mantengo la distancia. No he vuelto a tener ganas de bailar desde que ella se marchó, realmente nunca había tenido ganas de bailar con nadie más que con ella.

—Lo siento —le digo cuando estoy lo suficientemente cerca.

—Relájate, Benjamín —me dice cortante—, es una fiesta.

Carlota ignora de nuevo mi presencia y continúa con sus saltos y movimientos de melena. Ágatha la coge de las manos para saltar junto a ella y Carlota acepta dispuesta, con una sonrisa.

—Papá, que tienes que bailar —dice alargando hacia mí una de sus manos. La cojo dudoso y pronto iniciamos una rueda de tres de bailes y saltos mientras giramos. Por el rabillo del ojo veo como Savannah y Miguel se ríen por lo bajo. Agacho la mirada, nervioso, no quiero hacer nada que pueda incomodarla, pero así, con la cabeza gacha, me olvido de todo y disfruto de lo efímero de este momento pasajero que sé que pronto terminará. De la alegría que me produce tener juntas a mi hija y a la mujer que amo unidas de las manos, y de la tristeza que me recuerda que esto no durará para siempre. Me permito mirarla. Le doy permiso a mis ojos para apreciar su belleza aunque no lo merezca, solo quiero verla sonreír una vez más, solo quiero sentir esa paz que me transmite su alegría una última vez y almacenar la imagen en mi cerebro para siempre.

—Chicos, es suficiente —grita Miguel después de apagar la música—, es hora de comer. Carlota, Ágatha y su papá ya se tienen que ir a su casa, volverán mañana con más baile y fiesta.

—¡Nooo! —grita Ágatha disgustada—, si yo acabo de llegar.

—Bueno, yo te puedo ayudar en eso, princesa mía. —Me sorprendo al girarme y notar que están allí Zoé y Mateo sonriendo de oreja a oreja. ¿Cuándo han entrado?—. Podemos invitar a comer a esta bailarina con nosotros arriba.

—Si, por favor, será genial —suplica Ágatha a Carlota mientras nos mira con confusión—, te va a gustar mi casa, tenemos una planta para nosotros solos —le explica emocionada.

—No puedes decir que no a Ágatha —le dice Mateo en tono serio—, es una norma.

—Está bien —dice Carlota cogiendo a Ágatha en brazos y juro que mi corazón está estallando de emoción en este momento. Me muerdo los labios despacio para contener mis propias lágrimas —, pero que conste que solo lo hago por ti —le dice guiñándole un ojo—. Chicos, nos vemos mañana —se despide Carlota mientras sale con Ágatha por la puerta—, volveré.

—Yo me llamo Ágatha —dice mi pequeña feliz con su nueva amiga—, soy la hija de Benjamín. —Me señala y yo le sonrío—. Bueno, en realidad soy su hermana —le dice en un tono más bajo—, y de Mateo y Jeremiah, pero me gusta llamarle papá.

—Yo me llamo Carlota y es un placer conocerte.

—¿Carlota? ¿Como la Carlota de Benjamín?

Noto cómo cambia la cara de Carlota mientras sostiene a Ágatha, se detiene por unos segundos mientras se recompone de la sorpresa mirando entre nosotros antes de poder continuar.

—No —dice despacio mientras niega con la cabeza—, yo nunca fui la Carlota de Benjamín.

—¿Entonces? ¿Hay dos Carlotas, papá? —me pregunta desconcertada.

—Ágatha, preguntas demasiado —le contesto avergonzado.

—Es ella —interviene Mateo—, es la Carlota de las historias de papá.

—¡Entonces sí eres la Carlota de Benjamín! ¡Has vuelto! —dice emocionada—. Pero ¿dónde están tus rizos? ¿O el marrón chocolate de tu pelo?

Carlota deja a Ágatha en el suelo cuando salimos del ascensor.

—Lo cambié —contesta nerviosa—, he cambiado muchas cosas desde esa época.

—Estoy feliz de que estés de vuelta. —Rodea las piernas de Carlota con los brazos y cierra los ojos—. Mi papá te ha echado mucho de menos.

La cara de Carlota se desencaja, levanta la mirada y me mira con tristeza, para después volver a mirar a la niña abrazada a sus pies.

—En la cabaña después de comer —dice en un hilo de voz apenas audible y respirando con dificultad—, ahora debo irme. Me encantó conocerte, Ágatha, te veré mañana.

Carlota se agacha y da un beso a Ágatha antes de escapar corriendo dentro del ascensor.

CAPÍTULO 3



CARLOTA

En cada latido, la añoranza susurra tu nombre y el eco de nuestro amor perdido.

He llamado a la terapeuta y, ahora, la espero en la cabaña llorando desesperada. Esa niña. Diosa, es tan hermosa, y sabe sobre mí. ¿Por qué le ha hablado de mí?

Me cuesta tanto entender las verdaderas intenciones o motivos de Benjamín… Me cuesta ver su verdadera personalidad. Es muy difícil mirar a una persona desde una perspectiva distinta a la que te has formado para lograr sobrevivir, una en la que creías firmemente, a la que te has aferrado con todas tus fuerzas, de la que has logrado autoconvencerte y, después, ver como hace cosas que desmontan y echan por tierra todas tus creencias sobre él.

Ya debería haber aprendido sobre lo de idealizar a Benjamín y, aun así, no dejo de hacerlo.

—Ha cambiado desde que la tiene a ella —interviene Molly—, Risk me lo ha contado todo, quizá pueda contártelo él mismo si lo dejas, sabes que quieres saberlo.

—No quiero. —Niego con la cabeza mientras lloro—. No quiero.

¿Realmente no quiero?

—Carlota, he venido lo más rápido que he podido, ¿estás bien?

—No —acepto nerviosa—, no sé si debería estar aún aquí. Las cosas no van a cambiar con respecto a Benjamín, no sé para qué hacemos esto, voy a rechazarlo.

—Muy bien —dice en tono pausado haciéndome sentir confusa.

—¡¿No vas a intentar disuadirme?!

—¿Yo? Disuadir a la gente no forma parte de mi trabajo, me gusta que estén seguros de sus decisiones, así serán capaces de asumir la totalidad de sus consecuencias. Estás ahora segura de la tuya, ¿verdad?

—No puedo perdonarlo.

—No tenéis que aceptar el vínculo o ser exclusivamente pareja para que eso suceda.

—No puedo tenerlo cerca, como nada.

—¿Qué es lo que más odias de él?

—Su prepotencia, sus desplantes, su poca responsabilidad afectiva.

—Oh, no me refiero a ese Benjamín —sonríe consiguiendo irritarme—. Me refiero al Ben de ahora, no al de hace tres años.

—Es el que yo recuerdo.

—Odias a una persona que ha cambiado mucho desde entonces, ya no es el mismo de antes. Ahora, una compañera herida que se dio a la fuga y una pequeña que no esperaba y que trajo consigo muchas responsabilidades lo hicieron madurar y aprender a amar correctamente.

—Cuando hablo con usted solo tengo la sensación de que lo defiende.

—Dime lo que quieres escuchar de mí.

—Que entiende que lo odie, que me trató como un secreto durante meses cuando yo lo único que había hecho era amarlo con toda mi vida. —Escucho la puerta abrirse, pero no me detengo. La rabia que bulle en mi interior está dispuesta a encontrar una vía de escape a través de mis palabras. Ahora estoy llorando y no me importa quien pueda oírme. No me importa a quien pueda herir. Es la verdad. Mi verdad—. Que solo quería que me cogiese de la mano y me dijese te quiero, ¡joder! Pero no lo hizo. Me hizo sentir inferior y poco válida, y defectuosa, inservible y dañada. Mientras más me esforzaba por provocar sus sentimientos, más me sentía ignorada. ¡Y me engañó! —digo reventando en llanto, dejando salir de mi cuerpo todo el enfado. Y lo localizo, lo miro directamente. Las lágrimas le salen de los ojos avergonzados sin pedir permiso, y me sorprende mucho ver en él esa expresión—. Quiero que me digas si siempre viste a otras chicas mientras estabas conmigo —dejo salir finalmente sintiéndome derrotada, esa maldita duda que me ha corroído tanto tiempo—. Y quiero que Risk se lo confirme a Molly, por favor, Ben, solo quiero saber la verdad.

—Nunca —dice con seguridad—, mientras estuve contigo no vi a nadie más, y tampoco desde que te fuiste he vuelto a tocar a ninguna mujer.

Sus palabras me sorprenden, pero incluso antes de que mi loba me lo confirme, sé que son ciertas. Me protegí con pociones durante tres años de infidelidades que nunca llegaron a existir, mientras yo sí le causaba dolor físico mediante una cita puntual cada sábado.

—Esa noche…

—Esa noche ella me siguió a mi habitación y no es excusa. Intenté detenerla pero fui un imbécil, en esa época, solo sabía ser eso. Estaba muy triste por lo nuestro, por mi maldito jaleo mental. Por mis dudas. Solo podía pensar en el odio que sentía por Zoé, por Alonzo y por Ela. Solo tenía en mi mente la vergüenza que sentía de mí mismo por no poder confesar la verdad a mi hermano. Estaba hundido en un maldito hoyo, Carlota, y no sabía cómo pedir ayuda.

—Yo te hubiese ayudado —digo con amargura—, hubiese hecho por ti cualquier cosa que me hubieses pedido, Benjamín. Así de grande era mi amor por ti.

—Ese Benjamín no podía verlo. —Agacha la cabeza avergonzado y me coge de las manos.

Me armo de valor agradeciendo la calma que me ofrece su tacto y empiezo a hablar con él directamente, después de tantos años, por fin vamos a hablar.

—¿Sabes? Desde que me fui, no he podido volver a tener sexo con nadie más —le digo con tristeza mientras lo miro a los ojos—, y el sexo es algo que definitivamente disfrutaba. —Sonrío y él se ve contagiado con mi sonrisa porque sé que a él le pasa exactamente lo mismo—. No sé si lo disfrutaba en general o —dudo por unos segundos mientras me sonrojo— solo porque era algo que hacía contigo. He procurado besar a un chico cada sábado por la noche, eso sí, pero lo he hecho sobre todo por venganza, para hacértelo pagar.

—Entiendo. —Asiente.

—Los primeros dos meses que estuve fuera lloraba todas las noches en la ventana de mi habitación escuchando *Talking to the moon* de Bruno Mars, *Si no estás* de Iñigo Quintero o *Lost on you* de LP. Eran las tres canciones más escuchadas de mi lista. —Sonríe—. No quería estar lejos, no quería estar cerca, no quería estar contigo y no quería estar sin ti. Todo al mismo tiempo. Tenía que autoconvencerme continuamente de que alejarme era lo correcto para mí misma, pero siempre me asaltaban las dudas y las ganas de volver. «No es para tanto, Carlota», intentaba decirme a mí misma. ¿Os lo podéis creer? Así de obsesionada estaba. «Ahora eres su compañera, quizá puedas querer y cuidar de esa niña, quizá así consigas que él te quiera un poco más». Fue muy duro lograr callar esas voces en mi cabeza.

Dos meses después, encontré trabajo y me centré en conocer gente nueva y vivir otra vida. ¿Sabéis? También he visitado otros terapeutas, muchos en realidad. Unos que me enseñaron a entender que todo lo que pensaba era una auténtica chorrada. Que solo era un reflejo de mi autoestima, que estaba por los suelos gracias a meses en los que me trataron como si yo no valiese la pena. Y la valgo, joder. Empecé a estar mejor, no a sanar, pero al menos a no despertarme llorando por las noches gritándole a la nada que era su culpa. Porque es tu culpa, Benjamín, sean cuales sean tus razones, si yo hoy en día no recuerdo lo que me pasó, es solo gracias a que tú lo provocaste.

—Tienes toda la razón —me dice despacio, y me mira a los ojos con una leve sonrisa dibujada en sus labios, que tiemblan—, lo único que me importa eres tú y cómo te sientas. Haré cualquier cosa que te haga sentir mejor. Podemos hacerlo ahora mismo, Carlota, podemos acabar con esta agonía a la que te estoy sometiendo nuevamente.

—¿Hacer que? —pregunto confusa.

—Rechazarnos —me responde con dolor—, si esto supone para ti una tortura más que un alivio, no tenemos por qué esperar un mes, podemos hacerlo ahora mismo.

Miro sus ojos cristalinos y los míos comienzan a inundarse de lágrimas. Rechazarnos. Renunciar a nuestro vínculo sagrado. Aquí y ahora.

«Eso era lo que querías, Carlota, a eso viniste, no puedes dudar ahora», pienso.

Pero lo hago. Dudo.

Aprieto las manos con más fuerza alrededor de las suyas para disimular la manera en la que han empezado a temblar. Maldición. Creí que lo tenía claro. ¿Por qué dudo de esta manera? ¿Acaso me planteo, siquiera, darle una oportunidad a lo nuestro?

—Hazlo tú —me dice con una sonrisa triste intentando infundirme confianza.

Diosa, ayúdame a ser fuerte. Siempre he sido tan indecisa con respecto a Benjamín, tan vulnerable. No me imaginé que fuese a afectarme tanto que sucediese de esta manera, creí que estaría enfadada y que las palabras saldrían de mi boca sin pedir permiso, creí que podría hacerlo con facilidad, pero así, en medio de tanto dolor por ambas partes, en medio de tanta añoranza y después de una liberación que nos ha traído tanta paz, es demasiado confuso.

Lo miro a los ojos. Me permito hacerlo genuinamente después de tantos años. Sus ojos azules me recuerdan al Benjamín que era antes de los dieciséis, al que tanto había echado de menos, al que amé y he amado durante toda mi vida. Y solo de pensar en ese Ben, el calor de la sensación agradable del amor ensancha mi pecho y llena mi corazón. Estoy orgullosa de que ese Ben haya vuelto, orgullosa de que haya donado uno de sus riñones a Ágatha, orgullosa de que la llame hija, orgullosa de cómo demuestra sin miedo su amor hacia los demás.

—Yo —empiezo, en medio de llantos, dudas, y los sollozos de sorpresa de los demás—, Carlota. —Me detengo a llenar de aire mis pulmones ya que siento que no seré capaz de continuar—. Higareda, beta…

Dos toques a la puerta hacen que me sobresalte para después ver entrar a Jeremiah con una sonrisa de oreja a oreja. Abre los brazos en dirección a nosotros y deja caer su mochila de viaje visiblemente emocionado.

—¡He vuelto, familia!

—¡Jeremiah! —Soy la primera en saltar sobre él y abrazarlo. Gracias, Diosa de la luna, por liberarme de esa situación tan incómoda.

—¡No! —me inspecciona emocionado—. ¿Carlota? ¡Estás de vuelta! ¿Cómo es que nadie me había dicho nada?

—Porque estabas ilocalizable, ¿puede ser? —responde Mateo y en su tono adivino que está molesto.

—Lo siento, hermanos, en Australia están las mejores olas del mundo, no podía permitirme distracciones ante semejantes bellezas.

—Ya, tampoco nos hubiésemos enterado si te hubiese comido un tiburón —lo regaña Zoé—, además, seguro que no estabas metido de cabeza solo entre las olas.

—Pues no —sonríe con picardía—, cómo me conoces, cuñadita. Además, ¿quién quiere enterarse de algo tan triste como lo del tiburón?

—Calla, tonto —lo reprende Benjamín.

—Ven aquí. —Rodea a Ben alrededor de nuestro abrazo convirtiéndolo en uno de tres. Respiro con dificultad cuando la frente de Benjamín roza la mía mientras Jeremiah nos aprieta el uno contra el otro, sé que lo está haciendo a propósito—. Me alegro tanto de que por fin lo hayáis arreglado, parecíais almas en pena llenos de dolor, sufriendo solo por no hablar entre vosotros, menudos niñatos estáis hechos.

—¡Jeremiah! —lo reprimo—, que no lo hemos arreglado —digo despacio—, de hecho, estábamos a punto de rechazarnos.

—¡¿Qué?! —grita confuso y molesto.

—Quizá la solución de nuestro problema es aceptar el hecho de que no tiene arreglo.

—Eso no son más que patrañas, veo el amor en vuestros ojos. De todas formas, no es momento de hablar sobre rechazos, por favor, no empañéis mi regreso con semejante tristeza, es más de lo que puedo soportar.

No puedo evitar dejar escapar una sonrisa, me causa mucha gracia la naturalidad y la fluidez en su manera de expresarse, es como un *hippie* o un chamán, con su cabello largo y oscuro en el que parece que todavía conserva parte de la arena de Australia. Su ideología, acorde a los cambios de la naturaleza, dejándose llevar por la vida. Además, he de reconocer que ha llegado en el mejor momento, liberándome de una carga excesivamente pesada que no estoy del todo segura de querer cargar.

—Por cierto —dice Jer—, ¿dónde está ese pequeño *gremlin* que tenemos por hermana? —Mira a Ben de reojo—. Le he traído el diente de tiburón más grande que he conseguido.

—Vamos a saludarla, se muere de ganas de verte —argumenta Zoé emocionada.

Todos salen en dirección a la casa de la manada, y yo, dudosa, me quedo atrás. «La Carlota de Benjamín», esas palabras me han desconcertado. ¿Qué más sabe Ágatha sobre mí?

Benjamín se coloca a mi lado, sé que nota mis dudas, ahora estamos a solas y eso me hace sentir un poco acalorada de repente. Siempre he dudado de mi fuerza de voluntad al estar a solas con él.

¿En qué momento ha salido Helen también? ¡Mierda! No paran de hacerme encerronas.

—¿No quieres subir porque estará Ágatha?

—¿Qué sabe sobre mí? —le pregunto directamente.

—Sabe que te amo y que eres mi compañera —dice contundente, como si su única verdad estuviese en esas palabras.

Te amo. Desvío la mirada y me siento frustrada cuando un escalofrío de dolor me recorre internamente. ¿En serio acaba de decir «te amo»? Mis ojos se encuentran con los de él y no puedo reprimir el nudo que se aloja en mi garganta y pide a gritos salir en forma de lágrimas de emoción, pero las controlo arrugando la nariz y parpadeando en repetidas ocasiones.

—Hubiese vendido mi alma en alguna época por escuchar eso —sonrío con tristeza.

—Yo la vendería ahora mismo —sonríe él también.

Dejamos que se nos contagien las ligeras carcajadas del otro y, cuando nuestros ojos vuelven a cruzarse y distingo en ellos la tristeza y la añoranza, me siento, de repente, como si fuésemos dos idiotas rehuyendo de sus sentimientos. Sé, en mi interior, que Benjamín se derrite por mis huesos de la misma manera en la que yo me derrito por los suyos, y una parte de mí se alegra de haberlo confirmado en estos días.

Mojo mis labios secos por tanta sonrisa, aún a sabiendas de lo que ese gesto provoca en su interior. Veo cómo se tensa; sé que he conseguido afectarlo tanto como antes, y eso me agrada.

—Ella es muy bonita —le digo despacio, con la mirada fija y decidida en sus ojos, antes de colocarme el cabello detrás de la oreja y morderme el labio inferior.

—Tú eres muy bonita —me dice antes de dar un paso adelante y acariciar mi mejilla. Jadeo mientras me acostumbro a la sensación, ese gesto consigue excitarme al momento porque me obliga a recordar. Recuerdo lo bien que se sienten las chispas que provoca su tacto sobre mi piel.

«Estás permitiendo que te toque, Carlota, y en el fondo sabes que estás deseando más, mucho más». ¡Mierda! Sí. Han pasado tres años desde la última vez que tuve algo de sexo y estoy necesitada de una liberación.

Cierro los ojos ante su tacto y me muerdo los labios de forma más evidente. Quiero tentarlo, afectarlo. Me mata la curiosidad de ver su reacción. Lo escucho gruñir despacio y la llama que se ha encendido en mi interior arde con un poco más de fuerza. De repente, me descubro traviesa y deseosa de que me bese, que pose sus labios sobre los míos y me deje saborear en ellos el recuerdo fugaz que tengo del sabor del vínculo de compañeros, del sabor de un beso mojado, que vuelva a poner en funcionamiento todo el engranaje oxidado en el que se ha convertido mi interior.

Quizá no estaría tan mal, solo probarlo, disfrutar, al menos una vez más, todas esas sensaciones que solo puede ofrecerme el cuerpo viril de Benjamín y el vínculo de compañeros.

Quizá, teniendo ese recuerdo, pueda aplacar el fuego que arde en mi cuerpo cada vez que lo veo y la manera en la que duele resistirme a apagarlo. Nadie tiene por qué saberlo, no tengo que perdonarlo solo por algo de placer, pero, Diosa, nadie en su sano juicio rechazaría las sensaciones del vínculo sin haberlo probado al completo jamás, y tengo mucha curiosidad, tanta, que no puedo soportarlo.

—Ben —digo mientras me muerdo el dedo, nerviosa—, ¿acaso recuerdas lo que se siente al besar a tu compañero? —Me armo de todo el valor que soy capaz de reunir en ese momento y me coloco en el hueco perfecto entre sus brazos con ese solo pensamiento en mente. Diosa, echaba mucho de menos estar rodeada de sus músculos. Puedo notar la manera en la que su corazón se acelera y que su sorpresa es, si es posible, aún mayor que la mía. Acaricio mi nariz con la suya mientras me empapo de su aroma y disfruto de lo suave que es el tacto de su piel,

acompañado por el cosquilleo de las ligeras chispas que nos recorren. Continúa con los ojos cerrados, pero su cálido aliento golpea mis labios mientras respira con fuerza—. Al menos una vez más —susurro.

—Es algo jodidamente mágico. —Me roza los labios con los suyos provocando mis jadeos.

Oh, Diosa, me siento como un enfermo terminal al que le niegan su último deseo, sufro en la agonía de esta encrucijada, de este tira y afloja conmigo misma, de este querer y no poder que me atormenta con mayor intensidad después de volver a verlo, de tenerlo cerca, de escuchar su versión contada de su propia boca. Sé que moriré arrepentida si no me permito a mí misma probar de nuevo esta sensación. Al menos una vez, quiero saber qué se siente al hacer el amor con tu compañero.

—Me gustaría tanto probarlo… Haría cualquier cosa, lo que sea.

No puedo describir con palabras el calor y el hormigueo que sube por mi cuerpo al escucharlo decir eso. Suplicar. Aprieto los muslos para suprimir las cosquillas que han empezado a formarse en mi núcleo y jadeo ante los pensamientos descabellados que invaden mi cabeza debido a la excitación que ahora me consume.

¿Así que harás cualquier cosa? ¿Lo que sea?

Abro los ojos y le miro la cara. «Su cara perfecta», pienso mientras babeo. Mantiene los ojos cerrados y su cuerpo tiembla expectante.

Mala, Carlota. Quiero con todas mis fuerzas aprovecharme de este chico y eso está muy mal, pero me excita mucho.

—Ben —susurro en su oído mientras coloco la mano en su pecho—, ¿qué se siente si hago esto?

Acaricio con malicia desde su pecho hasta su entrepierna y me muerdo los labios para reprimir mi sonrisa cuando lo escucho jadear y veo cómo tensa los músculos y aprieta los puños. Mala, Carlota. Pronto me encuentro con el obstáculo que supone su cinturón y los pantalones vaqueros perfectamente atados, y visualizo en mi mente cómo me encantaría arrancárselos, pero antes de eso, me permito lamer su cuello y, joder, sigue oliendo tan bien que la boca se me hace agua. Juego con el bulto que aprieta con fuerza bajo sus pantalones y Ben tiembla bajo mi contacto. No sé con exactitud lo que está sintiendo él con esto, pero yo me estremezco solo de poder tocarlo y escuchar sus gemidos, y noto, en la reacción de su cuerpo, que él tampoco se esperaba tal intensidad.

—Dijiste que harías cualquier cosa —le digo despacio.

—Lo que sea. —La urgencia en su voz se siente casi dolorosa.

—Quiero que me supliques. Suplícame por un beso.

—Por favor, Carlota —dice sin pensárselo, sin apartarse de mí y, aún, sin abrir los ojos—, por favor, deja que te bese… Te lo suplico, por favor.

Suficiente. No puedo soportarlo más.

Acallo sus súplicas con mis labios porque, joder, si no lo detengo voy a correrme aquí mismo, de pie, con tan solo escucharlo.

El éxtasis de sensaciones y las chispas a través de mi sangre me hacen sentir muy bien. ¡Oh, Diosa! He muerto y vuelvo a la vida ahora mismo. No me puedo creer que me plantease rechazar esta sensación sin siquiera llegar a conocerla al completo.

Me separo de la calidez y la humedad de sus labios sintiendo enseguida la sed y la necesidad que dejan en los míos. Siento mi núcleo palpitar con la agonía más grande que puede existir, al punto de ser doloroso. Lo necesito, después de tantos años, lo necesito dentro de mí y lo necesito ahora.

A la mierda todos los demás, que me juzguen todo lo que quieran. A la mierda con la venganza y el ensañamiento contra mí misma, puedo dejar todo eso de lado un momento si esta es la recompensa. El sexo no es nada malo y querer follarte a tu compañero como una loba en celo, tampoco, así que me doy permiso.

«Eres libre de hacer lo que quieras, Carlota. Te has reprimido durante tres años y, ahora, te ordeno disfrutar de este momento sin miramiento alguno».

CAPÍTULO 4



BENJAMÍN

La vida está llena de ciclos y oportunidades para redescubrir lo que amamos.

Su beso me ha dejado extasiado y estupefacto. No puedo creer que esté pasando, no puedo creer que la Diosa me haya concedido la benevolencia de besar estos labios ardientes otra vez.

Cuando se desprende de mi boca y la veo dudar, es mi instinto el que por fin se despierta y se envalentona gracias a la necesidad que tengo de ella. Verla frente a mí, con los labios mojados por mi saliva, rojos y palpitantes debido a la fuerza de mi beso, los pezones erectos y el núcleo empapado, es mucho más de lo que puedo soportar.

Aspiro con fuerza el olor de su deseo y es el chute de adrenalina que necesito para dejar a un lado mis dudas. No quiero atosigarla, ni presionarla, pero ella está aquí ahora, me ha besado y, joder, la parte de mí que se torna salvaje lo ha tomado como una invitación. Sé que ella desea mucho más.

La amo y estoy desesperado. Los recuerdos del pasado me han atormentado cada segundo, pero agradezco su presencia porque conozco ese cuerpo, tengo en mi mente, memorizado, el mapa de todos los lugares en los que he besado a Carlota, y aprovecharé esta oportunidad para volver a besarlos, para volver a saborear cada uno de ellos mientras los recorro con urgencia.

La aprisiono de la cintura y la aprieto con fuerza contra mi pecho. Joder, juro que veo todo rojo de lo fuerte que bombea mi sangre ante nuestro impacto. La escucho jadear y dejo escapar un gruñido más territorial de lo que pretendo mientras siento cómo se eriza cada vello de su piel. Sé que es el momento, sé que tengo carta blanca, así que, con rapidez, cruzo los brazos debajo de su trasero y busco el soporte de la encimera de la cocina para apoyarlo. Me meto en el hueco perfecto que hay entre sus piernas y le acaricio el muslo con una de mis manos mientras la sostengo de la nuca con la otra. No quiero, no puedo dejarla escapar de mí nunca más. Nos ha mantenido a ambos privados de este éxtasis, de este deseo, y voy a recordarle lo que nos hemos estado perdiendo.

—¿Qué se siente si hago esto, Carlota? —pregunto desesperado antes de atacar su cuello con una intensidad voraz. Grita en mi oído mientras lucha por mantenerse firme, pero su cuerpo convulsiona como una gelatina, justo como yo deseo. Sus gemidos hacen que me enloquezca, recuerdo cuán adicto soy a ese sonido y me fijo un único objetivo: conseguir más—. ¿O esto? —Arranco de un tirón la fina tela de la camiseta antes de levantar el sujetador, liberar sus pechos y succionarlos con énfasis mientras meto una de las manos en el hueco de la falda, en medio de sus piernas abiertas. Deslizo a un lado las bragas y localizo su clítoris—. ¿Es agradable si me muevo de esta manera? —pregunto mientras la torturo.

—Sí —grita mientras se retuerce y clava las uñas en mis brazos.

—¿Y esto? —Esta vez, mi lado perverso está descontrolado. Lo único que quiero es verla correrse en múltiples ocasiones y escucharla gritar mi nombre como lo hacía antes. Introduzco dos dedos en el interior de su vagina y los muevo de dentro afuera con una rapidez sobrehumana mientras tiro de su cabello hacia atrás y la beso para ahogar la euforia de sus gritos.

Los sonidos de mi mano chocando contra su humedad son todo lo que está bien en este mundo, y son indescriptiblemente placenteros. ¡Joder! ¡Cuánto los he echado de menos!

—Ben, no puedo, voy a…

—Hazlo —le ordeno furioso por todos los años en los que me ha privado de lo que está a punto de pasar—, córrete para mí, Carlota.

La fuerza de su orgasmo me pilla desprevenido y tengo que gemir cuando sus uñas se arrastran por casi toda mi espalda en medio de sus gritos en su intento por recuperar el aliento.

—Gracias —le susurro antes de volver a besarla, satisfecho por haber experimentado de nuevo semejante sensación.

CAPÍTULO 5



CARLOTA

Hacer algo que no hacíamos hace mucho tiempo es una oportunidad para reconectar con el pasado, aprender más sobre nosotros mismos y apreciar cómo hemos crecido a lo largo del tiempo.

No puedo creer que me haya estado privando de esto durante tanto tiempo. Diosa de la luna, es mil veces más intenso que antes, ¡menuda pasada!

Me incorporo un poco en la encimera y veo cómo Benjamín me mira satisfecho después de lo que ha conseguido. Me gusta volver a ver esa expresión en su cara, volver a ver mi ropa rota por la desesperación de ver mi cuerpo expuesto y mi núcleo enviándome la necesidad dolorosa de tenerlo en mi interior, pero siento la urgencia de recordarle que yo también sé como llevarlo a la locura.

—Ben —pido inocente mientras me quito del todo el sujetador y lo lanzo en el suelo. El rugido que lanza mientras sigue la dirección de la prenda produce que me recorran corrientes eléctricas jamás descritas y me hace sonreír.

—Carlota —me advierte y, ¡mierda! Cuánto he echado de menos ese tono de advertencia con el que dice mi nombre. Estoy tan ansiosa, caliente y necesitada que creo que voy a reventar.

—Quiero verte desnudo —le susurro de forma inocente mientras me muerdo el dedo anular.

Una sonrisa de medio lado se dibuja en su rostro mientras me obedece y se desnuda despacio. Mi pulso se vuelve inestable mientras recorro las líneas marcadas de sus músculos y visualizo el negro de la tinta de los tatuajes que adornan su piel. Mi respiración acelerada hace que casi parezca que mi pecho salta y, por unos segundos, temo poder desmayarme de emoción. ¡Oh, joder! Al verlo como la Diosa lo trajo al mundo, recuerdo que los labios, la lengua o los dedos mágicos de Ben, no son lo único que he añorado.

Le hago señas con el dedo para que se acerque y se coloca, otra vez, en el hueco entre mis piernas. Trago con fuerza cuando siento su pene presionando despacio contra mi entrada y, la

sensación es tan alucinante que me recuerda que esta vez es real y que no lo estoy soñando. Ahora estoy preocupada, me asusta no poder parar una vez consiga lo que quiero. Jadeo ansiosa, conocedora de que solo un leve movimiento sería necesario para que se introduzca en mí y llene mi interior, pero me obligo a no dejar que la lujuria domine del todo mi mente y, en lugar de inclinarme hacia delante y facilitarle el acceso, aprieto un poco las piernas e inclino el trasero hacia atrás.

Lo rodeo en un abrazo, lo beso y le acaricio la espalda mientras él hace lo mismo conmigo. Diosa de la luna, estoy feliz de tenerlo en mis brazos, lo he echado tanto de menos que estoy a punto de echarme a llorar.

—Pídemelo, por favor —le susurro en los labios mientras su saliva empapa los míos.

—Por favor —suplica desesperado y no sé cuál de los dos está sufriendo más ahora mismo—, por favor, Carlota, te he añorado mucho.

Mis instintos de loba hacen que asomen mis caninos. La boca se me hace agua mientras localizo, bajo su clavícula, el lugar que debería llevar mi marca. Entonces toda la euforia se relaja y me quedo perpleja. Lucho por recuperar el aliento mientras las lágrimas empiezan a brotar de mis ojos. Ben me inspecciona nervioso y vuelvo a abrazarme a él mientras lloro en su cuello.

—¡Mi amor! ¿He hecho algo malo?

Me incorporo y lo beso, el sabor de sus labios ahora se mezcla con el salado de mis lágrimas, pero me ayuda a relajar la euforia. No quiero parar de besarlo, no quiero apartarme de sus labios nunca más.

—¿Quieres parar?

Niego con la cabeza mientras acaricio el tatuaje con mi nombre que se ha hecho al lado del corazón, en el lugar exacto donde debería llevar mi marca. Beso sus labios de forma frenética silenciando sus posibles palabras, no las necesito, en este momento me están hablando los hechos.

Me siento incapaz de aguantar más y cedo ante esa necesidad de tenerlo en mi interior. Grito con la sensación exageradamente placentera que me recorre cuando me inclino hacia delante y él me llena con un solo movimiento. Me abrazo con fuerza a su cuello y él lame las lágrimas de mi mejilla mientras entra y sale de mí con rapidez.

—Ben —gimo su nombre.

—Shhh —me chista—, sabes que tu voz me excita demasiado.

Benjamín me levanta a horcajadas y me apoyo en él con más fuerza mientras continúo los movimientos que él ha detenido por un momento. Arriba y abajo, adelante y atrás, muevo mis caderas sobre él como si bailáramos una envolvente danza. Sé que él también lo siente, el placer es demasiado como para permanecer quietos un solo momento. Dejo en su clavícula mis gritos y

mi respiración entrecortada, y me sorprendo cuando mis caninos vuelven a asomar y hacen mi boca agua. Mi loba está desesperada y él está tan cerca que podría marcarlo ahora mismo como mío para siempre. ¡Joder! Mi loba estaría tan feliz con ello que aullaría de éxtasis días y noches sin parar.

Mis visiones se ven interrumpidas por la fuerza de sus embestidas cuando apoya mi espalda en la pared y jadea mi nombre mientras me lame el cuello.

—¡Ay, joder! —gimoteo.

Sabía que esto pasaría, sabía que no podría resistirme a él teniéndolo tan cerca, siempre lo he sabido, por eso me escondía y, aquí, gimiendo entre sus brazos, deseando que aumente el ritmo de sus penetraciones y me folle hasta que no pueda andar, lo compruebo por mí misma.

Estoy obsesionada con Benjamín, Diosa. Sigo sin saber si eso es bueno o malo, pero soy una adicta a nuestro sexo y no lo puedo remediar.

Ben camina, ambos unidos, hasta uno de los sofás. Me doy cuenta de que es el de Helen y la idea de profanarlo me resulta excitante. «¿No quería que lo arregláramos? «Pues esta es una buena manera de empezar», pienso, y enseguida me siento traviesa, otra vez.

Me pongo de pie en el sofá y rompo la conexión de nuestros cuerpos por unos instantes. Desabrocho la parte trasera de la falda arrugada en mi cintura y la dejo caer por mis piernas. Benjamín, desnudo frente a mí, me mira emocionado, se acerca y me lame con énfasis la zona de la cadera derecha, bajo el abdomen, donde me he tatuado nuestro faro.

Jadeo con fuerza mientras le cojo del pelo y, entonces, esa Carlota insaciable vuelve a adueñarse de mí. Miro a Ben con lujuria antes de darle la espalda, me pongo de rodillas y apoyo la cara en el sofá. No necesita instrucciones para saber lo que debe hacer a continuación y no me defrauda al hacerlo. Aprieto entre los puños la tela de color *beige* del sofá mientras me acostumbro de nuevo a su tamaño y nuestros gemidos se juntan.

Se retira hacia atrás y me mira una vez más antes de volver a introducirse con fuerza. Pongo los ojos en blanco mientras grito babeando en el sofá de Helen, con la boca abierta, ante la fuerza con la que se hunde en mí y lo placentero que me resulta.

Me siento tan sexi, tan llena de lujuria y tan excitada, que no puedo reprimir la necesidad de tocarme por mí misma.

Ha pasado mucho tiempo desde la última vez que experimenté algo como esto y, ¡oh, Diosa!, lo estoy disfrutando al máximo.

Es como si leyera mi viejo libro favorito y recordara cuánto me gusta, como si volviese a tocar un instrumento olvidado y redescubriese lo bien que suena. La familiaridad del cuerpo de Ben se mezcla con la novedad de las personas que somos hoy en día y me resulta excitante saber que hemos estado, amado y deseado a todas las versiones de nosotros mismos.

No voy a soportarlo mucho más, todo mi cuerpo va a estallar como un globo mientras lo

tengo dentro.

—Más fuerte —grito mientras siento expandirse el hormigueo que avisa de mi inminente orgasmo. Él me complace, y me deleito al escuchar lo único que se oye en aquella cabaña: los sonidos de nuestros gemidos y nuestros cuerpos chocando con violencia. Sonidos indescriptibles salen de mi boca mientras llego al orgasmo de una manera tan fuerte y violenta como nunca antes, para después sentir como él deposita su placer en mi interior.

Diosa de la luna. Gracias por el vínculo. Menuda locura de sensaciones.

Ambos nos recomponemos entre jadeos y miradas silenciosas que provocan nuestras sonrisas. El sexo ha vuelto a mi vida y, maldita sea, se siente genial.

Me coge entre sus brazos y me levanta del sofá para después girar conmigo mientras sonreímos. Lo beso con esmero antes de que nos deje descansar sobre el sofá y me río, incapaz de no hacerlo, mientras hundo la cabeza en su pecho.

—Te amo, Carlota. —Me levanta la barbilla buscando mis labios con los suyos visiblemente emocionado—. Te amo mucho, doy gracias a la Diosa y a ti por esta oportunidad.

Me tenso enseguida y siento como desaparece gran parte de la emoción. Aún no estoy preparada para eso y me siento en la necesidad de aclararle mis términos.

No he pensado en él en absoluto, como hace años él no pensó en mí, lo he hecho de manera egoísta, por mí, por mis necesidades. Esto no es una oportunidad. Aún me siento confusa en demasiados aspectos.

—Esto es solo sexo, Ben, no significa nada más. No le demos importancia, ¿vale?

—¿Ahora yo seré tu secreto? —suspira en medio de una sonrisa amarga.

—Pues… sí —digo sin más—, la verdad es que me preocupa un poco lo que puedan pensar los demás. Necesito tiempo para aclarar mis pensamientos y mis emociones.

—Van a olernos y a saber que lo hemos hecho, se alegrarán por nosotros, Car…

—No será real del todo si no hablamos de ello, además, las personas follan, Ben, y eso no significa que se reconcilien o tengan una relación, tú deberías saberlo mejor que nadie. —Su cara se desencaja ante mis palabras. Sé que le he hecho daño con ellas, pero necesito escaquearme de la situación—. Ahora debería vestirme y salir de aquí —le aclaro y me pongo en pie de un salto.

—Escucha —dice con apenas un hilo de voz—, hay algo que me gustaría enseñarte, algo que es tuyo, pero —dice tocando la zona en la que le he mostrado el tatuaje—, lo he mejorado para ti, para Ágatha, para contarle nuestra historia.

—¿Tuvimos una historia? —pregunto fingiendo sorpresa.

—La tenemos, yo he aprendido a quedarme con las cosas buenas, y es lo que he plasmado en nuestro lugar especial.

—¿Tenemos un lugar especial? —me burlo—, no sé…

—Venga, no digas que no. ¿A qué le tienes tanto miedo, Carlota?

«A amarte sin control otra vez, Ben», pienso con tristeza. A sufrir nuevamente si me partes el corazón en mil millones de pedazos.

Benjamín me coge de las manos y me mira, eso me coge por sorpresa, pero me emociona, lo disfruto.

—Antes de todo fuimos buenos amigos, si me rechazas más adelante, deja que al menos me quede con nuestra amistad.

—Pero…

—Somos una nueva versión de nosotros mismos. —Me dedica una ligera sonrisa, una cargada de esperanza—. Nos estamos conociendo otra vez, podemos hacer nueva también nuestra historia.

Una Carlota nueva. Una nueva historia con Ben. Joder, me gusta tanto como suenan esas palabras que duele. Me he obsesionado mucho durante tres años en ser una Carlota diferente a la que era, me he esforzado por ser la chica fuerte que puede solucionarlo todo sola, que no necesita de nadie, que no se muestra débil o vulnerable, que no se enamora, que no siente, que no es feliz.

Que no es feliz…

—Iré —digo decidida.

—¿Esta noche? —pregunta con cautela.

—Vale, pero pasa a recogerme por casa de mis padres —me apresuro a decir para darle un poco de seguridad—. He quedado con ellos para cenar y me oleran…

—Allí estaré, mi amor. No tienes nada de qué avergonzarte. ¿Por qué no subes a comer con nosotros? Nadie pudo hacerlo cuando te fuiste porque todos se quedaron intranquilos.

—¿Y qué hago con Ágatha? —pregunto con pánico.

—Solo sé tú misma. —Me sonríe—. Eres la encantadora de niños, no puedo creer que te atemorice, ella te amará.

—Vale, pero primero me daré una ducha rápida. —Dejo un rápido beso en sus labios antes de ponerme la chaqueta y salir pitando de allí.

Mientras subo a mi apartamento, y luego, mientras me ducho y me visto, no puedo parar de sonreír pensando en lo que acaba de pasar. Menuda locura lo del vínculo, ahora entiendo por qué la gente se vuelve completamente majara con ello, jamás podría haber imaginado que el sexo se podía sentir mil veces mejor de lo que ya se sentía.

Deseaba mucho volver a tener esas sensaciones, volver a ser suya y, a la vez, tan mía. Es difícil explicar los sentimientos que me genera esta nueva experiencia, la de ser una nueva Carlota que descubre a un nuevo Benjamín y, ver que, a pesar de todo, se eligen entre ellos y no pueden quitarse las manos de encima.

A la mierda los remordimientos y las dudas, soy una mujer, una mujer fuerte con necesidades, necesidades reprimidas durante tres años, que solo deseo que él satisfaga, él y nadie más.

Subo a la sexta planta bastante nerviosa por todo lo que acaba de pasar y por las reacciones que puedan tener los demás ante ello, pero no puedo negar que el tema Ágatha es el que más me atemoriza. Los niños son frágiles y merecen que se cuide su corazón, es decir, no quiero que nadie se haga ilusiones conmigo ya que mi cabeza sigue siendo un caos y mi plan, por ahora, sigue siendo irme de aquí.

Respiro con fuerza mientras busco calma y valor. Se me dan bien los niños, y nadie ha dicho que mientras esté en esta casa tenga prohibido disfrutar. Disfrutaré con ella como lo haría con cualquier otro niño de la guarde. «Venga, Carlota, todo saldrá bien».

Al salir del ascensor, el olor de la comida recién servida es lo primero que inunda mis fosas nasales y Zoé me rodea feliz en un abrazo al verme aparecer. Todos se encuentran allí y me miran radiantes, expectantes y ¿esperanzados? Como si me hubiesen estado esperando con ansias durante mucho tiempo. ¿Acaso ya lo saben? Seguro que han podido oler ya mi aroma en Benjamín. Me sonrojo, respiro profundo un par de veces moviendo las manos de manera torpe, y Zoé, que nota mis dudas, me coge de la mano y acompaña mis pasos.

—Vamos, tonta, Ágatha es genial. Te amará.

—Ya podrías haberme dicho que no era su hija —le digo en voz baja a modo de reprimenda.

—No me dejabas ni mencionar su nombre —me responde de la misma manera—, me tenías amenazada con desaparecer.

—Bien que te las has ingeniado para traerme aquí. Mira todo lo que has formado.

—¡Carlota!

La voz de Ruth y su abrazo consiguen sacarme de mi conversación silenciosa con Zoé, le dedico una amplia y genuina sonrisa al momento.

—Ruth, Eliazar, es un placer veros.

—Déjate de formalidades con nosotros. —Eliazar me pasa una copa de vino blanco. ¿Por qué están todos tan radiantes? ¿Qué se supone que celebramos? ¿Qué Benjamín y yo hemos follado? Me ruborizo solo de pensarlo—. Somos familia.

—Vamos a brindar —dice Ruth levantando su copa para que la imitemos.

—¡Yo! ¡Yo quiero! —grita Ágatha mientras eleva su copa de Champín.

—¿Por qué brindamos, pequeña? —le pregunta Ben haciendo su entrada, a la vez que la levanta en brazos. Joder, quiero saltarle encima aquí, delante de todos, está muy guapo con ese pelo mojado.

—¡Porque ha vuelto Jer y la Carlota de papá! —grita emocionada.

Me sonrojo al momento, pero no me da tiempo a procesar nada debido a la explosión de gritos y vítores que surge a mi alrededor. Acerco mi copa al montón y brindo con ellos, me permito brindar por los motivos de Ágatha y me descubro, a mí misma, disfrutando con ello en un

efímero instante de felicidad y nostalgia. Después dejo que el sabor dulce del vino empape mis papilas gustativas. Quizá no esté tan mal brindar por esto, quizá deba dejar salir a la Carlota de Benjamín y liberarla de ese sótano. Por fin puedo dejarla pasear alguna vez sin las ataduras que le he impuesto. A lo mejor, si dejo de autocastigarme por tener diecisiete años y estar enamorada, pueda disfrutar y quedarme con las cosas buenas, como dijo Ben.

—¿Te gustan los legos?

—Me encantan. —Me agacho del todo hasta ponerme a la altura de la pequeña niña, que ahora me saca una cabeza en esta posición, solo tiene cuatro o cinco años, pero es alta para su edad—. ¿Tienes?

—Sí, mi padre me los compra cada vez que va a Roma a verte.

—Si lo hubiese sabido, me hubiese encantado enviarte alguno.

—Puedes comprarme cuantos quieras, y podéis llevarme con vosotros alguna vez a Roma, prometo que me portaré bien.

—Solo si prometes que los armaremos juntas —le sonrío.

—¡Sí! —grita mientras se abalanza sobre mí en un abrazo y tengo que utilizar todas mis fuerzas para no caer hacia atrás, hasta que Ben se pone en cuclillas a mi lado y me sirve de apoyo. Ágatha lo rodea con uno de sus brazos convirtiendo nuestra unión en una de tres y, a diferencia de lo que hubiese podido creer, no me resulta nada incómodo, más bien, disfruto del dulce olor de Ágatha empapando mis fosas nasales junto al característico olor de mi compañero impregnado de mi esencia. Me adecúo a la forma de su cuerpo en medio de nosotros, pequeña, frágil y menuda. Se siente genial recibir un abrazo tan genuino de alguien tan sincero y su cabello oscuro es tan suave que no puedo resistirme a acariciarlo, justo como el de Ben.

—Es hora de comer, he mandado a preparar vuestros platos favoritos. —Señala Ruth, y juraría por el tono de su voz que está emocionada.

Todos se empiezan a distribuir por la mesa y Ágatha me suelta sonriendo para buscar su ubicación.

—Deja que te ayude —me ofrece Benjamín la mano, aunque me lo pienso.

—Yo —dudo—, no la necesito —digo antes de extender la mía para aceptar—, pero gracias.

Me siento en la mesa en medio de Zoé y Jer, como antiguamente, ellos siempre a mis flancos. Benjamín está frente a mí y no puedo evitar sonrojarme ante sus miradas de reojo y las risitas indisimuladas de los demás. Supongo que será duro simular que no me doy cuenta o que no lo miro con la misma intensidad y las mismas ganas de arrancarle la ropa que antes.

Está más delgado, es cierto, ya no tiene esos músculos tan tonificados que parecía que romperían su camiseta como antes. Siguen ahí, pero ahora apenas se perciben, para mí, eso le da un aire todavía más sexi, más maduro. Ya no parece el típico chulito que solo le interesa estar cachas y seducir a las chicas, ahora más bien lo veo como un padre responsable o un estudiante

de máster que se cuida mucho.

—¡Que si quieres pastel de carne! —me pregunta Zoé antes de acercar su cabeza a la mía y susurrarme al oído—. ¿O crees que estarás satisfecha solo con mirar a Benjamín?

—¡Cállate! —la reprimo susurrando mientras le pateo el tobillo bajo la mesa y grita antes de disimular fingiendo una carcajada.

—Estáis radiantes. Tenéis que disimular, que se os cae la baba.

—¡Zoé! —digo muerta de vergüenza—, juro por la Diosa que voy a matarte por esto. Ha sido un golpe bajo. Sé que me has dejado sola con él a propósito.

—Yo —sonríe fingiendo indignación—, ¿acaso tengo la culpa de que se te caigan las bragas cuando Ben está cerca?

—¡Oh, Diosa! ¡Me las pagarás!

—Chicas, podemos oíros —escucho decir a Mateo, y levanto los ojos solo para ver en la cara de todos una sonrisita burlona mientras Zoé estalla en carcajadas—, somos hombres lobo.

Mierda. La mato. Menuda vergüenza.

—Claro que le gusta mirar a mi papá, tía, es su compañera y mi papá es el más guapo.

—Mateo es el más guapo —bromea Zoé guiñando un ojo en dirección a su compañero que sonríe y le lanza un beso.

—Yo soy el más guapo —interviene Jer mientras se da golpes de pecho.

Meto la cara entre mis manos incapaz de disimular mi frustración ante sus burlas y sonrisas. «Juro que me las pagarás, Zoé Ibáñez». Siento el hombro de Jer chocar contra el mío en un gesto de solidaridad.

—Venga —me dice sonriente—, come. Y tú también, Ben, deberías masticar, ya sabes, con la boca cerrada.

Ataco mi plato de pastel de carne reprimiendo mi risa y alucino, está casi tan delicioso como el de mi mamá.

—¿Sigue siendo tu comida favorita?

—Está delicioso, Ruth, lo sigue siendo y este es genial.

—De postre hay ensalada de frutas exóticas. —Ruth me ofrece una pequeña sonrisa curiosa.

—Me fascina —digo emocionada.

—Lo sé. Benjamín la ha mandado hacer para ti —añade e, involuntariamente, mis ojos se dirigen de forma automática a los de él. Sonrío recordando el pasado, cuando después del sexo compartíamos una ensalada de frutas, o cuando la fruta formaba parte del sexo y la colocaba en mis pechos antes de…

¡Diosa! ¡Ayúdame! Cierro los ojos con fuerza apretando los muslos y apartando esos recuerdos de mi mente.

Demasiado tarde, mis bragas han empezado a humedecerse y mucho me temo que él puede

olerlo. Respiro con profundidad cuando lo veo removerse en su asiento. Diosa, no creo que podamos sobrevivir a esta comida.

—Gracias, Benjamín —digo solo para romper el silencio incómodo e intentar alejar la atención de cómo nos comemos con la mirada—, supongo.

—De nada —responde, y me avergüenzo al escuchar lo ronca que ha sonado su voz. Eso sí que ha podido notarlo todo el mundo.

—¿Irás a cenar a casa de tus padres esta noche? —me pregunta Zoé.

—Sí.

—Oh, prepararé las galletas preferidas de tu madre, dile que estoy deseando verla mañana en el club de señoras.

—¿Club de señoras? —Eso es nuevo.

—Mi madre creó un club en el que las mujeres mayores se reúnen a charlar y a jugar a las cartas —me informa Mateo—, y hablan de sus maridos e hijos sin piedad ni contemplación alguna.

—No os imagináis las veces que me he enterado allí de que mi hija estaba embarazada. —Ríe Ruth.

—¿Voy a tener un sobrino? ¡Viva! —grita Ágatha emocionada.

—No, no vas a tener un sobrino —la corrige Zoé—, la abuela solo dice que las señoras se inventan cosas que no son ciertas, pero, algún día no muy lejano, será una realidad. —Sonríe mientras mira a Mateo y este le devuelve la sonrisa.

—Lo estoy deseando —añade él.

—Eso suena genial —admito emocionada—, me pido ser la madrina.

—Y yo el padrino —grita Ben, y no puedo evitar estallar en una carcajada que contagia al resto ante su velocidad.

Las bromas, a partir de ese momento, no hacen más que ir en aumento, descubro, en medio de risas, lo controversiales que son las conversaciones de ese club.

Por primera vez en mucho tiempo me siento en casa. Me duele la tripa mientras me río y como una rica comida con las personas que, durante toda mi vida, he considerado parte de mi familia. Jeremiah está de vuelta con sus aires de libertad, después de vivir reprimido por un psicópata toda su vida, Zoé y Mateo se aman tanto que parece que van a saltar el uno a por el otro por encima de la mesa. ¿Quién diría que es la misma chica que me suplicaba que la acompañase y que la ayudara a huir para alejarse de él? Ruth y Eliazar abrazan a Ágatha mientras miran con orgullo su mesa llena y Benjamín me mira a mí como si yo fuese el centro de su universo. Por un momento, reconozco, tanto en la cara de Ben como en la mía, la misma expresión. Añoranza.



Me despido tan pronto como puedo y me encierro en mi apartamento.

«¿Estás dudando, Carlota?», me pregunto a mí misma una y otra vez. Me veo dudando después de un polvo. Pero no ha sido solo un polvo, con Benjamín siempre ha sido mucho más que sexo.

Me envuelvo en una manta y me siento frente al portátil a responder correos.

El sonido de alguien tocando la puerta me sobresalta y veo colarse algo blanco por la parte baja de la puerta. ¿Qué cojones?

Abro la puerta con rapidez y, efectivamente, no hay nadie. Pero el olor de Benjamín es difícil de confundir. Cierro la puerta tras de mí y cojo en mis manos la nota.

«Yo también escuché canciones mientras no estabas, te dedicaré una cada día, hoy puedes empezar con *Happier* de Marshmello ft. Bastille».

La sonrisa escapa de mí antes de poder controlarlo y pienso que es una pena que se haya ido antes de poder interceptarlo, siempre he fantaseado con la idea de follarmelo aquí, en este apartamento. «Maldita sea, Carlota, vuelves a sentirte como una adolescente».

Ya tendré tiempo de reprimirme un poco más a mí misma después de escuchar la canción.

La reproduzco en el portátil y empiezo a analizarla. Mi corazón tiembla de dolor al entender su significado. «Así que querías que fuese feliz, por eso no me hablaste en tres años. ¿Esta canción te ayudó a decidir que debías darme espacio?». Puedo imaginarlo por la noche, escuchando esta canción y decidiendo actuar de la misma manera que expresa el cantante. Haciendo nuestra la historia de la canción y decidiendo alejarse solo por mi felicidad.

¿A lo mejor Benjamín es tan víctima de las circunstancias como yo? Esta pregunta cada día se hace más eco en mi cabeza.

Me pongo todo lo mona que puedo y pido a uno de los chóferes que me acerque a casa de mis padres, no sé por qué lo hago si sé conducir perfectamente, pero también es divertido aprovechar las comodidades mientras estoy en casa. Lo despido, ya que sé que regresaré con Ben. Entro en casa y mi madre me abraza enseguida, casi no me permite respirar, mientras elogia sin parar lo guapa que me he puesto. Mi padre me envuelve en un abrazo acompañado con unas palmadas en la espalda. Sé que me han echado mucho de menos a lo largo de estos años y lo noto aún más en lo mucho que me abrazan y me demuestran su cariño cada vez que me ven.

He vivido fuera de casa durante mucho tiempo, siempre me ha gustado ser independiente y ellos siempre lo han respetado, pero cuando me fui a Roma, cuando salí de sus fronteras condenándolos a no poder buscarme en territorio humano, sé que partí sus corazones. Mi mensaje fue claro y conciso, sin lugar a negociaciones, solo quería estar sola.

Mi hermano y su compañera me rodean en un abrazo después de mis padres y me adulan, hablan de mi pelo, mi ropa, mi maquillaje, y yo ya me siento un poco extraña al sentir lo mucho que están exagerando.

—Bueno, vale ya, gracias, pero ¿dónde está el pequeño Tomás?

—Lo tiene Liam —me responde mi hermano mientras se aparta, dejando delante la visión de mi pequeño sobrino en los brazos del semidiós en el que se ha convertido Liam. La madre que me parió. Abro la boca alucinando por lo que ven mis ojos. Ese no es Liam, no es el mismo que vi crecer ni el que estaba aquí la otra noche. ¿Cómo puede sentarle tan bien a alguien vestirse con un traje caro sumamente ajustado? ¿Cómo puede cambiar tanto una persona solo con eso y un corte de pelo?—. Cierra la boca, hermanita —dice mi hermano en una carcajada.

—Eh, lo siento, Liam —digo sonriendo—, es solo que te sienta genial ese traje y ese corte de pelo.

El chico que tengo delante me sonríe de forma seductora, y unos preciosos hoyuelos se dibujan a ambos lados de sus mejillas. Joder, menuda boca. Tener esos labios gruesos no debería ser legal, ni esa sonrisa, ni esa piel canela o ese pelo rizado.

—Me alegra que te guste, lo he elegido pensando en ti.

Oh, vaya, ahí está, lo sabía, sabía que estaba ligando conmigo el otro día.

—No deberías hacer eso —bromeo sonriendo—, deberías vestirte solo para hacerte feliz a ti mismo.

—Una chica que predica la autoconfianza, me gusta.

—Para el carro —dejo escapar una carcajada—, que se nota que de esas tienes un montón.

—Un montón siguen sin ser la que quiero —me dice serio, con la mirada fija en mi escote. Me remuevo e intento sacudir la sensación de incomodidad que empieza a aglomerarse en mi interior.

Durante la cena, tengo que esquivar muchas de las miradas seductoras que Liam lanza hacia mí de una manera más que directa, al principio me pareció halagador que me mostrara su interés, pero ahora empieza a hacerme sentir incómoda, me resulta un poco chocante que sea tan poco disimulado.

Al terminar, mientras coloco los platos en el lavavajillas junto a mi madre, aprovecho para contarle los últimos detalles.

—Benjamín va a llevarme al faro esta noche —le digo despacio mientras me sonrojo—, pasará a recogerme en un rato.

—Oh, cariño, te encantará lo que ha hecho en el faro, lo ha dejado precioso en conmemoración a ti.

—Creo que eso no me tranquiliza, mamá, no sé, me preocupa que toda la gente conozca nuestra historia.

—Eres la compañera huida del beta, todos entienden tus razones, pero en el fondo desean con todas sus fuerzas que vuelvas.

—¿Todos desean que vuelva? —pregunto confusa—, es extraño —me sincero—. En el fondo, siempre he creído que todos me juzgarían si llegase a perdonarlo.

—¿Por qué lo harían? ¿Por estar enamorada de tu compañero o aceptar el vínculo de la Diosa? —Se ríe mi madre—. Si alguien se atreve a insinuar algo sobre ello, sugiérele que pase tres años resistiendo al vínculo de compañeros. No vas a encontrar a nadie más fuerte que tú por estas tierras, ni por ninguna otra. Bueno —reflexiona mi madre—, más fuerte que vosotros.

Sus palabras me sobrecogen. Mamá tiene razón, incluso si hacemos balance, Ben se ha llevado la peor de las partes en estos años. Yo no he sufrido la ira de la Diosa a través del celo ni he soportado el horrible dolor de besos esporádicos que repartía mi compañero.

—¿A ti no te parecería mal si nos doy una oportunidad? —me atrevo a preguntar—, si le perdono.

—Me entristecería que no lo hicieras, hija, lo respetaría, pero me gustaría veros a ambos siendo felices de nuevo, y algo me dice que eso solo será posible si os tenéis el uno al otro. Quiero veros siendo ese Ben y esa Carlota que erais cuando teníais doce años, esos que reían juntos por los rincones y se conocían a la perfección, ellos, en el fondo, siempre supieron que serían compañeros, pero antes de eso, se amaron incondicionalmente como buenos amigos. Debes hacer lo que te haga feliz, no te quites la oportunidad de vivir el momento, hija, y no te quedes con la curiosidad de saber qué habría pasado si te hubieses permitido hacerlo. Sé que las cosas irán bien esta vez, Carlota, lo presiento.

—Estoy tan confusa, mamá, todo ha sido muy difícil.

—Las cosas difíciles son las que más te reconfortan cuando al fin las logras conseguir.

Las palabras de mi madre llenan mi corazón a la vez que hacen eco en mi cabeza.

«En el fondo todos desean que vuelva, incluida yo».

El timbre hace que me sobresalte, y sé, de inmediato, que se trata de Benjamín cuando mi loba se levanta alerta ante la cercanía de su compañero. No puedo negar que en mi interior también se abre paso la emoción de saber que voy a verlo, de saber que estaré con él en aquel lugar que bautizamos como parte de nuestro amor desde que solo éramos unos adolescentes.

—Hablando del rey de Roma —bromea mamá.

Salgo de la cocina junto a mi madre para ver cómo se saludan los hombres de la sala de

manera efusiva. Benjamín trae en las manos una botella de vino, un bol lleno de galletas y un ramo de flores que entrega a mi madre antes de abrazarla.

—Me alegro de verte en casa, mi niño —le dice mamá con una sonrisa, y por el rabillo del ojo noto una mirada extraña entre mi hermano y Liam—. Le va a encantar el faro, no he querido dañarle la sorpresa adelantándole nada.

—Muy bien, así su reacción será genuina al verlo.

—Venga —digo impaciente—, estáis provocando que me pique la curiosidad.

—Pasadlo muy bien —me despide mi padre con un beso en la mejilla. Noto cuanta emoción le produce este encuentro.

—No os motivéis —aclaro—, solo he aceptado ver el faro e intentar recuperar nuestra amistad, no tiene sentido odiarnos por algo que sucedió cuando tenía diecisiete años.

—Eso es muy maduro por tu parte —me dice Liam con suavidad, pero en su mirada noto, otra vez, ese destello que logra hacer que me sienta extraña.

—Gracias.

El ambiente se carga de repente y me siento pesada. Benjamín se tensa a mi lado y al levantar la mirada veo su expresión fija en Liam.

Quiero salir de aquí y ver ese faro de una vez por todas.

—Hasta luego, familia —me despido de ellos con dos besos, incluso de Liam, que parece disfrutarlos en exceso, y pido a mi hermano que me despida de Noah y Tomás.

CAPÍTULO 6



BENJAMÍN

Sonríe. Te conozco lo suficiente como para saber que el regalo va a encantarte antes de que lo abras.

Si pudiera cerrar los ojos y solo inhalar y exhalar este aroma durante horas muertas, lo haría. Dormir a su lado debe ser la definición de estar en el paraíso. Carlota, sentada a mi lado con un vestido holgado y abertura en la espalda, es la visión perfecta de todo lo que es sexi. He de admitir que extraño sus rizos marrones, pero ese pelo rubio y liso la hace parecer mayor y más madura, además de la forma ahumada y oscura en la que maquilla ahora sus ojos, recargados con mucho lapiz de color negro que vuelven su mirada y sus ojos color caramelo mucho más penetrantes.

—Espera un momento —le pido cuando detengo el coche, salgo y abro la puerta del copiloto para que ella pueda salir—. Mi reina —digo mientras le hago una reverencia.

—Gracias, qué atento —sonríe mientras se sonroja.

—Bienvenida de vuelta a nuestro lugar especial.

—¿Nuestro? —pregunta agachando la cabeza. Me preocupo. No quiero arruinarlo, no quiero que se vaya.

—Si te causa dolor recordarlo, considéralo solo tuyo.

—¿Qué le has hecho?

Carlota se sorprende, lo veo en su expresión. Y no es de extrañar, le he dedicado horas y horas a este lugar hasta dejarlo perfecto. Lo he pintado de blanco con franjas azules y he construido un dúplex entero dentro, además, he ordenado la construcción de los jardines de los alrededores por lo cual solo se ven flores de colores brillantes a cientos de metros a la redonda. En la puerta, una placa de madera que reza: «Mi Carlota».

Sus ojos sorprendidos se cruzan con los míos.

—Es precioso, Ben, pero es demasiado. ¿Por qué?

—No me preguntes por qué, el faro te lo explicará —le aclaro con una sonrisa.

Me aventuro a cogerla de la mano y me reconforta ver que ella acepta encantada, la guío hasta los jardines, justo en frente de la puerta de entrada, y me detengo con ella a unos cien metros de distancia, con la vista puesta en el frente.

—Diez, nueve, ocho —inicio una cuenta regresiva—, no dejes de mirar a la puerta.

Sus ojos se abren como platos cuando el holograma inicia su danza bajo la lluvia. Es un holograma de ella hecho con magia que recorre el faro mientras baila a ritmo de *Singin' in the Rain*, de Gene Kelly. Lo reconoce, lo he recreado de un vídeo suyo, de un espectáculo que hizo cuando estábamos en secundaria. Extraño tanto verla bailar que duele.

He de reconocer que los nervios me traicionan pensando que este tipo de atenciones pueden no ser de su agrado, puede que me rechace aquí y ahora solo por mi atrevimiento de utilizar su imagen de esta manera, por hacerla tan pública y convertirla en un monumento, pero la echaba mucho de menos. Nos echaba tanto de menos a nosotros en este lugar que lo necesitaba. Necesitaba tener algo de ella aunque no fuese real.

Cuando finaliza la demostración, sus ojos llorosos se encuentran con los míos y mi mano viaja automáticamente a su mejilla, con la necesidad de consolarla.

—No pretendía hacerte sufrir, mandaré a que lo retiren si te hace sentir incómoda —digo nervioso.

—No me disgusta —dice despacio—, es precioso, Benjamín, muchas gracias. ¿Podríamos ver la casita del interior? —Mi sonrisa se expande cuando veo en sus ojos un atisbo de ilusión.

—Claro —sonrío emocionado—, es tuya.

Me apresuro a abrir la puerta y pasamos a la casa del faro. Cuenta con dos niveles y escaleras interiores, todo en tonos blancos y azul marino, con muebles en madera de nogal y decoración con temática marinera. Podríamos vivir aquí perfectamente, o ella sin mí si así lo quisiera.

Me detengo frente a sus ojos viajeros y el calor del orgullo inunda mi corazón al ver como recorren la estancia. Soñé con este momento durante mucho tiempo, soñé con su reacción mientras pintaba, construía y elegía cada detalle. Mi pulso se acelera y mis manos se tornan sudorosas al ver como pasea y presta atención a cada uno de ellos: las velas, el cuadro de nudos, incluso he colocado la escultura del traje de un buzo antiguo y un ancla en la escalera.

—Es preciosa, Ben, te has acordado de cada detalle.

—El día que me contaste cómo harías una casa aquí, presté mucha atención. Escucharte es una de mis cosas favoritas.

—Es increíble la pasión que has puesto en este lugar, no sé qué decir, Benjamín, solo me sale decir gracias —susurra, visiblemente, sonrojada.

—No tienes que decir nada, tu cara me lo dice todo.

Me congelo embelesado en la mirada que me ofrece, veo en sus ojos que quiere explotar de

felicidad ante esto, pero lo reprime, lo hace con todas sus fuerzas para lograr conseguirlo. A lo mejor ella también se imagina una vida junto a mí dentro de estas paredes, a lo mejor ella también lo desea, aunque no quiera admitirlo.

Sus labios se entreabren frente a mí y eso me nubla la visión. Diosa, esos labios son la cosa más deliciosa que he probado jamás, ojalá pudiese volver a probarlos, al menos unos segundos. Daría mi otro riñón con tal de conseguirlo.

Carlota da un paso al frente y me congelo de miedo. ¿Se acerca? ¿Acaso va a besarme otra vez? ¿Haremos el amor aquí nuevamente esta noche?

Sacude la cabeza y me da la sensación de que se lo ha pensado mejor. Se acurruca entre mis brazos donde encaja perfecta y me aprovecho de ello para apretarla con fuerza contra mi pecho mientras las chispas y su calidez me recorren. Diosa de la luna, ojalá no tuviera que soltarla nunca más.

—Ben —la escucho decir—, ya puedes soltarme.

—Oh, lo siento —me alejo apresurado—, la verdad es que lo estaba disfrutando.

—Ya —sonríe, antes de que se apague despacio y se convierta en una expresión llena de nervios y dudas—. ¿Ben?

—¿Sí? —pregunto intrigado. ¿Qué querrá preguntarme?

—Te sonará raro, pero ¿podríamos volver al coche y fingir que me enseñas esto como si me hubieses querido hace años?

—Te quería hace años —le aclaro con dolor.

—Tú ya me entiendes —dice con una sonrisa apagada—, solo es algo que me gustaría hacer.

—Claro, podemos hacer todo lo que tú desees.

Sale con prisa y entra directa en el lugar del copiloto. Me emociona y me duele de la misma manera ver su ilusión ante esta reproducción, no sé cual es en realidad su objetivo, no sé si esto puede ayudarla a sanar y no sé si podré soportar la idea de ver cómo debí comportarme en su momento sabiendo que no lo hice.

Abro la puerta del copiloto y hago una reverencia ante ella como si acabáramos de llegar y esta fuese la primera vez.

—Mi reina.

Me sorprendo cuando sale del coche sonriente y me rodea con un abrazo, tiro de ella hacia arriba y me rodea la cintura con las piernas sosteniéndose en mi cuello con los brazos, como solía hacer siempre. Me recorre la alegría, las chispas y la nostalgia cuando me besa emocionada y triste a la vez, lo sé, la conozco, sé que le duele tanto como a mí esta reproducción.

—Me gusta cuando me llamas así —dice mordiéndose el labio.

—He hecho algo para ti. —La amenaza de un llanto inminente consigue romper mi voz.

—¿En serio? ¿Acaso es nuestro aniversa… —Su voz se quiebra y hunde la cara en mi cuello

—. Lo siento —dice visiblemente frustrada—, lo he arruinado, olvidaba que no tenemos un aniversario.

—Lo tenemos —digo temblando—, y es hoy, vida mía, o cualquier día que nos apetezca.

El sabor de sus lágrimas saladas se mezcla con el de las mías cuando nuestros labios se unen por iniciativa suya, nos besamos despacio, en un beso profundo y doloroso de conciliación, perdón, reconstrucción, cura.

—Me gusta besarte —sonríe en mis labios—, olvido todos mis problemas cuando pruebo el sabor de tu boca.

—A mí me pasa lo mismo, el único problema cuando te beso es que una vez empiezo, no soy capaz de parar.

—No pares entonces.

—No pienso hacerlo.

La deposito en el suelo y la coloco en el punto perfecto para disfrutar de la reproducción del holograma. Esta vez, cuando la bailarina comienza su danza, mi Carlota corre a través del faro mientras la acompaña y yo me deleito de ver esa imagen a escala real, a la Carlota de verdad bailando y sonriendo allí para mí. Creí que no volvería a verla y que tendría que conformarme toda la vida con mirar su holograma. La acompaño con mis movimientos hasta completar el final de la danza para después girar con ella entre mis brazos. El corazón se me encoge en el pecho al sentir que si no hubiese sido tan imbécil esto realmente hubiese podido ser así mucho tiempo atrás.

—Hay algo más que quiero mostrarte —le susurro mientras apoyo mi frente en la suya.

—¿Más?

—Sí —contesto al borde del llanto.

—No tenías que haberte molestado, Ben, sabes que te amaría así no pudieses darme nada.

—Lo sé. —¡Mierda! Esta vez, las lágrimas logran bajar en cascada empapando mi camisa. La veracidad de sus palabras es demasiado dolorosa—. La Diosa me ha premiado con una compañera como tú.

La cargo entre mis brazos mientras grita riendo y se tambalea, provocando a la vez mis propias sonrisas. Maldita sea, no sé si esto duele más de lo que cura, no sé si es una bendición o una agonía recrear esta experiencia que debió ser y no fue.

Abro la puerta, cruzo el umbral con ella en mis brazos, y salta de ellos mientras va corriendo y saltando por todo el lugar.

—Bienvenida a tu casa, amor mío —mi voz es apenas un hilo.

—¿Podemos preparar la cena juntos, aquí, después de hacer el amor? —pregunta corriendo a través de la cocina. Puedo imaginarla bailando música urbana con sus bragas de encaje y una camisa mía mientras preparamos tortitas algún domingo.

—Sí —lloro.

—¿Y podemos invitar a nuestros padres a comer todos juntos en el jardín con el sonido de las olas? —Lo imagino, sus padres traerían pastel de carne y los míos las galletas de mi madre.

—Sí.

—¿Y podemos ver películas en este sofá mientras tomamos copas de vino?

—Podemos, podemos hacer todo aquello que tú quieras, amor.

Se acerca a mí, me coge la cara entre las palmas antes de descender con ellas, coger una de mis manos y posarla sobre su vientre.

—¿Y podemos hablar algún día sobre tener un bebé? ¿Uno que tenga tu pelo oscuro y tus ojos azules?

Esta vez me rompo, el llanto escapa de forma sonora de mi boca mientras mi rostro se desencaja. Diosa de la luna, lo entiendo, lo entiendo todo, me lo diste todo en bandeja y la jodí. Sus labios me besan interfiriendo con el ritmo de mi llanto.

—Te amo, Benjamín —dice en medio de sus propias lágrimas—, gracias por hacer esto para mí.

Me separo de su abrazo y me siento en el sofá mientras convulsiono en un ataque de llanto.

—Lo siento, Carlota, lo he entendido, lo tenía todo y lo jodí.

Se acerca y se sienta en mis piernas antes de tumbarse en mi regazo.

—Me tenías, Ben, realmente tenías en tus manos todo de mí, lo quería todo contigo, todo a tu lado.

Lloro en su cabello mientras aspiro el olor frutal que lo caracteriza e interiorizo sus palabras: «me tenías, Ben». «Tenías en tus manos todo de mí». «Lo quería todo contigo». «Todo a tu lado».

—¿Podemos irnos? —me pregunta, y la miro confundido al ver cómo le tiembla la voz y sus ojos se humedecen, noto que, de verdad, está luchando con todo lo que tiene contra un nosotros que le provocó tanto dolor.

—Claro, sí.

Subimos con prisa en el Lamborghini y me desespera el hecho de que Carlota no vuelva a dirigirme la palabra ni la mirada en todo el trayecto, solo mira a través de la ventana mientras mueve las piernas nerviosa, pero no sé qué decirle, no después de la gran lección que acaba de darme esta noche.

—Lo último que pretendía era incomodarte —le digo y la sigo cuando sale corriendo del coche al aparcar en casa—, lo lamento mucho, Carlota.

—No has sido tú, Ben, tranquilo, es cosa mía, estaré bien. —Pero no estará bien, porque siempre se hace la fuerte aunque se muera de dolor.

—*Someone you loved,* de Lewis Capaldi, esa será la canción de hoy.

—*Set fire to the rain,* de Adele, esa es la mía para ti.

Carlota desaparece dentro, en dirección a su apartamento. Primer paso dado, si no puedo recuperar a mi amor y todo el futuro junto a ella —que perdí por idiota—, al menos recuperaré a mi amiga.

—Vamos a correr —me ordena Risk distante.

—¿En serio? ¿Saldrás a correr sin que esté Molly delante?

—¿Prefieres que vuelva a dejar de hablarte otros tres años?

—No, por favor, estoy feliz de que estés de vuelta, Risk. Vamos.

Después de correr durante horas con Risk y darme una larga ducha me siento renovado, hacía años que no me regalaba una carrera aparte de la que tuvo con Molly la otra noche, pero esa fue, en exclusiva, por y para ellos.

Me echo a dormir con esperanzas renovadas, pensando en el plan que tengo preparado para mañana. Cruzo los dedos y suplico a la Diosa que le guste antes de dejar que el sueño me venza.

CAPÍTULO 7



CARLOTA

El amor es la fuerza más curativa del mundo.

Abro los ojos extasiada por los rayos de sol que se cuelan por la ventana, me delatan que hace un día estupendo. Me costó mucho dormir anoche después de mi cita con Ben en el faro. Mi cerebro no paraba de torturarme con pensamientos sin sentido.

No puedo dejar de emocionarme al recordar que ha puesto magia para mí en nuestro lugar frente al mar. Vale, eso ha sonado precioso. ¡Joder, ha puesto magia para mí en nuestro faro frente al mar!

Tocan a la puerta de la habitación y me obligo a mirar la hora. Vaya, las diez, sí que he dormido.

—Voy —grito desde la cama, desperezándome, y compruebo que todo en mi pijama está en orden antes de abrir—. ¡Jeremiah! —Me sorprende verlo de pie, vestido con un bañador y con una bandeja con desayuno y flores frente a mi puerta—. ¿Qué cojones?

—La bandeja es cosa de Benjamín, yo solo vengo a sacar tu culo de la cama para que lo metas en un bañador y vengas directa a la piscina.

—¿Piscina? —pregunto confusa—. ¿No estaba clausurada?

—Ya no.

—¿Tiene que ser ahora?

—Bueno, puedes desayunar, cambiarte y eso, pero después, ¡piscina!

—Vale, iré enseguida, pero deja de gritar piscina.

Jeremiah se marcha sonriente y gritando ¡piscina! una vez más, justo cuando le quito la bandeja de las manos. Le grito que está como una cabra para después descubrirme oliendo los tulipanes de la bandeja y emocionarme con ello. También me agrada la idea de la piscina, hace muchísimos años que no me meto en ella. ¡Si hasta la habían clausurado!

Es evidente que muchas cosas han cambiado por aquí.

El pánico me sobrevuela por un momento y caigo en la cuenta de que no me he traído un bañador.

Después de una pequeña crisis existencial y de calmar mi estómago con el desayuno, decido ponerme uno de los bañadores que aún aguardan en el armario. Es una suerte que hayan mantenido todo como lo dejé al marcharme, pero, mientras bajo las escaleras, no puedo evitar sentirme un poco cohibida, mi cuerpo no ha cambiado mucho desde los diecisiete años, pero sí mi estilo, y este bikini me parece bastante revelador. Me pongo encima un vestido de playa y un gorro con la idea de protegerme del sol.

En cuanto entro en la zona de la piscina, me doy cuenta de la locura que han montado aquí. Es increíble el cambio en la estancia, parece un hotel de lujo, con casetas donde sirven bebidas, toboganes, flotadores de colores en el agua, música y mucha vida.

—¡Carlota! —Corre a abrazarme Zoé.

—¡Esto es una pasada!

—Benjamín lo reformó el año pasado, para Ágatha.

—Vaya, parece que Benjamín ha estado muy ocupado —bromeo.

—Ha tenido tiempo —se burla, Zoé—. Hemos invitado a tu familia, vienen de camino.

—Zoé —la reprimo—, ¿se puede saber qué celebramos?

Zoé corre a una de las mesas y coje dos copas de champán, sonríe con fuerza antes de dejar una en mis manos.

—Que mi mejor amiga, por fin, está de vuelta.

—Me parece una razón válida —le digo sonriendo después de pensarlo por unos segundos.

Zoé choca su copa con la mía y después grita:

—¡Salud! —Y se pone a saltar de la emoción. La acompaño en su alegría, me gusta estar de vuelta.

CAPÍTULO 8



BENJAMÍN

La belleza no solo hace feliz a aquel que la posee, también a aquel que logra amarla.

En cuanto la he visto entrar en la zona de la piscina me he puesto nervioso y todos los calores se han aferrado a mi cuerpo.

—Nuestra compañera es una belleza —grita Risk emocionado.

Tengo que hacer mi mejor esfuerzo ante mis hermanos para disimular mi creciente erección, pero la forma en la que gritan y juegan Ágatha y Jer dentro del agua, mojándonos a todos, me lo ha puesto un poco más fácil.

—Carlota, Zoé, venid al agua. Enseñad a estos dos cómo se divierte la gente —les grita Jer, y pronto distingo en Carlota esa sonrisa y picardía que la caracteriza. Algo se expande en mi pecho al verla feliz, al ver que está volviendo a ser ella.

—¡La última en entrar le debe una cena a la otra! —grita mientras se despoja de sus accesorios de playa y se lanza a la piscina sin miramientos. ¡Maldición! Ya sabía antes cuan perdido estaba ante su belleza, pero ver su precioso cuerpo embutido en ese diminuto bikini blanco hace que mi cuerpo reaccione de manera incontrolable. Siento como mi sangre empieza a viajar como una bala a través de mi cuerpo para después posarse en mi entrepierna de manera dolorosa.

Diosa de la luna, es muy guapa. Su cuerpo no ha cambiado mucho, pero ahora distingo en él la tinta de algunos pequeños tatuajes que antes no tenía. Quiero conocer el significado de todos ellos. Zoé, que ha tardado unos segundos en seguirle el paso, ahora bufa fingiendo molestia porque le debe una cena.

Miro a Mateo y este sonríe emocionado mientras da la vuelta a la carne junto a mi padre y yo aliño la que aún está cruda.

—Podéis ir con vuestras compañeras —sonríe mi padre—. Mamá me ayudará con la barbacoa.

—¿Seguro, papá? —preguntamos Mateo y yo al unísono.

—¡Al agua! ¡Venga, antes de que me arrepienta!

—¡Bomba va! —grita Mateo antes de tirarse de bomba—. ¡Ahora me debes una cena! —me grita desde el agua y no puedo evitar soltar una carcajada.

—¿Haces trampas para redimir la derrota de tu mujer, hermano?

—Oh, por supuesto que las hace —asegura Zoé mientras se sube en su regazo y lo besa.

Localizo a Carlota con la mirada y sus mejillas se encienden mientras le guiño un ojo, ella intenta disimular su sonrisa.

—¡Papi! —me grita Ágatha mientras se acerca nadando junto a Jer. Cojo a mi princesa y la levanto en el aire antes de abrazarla con fuerza.

—Te quiero tanto.

—Tu padre no conseguirá salvarte, pulpo devorador. —Jer la arranca de mis brazos y ella se deshace en carcajadas—. ¡Tienes que devolverme mi tesoro!

En medio de mi sonrisa me encuentro con la de Zoé, que está subida a la espalda de Mateo. Me señala con los ojos a Carlota y después me hace gestos para que me acerque a ella. Cuando ve que la obedezco, escucho cómo se queja mi hermano de lo fuerte que ella le abraza el cuello mientras grita emocionada.

—Veo que te has hecho más de un tatuaje.

—Solo cosas pequeñas, no pienso quitarte el puesto de «el más tatuado» de la manada —bromea.

—¿Qué significan? —Los ojos se le iluminan.

—Roma. —Me muestra la imagen del Coliseo romano que tiene en el costado derecho mientras da saltos en el agua. Eso consigue excitarme—. Luna Creciente. —En la muñeca derecha—. Molly. —Se levanta el pelo y me muestra la zona de las cervicales—. Niños. —Levanta la pierna derecha y me coloca el pie en el pecho. ¡Mierda, me está matando y lo está disfrutando! Un osito y una mochila en la zona del tobillo derecho—. Mis padres y hermano. —Una familia de tres lobos en lo alto del brazo izquierdo—. Zoé. —Dos chicas abrazadas un poco más abajo de la familia de lobos—. Y el faro.

—Nuestro faro —susurro mientras doy un paso adelante. Tanteo con mi cercanía y me complace ver que ella no retrocede—. El faro de la leyenda de Benjamín y Carlota.

—¿Tenemos una leyenda? —pregunta, y me excito al ver que, esta vez, es ella la que da un paso adelante mientras pone esa voz y esa mirada inocente que tanto me emocionan. Diosa de la luna, gracias por tu benevolencia.

—Un amor como el nuestro debería tener mucho más que eso.

Cuando estoy a punto de posar mis labios sobre los suyos, la voz del hermano de Carlota gritando su nombre la hace saltar lejos de mi lado y correr emocionada para recibirlos. La sigo

para saludarlos, y cuando llego a su alcance, veo la mirada siniestra de Liam posarse sobre mí mientras abraza, de forma descarada, a mi compañera. Una oleada de ira me recorre y gruño por lo bajo, le demuestro en mi expresión cuánto me molesta su cercanía, pero antes de poder decir nada, Carlota se escapa de su abrazo y se aleja con sus padres en dirección a los míos.

—Esto te ha quedado genial, Benjamín. —Carlos me abraza con Tomás en brazos, eso hace que rompa el contacto visual con Liam y me convenzo de que debo relajarme un poco por el bien de la reunión—. Nada que ver con la piscina que teníamos cuando éramos pequeños.

—Ya ves, qué ganas de que Tomás nade aquí junto a Ágatha.

—En menos de lo que crees le estará siguiendo el ritmo —bromea—. He invitado a Liam, espero que no te importe.

—Benjamín —me dice Liam en tono solemne mientras me ofrece la mano, se la estrecho con más fuerza de la necesaria mientras intento, a través de sus ojos, adivinar sus intenciones.

CAPÍTULO 9



CARLOTA.

Me encanta la provocación y el descaro, incluso la chulería, cuando forma parte de la seducción. Cuando esta no tiene límites, los actos tampoco los tienen.

Comer junto a todos mientras nos divertimos y nos reímos en exceso se siente genial, he ocupado un lugar al lado de mi familia en la mesa, pero, por la manera en que me mira, me encantaría estar sobre las piernas de Benjamín.

Es la primera vez que comparto un rato en condiciones con Noah, la compañera de mi hermano, y me encanta ver lo agradable, dulce y risueña que es, me muero de ganas de que salga a tomar cócteles conmigo, Zoé, Miguel, Jer y Savannah. Carlos y Tomás tienen suerte de tenerla.

Liam no ha dejado de lanzar miradas indiscretas sobre mi cuerpo desde que llegó, y es evidente la incomodidad de Benjamín ante ello. La verdad es que este chico me resulta demasiado directo, no logro entender de qué va.

Ahora, me miro en el espejo de uno de los baños de la piscina, he tenido que andar un minuto para llegar hasta aquí ya que está un poco alejado de la zona en la que están todos. Me ajusto el bikini y, cuando miro hacia fuera, veo a Ben acercarse a través de los árboles.

—No tienes por qué mirarte al espejo —me dice apoyándose en la puerta—, tú siempre estás guapa.

—¿Desde cuándo eres tan halagador, beta? —le sonrío y doy un par de pasos hasta tenerlo justo al frente. No puedo evitar el deseo que me recorre cuando veo su pecho mojado y descubierto.

—Ese bañador —me susurra y me excita al momento cuando coloca su mano en mi cintura. Agacha la cabeza hasta mi oído y me dice—: me estás matando.

—Oh, Ben, lo siento mucho, no pretendía. —Utilizo mi mejor tono inocente, ese que sé que le afecta mucho.

—No mientas —me dice mientras refuerza su agarre—, sabes que eso siempre te ha

encantado.

—La verdad es que sí —sonrío con picardía mientras acaricio, de forma discreta, su paquete.

—Carlota —me advierte.

—No tendrás nada mientras mis padres estén cerca —me burlo de él y emprendo la huida, pero rápido como una bala, me alcanza y me alza en sus brazos mientras yo me río. Cuando me posa en el suelo, me abraza por la espalda y deja besos en mi cuello mientras me dice que me ama y yo me río por las cosquillas que me provoca su aliento.

Mi sonrisa se borra al momento, me pongo nerviosa, Liam está de pie, frente a nosotros, mirándonos con desprecio. Salto lejos de Ben y me siento agobiada. Aún no estoy lista para que todo el mundo se entere de esto.

—Oh, perdón, ¿interrumpo?

—Sí —contesta Ben a la vez que yo balbuceo un no y luego lo fulmino con la mirada.

—Claro que no, Liam. Puedes pasar al baño, nosotros ya volvíamos —respondo nerviosa.

Benjamín intenta cogerme de la mano, pero lo evito y salgo pitando de vuelta a la piscina.

Veo ya la silueta de los presentes, pero la mano de Benjamín cogiendo la mía me obliga a detenerme y girarme hacia él.

—Carlota, tengo otra sorpresa, me encantaría que me acompañaras, por favor —suplica.

—¿Ahora? —pregunto perpleja—. Mis padres están aquí, Ben.

—Lo sé, ellos también lo saben, les he pedido permiso antes de ir a buscarte al baño.

Mi corazón se derrite en mi pecho y soy incapaz de reprimir la sonrisita que se me escapa y contagia a Ben.

—¿Ahora eres de los que pide permiso a mis padres?

—Te esperaré en la entrada de casa de la manada, ¿vale? —No deja que le conteste antes de salir corriendo como un niño emocionado y gritar—. ¡Gracias, Carlota! ¡Te va a encantar! —¿Acaba de hacerme una encerrona?

Después de ponerme el vestido y despedirme con un «hasta luego», me sorprendo a mí misma caminando ilusionada en dirección a la entrada. ¿De verdad es solo la curiosidad de saber que ha preparado hoy para mí? ¿O son las ganas locas que tengo de que me estreche entre sus brazos sin que nadie nos interrumpa?

En la puerta de entrada, Benjamín me espera junto a dos bicicletas de paseo.

¡Un momento! Me paralizo mientras la emoción se instala en el centro de mi pecho. La bicicleta que tengo delante es una réplica exacta de la bici que tenía a los trece años, pero más alta.

No soy capaz de reprimirme ante esta visión y estallo de emoción. Amaba esa bici y sé que amaré esta de la misma manera.

—¡Diosa de la luna, Benjamín, es una pasada! —Me abalanzo sobre él en un abrazo efusivo

sin dar importancia a las chispas, ni a las miradas de la gente, ni a todo lo demás—. Es el mejor regalo del mundo.

—Sabía que te encantaría. Vamos a probarlo, todavía hay más que debo mostrarte.

—¿Más que esto?

—Sí, sube.

Obedezco, me siento en la bici, y me las apaño para pedalear en chanclas mientras me invaden los recuerdos llenos de felicidad que vivió la Carlota de trece años en una bicicleta igual a esta. Después de diez minutos, me inquieto al ver sus intenciones de dirigirse al sendero que hacíamos cuando éramos niños, un sendero cerrado años atrás por ser demasiado peligroso.

—No debemos ir por aquí, Benjamín, recuerda que está cerrado y destrozado.

—Ya no, confía en mí.

¿Qué? La confusión crece, pero aún así, decido poner mi confianza en él y seguirlo, ilusionada de seguir teniendo ante mí su visión en bicicleta. Es perfecta, como hace años. Se abre paso un sendero precioso rodeado de árboles frutales, de flores de colores llamativos y rosales por ambos lados que nos deleitan con su olor celestial. Han construido un camino de piedra liso y siento que, al pasar por aquí, estoy teletransportándome a un mundo aparte, uno lleno de magia, donde creo que me rodearán las hadas, los elfos y más cosas bonitas.

Es como si estuviese engrandeciendo cada lugar en el que tenemos recuerdos, incluso los que ni siquiera yo consideraba tan importantes.

—Benjamín, no me puedo creer el trabajo que has logrado hacer con esto. Es increíble. —Detengo la marcha y bajo de la bicicleta para iniciar una caminata lenta y admirar, con más detenimiento, el camino.

—Lo hice pensando en ti. —Benjamín me imita —. Solo en ti.

—No tengo palabras, Ben. —Y es la verdad, restaurar este sendero para nosotros me muestra la esperanza de Benjamín de volver a dar vida a las cosas rotas, destruidas o muertas, de dar belleza a lo olvidado, a lo que no se creía tan importante, me muestra las cosas increíbles que se pueden hacer en nombre del amor y como puede algo volver a brillar cuando se le dedica el esfuerzo y afecto necesario. ¿De verdad me ama, Diosa?—. No te imaginas lo mucho que ha significado esto para mí.

—He preparado algo más. —Me señala al frente—. Mira.

Una sensación plena sobrecoge mi corazón al ver, frente a mí, una preciosa manta sobre el césped, debajo de un gran roble, en la que se distribuye a la perfección un pícnic con muchos de mis platos favoritos, incluida mi tan deseada ensalada de frutas. Corro hacia ella dejando la bici a un lado y veo golosinas que se fabricaban en mi infancia y que sé, con seguridad, que han dejado de hacer hoy en día. Sé que él las ha conseguido solo por nosotros, por revivir nuestros preciados recuerdos juntos.

—¡No! ¿Cómo? ¿Cómo lo has conseguido? —pregunto emocionada.

—He tirado de mis contactos. —Me sonríe.

—Es increíble, Ben, me siento como si tuviese otra vez catorce años —bromeo mientras me siento en la manta y abro una chocolatina.

—Ojalá pudiéramos volver a esa época —dice, y se sienta a mi lado.

—¿Cambiarías las cosas? —le pregunto con genuina curiosidad.

—Te hubiese dicho lo que sentía, aunque hubiésemos seguido esperando a que tuvieses la edad suficiente. Al menos te habría confesado lo mucho que me gustabas.

—Eso me habría encantado. —Sonrío y me muerdo los labios—. ¿Qué me hubieses dicho entonces para confesarme tu amor? Tengo curiosidad.

—Te hubiese traído a un pícnic como este. —Sonríe y acerca su cara a la mía—. Hubiera hablado contigo durante horas, como solíamos hacer y, al anochecer, bajo la luz de la luna llena, me hubiese levantado y armado de valor —lo hace—, te hubiese cogido de la mano y agarrado de la cintura haciendo que me miraras fijamente. —Mi respiración se acelera al momento mientras lo miro a los ojos. Por mi cabeza pasa un sinnúmero de emociones, pero en ningún momento la necesidad de detenerlo. Quiero vivir esto, la antigua Carlota lo desea mucho, lo necesita—. Hubiese encontrado valor en tus ojos brillantes, en tus labios entreabiertos y en tu respiración acelerada, y hubiese acariciado tu cabello, colocándolo detrás de tus orejas para después acariciar tus mejillas rojas con total libertad. —Cierro los ojos y disfruto de su tacto mientras lo hace, lo disfruto profundamente, como si lo que describe estuviese pasando aquí y ahora, bajo esas circunstancias de manera real. La Carlota de esa época está viendo materializarse ahora su gran momento—. Te hubiese dicho al oído… —Jadeo y me estremezco al sentir allí su aliento y me apoyo con más fuerza sobre su cuerpo, me cuesta mucho no desvanecerme aquí mismo. Diosa, no es solo por la fuerza del vínculo, es un cúmulo de todo, de todo el amor que he sentido durante toda mi vida por este chico—. Carlota, llevo toda la vida enamorado de ti, siempre he respetado tu espacio y he esperado a que fueses lo suficientemente mayor. Hoy quiero sincerarme contigo y decirte cuánto te quiero, para que tengas claro que lo primero que haré cuando cumplas dieciséis años, si tú estás de acuerdo con ello, será pedir tu mano a tus padres para invitarte a salir.

Suspiro tan fuerte en ese momento que me quedo sin aire y necesito recuperarlo con rapidez. Un nudo empieza a notarse en mi garganta haciéndose cada vez más fuerte y mis ojos, aún cerrados, se humedecen. Ojalá esto hubiese sido una realidad, ojalá esa Carlota hubiese tenido esa confirmación en su momento, así hubiese tenido claro que todos los sentimientos que notaba eran reales, que no eran una invención de su imaginación enamorada y no se hubiese sentido tan desolada y rota cuando él se alejó de repente. Lo hubiese seguido, lo hubiese encarado y le hubiera preguntado hasta descubrir que esa profesora se estaba aprovechando de él, quizá así las

cosas hubieran sido distintas, nuestra historia al completo hubiera sido muy distinta.

—Creo que hubiéramos tenido un gran problema con eso, Benjamín —le digo en un susurro con la voz entrecortada.

—¿Por qué?

—Porque yo me hubiera lanzado encima tuyo y te habría besado allí mismo.

Nuestros labios están tan cerca que pueden rozarse, nuestras frentes chocan juntas, y con la sensación que me produce su aliento, permito que todo este deseo me recorra y me erice la piel. Permito a mis ojos abrirse y ser partícipes de la expresión de su rostro; sus ojos, entrecerrados, están centrados en mis labios y denotan la misma ansiedad por sentir los míos. Me sorprendo al saber que me siento deseosa de lo que creo que pasará a continuación, deseo que me bese, que me abrace, que me haga el amor.

Benjamín, en vez de atacar mis labios como yo pensaba que haría en ese momento, deposita junto a ellos un delicado beso que hace que las chispas recorran todo mi cuerpo.

—Te hubiera detenido y te hubiese recordado la importancia de esperar, aunque yo mismo me muriese de ganas por probar el sabor de tus labios.

Cierro los ojos interiorizando sus palabras. Le creo, sé perfectamente que mi Benjamín hubiese actuado así en ese entonces. Despacio, él continúa depositando besos cercanos a mis labios y no puedo evitar dejar escapar una sonrisa junto a mis suspiros de placer. Me ha gustado esta acción, me gusta el Benjamín que prioriza mis emociones.

Me alejo por un momento, interiorizando aún más sus palabras y lo que está sucediendo, él tampoco se merece sufrir más gracias a mi indecisión como yo sufrí hace años con la suya y agradezco que me ayude a recapacitar.

—Menos mal que ya no soy la Carlota de catorce años. —Siento el calor subir a través de mis piernas y recorrer mi interior—. Sabes lo insistente que puedo llegar a ser y cuantas cosas puedo hacer para conseguir lo que quiero.

—Carlota —me susurra mientras le lamo el cuello y acaricio el bulto creciente de su entrepierna—, ¿estás segura de esto?

Asiento antes de que termine de formular la pregunta y disfruto cuando me tumba en la manta y hacemos el amor.

Una vez satisfechos, me siento nuevamente en la manta. Estoy feliz después de ponerme su camisa y le ofrezco mis piernas para que deje descansar su cabeza, como hacíamos antes. He de reconocer que después de esto me siento relajada, como si parte de la coraza con la que enmascaro mis emociones estuviese cayendo, poco a poco, con decisión y convencimiento, sabiendo que cae en un entorno seguro.

Cuando siento la presión de su cara en mis piernas, miro a través de sus pestañas oscuras sus preciosas facciones mientras hundo mis manos en su cabello para masajear de forma delicada. Lo

hago con expectación, sin saber cuál será su posible reacción, sé que a mi Benjamín eso le encantaba, no como al Ben de hace tres años que no le gustaba que lo tocasen. Cierra los ojos y disfruto mientras escucho un gemido escapar de sus labios y veo como sonríe avergonzado después.

—Siempre disfruté mucho de esto —me dice emocionado—, no puedo creer lo reprimido que estaba y la persona oscura y sin ganas de tener sentimientos en la que me convertí, agradezco a la Diosa y a ti por sacarme de ese hoyo.

—Todos nos volvemos diferentes cuando sufrimos —digo interiorizando mis propias palabras y creyendo en esa posibilidad por primera vez en muchos años. Ben solo estaba sufriendo, sanando por Ela, como yo necesité sanar por él—. Háblame de Ágatha. ¿Cómo es que estuvo tan enferma? —Noto como se tensa por unos segundos, para después relajarse nuevamente sobre mí.

—Fue culpa del acónito, todo es culpa de Alonzo en realidad. Ela fue su prisionera durante seis años, su sistema y el de su loba estaban demasiado contaminados y eso afectó uno de los riñones de Ágatha. En la cárcel nunca le dieron la cantidad de atención que necesitaba, y cuando la tratamos aquí, su única posibilidad de sobrevivir era el trasplante.

Me duele el alma al escuchar mencionar el nombre de ese canalla y la cantidad de barbaries que fue capaz de cometer. Pero en mi mente se reafirman mis pensamientos anteriores: Ela solo fue una víctima más de ese hombre. Ágatha solo es una víctima más de ese hombre, todos somos sus víctimas y, aunque está muerto, sigue causando estragos. No apruebo los actos de Ela, pero no la culpo por llegar a esta manada e intentar buscar en Benjamín un poco de amor mientras cumplía con el encargo de un alfa despiadado que la tenía amenazada, a lo mejor con su vida, o la de sus familiares.

—¿Has podido averiguar si ella tenía familia en su manada? ¿Forman parte de la vida de Ágatha?

—Su familia lo sabía, Carlota. ¿Puedes creerlo? Sabían que Alonzo la había atrapado. Ela no quiere tener contacto con ellos ni que sepan nada sobre Ágatha.

—Una familia que sabía lo que le estaba ocurriendo y miraba hacia otro lado… —Sollozo de frustración al escuchar eso mientras mi respiración se acelera y crece un nudo en mi garganta. Diosa, eso es peor de lo que imaginé, mis padres hubiesen matado a ese alfa con sus propias manos de haber tenido la oportunidad—. Debe de haberlo pasado muy mal, Ben, no podemos juzgarla, lo que le pasó es horrible.

Intento levantarme de forma torpe, me siento nerviosa ante esta confesión. Maldito Alonzo, maldito seas. Benjamín se incorpora y retiene mis hombros temblorosos con sus manos mientras con sus palabras intenta encontrar, para ambos, un poco de aliento.

—Ya no puede hacer más daño a nadie, Carlota, está muerto, mi amor, ¿recuerdas? Lo hemos matado.

Lo miro a los ojos y recuerdo ese día, como entró en el zulo, me liberó de las ataduras y me rodeó entre sus brazos. Mi mente, después de todo lo que había sucedido, quiso desconectarse por completo al saber que él era mi compañero y, en ese momento, no lo vi en absoluto como algo bueno, estaba demasiado herida, demasiado decepcionada, y no creía que él pudiese amar o cambiar. Las lágrimas ahora empapan mi camiseta y no soy capaz de detenerlas.

—Gracias por haber ido a buscarme ese día. —Y por primera vez en años, me centro en algo positivo, y no solo en la idea martirizante de que fue su culpa que hubiera acabado allí.

—¿Estás de broma? —dice y se pone en pie, visiblemente frustrado—, fue culpa mía que acabaras en ese sótano.

—Esa no era tu intención. —Me coloco de pie a su lado sintiendo, por primera vez, que este es el peso de un dolor compartido por ambos.

—Pero pasó, y es algo que te atormenta, que me atormenta a mí cada día.

—Debemos olvidar ese día si queremos recuperar nuestra —dudo ligeramente— amistad. Recordar las cosas buenas.

—Tú y Zoé sois las únicas cosas buenas que recuerdo de esos años y casi os arruino a las dos.

Camina en círculos mientras se soba las sienes y yo me pongo nerviosa al verlo, su cuerpo solo me transmite la intensidad de su sufrimiento y mi loba aúlla de dolor por las palabras que le transmite Risk: «Benjamín sufre demasiado», «Benjamín se odia a sí mismo», «Benjamín quiere morir».

No. El pánico me invade mientras tengo la sensación de que él está al borde de un ataque de ansiedad. Lo rodeo con mis brazos como medida desesperada, pensando en transmitirle un poco de la paz que él transmite en mí con su tacto. ¿Quién me diría hace unos días que yo intentaría consolarlo?

—Llegué a odiarla profundamente, ¿sabes? —dice lloroso, mientras se relaja en mis brazos—, a Ela, a Alonzo, y más cuando te perdí, pero no los he odiado nunca con la misma intensidad con la que me odio a mí mismo.

—Yo también me odié con la misma intensidad. Creí que dejando caer todo ese odio sobre ti, mi vida sería más fácil, pero no podemos cambiar el pasado, Alonzo fue el verdadero cerebro detrás de todos aquellos males.

—Lo sé, y es por eso que la he perdonado. Y por Ágatha. Entiendo que Ela no tuvo la culpa de nada, solo era una chica martirizada que hacía lo imposible por lograr sobrevivir, ni siquiera hubo amor entre nosotros. ¿Y sabes una cosa? Nunca le he dicho esto a nadie, pero es por eso que agradecí que Ágatha no fuese realmente mi hija.

—¿Qué? —Me aparto de su pecho para mirar sus ojos llenos de lágrimas y la culpabilidad por haber dejado salir de sus labios esas palabras. Lo miro fijamente—. Pero amas a esa niña, la sientes como tuya, no cambia nada el hecho de que sea tu hermana.

—Lo cambia todo para mí, sí. Es la hija de una violacion, de una tortura, como Mateo, como yo. Puedo ayudarla a superar eso en el futuro, todos podemos, pero no podría mirarla a la cara y decirle que no la hice con amor, ni con deseo o añoranza, solo con lujuria y placer vacío, despojado de sentimientos, decirle que no la esperaba ni imaginaba su llegada. No quiero ser ese tipo de padre, cuando tenga hijos propios todo será diferente, seré como Eliazar y nada podrá recordarme a Alonzo.

Mi pecho se hincha de emoción al escuchar esas palabras. Le creo, algo en mi interior me dice que será un gran padre algún día, de hecho, ya lo es. Diosa mía, ¿puede ser verdad? ¿Puedo estar recuperando a ese Benjamín que perdí hace años? Y junto a él, ¿puede estar regresando esa Carlota que me obligué a encerrar?

—Lo entiendo. —Es lo único que soy capaz de decir a pesar de todas las emociones—. Gracias por contármelo.

—Gracias por escucharme. —Lo miró a los ojos, me siento avergonzada. No he querido ni he podido escucharlo, ni siquiera verlo al menos unos segundos durante estos tres años. Me he escondido incluso de mis propios deseos y he evadido, de manera escandalosa, la realidad—. Gracias por estar hoy aquí, Carlota.

—No quiero huir más, Ben. —Lloro y me aferro a su pecho mientras siento como un gran peso se libera de mi alma—. Voy a quedarme y a enfrentar todo esto hasta que tengamos una decisión.

—Gracias por eso. —Ben me besa la mejilla.

—Vamos a casa.



Me sorprendo cuando al entrar en casa de la manada veo a todos reunidos y sonrientes con nada más y nada menos que Liam, quien todavía lleva el bañador, además de una caja de pasteles en las manos.

—¡Carlota! —Se emociona al verme y me rodea en un abrazo que me hace sentir confusa e incómoda al instante. ¿Por qué me abraza otra vez? ¿Por qué sigue aquí?—. Te esperaba.

—¿A mí? —Me revuelvo en sus brazos hasta conseguir mi liberación—. ¿Por qué?

—Oh, vaya. —Su cara cambia de forma evidente, y puedo jurar que es una expresión de ira la que atraviesa en este momento mientras se tapa la nariz de manera discreta—. Hueles realmente

fuerte.

—Huele como su compañero. —Ben saca pecho ante Liam. Oh, joder, mierda, no quiero nada de esto en absoluto. Lo miro con los ojos muy abiertos, pero él no parece inmutarse, mantiene la misma posición.

—Me olvidé de darte esto. —Liam me pasa la caja de pasteles. La acepto confusa y la aprieto contra mi estómago—. Tu hermano me pidió que te preguntara si puedes quedarte en casa de tus padres esta noche con el pequeño Tomás —continúa Liam ignorando lo cerca que se mantiene de nosotros Benjamín—, quieren salir a cenar, los cuatro.

—¿Y por qué no me lo ha dicho mi hermano directamente? ¿O mis padres? —Noto como los músculos de Benjamín se tensan a mi lado mientras paseo mi cara de confusión por la estancia y me encuentro con la misma expresión en la de todos los demás.

—Le dije que quería esperarte y que me gustaría darte el mensaje personalmente. —Sonríe tímido e intento relajarme un poco, quizá solo quiere ser amable y yo solo estoy confusa con sus intenciones—. Además de los pasteles.

—Bueno, gracias, pero no era necesario. Llamaré a mi hermano para decirle que allí estaré.

Inicio mi avance rápido con la intención de colocarme en medio de Ruth y Zoé, la verdad es que estoy desconcertada con la actitud de Liam, no logro aclararme sobre si realmente flirtea o no conmigo. Me desconcierta porque siento que no le he dado motivos. No me gusta la idea de que ningún otro hombre pose sus ojos en mí de esa manera, no estoy preparada para lidiar con ello, más viniendo de un hombre lobo. Con los humanos era diferente, pero Liam me incomoda en demasía, no me gusta que quiera llamar mi atención de manera tan directa e intrusiva.

Siento como me coge de la mano y se la arranco en un movimiento mientras una oleada de pánico me recorre de forma instantánea. Benjamín da un paso al frente y lo amenaza con un rugido antes de empujarme tras su cuerpo en posición defensiva, me atemorizo al ver que sus ojos se han vuelto más oscuros, y sé, a la perfección, que Risk está luchando por tomar el control y patear el culo de Liam.

—Liam, no —le digo contundente mientras esquivo la barrera entre nosotros en la que se ha convertido Benjamín—, no puedes tocarme así, me pone muy nerviosa, no vuelvas a hacerlo por favor —le pido de la manera más atenta.

—Lo siento mucho, no lo sabía. Solo quería invitarte a tomar un café por la ciudad, eso sí, quizá debas ducharte primero.

La expresión de Benjamín se desencaja con un rugido de advertencia y Liam se limita a mirarlo de reojo de arriba abajo, como si fuese el ser más insignificante que haya visto jamás, antes de volver a posar sus ojos grandes en mí. No me gusta que me miren de esa manera, con semejante territorialidad. Tengo que hablar con este chico y dejarle las cosas claras, pero no será hoy, ni ahora. Prefiero que se largue antes de que Risk se descontrole y le arranque la garganta

de un mordisco.

—Hace mucho que no estás aquí y me gustaría mostrarte las cosas nuevas que te has perdido. —Su tono insistente se torna más relajado.

—Lo siento, Liam, otro día será, tengo planes con Zoé ahora. —Me escabullo de la situación, cojo a Zoé de la mano y la empujo con fuerza para que salgamos de allí—. Hasta luego.

Salgo lo más rápido posible, con Zoé como resguardo.

CAPÍTULO 10



BENJAMÍN

La ira es el castigo que nos damos a nosotros mismos por el error de alguien más.

Apenas puedo contener a Risk mientras doy pasos en círculos alrededor de este imbécil. ¿Cómo se le ocurre venir a cortejar, delante de mí y públicamente, a mi compañera? Desafiarnos de esa manera es demasiada osadía y deberíamos cortarle el cuello y empapar ese bañador con su sangre.

—¿Te molesta que lo haga de frente? —pregunta suspicaz como si pudiese adivinar mis pensamientos—. No puedes negar que soy todo un caballero, otros lo harían a escondidas.

—¿Así que no lo niegas? Pretendes, de forma descarada, a la compañera de otro y, además, de tu beta.

—Carlota va a rechazarte —me suelta con desdén, y tengo que apretar los puños con fuerza para contener la rabia y no estamparlos contra su cara—. Ella es completamente libre para elegir.

—Te encantaría estar seguro de lo que acabas de decir, pero sabes tan bien como yo que no lo estás. —Lo encaro dando un paso adelante—. Quizá deba acercarme un poco más para que puedas olerme mejor. —Se gira y sonríe con malicia, pero puedo notar el fastidio de fondo en su expresión. Mi mensaje le ha llegado alto y claro. Es entonces cuando me mira fijamente.

—Creí que habías ido a terapia, Benjamín, no me digas que vas a dejar salir al neandertal que llevas dentro solo por un poco de competencia sana.

—Como vuelvas a ponerle un dedo encima sin su consentimiento te arrancaré los colmillos, te las tendrás que ver de bruces con este neandertal y, créeme, Liam —le digo mostrándole los colmillos—, no te gustará.

—Tranquilo, pronto ella lo estará deseando.

—¡No vuelvas a acercarte a mi compañera! —le grito ardiendo de rabia.

—Eso solo me lo puede pedir ella —me espeta, y ambos nos gruñimos desafiantes mientras nos mostramos los colmillos. La rabia que me recorre es muy grande, no sé si sería capaz de

detenerme una vez empezara a golpearlo.

—¡Suficiente! —interviene Mateo al ver que estamos a escasos centímetros de saltarnos encima y arrancarnos la cabeza—. Liam, deberías irte ahora mismo. Lamento no poder decir que ha sido placentera tu visita.

—Un placer, familia alfa. Gracias por la mañana de piscina —dice mientras hace una reverencia a modo de burla.

Sonriendo como un maldito imbécil creído sale de la estancia. Una vez la rabia se relaja en mi cuerpo, el miedo se apodera de mí y paseo nervioso mientras recupero el aliento. El nudo se hace más y más grande en mi garganta. ¿Qué demonios?

—Tranquilo, cariño —me consuela mi madre mientras me abraza—, la Diosa hará lo correcto con respecto a vosotros. Las cosas están mejorando, no debes tener miedo. Ella te quiere, siempre te ha querido.

Me quedo con las palabras de mi madre e intento reconfortarme en ellas. «Las cosas están mejorando, ¿verdad?». «Carlota me quiere». «Siempre me ha querido».

CAPÍTULO 11



CARLOTA

Resiliencia: saber que eres el único que tiene el poder y la responsabilidad de levantarte.

Después de comer con Zoé y despejar de nuestros cuerpos el mal rollo que ha traído consigo Liam, nos encontramos en su despacho en frente de un sinnúmero de planos y carpetas que acaba de dejar delante de mí.

—Olvídate de lo rara que ha sido esta situación con Liam, está claro que lo ha hecho por dejarle claro a Benjamín que está interesado en ti.

—Ha sido super raro e incómodo, es demasiado directo para mi gusto, le dejaré claro, la próxima vez que lo vea, que no quiero que vuelva a hacer algo como eso.

—Además te ha traído pasteles. —Se ríe Zoé mientras le da un mordisco a uno de merengue suizo—. ¡Si tú nunca comes pasteles! —La carcajada que suelta resuena en toda la estancia.

—Deja de reírte de mí de una vez y muéstrame ese proyecto del que quieres hablar.

—Después de mi boda, quiero que te encargues de diseñar y ser la presidenta del proyecto de la nueva guardería de la casa de la manada.

—¿Una nueva guardería? —pregunto ilusionada—. Zoé, eso sería genial, los niños apenas tienen espacio actualmente y, por lo que veo, ha crecido mucho la población de menores de tres años.

—Sabía que no había nadie mejor que tú para esta planificación —dice sonriente—, puedo notar la ilusión en tus palabras.

—Claro que me encanta la idea de formar parte de una obra así, diseñarlo por mí misma, crearlo desde cero, pero… Espera, Zoé, eso seguro que tardará mucho, tendría que dejar de lado mi vida en Roma.

—Hasta que lo termines, luego podrías volver a marcharte si es lo que deseas.

—Me estás chantajeando descaradamente, Zoé Ibañez —afirmo.

—Lo hago —reconoce sin tapujos—, pero independientemente de eso, eres la única a la que confiaría este proyecto, la única que sé, con seguridad, que lo haría con el suficiente amor.

—Los niños lo necesitan —me repito, mientras me invade una oleada de pensamientos—, quizá yo también lo necesito.

—Lo sé. Entonces, ¿aceptas?

—Acepto.

Zoé me abraza emocionada y compensa con alegría ese pequeño hueco que se ha formado en mi estómago en forma de indecisión al no estar segura del todo de estar haciendo lo correcto.

—Hay algo que quiero decirte —le digo con urgencia—, deberíamos organizar una fiesta de inauguración para Savannah, no sé, promocionar su establecimiento y conseguir para ella una cartera de clientes.

—¿Estás de broma? Hablas con tu luna, eso ya está hecho. Tú solo céntrate en ti, en equilibrar tus emociones y sanar, en pasártelo bien y volver a ser feliz estando en casa.

La miro y mis ojos se llenan de lágrimas al ver en los de ella tanta añoranza. Ahora soy yo la que la abraza, un abrazo profundo, lleno de emoción y agradecimiento.

—Gracias. Siento mucho haberte dejado sola estos tres años. Y ahora, en tu boda, lo estás organizando todo tú y, aún así, piensas en mí y en los demás.

—Estuviste para mí cuando más te necesitaba. Te quiero, joder, Carlota, haría cualquier cosa por ti como tú por mí, no quiero ser egoísta, pero te quiero de vuelta —dice en tono suplicante—, y ahora aparta de una vez que me vas a hacer llorar.

Me río junto a ella mientras limpiamos las pequeñas lágrimas de felicidad que recorren nuestras mejillas.

—Voy a ducharme para ir a casa —le informo.

—Qué envidia, no es justo —refunfuña—, deberías traer al pequeño Tomás aquí, te ayudaremos a cuidarlo.

—Quizá para la próxima, lo hablaré con mi hermano.



Después de ayudar a mi madre a vestirse y de escuchar atentamente todas las indicaciones de Noah sobre el pequeño Tomás, me dedico a admirar lo guapos que están todos para su cena de esta noche. Especialmente mamá, es increíble como transforma ver con maquillaje a una persona que normalmente no lo lleva.

A pesar de las buenas sensaciones, una pequeña inquietud sigue haciéndose eco en mi

interior. Aprovecho el momento para hablar con Carlos cuando se acerca a mi habitación, en la que duerme plácidamente el bebé, para despedirse de él.

—Hermano, ¿podemos hablar un momento? —Cierro la puerta tras de mí. La habitación está oscura y solo nos acompaña la luz de la mesita de noche.

—Claro, ¿tienes alguna duda más sobre Tomás?

—En realidad, es sobre Liam.

—Le gustas —me dice abiertamente—, me lo dijo.

—¿Qué?

—Sí, me preguntó si me molestaría que intentara cortejarte.

—¿Y tú le dijiste que sí?

—Claro, es mi mejor amigo, puede salir contigo si es lo que tú quieres.

—Pero no quiero.

—Díselo entonces, no es como si pretendiese obligarte.

—¿Por qué has hecho algo así, Carlos? ¿Por qué no me has preguntado primero si estoy preparada?

—Porque no quiero que te vayas —me suelta, y noto en su expresión que se siente frustrado —. No me gusta que te quedes en casa de la manada junto a Benjamín y no me gusta él para ti después de lo que te hizo, aunque sea tu compañero.

—¿Desde cuándo te importa tanto lo que me pase?

—Desde siempre, no soy el hermano más expresivo del mundo, pero te amo con locura, Carlota, mis padres y yo lo hemos pasado muy mal al tenerte lejos durante tres años, al verte cambiar de esa manera y sufrir sin poder ayudarte. Solo quiero recuperar a mi hermana feliz, y que te quedes aquí para ver crecer a tu sobrino.

Sus palabras me dejan sin aliento y una sensación de vacío en mi pecho se hace presente. No tenía ni idea de cuánto dolor había ocasionado con mi ausencia o, más bien, no quería tenerla.

—¿Y crees que salir con Liam es una forma de conseguirlo?

—Por supuesto que no, es decir, yo qué sé, solo me hizo una pregunta y contesté. Lleva interesado en ti desde que se enteró de que lo tuyo con Benjamín no había funcionado. Sé que eres perfectamente capaz de rechazarlo si te incomoda de alguna manera.

—Es demasiado… directo.

—¿Prefieres que te mienta o te trate como un secreto, como hizo Benjamín?

Oh, mierda. Eso ha dolido.

—No puedes meterte en una burbuja durante el resto de tu vida, Carlota, debes enfrentar tus emociones y superar tus miedos, empoderarte hasta tener el control de todas las situaciones, incluso de las que logran incomodarte.

—Pero…

—Carlota —me interrumpe—, solo tienes que sacar algo de carácter. Sé que puedes hacerlo, hermanita.

—Tienes razón. —Sus palabras me calan en lo profundo. Puedo hacerlo. No pasa nada—. Solo debo decirle que no me interesa que sea mi pretendiente.

—Exacto. —Mi hermano me da un beso en la frente—. Enfrentando los problemas es como haces que desaparezcan. Te quiero, hermanita.

Echo un vistazo a Tomás antes de entrecerrar la puerta de mi habitación. Mi hermano y Noah le dieron de cenar antes de irse y, si despierta, mi única tarea es darle el biberón y cambiar su pañal hasta que vuelva a dormirse.

Mi familia llegará tarde, después de cenar han quedado de visitar un nuevo club exclusivo para ir a bailar. Me alegra mucho que se diviertan juntos.

Una hora después de que se marchen, Tomás se despierta y le doy el biberón, cumpliendo con la indicaciones de Noah a la perfección. Le cambio el pañal y observo maravillada como vuelve a dormirse enseguida después de un rato de cosquillas y juegos, este niño debe de tener un reloj en su interior.

Mientras dejo a Tomás en la cuna con suavidad, me sobresalto con el sonido del timbre de la puerta. ¿Qué? ¿Quién puede ser a esta hora? Dejo a Tomás, me inquieta ver que se mueve ligeramente, y corro a la puerta. Al abrir, veo a Liam con su traje, una rosa roja y una botella de vino en las manos.

—Liam —digo desconcertada. Pero ¿qué? Soy incapaz de disimular la incredulidad en mi rostro—. ¿Se puede saber qué haces aquí?

—Me gustaría charlar contigo y hacerte compañía, si me lo permites —su tono seductor consigue irritarme un poco.

—Yo… —Mi cerebro se desorienta cuando escucho al bebé llorar y corro en dirección a su habitación dejando a Liam en la puerta—. No tengo tiempo —grito —, estoy cuidando de Tomás. Lo siento.

Veinte minutos después, dejo al niño en la cuna dormido nuevamente y salgo al salón creyendo con firmeza que Liam se ha marchado, además tengo la idea clara de que, la próxima vez que lo vea, acabaré con sus insinuaciones. Pero sigue ahí. Soy incapaz de inhibir el susto y me sobresalto mientras se me escapa un grito ahogado, está tomando una copa de vino y viendo la televisión en tono bajo, sentado en el sofá, como si fuese su casa.

—Creí haberte dicho que no tenía tiempo —dejo que mi voz suene tan incómoda como me siento en este momento.

—Oh, no me ha importado esperar. —Se pone de pie muy dispuesto y empieza a servir una copa de vino para mí.

—No quiero —le aclaro.

—¿No te gusta el vino?

—Me gusta, pero no quiero. Te he dicho que estoy cuidando de mi sobrino.

—Vale, creí que sería más ameno conversar con una copa de vino. —Me sonríe, con esa sonrisa típica y chulita de hombre de negocios que está empezando verdaderamente a irritarme.

—Te seré muy franca, Liam, me doy cuenta de que flirteas conmigo, y no estoy interesada, actualmente, en tener un pretendiente.

—Oh —dice, como quien acaba de escuchar algo que no se había imaginado escuchar jamás —, ¿he sido demasiado directo, verdad? —Agacha la cabeza mientras niega despacio—. Me pasa siempre que me gusta algo, te pido una disculpa, Carlota, no pretendía intimidarte.

¿Algo? ¿Así que ahora soy un objeto? Definitivamente, no me gusta este tío.

—No creo que podamos ser compatibles, Liam. Desde que me pasó aquello, me gusta tener el control sobre mis relaciones y marcar el ritmo. Tú pareces demasiado dominante.

—Pero eso te gustaba, ¿no es así?

Mi corazón se acelera y mis ojos se abren mucho al escuchar sus palabras. ¿Qué? ¿Por qué dice algo como eso? Es muy inapropiado. Su tono más grave provoca que el miedo y el desconcierto se adueñen de mí, me invaden despacio y se cuelan en cada rincón de mi interior.

A esto me refería, este chico me hace sentir vulnerable, en peligro. Me mira y me habla igual que, como en su momento, lo hizo Alonzo.

Mentalmente repaso la distribución de mi casa pensando en los objetos con los que podría defenderme si se atreve, siquiera, a acercarse a mí con oscuras intenciones. Lo hago, obligo al miedo a retroceder y saco a flote mi valentía. Soy una Carlota nueva, una Carlota que ve venir las malas intenciones, una Carlota que no va a ponérselo fácil, una Carlota consciente que se defiende hasta el final.

—Todos conocen los detalles de cómo Benjamín te ataba y te follaba duro hasta que te corrías. —Doy un paso atrás cuando él da uno hacia delante, me intimidan lo asquerosas que suenan esas palabras cuando salen de su boca—. Sé cuánto te gusta ser una guarra y cuánto te gustaba que Benjamín te follara con fuerza. —Me empieza a hervir la sangre de rabia. No quiero que nos mencione, no quiero que ni él ni nadie hable de nosotros de esa manera—. Y por lo visto, todavía lo haces, apestas a él. —Frunce el ceño mientras me olfatea.

—Quiero que te largues de aquí ahora mismo y no vuelvas a plantarte jamás ante mi presencia —le digo decidida sin perderlo de vista. Me inquieta la manera en la que me observa, en la que se acerca a mí poco a poco, acechando, como un animal antes del ataque. Su actitud me hace entrar en alerta, en modo lucha y supervivencia, porque algo en mi interior me dice que no va a parar, pero yo tampoco—. Eres un atrevido, me guste lo que me guste no es de tu maldita incumbencia.

—¿Qué pasa? —se ríe—, ¿crees que solo él puede cumplir esas fantasías y darte placer?

¿Crees que solo él puede hacer que te corras y grites su nombre como lo hacías hoy en el bosque? —¿Qué? Sus palabras siembran el pánico en mí de forma inmediata y mi respiración se acelera mientras comprendo que este enfermo me ha estado espiando. Maldita sea, no quería volver a sentir este miedo asolador cernirse sobre mí nunca más—. Solo quería dejarte claro, querida Carlota, que yo también puedo hacerlo.

—No me interesa —le suelto molesta. Su desdén y la forma en la que me habla están sacando lo peor de mí—. Jamás conseguirás nada de mí, solo me interesa Benjamín, Liam, así que puedes seguir buscando. Estoy segura de que muchas mujeres estarían encantadas de recibir tus atenciones.

Sonríe de forma siniestra y un escalofrío recorre mi columna vertebral. Vuelvo a sentirme vulnerable, Liam no es un humano, es un hombre lobo, sus fuerzas son equivalentes o incluso superiores a las mías, pero tengo claro que tendrá que matarme si me intenta tocar.

—Conoces el camino a la puerta Liam, no te lo voy a repetir.

—¿Hablas en serio o solo forma parte de tu juego? —Da pasos decididos hacia mí mientras se lame los labios de manera seductora, me parece de lo más aterrador a la vez que nauseabundo—. Sé que eres una loba traviesa, Carlota. —Diosa de la luna, ¿por qué he acabado yo, nuevamente, frente a un imbécil como este?

—¡No des un paso más! —le ordeno molesta—. ¡Te prohibo que te acerques a mí!

No. No me va a volver a pasar. Me niego a esta mierda, me niego a sentirme expuesta o vulnerable delante de este cabrón. No tiene derecho a insinuarse de esta manera cuando le estoy dejando claro cuánto me incomoda. No voy a flaquear, acabaré con esto de una vez por todas.

Me doy la vuelta para correr a la chimenea y conseguir el atizador de leña, pretendo golpearlo hasta que entienda mi reticencia, pero me coje por la espalda rodeando mi estómago con su brazo y levantándome en el aire. Grito mientras le clavo los codos en el brazo, con fuerza, buscando liberarme de su agarre, siento que el miedo me recorre al sentir la fuerza de su sujeción, al sentir el tacto de su cuerpo pegado al mío, que me produce un asco infinito.

—¡No me toques, imbécil! ¡Te estoy diciendo que no! ¡Suéltame ahora mismo!

—¿Te pone la fantasía de que abuse de ti? He de reconocer que esto es de lo más excitante.

Maldito enfermo, ¿acaso de verdad cree que estoy colaborando en su fantasía?

Maneja mi cuerpo con fuerza, me gira en el aire y choca mi espalda contra la pared, une sus labios con los míos en un beso demasiado fuerte, tan apretado que no me deja ni morderlos para liberar los míos. La sensación de náuseas que me invade es tal que logra hacer que devuelva todo lo que he cenado sobre su traje.

—¡Maldita sea! ¡Qué asco! —dice retrocediendo.

Aprovecho el espacio y le doy una patada en la entrepierna con todas las fuerzas que soy capaz de conseguir para después recomponerme de la liberación de mi estómago mientras él grita

y llora como un bebé. Ni siquiera lo pienso, golpeo a Liam con todas mis fuerzas en un baile de puños y patadas mientras le grito y dejo salir toda mi frustración y furia.

—¡Te dije que no me tocaras! ¡Dije que no, maldito imbécil! ¡Joder! ¡Tienes que aprender a aceptar un no por respuesta, imbécil! ¡Dije que no!

Cae al suelo de espaldas, sangrando por la boca, y se hace un ovillo para empezar a gritar después de la tercera patada que le doy en la tripa.

—Carlota, lo siento —balbucea—. ¡Para!

Me quedo delante de su cuerpo en posición de ataque y me lleno de pánico al ver que deja de moverse, ¿lo he matado? ¡Lo he matado! ¡Joder! Diosa de la luna.

—Solo te has defendido y, además, muy bien. Estoy orgullosa —me da ánimos mi loba—, tranquilízate un poco y llama a mamá y a Ben.

—Una ambulancia, necesita ayuda médica.

Escucho los quejidos de dolor y los llantos repentinos de Liam desde el suelo y me lleno de miedo y de más rabia. No quiero quedarme aquí, sé que si se levanta voy a matarlo de verdad y no me gusta la idea de ser una asesina.

Entonces caigo en la cuenta: Liam me ha besado y Benjamín lo sabe, seguro que lo ha sentido.

El pánico que me recorre me demuestra cuánto me importa la opinión de mi compañero, lo he castigado con ese dolor cada sábado durante tres años, pero esta vez no ha sido mi intención y él tiene que saberlo.

Tengo que decírselo.

Cojo mi bolso y las llaves del coche de papá. Entro en la habitación y me hago con la pañalera del pequeño Tomás antes de cogerlo a él de la cuna y envolverlo en una mantita. Lo coloco dentro de la silla del coche y lo cargo hasta el vehículo antes de echar un último vistazo a mi casa.

«Quizá debería llamar a la ambulancia», pienso, pero un grito de dolor y rabia procedente de dentro reafirma en un instante mi decisión de correr lo más lejos posible de allí. «Que se joda, tengo que ir a buscar a Benjamín».

Presa del pánico, meto al bebé en el coche y abrocho con rapidez su cinturón antes de correr al asiento del piloto e iniciar mi huida.

CAPÍTULO 12



BENJAMÍN

No hay tristeza más grande que la muerte de una ilusión.

Lloro en medio del descansillo de casa de la manada. Mi familia me rodea. Mi madre y mi hermano jadean frustrados al sentirse incapaces de ayudarme.

Ha vuelto a pasar. Ha durado unos segundos, los suficientes para dejarme claro que lo ha besado. Ha besado a Liam y yo, aquí, de rodillas en el suelo, me doy por vencido mientras agonizo.

—Ben, respira —escucho gritar a Mateo preocupado, pero no puedo respirar.

Soy un cuerpo que tiembla sin control alguno. Una mente sumida en la desesperación que oscurece todo a su paso.

Pensé que estábamos arreglando las cosas, pensé que íbamos por el buen camino, que la estaba recuperando, pero me he vuelto a equivocar.

La he perdido y, con ella, a mí mismo.

—Hermano, no puedes seguir así.

Mateo está enfadado, sabe con certeza por lo que estoy pasando, todos lo saben porque no es la primera vez.

—Tengo que irme. —Lloro mientras acepto su mano y me pongo en pie—. Te quiero, hermano. Os quiero a todos —grito antes de salir corriendo en dirección al bosque.

La frialdad de la lluvia es lo primero que me golpea, seguido del peso insoportable de todo el dolor, no solo del que acabo de sentir hace un momento, sino de los tres años que llevo sin ella.

—No puedo recuperarla. ¡No he sido más que un iluso!

—No te des por vencido aún, Ben, debe de haber una explicación, hoy las cosas fueron tan bien entre vosotros que logré volver a tener esperanza.

—Yo también, pero me duele demasiado, Risk. Lo ha besado y eso lo sabes tan bien como yo, tú también lo has sentido. No puedo seguir soportando tanto dolor, ella no va a perdonarme.

Me quito la ropa y la coloco en mi boca antes de transformarme. Risk corre en dirección al faro. La rabia y el dolor invaden mi mente por completo y nublan mi visión mientras siento el agua mojar las patas y el pelaje de mi lobo, que me hace comentarios para que me calme durante todo el trayecto, pero no funciona, porque estoy roto y solo tengo una idea en mente. No culparé a nadie más que a mí por mi desgracia, y espero que los demás tampoco lo hagan. Soy un cobarde, siempre lo he sido y, ahora, elegiré el camino fácil, el camino de la liberación, el único que puede ayudarme a dejar de sufrir de una vez por todas. Risk me devuelve el control y subo todas las escaleras hasta la parte más alta, lloro desolado y miro hacia abajo, mientras se cuelan en mi cabeza todos mis recuerdos junto a ella.

—¡Quiero morir de una vez en vez de hacerlo tan lentamente! —grito a la Diosa en medio de la lluvia—. ¡La amo! La amo demasiado y no puedo soportarlo. No podré soportar verla en los brazos de Liam ni de nadie más, no podré vivir con el dolor definitivo de haberla perdido para siempre.

—Benjamin, contrólate. ¿Qué demonios piensas hacer?

—Quiero acabar con esto, Risk, quiero acabar con esto de una vez —sollozo.

CAPÍTULO 14



CARLOTA

No estoy dispuesta a perder, nunca más.

Soy presa del pánico cuando entro en casa de la manada, tengo un mal presentimiento. Lo sé, lo intuyo, algo no va nada bien.

—¿Cuándo vas a parar de joderle la vida a mi hermano? —me grita Mateo mientras me enfrenta lleno de furia nada más verme entrar.

—¡Mateo! —lo reprime Zoé.

—¡¿Por qué?! —me vuelve a gritar mientras me encara—. ¿Por qué este ensañamiento en destruirlo? ¿Acaso no ves que está agonizando, que se mantiene en pie con su último aliento?

—¿Dónde está Ben? —pregunto incapaz de contener las lágrimas—. Necesito hablar con él.

—¡Se ha ido destrozado, Carlota! —vuelve a enfrentarme Mateo—. ¿Por qué insistes en quitarme a mi hermano para siempre? ¿En destruir tu manada? ¿No sabes que ninguno de los que estamos aquí podríamos vivir una vida sin él?

—¡Para de una vez! —le exige Ruth.

—No puedes hablarle de esta manera —le grita Zoé mientras intenta apartarlo de mí.

—¿No puedo? Lo que no puedo es perder a Benjamín por su culpa. Tienes que dejar de defenderla, es hora de que os pongáis de un lado u otro.

—No puedes hacerme elegir —le grita Zoé.

—¿A dónde ha ido? ¡Joder! —le grito a Mateo.

—No hagas como si te importara cuando hace un momento te estabas besuqueando con Liam —me escupe Mateo y, joder, eso hace mella en mi corazón.

—¡Mateo! ¡Es suficiente! —le grita Zoé.

—Si algo le pasa a mi hermano —me señala con el dedo mientras retrocedo, pero él mantiene el paso y no me permite alejarme. Me atemorizo y me rompo, estoy muy nerviosa y siento mucho dolor y, entiendo a Mateo, pero la rabia en sus ojos es más de lo que puedo soportar—, si

se hace daño por tu culpa…

—Me ha besado a la fuerza —lloriqueo despacio y se hace el silencio. Zoé y Mateo palidecen y él aparta su dedo acusador al momento. Veo la confusión en su expresión y en lo erráticos que son sus movimientos y lo enfrento en una oleada repentina de valor—. No quiero destruir tu manada, alfa, y no vuelvas a pagar con ella tu ira. —Me acerco a mi amiga y le paso a Tomás en la sillita del coche—. Lo siento, Zoé. Por favor, llama a mi hermano y cuéntales lo que ha pasado, pide una ambulancia para Liam, lo dejé tirado en el suelo de casa de mis padres.

—Carlota —interviene Mateo y en su tono adivino que se siente avergonzado.

—No volveré sin mi compañero, alfa, aunque eso signifique que no volvamos ninguno de los dos.

Escucho a Zoé gritando mi nombre, pero es demasiado tarde. He dejado salir a Molly y solo tiene en mente una única orden: encontrar a su compañero.

CAPÍTULO 15



BENJAMÍN

El suicidio es una solución permanente a problemas temporales. Quieres matar el dolor, no la vida. Pide ayuda.

El olor de Carlota logra sacarme de forma breve de mi ensoñación. Desde el balcón del faro, lo único que puedo ver hacia bajo es el vacío al que está sujeta mi existencia, ni siquiera soy consciente de mi entorno, he dejado de escuchar las gotas de lluvia impactando en el suelo, o las olas rompiendo en las rocas con violencia, o los rayos que provoca la tormenta. Cuando siento su olor, sé que la Diosa me concede un último deseo antes de reunirme con ella.

—¡Benjamín! —el grito es tan desgarrador que me obligo a mirar en la dirección en la cual he escuchado la voz de mi amada.

—Carlota —la llamo despacio, sin estar seguro de si ella es real, o solo un producto de mi imaginación. Un regalo de la Diosa para mis últimos momentos. La veo, está empapada y sus ojos están llenos de terror—. Te amo, Carlota, has venido a despedirte de mí. —Lloro desconsolado.

—¡Benjamín! ¡No lo hagas! —Carlota abre la puerta antes de correr, a toda velocidad, escaleras arriba—. ¡Espérame, Ben! —la escucho gritar—. ¡Por favor, no me dejes! ¡Subiré a por ti!

La esperaré. Esperaré por ella para decirle adiós.

Sé que viene a dejarme, a rechazar nuestro vínculo y a decirme que se queda con él. Lo merezco, Diosa, merezco todo este maldito dolor, pero no puedo soportarlo.

Espero ver su silueta al fondo del pasillo y respiro con profundidad cuando la veo correr directa y desesperada hacia mí. Ojalá fuese para decirme que me ama, pero no me merezco ni siquiera volver a soñar con escuchar esa palabra salir de sus labios.

—¡Benjamín! —grita con fuerza antes de saltar sobre mí y rodearme la cintura con las piernas. La lluvia empapa nuestros cuerpos mientras la acuno en mis brazos y disfruto de su

toque cálido bajo la frialdad del agua. Me sorprende ver cómo tiembla y llora ante nuestro encuentro—. ¿Qué pensabas hacer, Benjamín? ¿Acaso estabas dispuesto a suicidarte?

—Carlota —sollozo hundiendo la cara en su cuello—, siento demasiado dolor, ya no puedo, no soy capaz de soportarlo.

—¿Ibas a hacerme cargar con tu muerte en mi conciencia? Eso es demasiado egoísta, Ben —grita mientras llora—. Hoy casi lo he matado —solloza—, casi me convierto en una asesina. ¡Te juro que quería golpearlo hasta que muriera!

—¿De qué estás hablando? —Ahora estoy intrigado ante sus palabras y su actitud—. ¿Qué es lo que ha pasado?

—Liam, se ha presentado en mi casa mientras cuidaba de Tomás.

Me tenso al instante, no ha pronunciado las palabras pero ya me hago una idea perfecta de lo que va a decir. Se lo advertí, le advertí a ese imbécil que lo mataría si le ponía un dedo encima en contra de su voluntad.

Mi cuerpo empieza a temblar de rabia mientras Risk lucha por hacerse cargo de la situación. Ambos compartimos las mismas visiones: nuestros colmillos y zarpas convirtiendo en hilachas la carne del cuerpo de Liam.

Intento, en ese mismo momento, dejarla en el suelo mientras gruño de rabia, pero aprieta su agarre sobre mi cuello y mi cintura.

—No, por favor, quédate conmigo, Ben. Te necesito.

—Carlota —digo con cautela, comprendiendo la gravedad de lo que ha pasado—. Cuéntame exactamente lo que pasó.

—Lo he golpeado, lo he dejado inconsciente y sangrando en el suelo, pero tenía miedo de que se levantase y me hiciera daño a mí o al bebé.

—¿Tomás?

—Si, está a salvo, lo he dejado con Zoé en casa de la manada.

La separo de mi cuerpo y, esta vez, acepta a regañadientes que la coloque en el suelo. Pero funde su cara en mi pecho y aprisiona mi cintura con sus brazos, apretando con fuerza.

—Dijo cosas horribles de nosotros, Ben —llora—. Dijo que todos saben que soy una guarra y que me gustaba que me atases y me follases duro, dijo que no solo tú eras capaz de darme placer y que nos había espiado en el bosque. Tuve tanto miedo y tanta rabia… No quería que me tocase, no quería que hablase de nosotros. Benjamín —su tono se encrudece al pronunciar mi nombre, entonces, me coge la cara entre las manos y me obliga a centrar la mirada en la suya—, no quiero que nadie que no seas tú me toque.

Maldita sea, no puedo escuchar esto. Sabía que ese maldito engreído no se traía nada bueno entre manos.

El gruñido que escapa de mi boca nace desde lo más profundo de mi ser y mi cuerpo tiembla

mientras arde lleno de rabia. Solo se resiste a la necesidad que siento de correr a rematar a Liam la vulnerabilidad de Carlota, que me retiene aquí. Ella me necesita ahora, me necesita tanto como aquella vez.

—Me besó a la fuerza y no quería detenerse.

—Carlota —le digo con dificultad apretando los dientes—, voy a matarlo.

—Ben —llora—, por favor.

—Ayúdame a quedarme aquí. —Todo mi cuerpo está temblando de forma violenta—. Llevo años reprimiendo al viejo Benjamín y, ahora, quiere salir y asesinar a Liam.

—No, Ben, te necesito. —Mi Carlota choca nuestras frentes mientras llora y tiembla como un cervatillo asustado—. Quédate conmigo, Benjamín. Lo único que he necesitado siempre es que te quedes conmigo.

—No puedo controlarme ahora, ¡necesito rematar a ese bastardo!

—Ben, escúchame. Lo que ha pasado me ha ayudado a darme cuenta de algo muy importante —llora mientras me aprieta con más fuerza.

—Lo entiendo, Carlota, no querrás volver a ver jamás a ningún hombre.

—Solo a ti, solo me importas tú, Benjamín, siempre has sido tú y estoy harta de ocultarlo, de luchar contra mí misma o de pensar en el que dirán los demás.

Sus labios encuentran los míos en un beso lento, profundo y apasionado, pero a la vez urgido de deseo y necesidad, redescubriendo el sabor tan anhelado de nuestras bocas después de años de separación. Disfruto de ello y agradezco volver a sentir sus labios y la humedad de su saliva aparte de la que aporta la lluvia que moja nuestras caras. Me olvido de todo lo demás y solo me centro en los movimientos de su boca, en sus suspiros y jadeos apagados en mis labios, en sus mejillas calientes rozando ligeramente las mías, en mi Carlota. Mi Carlota, cuánto te amo.

—Lo siento mucho. —Se aleja de mis labios y me deja sin aliento, con ansias de más—. Me he estado vengando durante tres años, pero no solo de ti, Ben, me vengaba de mí misma por amarte con tanta intensidad, por no saber cómo reprimir este amor o resistirme a él.

Esta vez soy yo el que atrapa sus labios para hacerla callar, lo sé, y no necesito más disculpas, hemos pagado el precio de causarle daño a nuestro amor durante demasiado tiempo. El presente, el ahora, no debería ser solo un recuerdo constante del pasado.

—Estoy aquí para ti. Para lo que necesites, mi amor. Soy tuyo, Carlota, soy tuyo y estoy aquí.

—Te amo, Ben —susurra, y mi corazón se hincha.

—Vamos a casa, estás empapada, puedes enfermar.

Una vez dentro de nuestra casa del faro le insisto para que se seque mientras yo enciendo la chimenea. Noto en sus movimientos erráticos y la forma leve en la que tiembla que odia estar pasando por algo como esto.

—Hermano —digo a Mateo a través de nuestro enlace mental con idea de ponerlo al tanto de

la situación.

—Le he roto los dientes a ese imbécil —me dice, y noto, en la manera en la que recupera el aliento, que está molesto.

—No esperaba menos de ti, hermano.

—Ocúpate de tu compañera y dile que lo siento —dice antes de cortar el enlace mental.

—Mateo se disculpa contigo —le digo al verla regresar con una de mis camisas y una toalla atada en el pelo—. ¿Por qué?

—Al igual que tú, pensó que había besado a Liam, y digamos que me gritó unas cuantas cosas.

—Carlota…

—No pasa nada —me interrumpe—, no ha dicho nada que no fuera verdad. Te hice sufrir a propósito durante mucho tiempo, Ben.

—Nada de eso es importante, cuando te veo, no recuerdo nada de eso. Solo las cosas buenas.

El timbre del móvil de Carlota rompe el encanto de nuestro entorno, ella lo coge en el segundo tono y estoy tan cerca que escucho a la perfección la voz preocupada de su hermano.

—¡Carlota! ¿Dónde estás? ¿Estás bien?

—Estoy bien, Carlos, lo siento, cogí al bebe y salí de allí, ese chico…

—Lo sé, lo ha confesado todo. No tienes nada de lo que preocuparte, ninguno creemos esa historia de que tú querías.

—Claro que no —llora—, no quería escuchar un no por respuesta y me besó, dijo cosas horribles.

—Hermana, te creo, por supuesto que te creo, no has hecho más que defenderte.

—¿Voy a ir a la cárcel?

—Claro que no, el alfa está aquí y, bueno, creo que después de esto, Liam necesitará una reconstrucción de cara.

—Estamos en el faro, Tomás está con Zoé en casa de la manada. ¿Podrías traerme algo de ropa? La mía está empapada.

—Claro, hermana, nuestros padres irán para allí ahora mismo.

—Te lo dije —le digo sonriendo una vez cuelga el teléfono—, eres la chica más valiente que he conocido.

—No quiero tener que serlo, no quiero que ninguna chica tenga que serlo nunca más, esto tiene que parar, no quiero vivir en un mundo donde los tíos se crean capaces de conseguir todo lo que quieren de las mujeres sin importarles su consentimiento.

—Estoy de acuerdo, nos uniremos para mejorar la seguridad de todas las chicas de esta manada. Y si podemos, de todas las demás.

—Benjamín, ¿puedo? —Noto como el nerviosismo crece en su voz—. Solo quiero sentarme a

tu lado y abrazarte.

—Claro que puedes, mi amor —le digo mientras me siento en el sofá y le ofrezco mis brazos —, ven aquí. —Se tumba a mi lado y recuesta su cabeza en mi pecho—. Estoy aquí para lo que necesites.

CAPÍTULO 16



CARLOTA

Reiniciando…

Abro los ojos despacio después de haber dormido lo que me parece una eternidad. Ya no estoy en el sofá, ni en los brazos de Benjamín, estoy sobre el colchón abullonado de una cama y bajo la suavidad y la protección de las mantas calentitas. Echo de menos el tacto de Ben enseguida y lo busco con la mirada. No está, pero al mirar por las ventanas, me doy cuenta de que se ha hecho de día. ¿Cuánto he dormido? ¡Mierda! ¿Dónde está Tomás? Me levanto de un salto y antes de salir por la puerta en dirección al salón, me doy cuenta de que aún llevo puesta esa camisa de cuadros que me dejó ayer Benjamín.

—Mi amor. —Mi madre se levanta de la mesa del comedor acompañada de Ben y Zoé y corre a rodearme en un abrazo.

—Estoy bien, mamá —la tranquilizo—. ¿Cómo está Tomás?

—Zoé cuidó muy bien de él, dormía plácidamente cuando se lo llevaron sus padres, como tú cuando llegamos, no quisimos despertarte.

—Es muy extraño que me quedase dormida en medio de una situación tan tensa, normalmente me cuesta mucho dormir.

—Ha sido gracias al vínculo. ¿Estás bien? —Veo la preocupación e impotencia en la expresión de Zoé.

—Sí, aunque resulte extraño, me siento bien ante esta situación tan bizarra, es decir, estoy orgullosa de mí, de haber reaccionado y haber podido defenderme. Más que crear un nuevo trauma para mí, creo que ha logrado cerrar otro, he podido golpearlo, gritarle y verlo tumbado en el suelo y sangrando gracias a mis manos. No sé, creo que lo he hecho también internamente con Alonzo.

—Ese tipejo, pasará un tiempo en la sombra, al conocerse tu historia esta mañana se han acercado a la comisaría unas cuantas chicas más a denunciar sus insinuaciones.

—¿Liam era un acosador en serie? —pregunto incrédula mientras siento el miedo crecer en mí.

—Uno que ahora está en la cárcel, gracias a ti —me reconforta Zoé mientras me coge de las manos—. Has permitido que esas chicas puedan sacar lo que tenían dentro.

—Y yo que creí que solo era un empresario creído con ínfulas de poder conseguir todo lo que quería.

—Ya ves, hija mía, caras vemos —sentencia mi madre—, corazones no sabemos.

—Podemos irnos ahora a casa, si quieres —me dice Benjamín tocando mi hombro. En su forma de tocarme y en su mirada siento como lo asola la desconfianza, esa que sentí yo la primera noche que dormí en su cuarto sabiendo que al día siguiente no se acordaría de nada.

—¿Podrías ir y coger algunas cosas para mí? Me gustaría quedarme aquí un par de días.

—¿Sola? —pregunta nervioso.

—Zoé y mi madre se quedarán hasta que vuelvas.

—Eh, vale —balbucea, y logro ver la decepción en su cara mientras se marcha.

Me aseguro de que sale por la puerta y vuelvo a toda prisa hasta el salón.

—Por un momento he tenido la esperanza de que habíais arreglado las cosas —dice mi madre con tristeza—. Anoche, cuando llegué, os vi abrazados.

—Aún no lo hemos hecho, pero lo haremos —digo emocionada—, y vais a ayudarme con eso. Mamá, ¿podrías ir al supermercado y traer comida para unos cuantos días? Y Zoé, tú tendrás que ayudarme en algo muy, muy importante.

—¡Oh, Diosa de la luna! ¡Gracias por escuchar mis plegarias! —mi madre grita emocionada mientras anda a paso rápido alrededor de la cama. Zoé y yo la miramos perplejas antes de mirarnos la una a la otra y sonreír. Sé que Zoé se alegra tanto como mi madre, aunque no lo demuestre de la misma manera. Es una gran amiga y aún está preocupada internamente por mí y por lo que pasó anoche.

—Estoy feliz por ti, por los dos. Sé que esta vez las cosas serán diferentes, ¡serán geniales, en realidad!

—¿Tú crees? —le pregunto con las últimas pinceladas de desconfianza que quedan en mi interior.

—Estoy segura —me responde, Zoé.

—Yo también lo estoy, hija mía, seréis muy felices juntos.

Una vez sale mi madre, busco en mi teléfono la web de una tienda conocida, un *sex shop* local en el cual he estado viendo juguetitos recientemente. Después de ojear su página, tengo claro lo que quiero, localizo su teléfono y hago un pedido. Genial, lo tendré en menos de una hora.

Antes siquiera de llegar mi madre, tocan a la puerta y es el paquete. Me emociono de inmediato al recibirlo.

Empiezo hacer realidad la idea en mi cabeza. Esto promete… y mucho.

—Carlota, ¿estás segura de esto? —me pregunta Zoé sin poder disimular su emoción.

—Llevo más de tres años reprimiendo mi deseo sexual, no solo estoy segura, sino que me muero de ganas por hacer esto. No sé si será un arreglo definitivo de las cosas, pero es lo que quiero hoy y con eso me vale. Las preferencias sexuales de Ben, así como las de cualquiera, son completamente lícitas, siempre que sea dentro de un mutuo acuerdo y ambos disfruten con ello. Quiero que ambos exploremos, conozcamos, experimentemos y descubramos nuestras preferencias y es lo que quiero demostrarle con esto —respondo mientras me río.

Me siento libre y no tengo miedo, ni siquiera me importa el qué dirán, he callado las voces de mi cabeza porque es más fuerte mi deseo y mi necesidad de estar con mi compañero. De eliminar esta distancia de una vez por todas y volver a sentirme la Carlota de Benjamín. Mi Benjamín.

Mi madre llega enseguida y colocamos la compra, como algo por encima antes de entrar en la habitación y preparar, junto a ellas, la sorpresa que he imaginado.

Diez minutos después escucho el timbre de la puerta. Respiro en profundidad unas cuantas veces para desvanecer los nervios que quieren formarse en mi interior, los quiero todos bien lejos porque no voy a permitir que me arruinen este momento. Desde la habitación escucho como Zoé y mi madre se despiden de Ben con la excusa de verlo luego. Y me repito, a mí misma, un mantra. Yo, Carlota Higareda, conscientemente he decidido esto. Yo, Carlota Higareda, conscientemente tomaré lo que quiero y tendré el control.

—Ben, estoy aquí, enseguida salgo.

Me echo un último vistazo en el espejo y me siento imponente. He encurtido mi cuerpo en un sujetador amplio de cuero negro y un tanga a juego, un pequeño corsé de cuero a la altura de mi cintura dibuja mi figura a la perfección mientras se une a unas medias de red a través de ligas. He dejado mi melena suelta y me he colocado un antifaz compuesto, también, de cuero negro. En mis manos, llevo un látigo de tiras que estoy muy dispuesta a usar enseguida.

He colocado sobre la cómoda distintas herramientas de placer que me llamaron la atención de la tienda, cosas con las que he pensado que podemos jugar. Si Ben quiere explorar diferentes maneras de follar, entonces lo haremos de una manera que nos complazca a ambos. Sin culpabilidad ni tapujos.

—¡Benjamín! —lo llamo—, ¿podrías ayudarme un momento aquí? No consigo subir esta cremallera —invento.

Suspiro un par de veces más mientras lo escucho acercarse. Me coloco frente a la cama y me muerdo los labios como medida desesperada para alejar los malditos nervios o la indecisión de una vez. Abro las piernas y adopto la posición más sexi, sugerente y segura que soy capaz en este momento mientras sostengo el látigo en las manos. Pretendo ser todo lo ardiente posible.

—¿Carlota? —me llama de forma tímida desde la puerta—, voy a pasar.

—Adelante.

La expresión de Benjamín al verme es todo un poema y eso me hace sonreír y luchar para que esa sonrisa no se cuele del todo al exterior y lo arruine. Como ese día en el teatro, hoy también tengo un papel a desarrollar. Veo pasar un sinnúmero de expresiones por sus ojos: la sorpresa, el deseo, la lujuria, el placer y la esperanza. Noto como su respiración empieza a acelerarse, y su corazón se esfuerza por bombear más sangre, puedo escuchar sus latidos. Está nervioso, excitado y expectante por mí, para mí.

—Desnúdate —le ordeno con la seguridad que me da ver su reacción.

Ben se moja los labios con la lengua y ese gesto me dice que su lado grosero acaba de despertarse. Mejor, ese es precisamente el que quiero ahora mismo para poder domar. Se desabrocha la camisa y deja, poco a poco, sus tensos músculos al descubierto. Tengo la sensación de que ha estado haciendo ejercicio desde que he vuelto porque sus músculos se ven casi tan grandes como antes, o a lo mejor ha sido el hecho de volver a transformarse en lobo. Es tan sexi que me hace temblar, pero me esfuerzo por mantener la compostura.

Antes de bajarse el calzoncillo me dedica una mirada pícara, de complicidad, y me doy cuenta de que me he perdido en su cuerpo, debo de tener la misma cara que ha tenido él al entrar.

—¿Estás…?

—¡Shhh! —le chisto al instante—, no te he dicho que pudieras hablar. Muéstrame tus manos.

—Carlota —me advierte y ¡joder! Todo mi cuerpo se agita al escucharlo pronunciar mi nombre de esa manera, no tiene ni idea de cuánto me afecta.

—¡Shhh! —grito mientras aprieto mis piernas entre sí y dejo un pequeño golpe en su trasero con el látigo. Me sonríe con malicia después de un jadeo que eriza cada vello de mi cuerpo y me ofrece sus manos juntas, listas para ser atadas.

Ato sus manos con tela de gasa negra y mantengo mi mirada fija en la suya. Sé que está ansioso y desesperado, como un animal hambriento al que burlan con su comida favorita. Como yo hace tiempo, tendrá que saber lo que se siente al querer tocar con todas tus fuerzas y no poder hacerlo.

—Hoy me siento amable. —Me pongo de puntillas y le susurro al oído antes de lamerlo lentamente—. Te dejaré mirar.

Le beso el cuello que palpita vibrante con los gruñidos que escapan de su interior, lamo cada pequeño centímetro de su piel como una loba sedienta que encuentra un manantial de agua fresca, desciendo en dirección a su pecho y me detengo hipnotizada, prestando especial atención a un preciso lugar. Ese que lleva mi nombre, en el que debería llevar mi marca desde hace mucho tiempo. Lo escucho gruñir de placer y una electricidad invisible recorre todo mi cuerpo animándome a seguir provocando en él tal cantidad de deseo. Oh, Diosa, he echado mucho de menos este cuerpo.

Lo cojo de la mandíbula y engullo sus besos, saboreando de forma salvaje sus labios y su saliva mientras calma mi sed y mi ansiedad. Me acerco y contoneo mi cuerpo contra el suyo mientras lo escucho gruñir. Sé que quiere tocarme, sé que se muere por hacerlo, pero todavía no, no lo va a conseguir tan fácil. Voy a hacerlo sufrir un poco más y pagarle con un poco de su propia medicina.

Le doy la espalda y acerco mi trasero a su entrepierna, coloco mi cabello a un lado y le ofrezco mi cuello, que devora con voracidad haciéndome gemir locamente. Con una de mis manos coloco su pene entre mis piernas e inicio pequeños movimientos circulares sobre él, pero, a la vez, le dejo claro que no voy a introducirlo. Todavía.

Las chispas, la electricidad y el calor que provoca el vínculo ante nuestros roces es extasiante. Tengo que hacer mi mayor esfuerzo para contener mis propios gemidos y así parecer que aún conservo el control.

—Quiero enseñarte algo —le digo y me separo de su cuerpo.

Cojo de la cómoda un vibrador rosa con punta redondeada y lo escucho gruñir ansioso. Mi lobo, mi gran lobo salvaje, está oficialmente de vuelta. Desabrocho el sujetador de cuero liberando mis pechos y después me quito las bragas. Me tumbo en la cama semisentada delante de él y abro las piernas sin dejar de mirarlo. Su mirada ansiosa hace que sea aún más doloroso reprimir el deseo de sentirlo, moviéndose fuerte en mi interior. Enciendo el juguete y lo coloco sobre mi punto de placer. Mi cuerpo se arquea al momento en medio de una convulsión y, aunque el juguete solo está tocando una parte de mí, puedo sentir su efecto en todas partes.

—Esto me ha hecho más llevaderas las noches sin ti mientras estaba en Roma —digo en tono sexi.

Para mi sorpresa, Ben se arrodilla en el suelo delante de mí y hunde su cabeza en mi entrepierna saboreando con su lengua cada uno de los néctares que salen de mi interior en su honor. No me lo esperaba, y no puedo evitar retorcerme y gemir con fuerza mientras me tortura, mientras me devora con voracidad. Su lengua es rápida y certera y veo que recuerda a la perfección dónde debe oprimir, lamer y chupar para llevarme al éxtasis.

Me obligo a abrir los ojos y disfrutar de la visión. Este gran chico «malo», arrodillado y atado, luchando por recuperar el aliento mientras trabaja entre mis piernas es más de lo que puedo soportar. Oh, Diosa, es demasiado excitante.

Con un movimiento rápido y un rugido bestial arranca la gasa de sus manos y, con la misma rapidez, me quita el juguete y lo introduce dentro de mí. No puedo protestar, simplemente no puedo porque el placer no me deja, nubla mi visión y no me deja pensar con claridad. Lo estoy disfrutando.

Mientras entra y sale de mí con el juguete, su lengua juega con mi clítoris palpitante, cada vez

a más velocidad. No aguanto más. Diosa, no puedo contenerme. Dejo que el placer se apodere de todo mi cuerpo haciendo escapar de mi interior un líquido abundante y dejo que me consuma ese éxtasis de lujuria que tanto he echado de menos.

Ben se levanta del suelo y, por la expresión que veo en su rostro, parece satisfecho. Coge de la cómoda una barra con grilletes a ambos lados. Me coloca uno en cada tobillo y lo miro con expectación mientras sonrío y me muerdo los labios. Hemos vuelto. Lo sé. Nuestras miradas lo saben. Nuestros lobos lo saben. Nuestras noches de placer y nuestra compenetración en el sexo están oficialmente de vuelta para querdarse y perdurar por toda la eternidad si la Diosa lo permite.

Me sorprendo y grito cuando tira de mi cuerpo a través de la barra y deja mi culo en la orilla.

—Carlota Higareda —me dice en tono serio mientras acaricia mi cuerpo—, quiero follarte de manera brusca y dura, y necesito escuchar de tu boca que estás de acuerdo con eso.

—No quiero que tengas la más mínima compasión de mí —le suplico en un gemido.

Lo recibo dentro de mí con fuerza y un grito escapa de mi boca ante la sensación de esa nueva presión. Mi cuerpo se adapta a su tamaño, pero no quiero darle tiempo, necesito más, mucho más.

Animo a Benjamín con los movimientos de mis caderas a aumentar el ritmo de sus embestidas y me obedece mientras recorre mis pechos con una de sus manos. Con la otra, sujeta mi cuello y tira de él logrando que me arquee de una manera que me permite mirar nuestro sucio espectáculo.

Benjamín sale de mí cuando mi mirada lujuriosa se conecta con la suya, sé que su placer está a punto de estallar y que se contiene. Me gira de forma violenta con la barra y me coloco con rapidez sobre codos y rodillas, le ofrezco, con deseo, mi culo en pompa. Vuelve a penetrarme con fuerza y lo escucho gemir. Su cuerpo embiste al mío con violencia una y otra vez mientras me retuerzo y, su mano, me acaricia la espalda, el pelo, la cara, todo lo que tiene a su alcance, con vehemencia. Introduzco sus dedos dentro de mi boca y los chupo con desesperación antes de que desaparezcan de mi vista. Ahora los siento en mi clítoris, juegan con mi placer hasta que estallo sin control entre gritos y gemidos e inundo, nuevamente, las sábanas con ese líquido que sale de mi interior. Todo se nubla a mi alrededor mientras recupero el sentido y el aliento de forma gradual. La intensidad del orgasmo ha sido tal que no entiendo como no he caído desmayada.

—¡Quítamelo! —le ordeno desesperada. Me obedece.

Me levanto urgida de su piel y lo empujo a la butaca ancha que tenemos detrás. Me coloco encima suyo y lo introduzco de nuevo en mi interior.

Jadeo de placer al iniciar mis movimientos y marcar mis propios ritmos. Ben me acaricia la espalda y el cabello mientras jadea conmigo y me mira con deseo.

Coloco mis manos sobre su pecho y lo empujo hacia atrás, me siento completamente dueña del control. Aumento mis subidas y bajadas y él me acompaña con el movimiento de su cadera.

Lo beso con fuerza. Oh, Diosa, y pensar que podría haber disfrutado todo este tiempo de esto. No puedo detenerme ya que siento el orgasmo volver a crecer en mí con una velocidad voraz.

—Carlota, espera, vas a… —intenta decirme, pero no me detengo, y entonces siento crecer su tamaño en mi interior mientras juntos estallamos en un éxtasis de placer, lujuria y deseo.

Me dejo caer sobre su pecho satisfecha mientras recupero el aliento y disfruto del deleitante cosquilleo del orgasmo que aún recorre mi interior. Acurrucada en su calor, me siento en casa, lo miro a los ojos y él me devuelve la mirada con una sonrisa mientras planta un beso con lengua en mis labios.

—Creo que no saldremos de aquí en días —digo. Dejo escapar una carcajada de mi interior. Una que se contagia a Benjamín y hace que los dos terminemos riendo abiertamente.

—Te he traído ensalada de frutas —me dice añadiendo más leña al fuego de nuestra risa.

—Cómo me conoces. —Lo miro a los ojos y me muerdo los labios—. Me has hecho adicta a tu sexo y a la ensalada de frutas de después.

—Me gusta como suena eso. —Se ríe.

Beso sus labios una vez más y puedo jurar que la plenitud me llena. Podría besar estos labios durante toda la jodida eternidad. Gracias, Diosa, por no permitirme renunciar a este vínculo a pesar de mi terquedad.

—Voy a darme una ducha rápida.

CAPÍTULO 17



BENJAMÍN

El hecho de que alguien tropiece y pierda el camino no significa que esté perdido para siempre.

Escucho como Carlota abre la ducha y permito que me invada por completo la sensación de felicidad. He hecho el amor con mi compañera y, esta vez, estoy seguro de que hemos regresado, no puedo creer lo jodidamente bien que suena eso.

Gracias, Diosa de la luna, por darme otra oportunidad, sabes que esta vez no la desperdiciaré.

Pronto caigo en la cuenta de la necesidad que me genera su presencia, no quiero separarme ni un segundo de su lado y la sigo hasta el baño. Cuando abro la mampara de la ducha y veo el agua resbalar por su cuerpo desnudo, el deseo recorre mi interior haciendo que mi erección crezca al instante.

Ella me sonríe y me invita dentro para recibirme después con un beso.

La humedad de nuestros labios se fusiona con el agua que resbala a través de ellos y de todo nuestro cuerpo, haciendo de nuestro beso algo insaciable, mojado y pasional.

Aprieto su cuerpo contra la pared de la ducha mientras cojo la parte trasera de su pelo y tiro de él dejando más accesible el recorrido por su cuello.

Quiero ser delicado, pero a la vez no, quiero chuparlo y lamerlo de una manera dolorosa, quiero morderlo y dejar mi marca en él, quiero tenerla varias veces por todos los días en los que la he echado de menos.

Mis oídos se deleitan con los sonidos de sus gemidos y mi piel se eriza mientras se me pone la piel de gallina.

—Dime lo que quieres —digo en su boca mientras hundo mis dedos en su interior.

—Te quiero dentro de mí, por favor.

—Date la vuelta.

Me obedece y le levanto un poco la pierna hasta lograr colocarme en su interior. La cojo del cuello y embisto con fuerza a la vez que sus gemidos me confirman que así es como lo desea.

Mientras ambos llegamos al clímax, la desesperación no me permite estar quieto, le muerdo el lóbulo de la oreja, le lamo el cuello y le beso la espalda, estoy tan ansioso por su cuerpo, por su alma, que podría lamerla y penetrarla toda la eternidad.

—Te amo —le susurro.

—Yo también —dice con urgencia—, te amo, Ben, pero debemos darnos prisa, tenemos que ir a la inauguración de la pelu de Savannah. Prometo que cuando regresemos aquí, no volveremos a salir hasta la boda de Zoé y Mateo.

—Oh, me encanta como suena eso —digo buscando su mirada hasta encontrarla. Diosa de la luna, amo esos ojos color caramelo, estoy tan intensamente enamorado que siento como se oprime mi corazón solo con verla, tenerla en mis brazos y saber que, de nuevo, tengo la posibilidad de hacerle el amor.

—Ahora, aunque no es lo que más me apetece, debo irme. —Mi expresión cambia al momento y una leve angustia se apodera de mí, no quiero que se vaya, no quiero que se aleje, no quiero perderla ni por un instante. El cambio en mi cara debe de ser evidente y ella me rodea en un abrazo—. Solo iré a ayudar a Savannah, Ben. Te veré esta noche en la inauguración.

—Tengo miedo —admito—, no me gusta la idea de separarme ni un segundo de ti.

Carlota me coge la cara entre sus manos y me dice estas palabras mientras me mira a los ojos:

—He decidido que quiero arreglarlo, al menos intentarlo. Quiero estar contigo y nos estoy dando una oportunidad, una de verdad, que va más allá del sexo. Te hablaré de cualquier cosa que me inquiete para que podamos solucionarlo juntos. Y no saldré corriendo.

—¿Lo prometes?

—Lo prometo. Ahora, me voy.

Deposita un beso rápido en mis labios y se lava con rapidez antes de salir del baño.

Me siento vacío cuando ella no está a mi lado, pero debo entender que todo forma parte de un proceso, uno que nos ayude a convertirnos en una pareja normal.

—Te dejo donde quieras, luego me iré a casa a resolver unos asuntos.

—Me parece bien.

Después de asearnos y acicalarnos, la dejo en la peluquería de Savannah con la promesa de volver a verla esta noche.

Cuando salgo por la puerta del ascensor en la sexta planta, toda mi familia está reunida en el salón, conversando con ahínco sobre un tema que aún no conozco.

—Familia. —Hago notar mi presencia antes de recibir una avalancha de abrazos en mi dirección.

—¡Oh, hijo mío! ¡He pedido tanto a la Diosa por este momento! Tu hermana nos ha contado que puede que las cosas se arreglen entre tú y Carlota.

—Así es, madre, tengo una oportunidad real de recuperar a mi compañera.

Mi madre me aprieta con fuerza en su abrazo y siento como cae sobre mí el peso de esas palabras, creo en ellas y me doy cuenta de que puedo estar en proceso de conseguir todo aquello que he deseado durante estos últimos años, desde que la perdí. No puedo perder esta oportunidad de ser feliz a su lado, no puedo cagarla en lo más mínimo.

—¡Gracias a la Diosa! Hacéis una pareja tan bonita, sabía que lo ibais a arreglar.

—Hermano. —Mateo me envuelve en sus brazos y al momento siento mis lágrimas asomar mientras el peso de mis emociones me derrumba por completo, no me preocupo en absoluto por no dejarlas salir, me acurruco en el hombro de Mateo y lloro en su abrazo—. Tranquilo, hermano, lo sé, sé cuánto te has esforzado en mejorar y te mereces esta oportunidad más que nadie. Lo has hecho todo bien, Benjamín, y ella se ha dado cuenta.

—Gracias, hermano. Por estar siempre para mí, no tengo cómo pagarte, no tengo cómo pagaros a todos.

—El simple hecho de verte feliz, Ben, de veros a los dos siendo felices juntos como debió haber sido desde un principio, será suficiente —añade Zoé.

—Te quiero muchísimo. —La rodeo en un fuerte abrazo—. Siento mucho todo lo que te hice, eres un regalo de la Diosa.

—¡Oh, cállate, Ben! —me interrumpe en tono jocoso—, sabes que ya te he perdonado.

—¡Papi! —grita Ágatha entrando en la estancia seguida de Jeremiah. La recibo entre mis brazos y la levanto en el aire antes de llenarla de besos mientras le doy vueltas. Cierro los ojos y hundo la nariz en su pelo mientras disfruto de su aroma. Esta niña, mi niña, llegó en el peor momento de mi vida, cuando no tenía ganas ni fuerzas para continuar, cuando no tenía intenciones de vivir, y me dio un motivo, ella, tan pequeña, débil y vulnerable fue mi principal fuerza para aferrarme a la vida y cambiar las emociones que dañaban mi interior. Ella y Carlota me hicieron desear ser mejor por ellas, para ellas.

—Te amo, mi pequeño saltamontes.

—Te amo, papá.

CAPÍTULO 18



CARLOTA

Mi mayor ilusión es seguir teniendo ilusiones.

—¿Estás segura de que estaremos listas a tiempo? —le grito a Savannah desde el secador y ella me hace una mueca de fastidio. Le he pedido un enorme favor, uno que necesito para romper ciclos esta noche y volver a sentirme yo misma de nuevo, y ahora estoy más nerviosa que la mismísima propietaria por no acabar a tiempo y arruinar la apertura.

—Lo estoy. Y cállate ya, es la cuarta vez que me lo preguntas.

—¿A qué hora vendrán Zoé, Miguel y Jeremiah?

—No sé si vendrá Jer, pero Zoé y Miguel deben estar por llegar.

—Diosa, estoy tan nerviosa.

—¿Por qué estás tan nerviosa? —escucho gritar a Zoé desde la puerta y sonrío por la emoción —. ¡Ya están aquí los vestidos!

—No me puedo creer que organizaras algo tan chulo para mí —grita Savannah, la rodea en un abrazo mientras yo me retuerzo dentro del secador con unas ganas locas de unirme—. No sé cómo agradecértelo.

—Petándolo y siendo lo que ya eres —le responde Zoé—: una excelente amiga y peluquera.

De repente —¡por fin!— escucho el clic del secador sonar y siento como el calor se detiene, solo he estado cuarenta y cinco minutos dentro de ese infierno, pero siento que han sido mil. Corro en dirección a mis amigas y las rodeo en ese abrazo que habían iniciado, para después sentir como se nos une Miguel.

—Estoy muy feliz por ti, Savannah, y estoy muy feliz de estar en casa, chicos, de estar con vosotros otra vez —digo al borde de las lágrimas.

—Nos has hecho echarte de menos durante tres años, ahora es el momento de que nos compenses quedándote —me dice Miguel en tono serio—, y siendo todo lo feliz que puedas.

—Quiero quedarme —digo decidida—, ni siquiera sé si las cosas funcionarán o no con Ben,

aunque tenga todas mis esperanzas puestas en ello. Lo que sí tengo claro es que me gustaría recuperar a la chica que destruí hace tres años. La aislé, la culpé y la dañé, y ella no se lo merecía.

—Ahora estás aquí y nos tienes a todos nosotros para recordarte lo genial que eres. —Zoé me da un tierno beso en la mejilla que logra hacer que me sonroje—. Estás en casa, Carlota, con los tuyos, y esta noche, al verte, todos van a flipar. —Se ríe mientras me guiña el ojo—. En especial Benjamín, seguro que es el más feliz de tener a su Carlota de vuelta.

Sonrío plena mientras interiorizo sus palabras, jamás pensé sentirme tan mía y suya a la vez, y eso es increíblemente alucinante.

CAPÍTULO 19



BENJAMÍN

Me gusta tu perfume. Hueles al amor de mi vida.

Nos dirigimos andando a la nueva peluquería de Savannah. Ha venido mucha gente, por lo que ha sido difícil aparcar, pero eso me hace feliz, ya que significa más posibles clientes para ella.

Sé que Zoé y Carlota han estado centradas en la organización de este evento durante todo el día, pero no puedo negar la falta que me hace y el anhelo doloroso que siento ante la necesidad de verla. Mateo y mis padres vienen a mi lado, todos enfundados en trajes y vestidos elegantes. Debe de ser la peluquería más exclusiva y con mejor publicidad que se haya estrenado jamás en esta manada.

Al entrar en el local, todos hacen reverencia a Mateo en señal de respeto, antes de que llegue Zoé y se abalance sobre él en un abrazo sacando a los presentes una gran carcajada que tira por tierra todo su aire solemne y territorial.

—¿Dónde está Carlota? —pregunto a Zoé preocupado.

—Ahora la verás. —Me sonríe.

—Chicos, qué bueno veros. —La madre de Carlota, acompañada por los demás miembros de su familia, se unen a nosotros con emoción mientras nos saludan—. Ruth, estás preciosa, amiga mía.

—Tú lo estás más —responde mi madre mientras se cuelga de su brazo—, y Tomás, ¡Diosa de la luna!, cada vez que lo veo es todavía más guapo y adorable.

—Buenas noches a todos, bienvenidos a la inauguración de la nueva peluquería para mujeres: «Savannah». Ahora que, gracias a la Diosa, contamos con la presencia de nuestros alfas, beta y gamma —inicia Savannah mientras levanta una copa de champán—, podemos iniciar oficialmente nuestra inauguración.

Rápidamente unos camareros se acercan y nosotros también nos hacemos con una para levantarla a su lado y en su honor. Savannah corta un lazo rojo atado de un sillón de lavado a

otro y todos, en el lugar, la vitoreamos mientras escuchamos descorchar más botellas de champán.

—Gracias a todos por estar aquí esta noche y, sobre todo, gracias a nuestra luna por organizar esta velada y sacar tiempo para una amiga en medio de la preparación de su propia boda. —La gente se está volviendo loca en ovaciones—. Gracias, Zoé, eres increíble. Ahora, sin nada más que agregar, me gustaría agradecer a otra persona por formar parte de este momento y ponerse en mis manos para demostraros, de primera mano, un poco de mi trabajo. Os presento a nuestra primera clienta oficial: Carlota Higareda.

¿Qué? ¿Primera clienta? Veo a mi Carlota colocarse al lado de Savannah mientras sonríe y mueve su melena. Se me corta la respiración, me apoyo sobre mis familiares mientras siento como me falta el aire gracias a la emoción. Su cabello vuelve a lucir, de nuevo, esos rizos marrones que tanto la caracterizan, esos que formaron parte de los muchos motivos por los cuales me enamoré de ella. Siento la nostalgia que me provoca su vista y las lágrimas amenazan con asomarse mientras el nudo de mi garganta crece a pasos agigantados. Necesito sujetarme con más fuerza al brazo de mis hermanos para no perder el control de mi cuerpo y caer.

Carlota, después de sonreír en exceso y pasear su melena alrededor de Savannah mientras la muestra a los demás, se acerca a nosotros despacio. Lleva un vestido azul claro, con una tela fina que se ciñe perfectamente a su cuerpo y que llega hasta sus pies, pero no puedo describir más, no puedo pensar más ni fijarme en más detalles porque solo puedo decir que está jodidamente preciosa y que eso me enloquece. Demasiado hermosa, y se acerca a mí con paso firme.

La recibo en mis brazos y la levanto en el aire cuando salta sobre mí sonriente. Saboreo en mis labios el sabor de sus besos mezclados con mis propias lágrimas mientras siento que a nuestro alrededor todo da vueltas. Todo desaparece y solo nos quedamos ella y yo en medio de aplausos y vítores.

Ella es todo lo que quiero, todo mis sueños hechos realidad.

No puedo creer estar viviendo tanta dicha, no sé si la merezco o no, pero es más de lo que he podido imaginar, más de lo que he podido desear algún día. La misericordia de la Diosa ha sido demasiada para conmigo.

—Hola, compañero —susurra en mis labios y se me eriza cada vello de la piel ante tanta felicidad—, he vuelto oficialmente, he vuelto para estar contigo.

—Estás de vuelta, mi pequeña compañera —gimoteo en medio de lágrimas—, está de vuelta la Carlota de Benjamín.

—La Carlota de Benjamín —sonríe—, me gusta como suena eso.

La beso de nuevo en los labios. Siento como aumenta mi deseo y mi sensación de plenitud y gozo. Amo a esta chica, la amo tanto que quiero besarla hasta que no pueda respirar.

—¡Hija! ¡Estás muy hermosa! —grita su madre.

—Carlota, qué bueno volver a ver tus rizos —menciona Jeremiah emocionado.

—Qué bueno que estás de vuelta, hermana. —La abraza Carlos.

Mientras todos la rodean y la adulan, noto como, en medio de sus sonrisas y sus agradecimientos, sus ojos seductores se posan de reojo en mí, y eso es jodidamente sexi. No puedo creer la suerte que tengo al poder rodear a esta chica entre mis brazos. Poder coger su mano y entrelazarla con la mía, poder llamarme su compañero y sentirme como tal.

Acaricio su cabello, ese que hizo que me enamorase de ella desde el primer día. Recuerdo con nostalgia cómo me pareció una de las cosas más bonitas e increíbles que he visto jamás desde que tengo conciencia y cómo iba ganando notoriedad para mí a medida que crecíamos. Cómo me sentaba a su lado y lo acariciaba mientras, junto a nosotros, crecía en mí el interés por ella.

Es increíble mirar al pasado y recordar que no ha habido en él ni un solo día en el que no haya estado enamorado de esta chica, incluso con la distracción de otras mujeres, sé que siempre ha sido ella.

Cojo su mano entre la mía y la aprieto con fuerza para sentirme seguro de que esto está pasando de verdad. De inmediato, tengo que hacer un esfuerzo para enjugar mis lágrimas.

Levanto la mirada una vez reúno las fuerzas necesarias y me encuentro con la mirada condescendiente, orgullosa y compasiva de mis seres amados y todo mi jodido autocontrol desaparece. Las lágrimas ahora se escapan en oleada, pero esta vez, son de felicidad.

—Un brindis por la peluquería de Savannah —grita mi padre antes de ser secundado por copas alzadas y un gran «¡salud!» al momento—. ¡Un brindis por la boda de nuestros alfas!

—¡SALUD! —gritan todos al unísono.

—Un brindis por Carlota y Benjamín.

—¡SALUD! —Y esta vez, los gritos se ven acompañados de aplausos.

La miro a los ojos mientras ella sonríe y se acurruca en mi pecho para después mostrarme su copa.

—Salud por nosotros, compañero. —Mi corazón martillea tan fuerte que creo que se saldrá de mi pecho de un momento a otro.

—Salud por nosotros, compañera. —Choco mi copa con la suya y, por un momento, me siento como ellas aunque no tenga sentido: rebosante de felicidad, eufórico y compuesto de un éxtasis burbujeante. Doy un trago largo a la bebida y siento su calor y efervescencia bajar y llevarse una parte del nudo que se ha instalado en mi garganta, un nudo que rebosa felicidad en vez de angustia. Después, me veo sorprendido con sus suaves labios besando los míos mientras se coloca de puntillas, a pesar de llevar tacones. Puedo acostumbrarme con facilidad a estos besos sorpresa. La gente enloquece a gritos, pero yo no soy capaz de verlos. Cierro los ojos al mundo en este momento y solo me centro en los labios suaves y profundos de mi compañera, en los latidos de su corazón y en las chispas que me provoca su contacto. Mi hermano tenía razón,

siempre la ha tenido. El amor es increíble. Y estoy agradecido con la Diosa y con todos por tener la oportunidad de vivirlo de esta manera.

—¡Que viva Luna Creciente! —escucho gritar, y mi sensación de alegría se ve acompañada por una de orgullo y patriotismo a la vez. Elevo a mi compañera en mis brazos que grita emocionada y sorprendida.

—¡VIVA! —grito tan fuerte como me lo permite la voz para después dejar escapar los aullidos de felicidad que vienen directamente desde mi lobo.

Pronto, se ven acompañados de los aullidos del resto de los presentes.

CAPÍTULO 20



CARLOTA

Una vida, un amor.

Ha pasado una semana desde la inauguración de la peluquería de Savannah, y me emociona a la vez que me pone nerviosa pensar en que estamos a pocos días de la boda de Mateo y Zoé. Además he iniciado los estudios y la preparación para la elaboración del nuevo proyecto del jardín de infancia.

A pesar de lo tranquilos y salvajemente excitados que nos encontrábamos en nuestra casa del faro, hemos tenido que volver a casa de la manada para ir adaptándonos a la nueva rutina. Zoé y Mateo marcharán muy pronto de luna de miel durante todo un mes con posibilidades de ampliar ese tiempo y Benjamín y yo debemos estar a la altura de quedarnos al mando.

Salgo del despacho de una junta con los arquitectos cuando veo en la entrada algo que me deja pasmada.

No puede ser. Mi mente me está jugando una mala pasada. No estoy viendo lo que estoy viendo. El pánico me recorre por completo al reconocer, en la silueta de los dos hombres de pie en la puerta, el parecido físico que tienen con Alonzo. Es asombroso.

Los miro estupefacta y ellos me devuelven la mirada confusos, antes de dedicarme una leve sonrisa condescendiente. Creo que es más de lo que mi mente puede procesar, porque en segundos me veo rodeada de la oscuridad absoluta sin poder hacer nada para evitarlo.



—¡Carlota! ¡Mi amor! —Siento las manos de Benjamín acunarme, mi cuerpo en contacto con la

madera del suelo, su voz preocupada, antes del olor intenso a alcohol que me hace abrir los ojos de golpe.

—¡Ben! —grito y me incorporo con rapidez, localizo su pecho y hundo la cara en él mientras me acurruco entre sus brazos—, he visto a ese hombre, Ben. Había dos.

Una fuerte aclaración de garganta me hace levantar la mirada hacia la dirección de la que proviene el sonido y veo a Mateo y Jeremiah, de pie, con esos hombres a su lado. Grito incapaz de evitarlo, joder, todos comparten muchas facciones, estoy llena de miedo y muy confusa. ¿Quiénes son estos hombres? ¿Qué demonios hacen aquí? ¿Por qué vienen a recordarme un momento de mi vida que daba por superado? ¿Qué está pasando?

Me pongo de pie debido a la inercia que me da el impulso de Benjamín y Zoé al levantarme del suelo e, instintivamente, me coloco detrás de sus cuerpos.

Mierda. No quiero parecer asustada, pero lo estoy. Es como si estuviese viendo al mismísimo hombre del saco de los cuentos infantiles.

—Tranquila, Carlota —habla Mateo—. Alonzo está bien muerto y ardiendo en el infierno, tal y como se merece. —Esos hombres se miran el uno al otro con condescendencia—. Estos son Antonio y Demian, su padre y su hermano.

¿Qué? ¿Tenía un padre y un hermano?

Mi cabeza trabaja a kilómetros por segundo en este momento y no logro centrarme en una pregunta a la vez.

—Se unieron al consejo superior de manadas cuando Alonzo los desterró y han venido a conocernos. Se han preocupado por nuestro estado al enterarse de la queja presentada por el consejo de ancianos en relación a la situación que vivíais tú y Benjamín.

—Lo hemos arreglado —digo enfadada—, todo va bien ahora, ya podéis marcharos de aquí.

—No pretendemos molestaros —habla el más joven—, somos conscientes de todo el daño que ha causado Alonzo.

—Ah, ¿sí? ¿Y por qué nunca hicisteis nada?

—Lo hicimos —alega el anciano—, a nuestra manera, intentamos encontrar la ayuda necesaria en el consejo, pero nuestras súplicas no se vieron escuchadas.

—Me dejasteis con ese hombre y eso jamás os lo voy a perdonar —grita Jeremiah, y en su voz puedo escuchar los años de tortura, dolor y resentimiento—. Carlota tiene razón. No sé qué habéis venido a buscar aquí, pero nos va muy bien, no queremos que nadie lo arruine, así que ya podéis marcharos.

—Jeremiah —suplica el hombre mayor—, ¿cómo te atreves a cargar con esas palabras contra tu abuelo? Sabes que soy tan víctima de tu padre como tú, o cualquiera de los presentes. ¿Crees que no morí de dolor al dejar mi manada en manos de ese degenerado sin poder hacer nada por evitarlo?

—Tú lo sabes, Jer —interviene el más joven—, conoces las historias, estamos vivos de milagro.

—¿Y por qué decidisteis aparecer ahora? —pregunta Benjamín con recelo.

—Sabemos que ahora la responsabilidad de las manadas recae sobre hombres y mujeres justos y, además, hemos conocido a Ela.

Siento como el cuerpo de Ben se tensa y su expresión se vuelve sombría.

—Solicitó una reunión con nosotros y nos habló de su hija, la hija que tuvo con Alonzo.

—¡Ágatha es mía! —gruñe Benjamín resentido antes de dar un atemorizante paso al frente.

—Biológicamente es tu hermana, y solo queríamos asegurarnos de que todos estáis bien con eso, que la aceptáis y la queréis como un miembro más de vuestra familia. Que Carlota lo hace y no es el impedimento a su perdón.

—¿Yo? ¿Ela está preocupada por el hecho de que yo no acepte a la niña?

—Ela solo es una madre preocupada por su hija —aclara el hombre mayor en tono bajo y condescendiente.

—¿Y por qué no lo ha hablado con nosotros las veces que hemos ido a llevar a la niña a las visitas? —pregunta Zoé.

—Siente intriga por el hecho de no haber podido volver a ver a Benjamín, hablar con él o saber qué siente al respecto de la situación —refiere Demian—. Ella está muy avergonzada y le impone mucho vuestra presencia como para preguntaros.

—Acepto a la niña perfectamente —digo con tranquilidad—, la única persona que merece todo mi odio y rechazo en toda esta historia es Alonzo y todo el que piense como él.

—¿Qué es eso de que tenemos intrusos en nuestra manada? —Ruth entra gritando en la estancia, junto a Eliazar, parecen preocupados—. ¿Quienes son ustedes? —encara con ferocidad a los hombres—. No dejaré que nadie venga a perturbar nuestra paz, la paz de mis hijos.

—¡Mamá! —Los chicos rodean a Ruth mientras se retuerce intentando escapar de los brazos de Eliazar para echar a esos hombres a patadas.

—Es un honor para nosotros conoceros, Ruth y Eliazar. —Nos quedamos perplejos cuando ambos inclinan la cabeza en señal de reverencia—. Vuestra virtud es un ejemplo a seguir en las manadas —indica Antonio—. No estamos aquí con malas intenciones, lo juramos por la Diosa, somos personas civilizadas y no compartimos en absoluto las ideas de Alonzo, intentamos revelarnos y fuimos desterrados. Mi hijo, al igual que a vosotros y a muchas otras personas, nos ha causado mucho sufrimiento.

—Solo nos gustaría recuperar un poco de cordura —añade Demian visiblemente frustrado—, un poco de todo lo que Alonzo nos quitó, compartir un poco con nuestra familia, nuestros sobrinos. Mi padre desea conoceros, y a esa nueva nieta de la que le ha hablado Ela.

—Deseo recordar en los hijos de Alonzo las cosas buenas que tenía mi hijo antes de

convertirse en el ser oscuro y despreciable en el que se convirtió —solloza Antonio.

Nos miramos unos a otros con rostros confusos y desconfianza en las miradas. Nadie entiende las intenciones de estos hombres al presentarse ante nosotros, y no podemos descartar que sean buenas o malas.

—Enviaré a alguien a que os muestre nuestra manada mientras mi familia y yo deliberamos sobre vuestra presencia —sentencia Mateo, y acto seguido aparecen dos guardias, una mujer y un hombre armados custodian a un mayordomo y a un ama de llaves que aparecen tras ellos—. Familia, en mi despacho. Ahora.

Desaparecemos todos juntos en el ascensor mientras vemos como esos hombres salen por la puerta.

—No me gusta su presencia —sentencia Benjamín nervioso mientras anda de un lado a otro —, y venir aquí, con esas insinuaciones… Me importa una mierda lo que diga Ela, Ágatha es mi hija legalmente y no dejaré que nadie me la quite o se entrometa entre nosotros.

—Cálmate, Ben —poso mi mano en su regazo—. Claro que debe importarte lo que ella diga. Nadie puede quitártela, pero no es del todo erróneo lo que han dicho, su madre tiene derecho a sentirse intranquila o preocupada, es su pequeña, y solo puede verla durante unas horas una vez al mes.

—Llama de forma continua y la mantenemos informada —añade Zoé.

—Ya, pero quizá ella necesita recibir esa información de manera más cercana. Quizá necesita escucharte decir lo mucho que quieres a Ágatha, lo mucho que has cambiado por ella y que no estás enfadado por haberte encasquetado semejante marrón diciéndole a Ágatha que eras su padre.

Todos se quedan en silencio mientras me miran. Entiendo que están interiorizando y analizando mis palabras. Me atemorizo, quizá me he pasado, quizá me estoy metiendo en donde no me llaman, es decir, lo que he dicho, para mí tiene sentido, pero no sé para los demás.

—Da gusto escuchar tu gran empatía, Carlota —me sonríe Ruth y siento que vuelvo a respirar con normalidad.

—Quizá dicen la verdad y solo quieren conoceros —añade Eliazar.

—Si todos estáis de acuerdo —inicia Mateo—, permitiré su estancia hasta la boda. Su presencia puede ayudarnos con la búsqueda de los familiares de nuestra madre. Han pasado casi cuatro años y no hemos logrado saber nada sobre ella o su familia.

—¿Estás cómoda con eso, amor? —me pregunta Ben.

—Puedo… averiguarlo —respondo con duda—, quiero sanar del todo y esto puede ayudar.

—Decidido —sentencia Mateo.

—¿Dónde los alojaremos? —pregunta Zoé—, no los quiero en nuestra planta.

—Podrían quedarse en mi apartamento de la tercera planta, de todas maneras ya no lo utilizo.

—No será necesario, hay otras estancias disponibles en la tercera planta —inicia Mateo—, ¿te parece bien que los aloje ahí? —pregunta a Zoé y ella asiente—. ¿Estamos todos conformes con ello? —Todos asentimos con un pequeño atisbo de indecisión—. Bien, esperemos, por la Diosa, estar haciendo lo correcto.

—Vamos con Ágatha —le digo a Ben —. Me sentiría más segura si siempre está con uno de nosotros hasta que conozcamos de lleno las intenciones de estos hombres.

—Estamos de acuerdo —asiente Ruth.

—Mandaré a alguien a instalarlos y los invitaré a desayunar mañana —concluye Zoé.

Todos salen del despacho, pero, por alguna razón, Ben y yo permanecemos. Sé que está abrumado, ambos lo estamos. Extiendo mis brazos en su dirección, me levanta en el aire y le rodeo la cintura con las piernas mientras nos dirige a ambos al ascensor. Una vez salimos de allí, vamos directos a la sala donde Ágatha ve la televisión muy animada junto a la niñera.

—¡Papá! ¡Carlota! —grita mientras corre a nuestros brazos. Benjamín me deja en el suelo justo a tiempo para levantarla en el aire y dar vueltas con ella antes de detenerse y unirnos los tres en un abrazo—. Os estaba esperando, ya ha pasado la hora de cenar y os echaba de menos.

—Y nosotros a ti, había muchas cosas que hacer en la manada, pero ahora ya estamos aquí.

—¿Una ducha, un cuento y a la cama? —pregunta Ben.

—¡Sí! —responde ilusionada—, pero primero iré a dar besos de buenas noches a los tíos y a los abuelos.

—Anda, corre.

Ben la deja en el suelo y ella sale disparada como una bala.

—Prepararé la bañera. —Sonrío, y mi caminata se ve frenada enseguida por el tirón que recibo de la mano de Ben. Rodea mi cintura y deja un profundo beso en mis labios, que provoca que grandes calores me recorran el cuerpo al momento, antes de posarse en mi núcleo.

—Luego podríamos tomar uno nosotros —susurra en mis labios.

—Lo estoy deseando.

Bañar a Ágatha es un momento de felicidad, juegos y peleas de espuma. Ponerle el pijama significa carreras para atraparla, cosquillas y risas a carcajadas. Leerle el cuento es teletransportarnos a otras realidades, a lugares mágicos rodeados de príncipes y princesas, y disfrutar viendo en su cara como eso la intriga y la sorprende. Lobos y lobas fuertes, lunas mágicas, mundos escondidos. Por último, verla dormir en nuestro regazo, es la más mágica definición de cómo se siente la seguridad. Me gustan estos momentos.

Una vez tapamos su cuerpecito con la manta y la dejamos segura en su habitación, entramos en la nuestra en medio de ardientes besos.

—¿No querías tomar un baño? —pregunto en su boca mientras me siento, cada vez, más ansiosa.

—No creo que pueda esperar.

Me levanta en sus brazos como de costumbre y empuja de una patada la puerta antes de sentarse en la cama conmigo encima. Empiezo a desvestirlo mientras él hace lo mismo en medio de besos desenfrenados.

—Yo tampoco puedo esperar —le digo, urgida por la necesidad de sentirlo en mi interior.



A la mañana siguiente, nos dirigimos a desayunar con los recién llegados después de haber dejado a Ágatha en el colegio.

Benjamín me besa y me abraza mientras recorremos los pasillos de camino al comedor de la tercera planta. No puedo dar crédito a mi suerte.

Ahora, a pesar de la sorpresa, me siento confiada, tengo claro que no me importa el propósito que estos hombres tengan con nosotros, si estamos juntos, no van a conseguir perturbar nuestra paz.

Cuando entramos, todos nos esperan ya sentados en la mesa y se alegran de vernos, incluso los recién llegados, que se levantan de sus asientos y nos sonríen esperanzados. Les devuelvo un gesto condescendiente con un ligero asentimiento a modo de saludo mientras aprieto, aún más, la mano de mi compañero y me siento en la silla que ha abierto para mí.

—Bien, ahora que estamos todos —inicia Mateo—, os traslado nuestra decisión de recibiros en nuestra manada hasta la celebración de nuestra boda dentro de unos días.

—¡Oh! Eso es maravilloso, muchísimas gracias, hijos míos.

—Antes de nada, queríamos que supierais que os pediremos algo a cambio —agrega Ben y noto como sus cuerpos se tensan—. Queremos que nos reunáis con la familia de nuestra madre: Valeria Rivas. Queremos saberlo todo sobre ella. ¿Por qué no hemos podido encontrar información sobre ellos? ¿Cómo cayó en manos de Alonzo y por qué nadie la ayudó?

El semblante de Demian se oscurece al momento y sus ojos se inundan con lágrimas no derramadas mientras su padre lo mira con pena.

—No hay familia que buscar —responde Demian despacio—, Alonzo los mató a todos, destruyó su casa, su vida, sus sueños y su hogar.

—Hijo mío —le dice su padre mientras lo coge de la mano.

—Fue culpa mía, fue mi culpa por posar mis ojos en ella. Si nunca la hubiese conocido, mi

hermano jamás habría podido obsesionarse de esa manera.

—¿A qué te refieres, tío? —lo interroga Jer—, ¿estuviste enamorado de Valeria?

—Lo estuve, y ella me quería. Nunca pude descubrir si ella era mi compañera o no, pero hubiera jurado que sí lo era. No he podido encontrar a nadie más desde entonces.

—Pero… ¿Cómo? Entonces —pregunto perpleja—, ¿Alonzo te robó a tu novia?

—Hizo mucho más que eso. Era cinco años mayor que yo y mucho, mucho más listo, fuerte y experimentado. Yo solo era un idiota soñador para esa época. Conocí a Valeria en una misión de reconocimiento en su pueblo durante la academia de entrenamiento. ¿Creéis en el amor a primera vista? —Pasea su mirada confusa por cada uno de nosotros—. Yo sí, desde ese momento.

—Entonces os enamorasteis —indaga Zoé.

—Así es. No fue tan fácil. Era demasiado joven y ella una chica incapaz de romper las reglas. Tuve que rogar de muchas maneras distintas para conseguir que, al menos, me hablase o me diera un beso, pero lo hizo. Pedí el permiso de sus abuelos para invitarla a conocer la casa de la manada, ellos se ocupaban de ella desde que sus padres habían fallecido en un incendio. Eran los directores de la escuela del pueblo, salvaron la vida de veinte niños antes de verse atrapados por las llamas que la consumieron. Ella siempre los recordaba como sus héroes. —Suspira—. Era increíble escucharla hablar. Les dije: sé que esta chica es mi compañera y, si no lo es, prometo amarla y respetarla igualmente. Aceptaron dejarla acompañarme. Eran muy mayores, pero grandes personas. Prometimos volver, pero —suspira— no pudimos.

Solo la tuve a mi lado un par de semanas antes de que Alonzo regresase de su viaje con las tropas. Recuerdo el escalofrío que me recorrió el cuerpo al ver cómo la miraba y la manera en la que ella se escondía de sus ojos tras mi espalda. Solo pasaron cinco días hasta que se la llevó. Me envió a por suministros con los soldados y, cuando regresé, había una carta en mi cama diciéndome que la olvidara, que había huído con un cocinero de regreso a su pueblo. No me lo creía, pero corrí a buscarla. Cuando llegué a casa de sus abuelos, estaba quemada y los lugareños dijeron que no habían logrado salir del fuego.

—¡Oh, Diosa de la luna! —solloza Ruth—, ese hombre era despreciable.

—Me sumí en mi propio odio y autodestrucción a partir de ese momento, no me lo creí en absoluto y busqué desesperado algún rastro de la verdad durante meses. Ni siquiera me imaginé la gravedad de lo que en realidad había pasado hasta que la vi una vez más. Un día, poco más de un año después, vi a mi hermano enojado salir de las escaleras del sótano. Nunca había visto antes esas escaleras y me llené de curiosidad. No estaba preparado para lo que iba a encontrarme allí dentro. No estoy preparado aún para recordarlo. Simplemente me duele demasiado.

Demian se remueve en su asiento antes de ponerse de pie y andar de un lado a otro, preocupado. Su padre se coloca a su lado, lo acompaña en su llanto mientras lo abraza y lo consuela.

—Por favor —le pide Mateo—, queremos escucharlo.

—¿Realmente queremos? —interroga Ben a Mateo.

—No, hermano, pero debemos. Debemos cerrar ciclos de una vez por todas.

—Estaba —empieza Demian, pero su voz se ve cortada por el llanto—, delgada, sucia y golpeada, tirada en una esquina mientras se retorcía de dolor para darte a luz.

Instintivamente cojo las manos de Benjamín y las aprieto con fuerza, busco con angustia los ojos de Zoé y me percato de que ella hace lo mismo con Mateo. Maldito bastardo.

—La saqué de allí y grité hasta que vino mi padre, pero junto a él, vino también mi hermano. Nos enfrentamos a él, pero ni siquiera se inmutó por lo que había hecho, o por verse descubierto. Los guardias nos rodearon enseguida, nos trataron con hostilidad y, al día siguiente, nos echaron de nuestras propias tierras. Nadie pudo hacer nada por nosotros, ni siquiera la madre de Jeremiah. —Se sienta de nuevo y en sus ojos logro ver que se siente derrotado—. No pude hacer nada por ella, pensé que ella y su bebé habían muerto esa misma noche. Pensé que, quizá al conocerte —mira a Mateo con esperanza—, tú podrías haber sido mío. Pero mi hermano me lo robó todo. No me dejó nada, ni siquiera un hijo con Valeria.

—Si te sirve de consuelo —Mateo suena derrotado mientras mantiene los puños prietos y la cabeza gacha—, hubiese preferido que tú hubieras sido mi padre biológico.

Demian llora desconsolado y me desconcierta en demasía el giro tan drástico que ha dado esta situación. Maldición. Alonzo fue un gran tirano, incluso con su propia familia. No me extraña para nada el hecho de que estos hombres estén hoy aquí, buscando un poco de consuelo.

Rodeo a mi compañero entre mis brazos. Sus lágrimas caen sobre mis manos y sus labios palpitan, todo eso me confirma que él comparte con los demás este gran dolor.

—Estoy aquí, mi amor —susurro en su oído.

—No vuelvas a irte, Carlota, por favor, no soy como Alonzo, no vuelvas a dejarme.

El mundo se detiene a mi alrededor. Me quedo perpleja y mi corazón se acelera hasta el punto de casi no sentir ni escuchar nada más que sus fuertes latidos.

—Benjamín —logro decir horrorizada—, yo nunca… —Cojo su cara entre mis manos y centro su mirada en la mía—. Mírame a los ojos y escúchame bien. Yo nunca he creído que fueras como ese miserable. Eres un chico amable, protector y agradecido, un chico que perdió el rumbo durante un tiempo porque no sabía lidiar con la idea de que una profesora abusara de él mientras le robaba información. Un chico que siempre me pidió permiso antes de tocarme de cualquier manera. Que construyó un faro para mí y se convirtió en un gran padre para la hija del hombre que destruyó nuestras vidas y de la profesora que abusó de él. Y joder, Ben, eres un gran hermano, saltarías delante de un tren mil veces por Mateo, por Jer o cualquiera de los que estamos en esta mesa. Eres mi Benjamín. Mi compañero. Te amo, y no te pareces a ese hombre, así que saca eso de tu cabeza ahora mismo.

No sé en qué momento he empezado a llorar mientras ofrecía mi discurso, no sé en qué momento nos hemos levantado. Solo sé que estamos de pie, abrazados, mientras el cuerpo de mi compañero tiembla y, de pronto, los demás se unen a nosotros rodeándolo en un abrazo.

—En esta casa hemos enterrado a Alonzo —inicia Ruth y mira, directamente, a los recién llegados—, no quiero que volvamos a mencionarlo a partir de este día. Estos chicos son míos y de Eliazar ahora, los tres. —Ruth aprieta con fuerza su abrazo sobre Jeremiah—. No han tenido más padres que nosotros, y si queréis formar parte de sus vidas, os aceptaremos, pero no busquéis en ellos nada de Alonzo porque no lo vais a encontrar.

—Alonzo está muerto —la secunda Zoé.

—Lo matamos, mi amor —le digo a Benjamín—. ¿Lo recuerdas?

Apoyo mi frente en la suya mientras asiente con violencia y deposito mis besos en sus labios para callar sus sollozos.

—No volveré a dejarte, no pienso irme sin ti a ningún lado, nunca más. Te necesito y te amo —grito mientras lloro—. Y eres el Benjamín de Carlota y no te pareces a Alonzo, ¿te queda claro? No vuelvas a pensar algo así nunca más.

—Te amo, Carlota.

Y sé que es verdad. Yo también lo siento. Gracias, Diosa de la luna, por no permitirme perder a mi compañero sin darle una oportunidad. Gracias Zoé y Mateo por esta encerrona y por ayudarnos a recuperar la felicidad.

LA GRAN BODA DE LOS ALFAS.



CARLOTA

Cuando imaginé la boda de mi mejor amiga siendo una pasada, de verdad que no imaginé ni la cuarta parte del alcance que tendría. Esto de casarse en el local más grande y exclusivo de la manada, decorado con una temática mística dedicada por completo a la luna y con un vestido que es un sueño, es simplemente demasiado.

Ahora, en la fiesta, después de haber cenado platos exquisitos y mientras bailamos, es cuando me permito disfrutar de un poco de relajación y ser del todo feliz por ellos. Nos pasamos toda la mañana envueltas en un mar de lacas, maquillaje, arreglos de última hora, últimos detalles y ajetreo de tal magnitud que me hace valorar, aún más, el hecho de estar disfrutando a tope con todos los que amo en medio de esta pista de baile.

Mi familia. La de Ben. Nuestros amigos y miembros amados de nuestra manada. Todos unidos celebrando el amor de nuestros alfas.

Benjamín me coge de la mano y me arrastra por la pista hasta detrás del escenario. Mi corazón se acelera emocionado solo por el hecho de que tome mi mano por eso lo sigo sin rechistar. Cuando cruzamos las puertas, me consuela el descanso que sienten mis oídos con la disminución de la música y abro la boca y los ojos de par en par al ver lo hermosa que se ve la luna gigante iluminada que han colocado en el escenario como parte del decorado, detrás de él brilla, exactamente igual de hermosa, y es toda para nosotros.

Benjamín me abraza con fuerza y me mantiene entre sus brazos durante varios segundos. Me abraza tan fuerte y con tanta insistencia que me da la sensación de que no quiere soltarme. No quiero que lo haga.

—¿Qué pasa, mi amor? ¿Estás bien? ¿Te has emocionado? —Atrapo su cara entre mis manos e intento darle consuelo.

—Estoy demasiado feliz. —Deposita un beso en mis labios y me saca una sonrisa—. Aún

estoy acostumbrándome al hecho de que eso sea algo normal en mi vida.

—Todo será genial a partir de ahora, amor. Hemos recorrido un largo camino para llegar a este día.

—Un largo viaje de sanación, de reencuentro y de autoencuentro a la vez.

—De perdón. —Le sonrío, embobada por su propia sonrisa—. De empatía, pero yo diría que, sobre todo, de amor.

—Ese amor que nunca se ha ido de nosotros, que siempre ha estado aquí. —Coge mi mano y la coloca sobre su corazón—. A pesar de los malos momentos.

—Ese amor que nos representa. —Hago lo mismo con la suya y la coloco sobre mi pecho—. Y nos caracteriza, que nos hace ser quienes somos hoy en día y nos convierte en incondicionales el uno para el otro.

—Hemos enfrentado juntos los obstáculos. —Apoya su frente en la mía, cierro los ojos y disfruto de su aroma—. A pesar de la distancia que separó nuestros cuerpos por un tiempo.

—Hemos estado juntos porque ambos estuvimos siempre en el corazón del otro.

—A pesar de los momentos en los que no lo supimos ver, a pesar de los momentos en los que no lo supimos entender, a pesar de esos momentos, lo único claro ha sido que ese amor jamás nos ha abandonado. Lo que he sabido desde siempre, Carlota, es lo mucho que te amo.

—Yo también. —Y ahora estoy llorando—. Te he amado desde siempre, Benjamín.

—Te amaré por siempre hasta el final de mis días. Y si al morir tengo la fortuna de conocer a la Diosa, le pediré encontrarme contigo en mi siguiente vida y amarte otra vez.

—Te amaría una y otra vez, en todas las vidas que fuesen necesarias.

Nuestros labios, que sufrían desde hace unos segundos con nuestros roces, se funden en un beso deseado. Un beso profundo que me recuerda lo afortunada que me siento de amar a este hombre de la manera en la que lo amo.

—¡Es el momento de lanzar el ramo! —dice Ben emocionado antes de separar nuestros labios —. Corre, tenemos que ir.

—¿Qué? —Me deja del todo desconcertada. ¿Desde cuándo le emociona tanto a Ben ver cómo lanzan un ramo? ¿Cómo es que sabe que ha llegado ese momento? Aunque en el fondo, lo agradezco. No me gustaría estar follando tras el escenario mientras mi amiga lanza su ramo—. Vale, venga, vamos.

Vuelve a cogerme de la mano y así como hemos llegado aquí, nos vamos.

Cuando Zoé nos ve aparecer se emociona, ya tiene toda una hilera de chicas que la rodean preparadas, pero me sonríe de oreja a oreja y me indica que me coloque en un lugar específico, como si yo fuese para ella el componente que hacía falta para completar su momento perfecto. Entonces escucho como la canción *Thinking out loud* de Ed Sheeran empieza a sonar a través de los altavoces.

Sonrío, aunque me parece una canción super romántica solo para lanzar un ramo, debió haberla bailado junto a Mateo. Me maldigo internamente por no haberla ayudado a planear un momento como ese. Miro a mi alrededor y me resulta curioso la multitud de gente aglomerada ahora mismo para ver este momento, con Mateo y nuestras familias en primera fila. ¡Si que les resulta épico el lanzamiento del dichoso ramo!

No tengo tiempo de darle muchas vueltas porque Zoé inicia el conteo.

Estoy tan a la esquina que no tengo la mínima esperanza de coger ese ramo, así que creo que ni siquiera haré el esfuerzo.

—¡TRES! —escucho decir a Zoé antes de oír a la gente volviéndose loca y empezar a gritar. Miro de un lado a otro antes de girarme hacia Zoé y verla, frente a mí, mientras me ofrece el ramo de forma directa.

—¿Qué? —balbuceo y me niego a aceptarlo—. No puedes hacer ese tipo de trampas.

—Puedo hacer lo que quiera porque es mi boda.

Lo deja en mis manos antes de obligarme a girar, entonces veo a Benjamín de rodillas ante mí con un anillo en la mano.

El corazón me da un vuelco de emoción al comprender lo que eso significa. ¡Madre mía! ¡Diosa de la luna! ¡Esto está pasando de verdad!

—¿Te quieres casar conmigo? —le escucho preguntar y enseguida salto hacia él y lo abrazo. Casi consigo hacer que se caiga al suelo con mi peso repentino y que el anillo le resbale de los dedos, pero logra incorporarse y ponerse de pie conmigo en brazos a tiempo.

—¡Síííí! ¡SÍ, QUIERO!

Ben gira y veo como una explosion de confeti dorado sale disparado a nuestro alrededor. Por el rabillo del ojo veo a Zoé con su gran vestido de novia pegar saltos de alegría y, Mateo, a su lado, abraza a sus padres. Ben me baja y me pone el anillo en medio de los vítores y la felicidad de todos los presentes.

¡Ay, por la Diosa! Parece que voy a casarme.

Una vez me coloca en el suelo voy disparada a abrazar a Zoé, no puedo creer que haya destinado un espacio dentro de su gran día para mí, ella debería ser el único centro de atención en este momento. Esta chica es lo mejor que le ha pasado a esta manada y no pienso discutirlo.

A continuación, me rodean abrazos y más abrazos de felicitaciones.



Me estremezco ante la sensación de humedad que se cuela en mis entrañas mientras Benjamín explora, con su lengua, cada rincón de mi boca, y la mía le corresponde de la misma manera. Aquí y ahora, en el descansillo de la entrada de casa de la manada, aprovechamos un rincón oscuro para besarnos a gusto mientras esperamos a Zoé y Mateo que se van, al fin, de luna de miel.

—Para —le pido cuando siento cómo su mano impaciente se cuela bajo mi vestido—. Podrían bajar en cualquier momento.

—¿Desde cuándo tenemos miedo a ser pillados?

Sonrío al recordar todas las noches que hicimos el amor a escondidas en mi habitación a escasos metros de los demás.

—Desde que me voy de luna de miel y todo queda a tu cargo, granuja —escucho decir a Mateo en tono serio. Ben sonríe e impide mi escape, mantiene su posición con mi cuerpo aprisionado entre la pared y el suyo—. De verdad, Ben. Necesito que me asegures que te has quedado con todas las instrucciones que te he dado.

—No te preocupaba tanto si conocía todas las instrucciones cuando conociste a Zoé y no debe de preocuparte ahora que te vas de luna de miel, disfruta hermano, tengo a Lucía, a papá, a Jer. Todo estará bajo control.

—Precisamente porque conozco cómo te sientes ahora mismo, es por lo que estoy preocupado. —Sonríe Mateo mientras mira a Zoé con picardía y ella le devuelve una sonrisa y una mirada provocativa capaz de hacer arder la habitación.

—Es hora de irnos. Ahora. Ya.

Todos nos echamos a reír bajo las ocurrencias de Zoé.

—Mi teléfono ha muerto, creo que he recibido llamadas de todas las manadas para felicitarnos por la boda, así que si veis que no os podéis comunicar, escribid al de Mateo.

Un vago recuerdo se asoma en mi memoria ante las palabras de Zoé. Mi antiguo teléfono, cuando me fui esa noche, no me lo llevé. ¿Acaso seguirá junto a mis cosas en mi antiguo apartamento? Debería averiguarlo.

Salgo del escondite que me ofrece el cuerpo de Ben y abrazo a Zoé.

—Quiero que te diviertas como nunca y que seas tan feliz que no sepas si vives o sueñas.

Disfrutad mucho, os lo merecéis.

—Y no os preocupéis por nada, todo estará bien a nuestro cargo —añade Ben.

—Disfrutad de vuestro reencuentro —señala Mateo.

—Os enviaremos fotos. —Zoé sonríe y se despide con la mano mientras se aleja.

—Quiero que salgamos esta noche, me apetece llevarte a un sitio.

—Ben, ¿acaban de irse y ya desobedeces a Mateo?

—Estaremos cerca y ya lo he hablado con mis padres.

—Vale, pero espera un rato, quiero comprobar algo importante en mi antiguo apartamento.

—¿Va todo bien?

—Si, es solo una tontería.

Le sonrío, dejo un beso en sus labios y salgo corriendo escaleras arriba. Seguro que no funciona, pero ahora, me pica la curiosidad.

Localizo, dentro del apartamento, las cajas con mis cosas que se han guardado recientemente en uno de los armarios para tener más espacio a la hora de alojar a Demian y a su padre. Las abro una a una y echo un vistazo rápido, casi al final del montón, empiezo a desilusionarme.

«Seguro que lo tiraron», pienso, pero pronto una agradable sensación de sorpresa se hace eco en mi interior cuando lo tengo en mis manos con su cargador. Sigue llevando esa horrible funda de osito. Lo conecto con rapidez, presa de la expectación. Ni siquiera sé lo que pretendo encontrar aquí dentro, pero me hace una ilusión tremenda.

El teléfono carga, enciende y sonrío.

Después de poner el pin, me desbordo al ver la cantidad de mensajes de Whatsapp que recibí.

Entro en la conversación con Zoé:

> Carlota, por favor, no te vayas así.
> Podemos solucionarlo juntas.
> Carlota, es tarde, no sé dónde estás, todos estamos demasiado preocupados.
> Tu madre está llorando, Carlota, no sé cómo consolarla si no puedo decirle dónde estás.

Salgo de la conversación. Mi corazón se ha vuelto un puño al sentir la preocupación tan grande que causé.

Entonces, entro en los 1525 mensajes de la conversación con Ben. La mayoría son audios, y echando un vistazo rápido, observo que parece ser uno de cada día desde el día que me fui.

> Carlota, lo siento, prometo explicarte todo con detalle, no es lo que crees, jamás amé a Ela,
> solo fue estupidez y deseo, pero la niña, hay una posibilidad real de que sea mía, o puede estar
> mintiendo, necesito comprobarlo, amor, volveré lo antes posible. (20.15)

Seguido de mensajes escritos:

Carlota, por favor, contéstame. Habla conmigo. (21.00)

Estoy tan nervioso, tan asustado. Espero a una niña que no he visto nunca y que puede ser mi hija en el corredor de una cárcel. Parece surrealista. (22.13)

No es mía. Es mi hermana. Pero no puedo dejarla aquí. Es tan linda, Carlota, ojalá pudieras estar aquí para verla. (22.50)

x10 Llamadas perdidas (23.00)

No para de hablar, es como una cotorra, he tenido que afirmar que soy su padre y firmarlo legalmente para poder llevarla conmigo. Me hubiese gustado saber tu opinión al respecto pero no me has contestado. Se llama Ágatha. (23.36)

Audio:
No, por favor, Carlota, no me hagas esto, sé que la he cagado, pero puedo arreglarlo —se le escucha llorar—, te daré tu espacio, lo prometo, pero regresa.

La angustia y la tristeza hacen casa en mi cabeza al escuchar a Ben sufrir así. Ya he podido confirmarlo, sé que cambió, pero tengo en mis manos la prueba definitiva, la historia viva de toda su evolución.

Recorro en las fechas y escucho un audio de un mes después.

Audio:
Te he encontrado. Me he colado en el cuarto de Zoé mientras dormían y le he mirado el móvil. Parezco un enfermo, pero al menos ahora puedo verte, al menos de lejos.

Dos meses después.

Audio:
Ágatha necesita un trasplante de riñón y soy compatible, voy a hacerlo, ella se ha convertido en mi vida en estos meses desde que te perdí, sería un honor para mí despedirme de este mundo dando la vida por ella.

Cuatro meses después.

Audio:
Hoy te extraño más que nunca —le escucho llorar—, Zoé me ha dado un ultimátum, ha dicho que debo dejar de observarte, pero no soy capaz.
Te amo. Te amaré hasta el

último de mis días.
Y así, mensaje tras mensaje, hasta la actualidad, siendo el último de hace un par de horas.
Has aceptado casarte conmigo,
no puedo creer la suerte que tengo.
Te amo, mi Carlota.

Me limpio las lágrimas y respiro profundo para desechar la sensación de angustia que crecía en mi interior y reemplazarla, llenarla únicamente con la de amor. Lo sé, siempre lo he sabido, amo a Benjamín con todo mi ser. No necesito nada más que esto para saber que sí, que quiero pasar el resto de mis días junto a mi compañero.

CAPÍTULO 21



BENJAMÍN

No te pido nada más que tu mano y una vida juntos.

Después de asegurarme de que todos los de casa están en la cama y de que todos los que no viven dentro se han marchado, cojo de la mano a mi compañera y conduzco directo a nuestra casa del faro para ver el mar y escuchar el sonido de las olas.

Ha aceptado tener una ceremonia de apareamiento conmigo, casarnos, y nada me puede hacer más feliz que eso.

Cuando detengo el coche, corro al lado del copiloto para tener el placer de abrir su puerta. Le ofrezco mi mano así como mi alma mientras ella me sonríe. Podría ver esa mirada cada segundo del resto de mi vida.

—¿Por qué hemos venido ahora a la casa del faro? —pregunta inquieta.

—He preparado una sorpresa para ti.

—¿Una por si decía que sí? —pregunta con picardía.

—Te la hubiese dado igual si hubieses dicho que no —le digo con sinceridad mientras la rodeo en un abrazo, haciendo que sus labios rocen un poco los míos.

Estoy más que feliz. Me siento extasiado por el hecho de que me haya dicho que sí, que acepta unirse a mí oficialmente como mi compañera. Lo haremos algún día no muy lejano, en una ceremonia de apareamiento. Pero estaba preparado también para el no y, aunque no me hubiese hecho igual de feliz, tampoco me hubiese molestado, porque no pienso parar de amarla, y nadie va a detener las ganas que me mueven para buscar la felicidad que solo me ofrece el estar a su lado.

—Creo que no soy capaz de decirte que no —susurra. Cierra los ojos y roza mi nariz con la suya—. Es algo raro, Ben, pero creo que soy adicta a tu amor.

—Bendita adicción esta que nos une entonces.

Nuestros labios, urgidos de la necesidad de sentirse, se unen en un beso profundo. Un beso en

el que siento como gira todo mi entorno alrededor.

—Necesito que vayamos dentro, Ben —la escucho susurrar en mis labios y el fuego se enciende con fuerza llenando cada espacio en mi interior.

—Vamos.

La cojo en mis brazos, como ya me es costumbre, abro la puerta de la casa y, después, la deposito en el suelo tras traspasar el portal.

Se queda muy quieta y sus ojos se abren mucho en el momento en el que ve mi sorpresa. Noto, en la expresión de su cara, que he conseguido mi objetivo, está impresionada, justo como yo quería.

He llenado nuestra casa del faro de globos rojos con formas de corazones, dulces, fresas, copas de champán y fotos. Muchas fotos, desde que éramos muy pequeños, todas nuestras fotos juntos. Toda nuestra vida juntos.

Además, he dedicado una zona específica a una decoración en especial, en la que se puede ver un pastel y unos globos en los que se lee feliz aniversario número quince.

—¿Quince?

—Estoy enamorado de ti desde los ocho años —reconozco—, prometo que celebraremos con intereses todos los aniversarios que nos hemos perdido.

—A partir de hoy, nunca más volveremos a perder.

Carlota se gira en mi dirección y clava con fuerza un beso en mis labios, uno que me demuestra la misma intensidad, fuerza y pasión que yo siento en este momento. Todo lo que nos amamos se comunica a través de nuestros besos, nuestros roces, tocamientos y miradas.

La arrastro hasta el centro del salón, justo enfrente de la chimenea que había mandado a encender previamente, y me deleito entre sus besos, el calor y el sonido de los chasquidos del fuego quebrando la madera como únicos testigos.

La miro a los ojos y sonrío mientras me mojo los labios, cada vez siento este amor con más claridad en mi interior. Siempre necesité alguien como ella, alguien capaz de demostrarme que el amor es real, que yo soy real y que ambos podemos coexistir en el mismo cuerpo. Soy un Benjamín que ha sanado, un Benjamín capaz de amar hasta sentir que explota y, sobre todo, y más importante, un Benjamín capaz de demostrarlo y disfrutarlo.

—La Diosa de la luna me ha unido a ti, me ha bendecido contigo a pesar de que no lo merecía. Me ha dado una segunda oportunidad en la vida, Carlota, y no sé cómo hacer para demostrar cuán agradecido estoy por ello.

—Solo tienes que ser feliz, tu felicidad hace felices a todos los que te queremos.

Beso sus suaves labios mientras le acaricio la piel, cierro los ojos y disfruto de las chispas que me producen sus caricias.

—Espera —le digo mientras se me ocurre una idea. Enciendo el reproductor de radio y

reproduzco *Tattoo*, de Loreen. Una canción en la que nos siento representados y que creo, de forma firme, que puede hablar sobre nuestro amor—. ¿Me concedes este baile?

—Este y muchos más a lo largo de nuestra vida. No quiero que paremos de bailar nunca, Ben.

—Toda la vida.

—Toda la vida.

Así, en medio del calor de las llamas que arden y convierten en cenizas los troncos en la chimenea. Mientras bailamos sobre la alfombra en nuestra casita especial que nos recuerda que nuestro amor es una leyenda. Mientras me aferro a sus manos suaves que logran mantenerme sujeto y conectado con la realidad. Respiro su aroma, deseo sus labios y siento la plenitud y el éxtasis que solo me brinda el saber que todo esto está a mi alcance ahora, que puedo probarlos y llamarlos míos. Así es como después del caos, me doy cuenta de que ha llegado la calma a mi vida, una calma que se torna duradera, que me augura serenidad, amor y compasión.

—Todo lo que sé del amor, lo he conocido a tu lado —le digo.

—Quiero amarte con la misma intensidad hasta el final de mis días, Benjamín.

—Eres el único motivo por el cual creo en el amor.

—Y yo en el arrepentimiento y en la magia de los nuevos comienzos.

La beso con profundidad, contengo la respiración para no separarme de sus labios, como un apneísta que sigue bajando solo para romper su propio récord y con ello encontrar la inexplicable felicidad que le produce, una que, solo él o ella, puede entender.

Carlota, despacio, acaricia con sus manos cada rincón de mi cuerpo y me hace estremecer. Se aleja un poco y, delante de mis ojos, deja caer su vestido y se queda en una preciosa ropa interior de encaje.

Diosa de la luna, no puedo creer mi suerte. Mi Carlota.

—Benjamín. —Me mira con picardía mientras da a reproducir *Middle of the night* de Elley Duhé.

—Mi amor —respondo despacio mientras imito su acto y me despojo de la ropa.

—¿Bailamos?

—Bailemos —sonrío.

Y así, en ropa interior, iniciamos un baile torpe cargado de risas improvisadas.

Después del último pisotón que le doy, me dejo caer en el sofá y la arrastro sobre mí, ella cae aún riendo sobre mi pecho, y todo es felicidad hasta que nuestros ojos se encuentran y eso abre paso a la lujuria.

No sé cuál de los dos ha tomado la iniciativa de este beso, pero ahora nuestros labios sufren y disfrutan a la vez en una agonía de placer y necesidad. Necesito más, por más que la bese, siempre necesitaré más.

Ella es más rápida y se sube sobre mí a horcajadas. Menea sus caderas sobre mi erección

mientras siento que me lleva al límite tan solo con eso.

—Para —le digo entre jadeos, mientras aprisiono sus caderas infernales que amenazan con llevarme al éxtasis—, quédate jodidamente quieta o vas a hacer que me corra ahora mismo.

—Oh, Ben —susurra—, ya deberías saber lo mal que se me da seguir esa orden.

Sonríe. Se le da mal. Se le dio jodidamente mal en el pasado y, gracias a eso, estamos aquí, gracias a eso me tiene así, enamorado y babeando por ella.

Carlota se levanta un poco y separa nuestros cuerpos de forma ligera antes de bajarme el bóxer y liberar mi erección, para después poner sus bragas a un lado y, sonriente y con la mirada cargada de lujuria fija en la mía, lograr por sí misma la penetración y empezar a moverse despacio, arriba y abajo.

Joder, esas caderas van a hacer que me vuelva loco del todo.

—Ah —gimo sumido en la locura cuando, en medio de los movimientos que aumentan gradualmente su ritmo, ella me ataca el cuello con la lengua y deja un rastro tan agradable de chispas y saliva que es delirante. Cojo un buen mechón de cabello de su nuca y lo envuelvo en el puño antes de tirar de él, despacio hacia atrás, de manera que su cuello queda arqueado para mí mientras veo el rebotar de su pecho debajo del sujetador azul celeste. Lo elevo y dejo salir ese par de manjares antes de dedicarme a devorar con malicia y voracidad cada centímetro de piel desnuda que ahora tengo a mi alcance.

No me canso de probar su piel, es adictivo, es surrealista encontrar tanto placer y deleite solo en sentir que devoras una piel y que, con ello, provocas placer y deseo. No me canso de lamerle el cuello, la clavícula, los pechos, los lóbulos. Joder, podría lamer cada centímetro sin detenerme y no cansarme jamás, mientras más lo hago, más quiero, más lo necesito, más lo anhelo.

Envuelto en el fuego de la lujuria, la aprieto contra mí con la intención de sostenerla con fuerza antes de ponernos en pie a ambos, unidos, pero ella me detiene. Con un movimiento rápido empuja mi pecho contra el apoyo del sofá y se lame los labios antes de besarme despacio. Mierda, siento que voy a perder cada ápice de autocontrol que me queda y, más aún, cuando sus saltos sobre mí se vuelven más mordaces y sus gemidos más celestiales.

—Ben —susurra y, joder, he de admitir cuánto me encanta ese sonido.

—Pretendes enloquecerme —le gruño—, siempre lo has pretendido.

—Quiero algo más que eso, Ben —susurra acariciando la parte alta de mi pecho, justo por debajo de la clavícula, un lugar más que ideal para llevar una marca de compañero y que, además, está tatuado con su nombre. Levanto la mirada, emocionado ante la idea de que ella esté, tan siquiera, sopesando esa posibilidad, me regocijo interiormente cuando noto en su mirada el deseo, sus caninos asoman un poco mientras la boca se le hace agua.

—Dime lo que quieres, Carlota —la incito. Sé lo que quiere, yo también lo deseo con cada rincón de mi ser, pero me gustaría oírlo de sus labios, me gusta que sea abierta conmigo y me

pida cualquier cosa que pueda anhelar. Bajaría la mismísima luna para ella, a la mismísima Diosa, pondría todo lo que ella pidiese a sus pies.

—Quiero… —balbucea.

—Dilo. —Mi lado dominante sale a relucir y escuchar esas palabras se convierte en un desafío excitante. Me incorporo seguro y cojo, una vez más, parte del cabello de la zona de la nuca. Grita cuando embisto con fuerza debajo de ella para luego sonreír excitada. —Quiero oírlo, dilo.

—Ben. —Por mucho que me guste esa palabra no es la que espero ahora, cojo sus caderas, las aprisiono con fuerza, y las utilizo para acompañar mis embestidas, que ahora son frenéticas, y hundirme en su interior con aún más profundidad.

—Dilo —le ordeno cuando sus gemidos me indican que está llegando al punto de éxtasis que requiere una liberación.

—¡Quiero que me marques! —grita en medio del orgasmo y, joder, es lo más sumamente excitante y divino que podré escuchar jamás. Esa voz entrecortada, en medio del éxtasis, y esos gemidos ardientes pidiéndome que la marque como mi compañera—. Quiero marcarte como mío, y llevar tu marca en mí.

El mundo se detiene en el momento en el que escucho esas palabras, se detiene solo para que mi pecho salte de emoción y me deleite en la más absoluta felicidad.

«Marcarte como mío».

—Ya soy tuyo, pero llevar tu marca en mi pecho será el honor más grande que me hayan concedido jamás.

«Llevar tu marca en mí».

Diosa de la luna, te idolatraré aún con más devoción cada día de mi vida.

—Nada me haría más feliz que eso, amor mío —reconozco en su oído mientras ella descansa en mi cuello presa de la intensidad del orgasmo—. Soy tuyo, puedes marcar cada parte de mi cuerpo, pero tú, ¿estás completamente segura?

—Jamás he tenido nada más claro en la vida. Soy tuya, compañero, desde siempre. La Carlota de Benjamín, ¿recuerdas?

—No puedo creerlo, Carlota, lo hemos logrado.

—¿Lograr qué?

—Salvar nuestro amor. Has logrado traer de vuelta a la vida al Benjamín de Carlota, a un Benjamín feliz, seguro de sí mismo y jodidamente enamorado.

—El amor es un sentimiento increíble cuando estoy a tu lado, Ben. Quiero disfrutar de esta magia cada segundo de mi vida.

La beso en los labios para sentir cómo vuelve a encenderse nuestro fuego y, emocionado, la levanto y apoyo su trasero en la mesa del comedor antes de embestirla con fuerza y trabajar en su

clítoris con movimientos rápidos.

Diosa, estoy al borde del orgasmo solo de ver cómo se retuerce y crece en ella la sensación de tener el suyo a su alcance.

—Ahora, hazlo ahora —me pide empujándome hacia ella por el cuello.

Música para mis oídos. Mis caninos ya asoman presas de la desesperación, aparto a un lado su cabello y me dejo el espacio libre. Lamo y chupo el lugar ideal que he elegido y, joder, el mundo se paraliza cuando muerdo y la escucho gritar. En mi mente se abre de inmediato un enlace mental en el que veo y siento desde el principio la intensidad de nuestra historia, desde niños, toda la fraternidad, el cariño y el amor, como pasó a convertirse en atracción, expectativa y deseo durante la adolescencia y, joder, todos los sentimientos que surgieron cuando, por fin, probé el sabor de sus labios. Siento todas sus emociones y sonrío. El amor es increíble, Carlota tiene razón, y lo es aún más cuando estoy a su lado.

—Ahora tú. —Siento crecer mi orgasmo inminente y le suplico de la misma manera.

Ella sonríe, se incorpora despacio, y muerde bajo mi clavícula en medio de mi orgasmo. Es indescriptible con palabras, es el maldito rojo, todos los malditos fuegos artificiales del mundo lanzados a la vez, una jodida explosión de felicidad que me deja atónito, feliz y aún más enamorado, si es que eso es posible.

Sé que ella está sintiendo como se abre mi enlace en su interior y sé que está siendo consciente de lo muchísimo que la amo.

—Eres mío, compañero —dice sonriente antes de apretar mi trasero.

—Me gusta como suena eso. —Aún me recupero del orgasmo y sonrío en sus labios. Ambos sonreímos. Hemos sellado nuestro amor en el faro de la leyenda.

FIN

Glosario

-Manada: grupo organizado en base a una estricta jerarquía social. Liderados por un macho y una hembra a los que se les llama Alfa y Luna.

-Alfa: el más alto rango, lidera la manada y, por tanto, es el lobo más fuerte y poderoso.

-Luna: término utilizado para la hembra alfa, es la pareja del alfa y, por tanto, lideran juntos la manada.

-Diosa de la Luna: es la reina madre, Diosa del cielo y creadora de todos los hombres lobos, deidad.

-Compañero-mate: compañero predestinado. La Diosa de la Luna asigna a cada hombre lobo una pareja que puede encontrar después de su primera transformación, que suele ocurrir a los 18 años, salvo en casos especiales, como peligro inminente para la manada donde puede ocurrir a partir de los 16 años.

-Marcaje: una vez un lobo encuentra a su compañera, su parte animal le exige marcarla, ya que son seres irracionales dominados por la territorialidad y temen que otros puedan quitarle lo que es suyo. Una vez el macho marca a la hembra puede sentir sus sentimientos y emociones, incluso pensamientos y viceversa.

-Beta: segundo al mando después del alfa, debe ser una persona de confianza para el alfa ya que en ausencia de este tomará las decisiones para la manada.

-Gamma: tercero al mando después del alfa y el beta, definición igual que el beta. Pero su principal función es la protección de la Luna.

-Omegas: último rango de la manada, clase social más baja, los lobos de este rango suelen tener menos habilidades. La mayoría de la población de la manada pertenece a este rango.

Lista de reproducción

-*Las babys* de Aitana.

-*Mariposas* de Aitana y Sangiovanni.

-*Mienteme* de Antony Santos ft. Tito el bambino.

-*Olha a explosão* de Mc Kevinho

-*Te espero* de Prince Royce y Maria Becerra.

-*Propuesta indecente* de Romeo Santos.

-*Happier* de Marshmello ft Bastille.

-*Tattoo* de Loren

-*Middle in the night* de Elley Duhé

-*Recuerdame* de Marck Anthony y La quinta estación.

-*Before you go* de Lewis Capaldi.

-*Si no estas* de Iñigo Quintero.

-*Rojo* de Jbalvin.

-*Talking to the moon* de Bruno Mars.

-*Lost on you* de LP.

-*Work* de Rihanna ft Drake

-*Alone* de Ava Max y Alan Walker.

-*Set fire to the rain* de Adele.

-*Thinking out loud* de Ed Sheeran.

-*Arcade* de Duncan Laurence ft. Fletcher.

Carta de la autora

Mi madre me dijo no hace mucho que una autora no debe hablar sobre su propio libro, pero sí de su experiencia mientras lo escribía, mi madre ya debería de saber que se me da muy mal hacer lo que se me dice, pero, aún así, lo intentaré.

He sentido a Carlota muy mía y Benjamín es uno de los amores de mi vida.

Una vocecilla en mi cabeza me ha estado susurrando, de forma continua, que no debería escribir El faro de la leyenda, que no tenía que plasmar el sufrimiento de Ben o la picardía de Carlota, y ¿sabéis qué? Me ha encantado llevarle la contraria.

He amado esta historia con todo mi ser. He pasado días sin comer, noches sin dormir y turnos de trabajo que se me han hecho interminables. He deseado mudarme a una cabaña en mitad de la nada solo con mi ordenador. He ardido cada segundo de cada minuto de cada hora que he pasado escribiendo, corrigiendo o leyendo a Ben y Carlota. Me han hecho feliz. Me han absorbido y llevado por completo a su realidad y, joder, ha sido apasionante.

Creo que releeré este libro siempre que necesite encontrarme, enamorarme de la idea del amor o recordar la alegría de las personas que he plasmado en estas páginas, de los gustos y canciones que son, tan mías como de ellos.

Estoy orgullosa de Ben y Carlota, de su avance y, sobre todo, estoy orgullosa de haber escrito su historia, de haberles dado inicio, nudo y desenlace, aunque, creedme cuando os digo que escribiría unos veinte libros sobre estos dos. Quizá lo haga y, aun así, seguro que me quedaría corta.

Estoy orgullosa de haberle dado por culo a la vocecilla de mi cabeza.

Gracias por dar una oportunidad a esta historia, espero que te haya resultado tan apasionante como a mí y que la hayas disfrutado mucho.

AGRADECIMIENTOS:

En primer lugar, gracias a mi familia, mi marido y mi suegra por cuidar de mis hijos y regalarme tiempo y espacio para disfrutar de esta gran pasión. Gracias a mis padres y hermanos por animarme a seguir y a cumplir mis sueños, a mis amigas por apoyarme, promocionarme y esperar con ansias el libro físico.

Gracias Lisset Benzant por ser la mejor lectora y amiga apoyadora del mundo. Las tuyas, son el santo grial de las opiniones, con salseo, risas y buenos ratos incluidos. Chismosear de los personajes contigo y reírnos juntas de ello es otro nivel de felicidad.

Gracias Araceli F. Rovira (@aracelifrovira) «Somos la suma de las personas a las que ayudamos a brillar» siempre te identificaré con está cita y siempre diré que haces magia.

Gracias @rachels.design por esta maravillosa cubierta y maquetación.

Gracias @soylydiachas por tu alucinante trabajo como mentora. Gracias por enzarzarte conmigo en la pasión e intensidad desbordante de Benjamín y Carlota y por haberme ayudado a ver un poco la luz con tanto presente y pasado.

Sígueme en IG @lu_writergirl94 y escríbeme un DM. Me encantará conversar contigo y conocer tu opinión.

Besitos a través de la luna, mis aulladores.